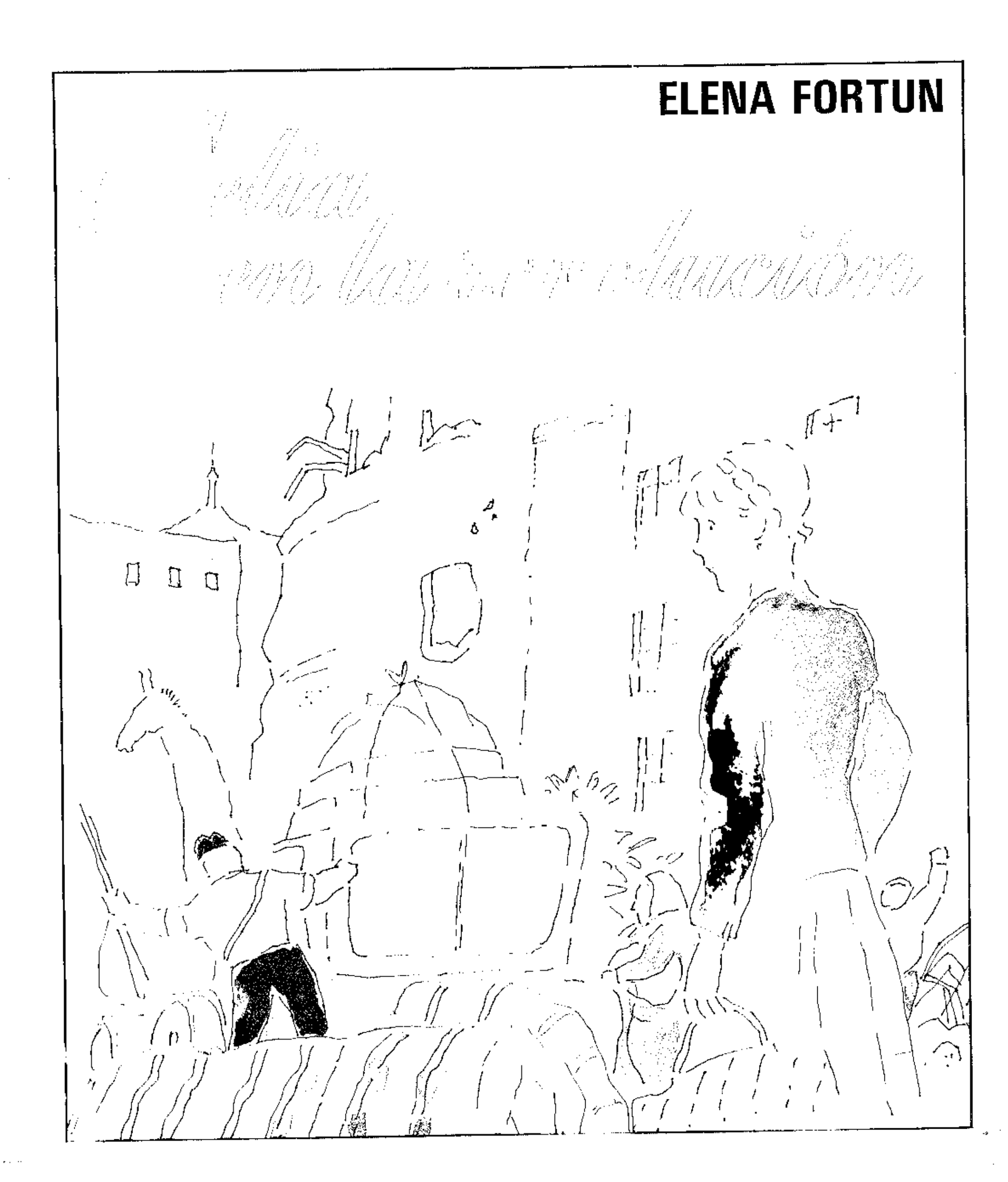
Celia en la revolución



colección celia y su mundo

coordinación: maría puncel
dirección editorial: miguel azaola

aguilar s a de ediciones 1987 juan bravo 38 28006 madrid
depósito legal m 15219/1987
ISBN 84-03-46116-X
printed in spain impreso en españa por lavel s a
polígono los llanos humanes (madrid)

NOTA DE LOS EDITORES

CON la publicación de Celia en la revolución, *Aguilar completa definitivamente la saga familiar de Celia, Cuchifritín, Matonkiki, Mila... y lo hace con un libro muy distinto a todos los demás. Muy distinto por su dramática carga emotiva, por lo que tiene de documento casi autobiográfico.*

Elena Fortún vivió durante la guerra civil española las mismas vicisitudes que Celia, y las reflejó como en un espejo en la historia hermosa y angustiosa que cuenta este libro. Con él, a los cincuenta años de aquellos acontecimientos tremendos y a los cien del nacimiento de Elena Fortún, queremos aportar una visión más, emocionada y fiel como lo son los más interesantes documentos de la Historia, al conocimiento y a la reflexión de los jóvenes y los menos jóvenes sobre la última guerra entre españoles.

El manuscrito de Celia en la revolución, *encontrado casi casualmente, nunca llegó a ser revisado a fondo por su autora, que terminó en 1943 un borrador (así lo dice ella expresamente), en el que su escritura a*

lápiz, llena de abreviaturas, ha necesitado de interpretaciones muchas veces trabajosas y en algún caso imposibles de todo punto.

Los editores nos hemos abstenido conscientemente de hacer transcripciones de palabras y frases que por lo ininteligible de los rasgos manuscritos hubieran sido arbitrarias o muy poco seguras. Tras numerosos intentos de interpretación y tras largas discusiones y reflexiones, hemos decidido no transcribirlas. Las únicas intervenciones por nuestra parte han sido aquellas que, unas veces por incorrección en el uso de los signos (como las comas puestas indebidamente), otras por incoherencia (como la aparición indistinta de versiones con mayúscula y con minúscula de una misma palabra) y otras por inducir a confusión al lector (como las referencias a una misma persona con distintos nombres en momentos distintos del relato), resultaban imprescindibles para evitar el riesgo de una lectura incorrecta; mínimos retoques que, por otra parte, son introducidos regularmente por los correctores de toda editorial.

No obstante, y precisamente por la ausencia de revisión de la autora, quedan en el libro pasajes que, sin duda, Elena Fortún habría cambiado o retocado si hubiese revisado su propio texto, en especial algunos acontecimientos insuficientemente explicados o basados en sobreentendidos, como el envío de cartas del padre de Celia al Correo de Valencia, y no a las señas conocidas del Albergue en que supuestamente deberían encontrarse las hermanas de Celia con Valeriana..., o la aparición sorprendente del conserje de ese Albergue que, según se nos ha dicho antes, ya no existe (un personaje con el que, en cambio, Celia no establece contacto nada más llegar a Valencia, aunque el lector deba suponer que sí visita el lugar, pues tiene las señas)..., o la seguridad que el padre expresa en una carta a Celia diciendo que las niñas están bien, pero sin decir cómo lo sabe ni dónde están las niñas, aunque ésa sea en ese momento la mayor preocupación de todos y el motivo mismo de la peripecia..., etc.

La «anomalía» quizá más llamativa estriba en la cantidad de días que aparentemente pasan desde la noticia de la rebelión en Africa (capítulo I) hasta la llegada de Celia a Madrid una semana más tarde

(capítulo III). La suma de las jornadas que transcurren en Segovia, más las que dedican las tres hermanas y Valeriana a atravesar la Sierra, resulta cuando menos difícil de cuadrar.

Sin embargo, todo ello no hace más que subrayar la condición de borrador que tiene la obra, el valor de ser la primera puesta en orden de unas notas escritas en caliente, durante los momentos mismos del drama, y decantadas aquí en primera instancia desde el probable diario de una Elena Fortún que, con el montoncillo de hojas amarillentas que no pudo ver publicadas en vida, nos viene a descubrir hoy su personal vivencia, amarga e idealista, dolorosa y esperanzada, de una tragedia que hace de este libro, sin duda, mucho más que un «Celia» más.

Los editores

PROLOGO

De todos los personajes de Elena Fortún, Celia fue, no sólo el primero, sino también el favorito. Quizá porque, en realidad, se trataba de una proyección de ella misma. Cuchifritín, los primos, las amigas..., todos revoloteaban alrededor de Celia como las mariposas cerca de la luz; Celia era, presente o ausente, el centro de aquel universo.

En **Celia: lo que dice**, *el primer libro de la serie, la autora nos la presenta como una niña de siete años, con los ojos claros, y la boca grande, y el cabello rubio, «de ese rubio tostado que con los años va oscureciéndose». Celia, en ese libro, tiene «la edad de la razón. Así lo dicen las personas mayores».*

A lo largo de su obra, Elena Fortún va introduciendo a su Celia en el mundo de esas personas mayores. En ese mundo donde los niños no son, por lo general, bien recibidos porque hay unas reglas absurdas, ilógicas, que los niños se resisten a cumplir. Y de ahí vienen los conflictos.

De la mano maestra de su creadora, Celia va evolucionando, entre asombro y asombro, y la vemos adaptarse poco a poco a ese mundo extraño, y a veces hostil, hasta convertirse ella misma en una persona mayor.

Así, en **Celia: lo que dice**, *su primer contacto con la vida, vemos a una niña española, de clase media muy acomodada, arropada en el cariño de unos padres jóvenes, que tiene de todo, pero que no deja de darse cuenta de que a su alrededor hay niños que carecen de mucho. Una niña fundamentalmente buena, pero que, precisamente por su sinceridad y su honradez, es calificada de traviesa según el código moral de las personas mayores. Estas características no la abandonarán a lo largo de su evolución.*

Y la serie sigue: **Celia en el colegio**, *donde está rodeada de unas monjas realmente inefables; Celia sale al mundo con su tío Rodrigo, el solterón, con Basílides y la lechuza Casimira, con Maimón el morito; Celia escribe cuentos, Celia tiene amigos..., pero después del número cinco de la serie, Celia parece retirarse a un discreto segundo plano y da paso a su hermano Cuchifritín, y a su amigo Paquito, y al abuelo, y a los primos, y a Matonkikí...*

Casi de repente, la vida de Celia, que ha sido apacible y fácil hasta entonces, se complica dolorosamente:

> *En el otoño murió mamá...*

Elena Fortún tiene la virtud de escoger las expresiones más simples para decir las cosas más terribles. Con estas sencillas y estremecedoras palabras empieza **Celia, madrecita**, *donde una niña tiene que dejar de serlo para convertirse en madre de sus hermanas pequeñas, y se resiente del golpe del Destino:*

> *Lloré sobre mis catorce años, que habían sido felices hasta la muerte de mi madre, mis tres cursos de Bachillerato, que consideraba perdidos, y los pájaros de mi cabeza, que aleteaban moribundos.*

El siguiente libro de la serie es **Celia, institutriz**. *De golpe ha cambiado todo y la familia se va a América con Valeriana. Demasiado de golpe: parece como si faltase algo. Que no se hubiera querido publicar, que no se hubiera querido escribir..., ¿que no se hubiera querido pensar? Entonces no hubieran tenido sentido las últimas palabras de* **Celia, madrecita**:

> *—¿Qué día es mañana?*
> *—Es dieciocho de julio... ¡Ojalá vuelvas pronto!—dijo el abuelo.*
> *Y el corazón se me apretó sin saber por qué.*

* * *

La primera vez que oí hablar de **Celia en la revolución** *fue en la Editorial Aguilar: había sido pensado, había sido escrito...*

—Sí..., el hijo de Elena Fortún habló de un manuscrito, pero no sabemos dónde está..., quizá lo tenga su viuda, que vive en Estados Unidos...

Pedí sus señas y fui a visitarla, precisamente con ocasión de haber sido invitada a un congreso de literatura, al que llevé una ponencia sobre Elena Fortún.

La nuera de Elena Fortún, una viejecita vivaz e inteligente, me recibió con toda la amabilidad del mundo y me entregó un bolsón lleno de papeles.

—Haga que se publiquen —me pidió.

¡Y entre ellos estaba el manuscrito! Se terminó de escribir en 1943, a lápiz, en cuartillas que ya estaban oscurecidas por el tiempo, con la escritura borrosa. Lo he ido pasando a máquina con la comprensible dificultad, agravada por el cansancio de la autora en los finales de capítulo, que le hacía dejar palabras, e incluso frases, sin terminar. A la emoción, tan transparente, de la escritora, se sumaba mi propia emoción, lo que no simplificaba la tarea.

He procurado conservar en todo momento el estilo característico de Elena Fortún: su personal sintaxis, sus puntos suspensivos, sus expresivos diálogos... Todo lo que de autobiográfico habían tenido los libros de Celia hasta entonces se intensifica en **Celia en la revolución**. *A través de esta prematura mujer de quince años (que, gracias a que aparenta más edad, puede falsificar la cédula y poner que tiene veintidós años para poder viajar sola) vemos y sentimos los pensamientos y los sufrimientos de Elena Fortún durante la guerra civil española.*

Celia, que está en Segovia con el abuelo, cuidando de sus hermanas, se tiene que ir a Madrid con Valeriana. Y después a Valencia, y luego a Albacete, y más tarde a Barcelona. Y de vuelta a Madrid, y a Valencia otra vez. Y de allí al exilio. Igual que Elena Fortún.

Igual que a ella, en Valencia un amigo le da a Celia un libro,

> *encargándome que no intente despegar las páginas que están pegadas.*

En esas páginas, como cuenta María Concepción Cutanda en el prólogo a la edición argentina de El arte de contar cuentos a los niños, *iban unos cuantos billetes de una emisión de pesetas válida en el extranjero. Se los dio a Elena Fortún un amigo suyo, médico en Valencia: el dinero republicano ya no servía.*

Pero, además, el libro es una crónica de aquellos días, con fechas, con sitios y con nombres: el Hospital de Carabanchel, la evacuación de Ferraz, la casa de Chamartín, el general López Ochoa, Laurita de los Ríos, Isabel García Lorca, la señora de Aguilar...

* * *

Encarnación Aragoneses Urquijo, hija de castellano y vasca, se casó muy joven con un militar bastante mayor que ella. Eusebio de Gorbea y Lemmi no era militar por vocación, sino por circunstancias: a él lo que verdaderamente le gustaba era escribir. Hay publicadas varias obras de teatro suyas, algunos poemas y trabajos de carácter histórico.

Elena Fortún, que tomó su seudónimo de una de las obras de su marido, empezó a escribir ya mayor, a instancias de María Martínez Sierra, publicando trabajos breves en Gente Menuda, *el suplemento infantil de* Blanco y Negro.

Cuando Eusebio de Gorbea estaba soñando con retirarse para poderse dedicar solamente a escribir, estalló la revolución, y él, como coronel que era del Ejército de la República, se incorporó a su puesto. Pero él era un soñador, un poeta, un hombre pacífico, tranquilo, amante de su casa, de su mujer, de sus hijos... Era el padre de Celia en **Celia en la revolución.**

A lo largo del libro comprendemos que esa admiración, esa ternura, ese respeto que Celia siente por su padre, no son sino el reflejo de los sentimientos de Encarna Aragoneses por su marido.

El firme concepto de la amistad que tiene Elena Fortún y que convierte a Celia en una persona abierta y sociable, se hace más patente, si cabe, en **Celia en la revolución.** *Celia, desde pequeña, tuvo siempre muchas amigas, pero al crecer, sus sentimientos se fueron centrando en su inseparable Paulette. La hermana de Paulette, Lisson, se casa con el tío Rodrigo, el solterón de* **Celia en el mundo**, *y todos se van a vivir a América, donde les volvemos a encontrar en* **Celia, institutriz.**

Pero Celia siempre tiene amigas cerca. En este libro vuelve a aparecer María Luisa, su compañera de Instituto, a quien conocimos en **Celia, madrecita**, *y una amiga nueva, Fifina. Y también volvemos a encontrarnos con Adela y Jorge. Aquel muchacho tan alto y tan guapo al que las chicas llamaban «Gary Cooper», tendrá un papel muy importante en la vida de Celia.*

Jorge y Celia viven un breve y emocionado idilio entre los bombardeos y los apagones, el hambre y los escombros. El intenta convertirla a ella a su comunismo, un comunismo joven, un tanto idealista e ilusionado..., pero no lo consigue.

Celia, que no pertenece, ni quiere pertenecer, a ningún partido, es republicana de corazón, como su padre, como Eusebio de Gorbea, como Encarna Aragoneses. Y sigue siéndolo hasta el final, cuando ya sabe que la guerra está perdida, cuando, por serlo, se encuentra sin dinero, sin casa y sin patria...

A lo largo del libro vamos viviendo con ella el hambre, la inseguridad, el miedo, la impotencia..., vamos sufriendo con las injusticias de los fusilamientos indiscriminados, de los saqueos, de los robos, de los chantajes..., vamos comprendiendo su ansia de belleza al disfrutar de un rayo de sol o de un capullo de rosa, y admirando su generosidad al compartir su comida y su casa con los que no tienen casa ni comida. Vamos alegrándonos de que pueda vibrar con un amor romántico y fugaz..., y la palabra fácil y segura de Elena Fortún hace que al final sintamos en nuestras entrañas el desgarramiento de ver cómo tantas esperanzas se derrumban y ya no queda nada...

Sin embargo, leyendo **Celia en la revolución** *nadie podría, en justicia, acusar a Elena Fortún de partidista ni de tendenciosa. Porque ella no juzga:*

trata de relatarlo todo de la manera más objetiva, sin omitir detalles y sin dejar de preguntarse quién tiene la razón. Ella se limita a contar lo que vivió, a poner en los labios de una niña de quince años un dolorido asombro ante aquella sangrienta, absurda y, esperemos que irrepetible, lucha fratricida que fue nuestra guerra civil.

MARISOL DORAO
Doctora en Filología Moderna
por la Universidad de Cádiz



I

SEGOVIA, 1936

El abuelito deja el periódico violentamente y suelta una palabrota.

Teresina le mira con los ojos redondos de asombro y María Fuencisla, que come su sopita, hace un puchero con su boquita fruncida.

—¡Abuelito, que has asustado a las nenas!

—¡Más asustado estoy yo! ¿No sabes lo que pasa? ¿No?

—No, abuelito, no, no lo sé.

—Se ha sublevado la guarnición de Africa.

—¡Ah, bueno!—digo tranquilizándome—. Eso ha ocurrido siempre. Sublevaciones, motines, revoluciones... La historia de España está llena de...

Me callo al ver la indignación del abuelito, que se ha quitado las gafas para mirarme.

—Pero... ¿pero qué chanfainas de Historia os enseñan en esos Institutos de cuerno? ¿Es que te figuras que el pueblo da armas a sus soldados para que opine, y quite gobiernos, y ponga reyes, y ametralle al mismo pueblo? ¿Es que puede haber en las naciones un elemento armado con todas las armas de la nación para utilizarlas contra quien quiera? ¿Es que tú crees eso? ¿Lo crees?

—Abuelito, yo...

—Es que si lo crees eres una estúpida o yo no sé lo que me digo—y deja caer el puño sobre la mesa y vuelta a las puñetas—. ¿Dónde vamos a parar, digo yo?

El abuelo hacía temblar, con sus puñetazos, los platos y las copas. Teresina, muy colorada, le miraba con los ojos llenos de lágrimas, y María Fuencisla, sentada a la mesa en su silla alta, y a la que yo tenía que llevar la cucharada a la boca, volvía la carita y se negaba a seguir comiendo, mirando al abuelo asustada.

—Pero abuelo, ¿no ves que asustas a las niñas?

El abuelito coge su periódico y se encierra en su cuarto sin comer.

Valeriana, que servía la mesa, puso en una bandeja el plato con la sopa, el pan y el vaso de agua y vino y, haciéndome gestos de disgusto, entró en el cuarto del abuelo.

—Ahora, nosotras, a comer—dije a las nenas—. Vamos, María Fuencisla, otro poquito de sopa...

—No quero—dijo rotundamente mi hermanita—. Abuelito pam, pam, pam—y daba sobre la mesa con el puñito cerrado.

En el cuarto del abuelo se oían el vozarrón del abuelo y la voz plañidera de Valeriana; luego, ajetreo de sillas y ruido de cristales rotos. ¡El abuelito había tirado la bandeja al suelo!

Por la noche no salió a la mesa, y al día siguiente, mientras yo bañaba a María Fuencisla, me dijo Valeriana:

—Ha dicho tu abuelo que os bajéis al sótano a jugar, que está fresco.

—¡Al sótano! Pero si está lleno de telarañas y trastajos...

—No, nada de trastajos. Farruco le está dando un repaso y se va a quedar como un sol. Sobre todo, que no hay más que obedecer... Yo te bajaré el «siento» de paja y tus libros, too, y las muñecas de las niñas... Sabes—me dijo al oído—. Hay revueltas por toas partes...

—¿Sí? ¿Qué pasa?

—¡Vete a saber! En la Academia están encerraos y no quien salir... y unos dicen que pa arriba y otros dicen que pa abajo y que si patatín y que si patatán, y se tiran tiros con bala y too, y han matao a uno en el Azoguejo.

Como no era fácil comprender nada con las explicaciones de Valeriana, decidí renunciar a saber lo que ocurría y bajé al sótano con mis hermanas.

Teresina y María Fuencisla estaban encantadas con la novedad.

—Y haremos comiditas, ¿verdad, Celia? Y luego me cortarás el vestido para la muñeca y yo lo coseré...

—Y a mí tamén—decía María Fuencisla—. Y a mí tamén oto vetido para la muñeca...

El sótano está en penumbra y con frescura de cántaro. Huele a barro mojado deliciosamente. ¡Si al menos mis hermanitas me dejaran concluir el festón del cuello que empecé ayer...! ¡Ah, sí, sí...!

—Celia, que me enhebres la aguja...

—Y a mí, y a mí...

—Así no, que se me sale el hilo...

—Tamén a mí l'hilo...

¡Vaya por Dios! Enhebro las agujas veinte veces. María Fuencisla se pincha un dedito: le sale una gota de sangre y chilla aterrada.

—¡Que no es nada, querida mía, que no es nada, lucero!

Tengo que chuparle el dedito y decirle muchas veces: «Cura sana, culito de rana, si no curas hoy curarás mañana.» Ella lo repite y acaba por quedarse dormida en mis brazos... «¡Ea, ea, qué gallina tan fea, cómo se sube al palo, cómo se balancea!»

A mediodía, Valeriana nos trae la comida.

—Pero ¿por qué no comemos en el comedor? ¿Está enfadado el abuelo?

—No, no es por eso..., aunque mu reconcomío sí está..., y no quiere co-

mer... Le he traído toos los periódicos que he encontrao y se los está tragando.

Teresina, aterrada:

—¿Se los come?

Valeriana continúa, sin oírla:

—Es lo que yo digo. ¿Va a remediar algo de lo que está pasando?... Aunque se me figura que él cree que lo pué remediar... y pué ser que nos traiga más de un disgusto.

Quiero que Valeriana me cuente sus temores mientras hago comer a las nenas y como yo, pero es inútil. Ni quiere contar ni sabe explicarse.

Dos días más pasamos en el sótano, donde comienzo a habituarme. Me he traído libros para mí y para las nenas. Coso, cantamos y leo cuentos en voz alta, y una novela cuando ellas me dejan. La protagonista de la novela es una chica como yo, de catorce años. También tiene el pelo rubio... pero vive en un castillo de Inglaterra rodeado de bosques y sale de caza con su padre y sus hermanos... En el parque del castillo hay un lago con cisnes. ¡Dios mío, qué vida tan hermosa! En el castillo hay docenas de criados con calzón corto, y una gobernanta irlandesa que vio nacer al conde. ¡Ah, porque era conde el padre de Alice!

¡Qué bonito el nombre de Alice! Parece nombre de flor... En otro castillo cercano vive una duquesa que tiene un hijo ciego... que escribe versos. Es el heredero.

No puedo resistir el deseo de contar el asunto de la novela y comienzo a contárselo a Valeriana una tarde...

Me oye distraída y dice:

—Eso, ¿ha pasado?

—No sé..., puede que sí.

—Pues mira: si no ha pasado, déjalo y no te disgustes, porque aquí están pasando cosas peores... Tu abuelo yo creo que si no está cholo allá que se anda y nos va a dar un disgusto de los gordos.

—¿Por qué...?

No puedo sacarle más, pero cuando subo a cenar me dice en mi cuarto:

—¿Te has fijao en la escalera?

—¡No!



—¿No has visto cómo está de paja de garrobero, y de estiércol, y de too... que da asco?

—No, hija, no me he fijado...

—Pues no sé dónde tiés los ojos... Son esos zánganos, que no hacen más que ir y venir y llevarse paquetes y mancharlo too y comprometernos a toos...

La inquietud de Valeriana casi me hace reír.

—¡Así que todo ese berrinche es porque te manchan la escalera!

—No, por eso mismamente no es..., aunque también creo yo...

Hace dos días que oigo tiros y estallidos terribles que hacen temblar los vidrios del balcón. En este momento se oye uno tan cerca que Valeriana da un grito y se persigna, diciendo como en las tormentas: «Santa Bárbara bendita, que en el cielo estás escrita y en el ara de la Cruz... Santa muerte, amén Jesús.»

Al levantarme hoy acabo de saber lo que está ocurriendo en casa. El abuelo ha dado a «esos tafarotes»—según los nombra Valeriana, y que no sé quién son—todas las armas de la panoplia del vestíbulo...

—Será por hierro viejo, porque estaban que no se las podía tocar de orín.

—No lo creas, que el señor las ha estado limpiando con todo cuidado... Cuantimás que también les ha dado la escopeta de tu padre y el fusil de él, de sus tiempos, y una caja con unas pistolas así de grandes.

—Pero ¿qué van a hacer con todo eso?

—Yo no sé..., pero esas bestias con una escopeta en la mano son capaces de matar a su madre... ¡Virgen Santísima del Remedio, sácanos con bien de ésta!

—Mira, Valeriana, no seas aspaventera y no asustes a las nenas. Vamos a tomar el desayuno y vamos a bajar.

—No, si ya no tenéis que bajar... No se oye ni un tiro por ninguna parte...

—Bien, entonces es que se ha terminado todo...

—Se me hace a mí que ahora que too se ha terminao es cuando está empezando para nosotros.

A la hora de comer me quedé sorprendida al ver al abuelo. Estaba casi lívido y nos miraba como si no nos conociera.

Sentados a la mesa, dije:

—¿Has estado enfermo, abuelito?

—No..., estoy bien, no te preocupes.

—¿Se sabe algo de papá?

—No..., no puede saberse. Aquí han vencido los sublevados y en Madrid no... Estamos incomunicados.

—El no se meterá en nada, creo yo—dije, por decir algo.

—Hará mal...—contestó el abuelo.

Noté que le temblaban fuertemente las manos al echarse agua en la copa; sin embargo, trató de hablar, y le conté cómo lo había pasado en el sótano.

—Cayó un ratón en la ratonera y nos asustamos al sentirlo...

—¡Era chiquitín, abuelito, y tan mono! Yo quería subir a enseñártelo y no me dejó Celia.

—¡Ratonín mío!

Valeriana terció:

—¿Dónde está el ratón, que yo no lo he visto?

—Lo solté—dije riendo—. El pobrecito tenía derecho a vivir.

—Es verdad—dijo el abuelo—. Es un derecho divino...

Y luego no habló más...

Por la tarde salimos al huerto, siempre con el abuelo, que hoy parece no querer separarse de nosotras, y nos oye cantar y decir acertijos:

Veo, veo.
¿Qué ves?
Una cosita.
¿Con qué letrita?
Empieza con C y acaba con E.

—¿Se come?

Cuando anochece, entramos en casa y esperamos la cena en el cuarto del abuelo. El se sienta en el sofá, se pone una nena en cada rodilla y yo bajo la lámpara para reunir los trozos de un puzzle que se ha salido de la caja...

De pronto oímos golpear la puerta de la calle con el aldabón y el abuelo escucha y manda callar a las nenas...

Hace calor y el balcón está sólo con la persiana. Voy a levantarla para mirar y el abuelo dice con energía:

—Quieta.

Me siento. Alguien ha entrado y sube la escalera... El abuelo me dice con una voz que casi no reconozco:

—Celia..., si me pasa algo..., a Madrid con las nenas... Júrame que...

—Sí, abuelo.

Los pasos resuenan en el pasillo y se abre la puerta.

—Don Juan Antonio de Montalbán.

Tres hombres altos y desconocidos entran en la habitación. El abuelo se ha puesto de pie y María Fuencisla ha rodado por el sofá mientras Teresina, de pie, trata de ocultarse detrás de las piernas del abuelo.

—Queda detenido. Venga con nosotros—he oído como en sueños.

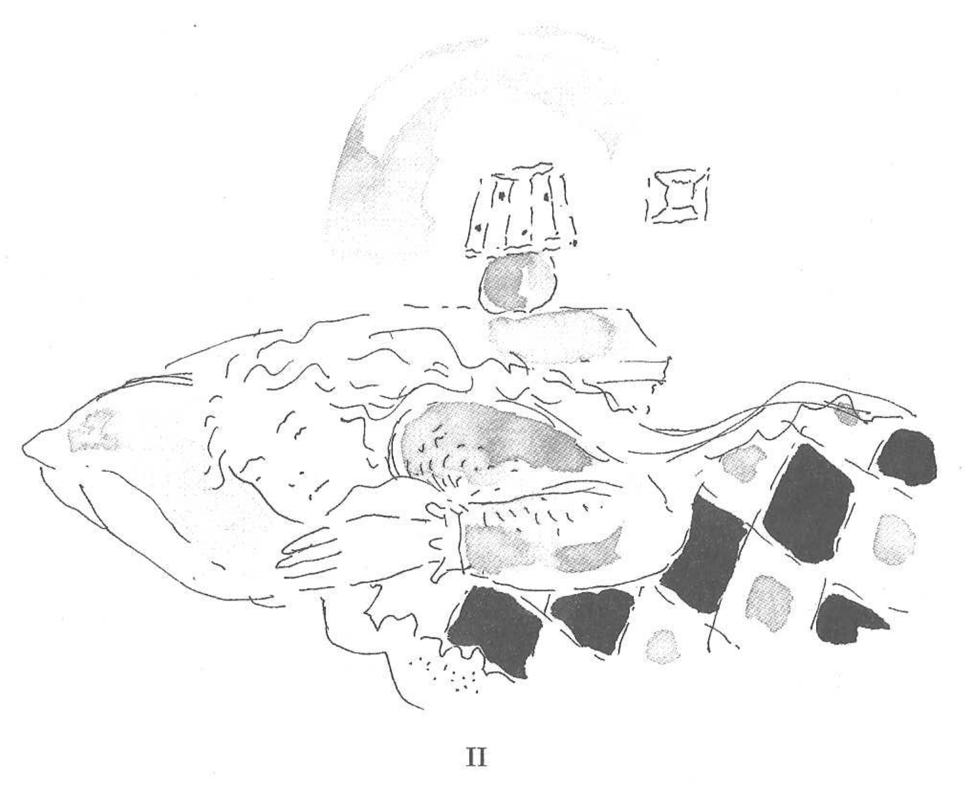
—¡Yo iré solo!—ruge el abuelo—. No me pongan la mano encima, traidores.

—No insulte... En todo caso, el traidor es el que entrega armas al pueblo...

El abuelo echa fuego por los ojos y vuelve a rugir con su vozarrón acostumbrado al mando... Dice no sé qué de los Reyes Católicos, de los deberes del militar, del pueblo, pero no puede seguir, porque le sujetan las manos y le veo salir entre aquellos hombres.

La cabeza blanca sobrepasa las de todos. Se alejan los pasos y las voces por el pasillo, les oigo bajar la escalera y luego cerrar la puerta de la calle.

Valeriana ha entrado y nos miramos sin hablar. A ella le caen dos lágrimas por la cara.



II

LA HUIDA

No sé qué hora sería cuando me despertó Valeriana.

—¡Aspabílate, que nos vamos! ¡Anda, Celia..., muchacha! No te vuelvas a dormir, que nos vamos...

Me siento en la cama y me restriego los ojos, aturdida de sueño... No puedo recordar... Ha ocurrido algo horrible, pero no sé... ¡Ah, sí! ¡Se han llevado preso al abuelito!

Ya Valeriana ha salido de la alcoba al gabinete, donde hay luz, y oigo rumores de una conversación en voz baja... ¿Quién está ahí?

Me tiro de la cama y me acerco a la puerta. Es Farruco, el criado, que cuenta no sé qué a Valeriana... A mi oído llegan algunas palabras: «Don Antolín también está preso... Por el camino de Fuentemilanos... Yo sus alcanzo en cuanto deje esto en condiciones... No, solas no corréis peligro... El dinero se lo dio a don Antolín...»

Pero ya viene Valeriana hacia la alcoba en sombra.

—¿Entoavía estás así? ¡Mía que tenemos que vestir a las niñas! Anda, mujer, que se nos va a hacer de día antes de salir de Segovia...

Yo quería saber... ¿por qué nos vamos? ¿Dónde está el abuelito? ¿Es que también a nosotras nos van a llevar presas? ¿Y a dónde vamos? ¿A Madrid? Pero a esta hora no hay tren...

Valeriana tampoco sabe gran cosa. El abuelito ya sabía que le pondrían preso y en el día de ayer lo dejó todo ordenado. Farruco y don Antolín saben todo lo que tenemos que hacer.

—¡Don Antolín está preso! Lo ha dicho Farruco.

—Bueno, hija, pal caso es igual. Nosotras no tenemos más que obedecer... Anda, viste a María Fuencisla mientras yo visto a Teresina.

La nena está profundamente dormida, y como vale más que no se despierte, le pongo su batita con cuidado, sus zapatitos...

Teresina refunfuña indignada:

—No quiero levantarme... No quiero... Tengo sueño... Tonta.

Acudo a ella:

—Chitss... Calla... Nos vamos de aquí, a buscar a papá, que está en Madrid.

Consigo que comprenda a medias y se deja vestir, bostezando y quedándose dormida, mientras le hago entrar el brazo por la manga...

Ya vestida, se duerme otra vez sobre la cama y nosotras recogemos ropa en un saco.

—¿No sería mejor en una maleta?

—No, hija, no pué ser... Las maletas se cargan muy mal en el burro.

—¿Vamos a ir en el burro?—pregunto, asombrada.

Resulta que no hay trenes para Madrid, según me dice Valeriana. Además, esto no es un viaje sino una huida...

Valeriana no quiere que encienda luces y andamos con una vela de una habitación a otra... El olor del infernillo de alcohol, donde se calienta un cazo de café con leche, da un ambiente nuevo a la casa, y nuestras sombras se alargan por las paredes... ¿A qué me recuerda esto? Es una sensación vivida otra vez... No sé cuándo..., tal vez en una novela...

Farruco aparece en la cocina y nos dice con ansiedad:

—¿No está entoavía? Picio ya tié puesta la albarda y le he atao unas arpilleras a las patas pa que no escandalice... No hay neseciá de que nadie se entere...

Hay que despertar a Teresina, que se niega a tomar el café. María Fuencisla sigue durmiendo en mis brazos cuando salimos al patio por la escalera de la cocina... La luna ilumina las piedras del pozo y la fachada de la casa, cubierta casi enteramente de hiedra por este lado...

De pronto, me inquieto. ¿Nos vamos para siempre? Pienso en mis libros, en una caja de laca que mamá me regaló... y en el vestido azul que me regaló tía Cecilia...

—Valeriana..., oye..., quería llevarme también... Toma la niña un momento.

—Chitss... No hay tiempo ya...

Farruco acerca el burro, que sale de la sombra...

—No hay tiempo, no... Las estrellas van muy altas y les va a amanecer antes de llegar a Fuentemilanos...

Me toma la niña Valeriana y me subo a la albarda de Picio, ancha y cómoda... Pero ¿qué es este bulto?

—Chitss..., el saco de vuestra ropa y unas fruslerías para el camino —dice Valeriana, y me entrega a María Fuencisla dormida, que se acomoda en mis brazos. ¡Chiquitina mía!

Teresina, medio despierta, se acomoda a horcajadas detrás de mí y, como puede dormirse, Valeriana la ata bien a mi cintura con el pañuelo de su cabeza.

Luego toma el ronzal y pasa el portón, que sólo tiene abierta una de las puertas... Picio tropieza en el umbral y está a punto de caerse.

—¡Soo!—dice Farruco, sin poder contener su hábito—. ¡Este condenao parece mismamente ciego!

Salimos a la plaza... La casona de enfrente es del marqués de Lozoya

y aún tiene luz en el balcón... El marqués era amigo del abuelo, pero ahora ya no lo será... ¿Quiénes son ahora nuestros amigos? Tal vez sólo Valeriana y Farruco...

Bajamos la cuesta del Azoquejo y el cielo se tapa con la mole del Acueducto iluminado de luna. Farruco desata las arpilleras que lleva en las patas Picio y Valeriana tira del ronzal... Entramos en una carretera de árboles...

—Asús—dice Valeriana, deteniéndose—. ¡Civiles!

Los dos guardias, que han salido no sé por dónde:

—¿Dónde va?

—A Otero de Henares—dice Valeriana, y su voz suena tranquila—. A llevar las niñas de vuelta...

Los guardias se acercan a mirar.

—Son tres.

—Sí..., me las traje a pasar unos días conmigo y digo dice se las voy a llevar a su padre con la fresca, no sea que esté con cuidiao con estas revueltas.

—Siga—dicen los guardias.

Vuelve a andar Picio... La voz de Teresina, que parece salir entre lágrimas, dice:

—¿Nos querían llevar presas?

—Chitss, no hables fuerte, cordera. No, nada de presas...

—¿Y por qué Valeriana ha dicho una mentira?

—Porque es mejor así... Anda, duérmete sobre mi espalda...

—Ya no tengo sueño...

Sin embargo, al rato siento que está dormida y que el paso del burro la sacude sobre mí... ¡Pobrecita!

La noche huele a eras y a paja. Se oyen los cencerros de los bueyes que descansan del trajín del día... Pronto los uncirán al trillo o al carro... Se oyen caballos que se acercan. Otra vez la Guardia Civil.

Al salir de la sombra de los árboles nos ven y se detienen.

—¿Dónde van?

—A Otero de Henares.

—No por allí, ¿eh?, que no se puede pasar... ¿Dónde lleva a esa moza?

—No es moza, es una niña, la hija mayor del médico, que...

—Siga, siga...

Según nos alejamos de Segovia me siento más tranquila. Estamos en pleno campo y el cielo cubierto de estrellas parece tocar los montes a lo lejos... No cantan los grillos ni hay otro ruido que alguna esquila lejana. De pronto, un fogonazo en la montaña.

—Es la guerra—dice Valeriana con voz sorda—. La guerra... Dios tenga misericordia de nosotros... ¿Quieres que recemos, Celia? Es mejor, así no te duermes y Dios nos acompaña.

De pronto pienso que esta pobre mujer se va a cansar terriblemente... Se trata de andar cerca de cien kilómetros.

—Valeriana, dentro de un rato, cuando te canses, subes tú al burro y yo llevo el ronzal.

—¡Alabao sea Dios, qué cosas te se ocurren! Igual que si yo fuera de alfeñique... Déjame a mí de fantasías... Anda, vamos a rezar un rosario.

Y poniéndose a buscarlo en la faltriquera que lleva debajo de dos o tres zagalejos, para lo que ha de hacer coincidir la raja abierta en los tres, saca el rosario de sus profundidades y comienza:

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que su nombre sea alabado por los siglos de los siglos, amén. Primer misterio, la Encarnación de Nuestro Señor. ¡Arre, Picio! Padre nuestro que estás en los Cielos...

Con el rezo y el movimiento del burro una dulce somnolencia me va invadiendo. Tengo una leve caída en el sueño, del que salgo asustada por temor de dejar caer a las niñas.

¡Amanece! Las estrellas van palideciendo y una claridad de perla aparece sobre la sierra, a lo lejos... Con la luz comienzan los fogonazos y los gritos, de los que llega a nosotros el ruido apagado.

—¡Hay guerra allí!—vuelve a decir Valeriana, aterrada.

Se ven las primeras casas de un pueblo, pero no conviene pasar por él para evitar curiosidades, y salimos a un sendero que se une a la carretera después del pueblo.

Hay olores de madrugada. El humo de la leña de jara que arde en los hogares, la frescura de los regatos, el perfume a resina de los pinos de la sierra. Son como duendecillos que vienen a sentarse en torno de mi corazón, encendido como otro hogar... Cabeceo de sueño...

Cuando empieza a salir el sol se despierta Teresina, que refunfuña un poco, sin comprender dónde está, y luego se asusta.

—¿Nos hemos escapado, Celia?

—Sí...

—¿No nos llevan ya presas?

—No seas tontina, preciosa. Nadie nos va a llevar presas.

—Pero al abuelito...

Ya está despierta María Fuencisla, que se ríe en mis brazos, y, como si toda la vida hubiera pasado la noche sobre un burro, entra en situación inmediatamente.

—Are, are burito, are..., vamos a Belén.

Hemos llegado a una ermita y Valeriana decide que Picio está cansado y debemos apearnos...

El campamento se establece a la sombra, porque el sol de julio de Castilla quema en cuanto sale.

Comemos chocolate que ha traído Valeriana con su previsión maternal; bebemos agua que nos trae de una fuente al otro lado del camino, y Teresina y María Fuencisla, encantadas con el día de campo, juegan a gritos a la puerta de la ermita.

Está cerrada, pero por una rejilla alta miro el interior iluminado por el sol que entra por la ventana junto al tejado.

En el altar hay un santo de largas barbas, flores de trapo, columnas retorcidas de color de oro viejo...

—Es San Antón—dice Valeriana, que también viene a mirar—«Santo bendito, acompáñanos y líbranos de todo mal, amén»—y se persigna deprisa.

—¿Nos va a acompañar San Antón?—Teresina inquiere.

—¡Claro que sí!—declara Valeriana.

—Pero tendrá que abrir la puerta—y como ella le ha mirado con recelo sus largas barbas blancas, dice arrimándose a mí—: ¡Me da miedo...!

Luego, más tarde, cuando el sol comienza a señalar el mediodía, oigo a Teresina que riñe a María Fuencisla y la amenaza terriblemente:

—Si eres mala vendrá el santo de las barbas a acompañarnos...

—No quero...

—Sí vendrá..., que lo ha dicho Valeriana.



Ya es mediodía cuando nos ven unas mujeres que vienen por la carretera de lavar en el río.

—¡Buenos días sus dé Dios! ¿Son ustedes de por aquí?

—De dos leguas de Segovia—dice Valeriana.

—Y... ¡si no es mal preguntao!, ¿va muy lejos?

—A Zarzuela del Monte, a llevar a las niñas en ca el médico, que es su padre.

Yo le voy a preguntar a Valeriana por qué nos da siempre un padre médico.

—¡Son mu señoritas!—comenta una mujer mirándonos.

—¡Ya lo creo! De mucho señorío son toos —asegura Valeriana.

—¿Y qué hay por Segovia?—insisten las mujeres, que parecen decididas a hacernos compañía—. Dicen que hay revolución.

—Yo no he visto ná—dice Valeriana—. Allí too está tranquilo.

—¿Tranquilo? Pues dicen que tiraban cañonazos en el Alcázar, y que por la sierra tiran tiros y afusilan a los que pasan.

—¡Serán habladurías!

—Pué ser..., pero anoche se oían fogonazos... Mi Juan no quiso ir al campo por lo que pudiá suceder.

Como Valeriana hizo que se dormía, las mujeres quisieron trabar conversación conmigo y me preguntaron cuántos años tenían mis hermanas.

—La chiquitita dos años y ésta cinco y medio...

—¡Están mu desenrollás! ¿Y no tenéis más hermanos?

—Sí, otro que está...

—Mu lejos—atajó Valeriana.

Se fueron al fin, removiendo las hierbas al pasar, con lo que el aire se perfumó de tomillo.

—¡Parleras!—gruñó Valeriana—. No quieren más que meter el cuezo por toos los laos... ¡Asquientas!

Como ya eran más de las doce nos dio pan duro que traía envuelto en una servilleta y jamón. Teresina fue al regato por agua con el vaso de aluminio, pero volvió sin nada porque había encontrado una rana.

—¡Que me miraba así, así!—decía, con los ojos desorbitados y abriendo los dedos de las manos.

Esperábamos a Farruco, que había quedado en encontrarnos en la ermita.

—Si cuando llegare la noche no ha venido, nos vamos hasta el Calvario de las Navas y allí nos irá a buscar—dijo Valeriana.

Luego hizo muchas consideraciones a propósito de lo ocurrido con el abuelo.

—Los hombres se meten siempre en lo que no les importa en vez de ocuparse de su casa... No tiés más que ver en cuanto se juntan dos... lo mismo que sean pobres que ricos, ya están parlando que si el alcalde, que si el concejal, que si las elecciones... y hasta hay algunos que emprincipian con que si lo que pedrica el cura en el púlpito no es verdad, que si los frailes, y que si el Papa que está en Roma... ¡No paece sino que ellos van a arreglar el mundo y se lo saben too...!

—Claro, mujer... En cambio las mujeres no hablan más que del precio de las patatas y de las hijas y de los hijos...

—¡Como tié que ser!—gruñó Valeriana—. Que con lo que hagan los alcaldes y los concejales no te van a llenar la andorga ni dar de comer a los hijos.

—Sí, Valeriana, como tiene que ser. Por eso Dios ha repartido los cuidados. Las mujeres, el hogar, y los hombres, todo lo demás...

Valeriana se calló, reflexionando. Luego dijo, mientras lavaba la cara de María Fuencisla con la punta de la toalla:

—Es verdad eso que has dicho enenantes. ¡Lo que tiene haber estudiao...! Sin embargo, a mí se me hace que toos los hombres juntos parlando de lo que no entienden, son los que arman las revoluciones... Las mujeres, unas mejor y otras peor, saben cómo arreglar su casa... Si los hombres tienen que arreglar el mundo, ¿por qué no los enseñan?, digo yo.

La tarde se hizo larga y tuvimos que cambiar el campamento al otro lado buscando la sombra de la ermita.

Las hierbas recalentadas por el sol ponían en el aire un perfume delirante, como si toda la tierra fuera un inmenso incensario ofrecido a los cielos...

—Estamos ya cerca de tierra de Avila—dije, pensando en Santa Teresa.

Las niñas pedían agua, luego querían subirse a Picio que mordisqueaba

los cardos llenos de pinchos, luego pedían un cuento, iban y venían sin parar, o lloriqueaban aburridas.

—¿Por qué no nos vamos de aquí?—decía Teresina.

—Porque esperamos a Farruco, que va a venir.

Desde que supo esto nos advirtió veinte veces de que ya venía, ¡y otras veinte veces Valeriana y yo a la carretera...! Era un pastorcito, o un hombre que vendía tomates por los pueblos, o un buey que volvía a su establo...

Valeriana no quiso que nos moviéramos hasta bien entrada la noche.

Entonces volvió a poner la albarda a Picio, a cargarle con las alforjas, a subir yo con María Fuencisla y a montar detrás a Teresina.

Valeriana, siempre llevando el ronzal, tiró por la senda y caminamos en silencio.

Pronto las dos nenas están dormidas y Valeriana me dice que hasta más de media noche no llegaremos al Calvario de las Navas.

—Con tal de que Farruco llegue—dijo dos veces.

Y comprendo que está preocupada por el abuelo, pero que no quiere hablar de ello.

—No creo que le ocurra nada al abuelito—digo.

Pero Valeriana no contesta. Al rato dice:

—Vamos a rezar un Padre Nuestro para que Dios le dé lo que mejor le convenga.

—¡Mujer! Para que le suelten. Hasta pienso que hubiéramos hecho mejor en quedarnos.

—No. El señor ordenó que fuérais a buscar a tu padre...

Cuando al fin vemos a la luz de la luna blanquear las cruces de piedra que forman el Calvario de las Navas, Valeriana tira con fuerza del ronzal, haciendo avanzar a Picio más deprisa. ¡Qué sueño, Dios mío! Valeriana me ayuda a bajar y pone a Teresina, que está dormida, en el suelo, con la alforja por almohada, y la veo trajinar de acá para allá ordenándolo todo para pasar la noche. Yo, sentada en el suelo con María Fuencisla en los brazos, me duermo sin poderlo remediar.

Valeriana se sienta a mi lado, asegurándose antes con la mano de que no le surjan piedras y pueda acomodarse con confianza...

Luego me toma la niña de los brazos y dice:

—Pon la cabeza sobre mi regazo... Anda. Voy a taparte con la manta, que a la madrugada hace frío...

Y me duermo profundamente, guardada por esta mujer que en estos momentos me parece un amparo seguro y poderoso...

Me parece que he dormido mucho tiempo cuando me despierta el murmullo de palabras a mi lado. No abro los ojos y escucho. Es Farruco.

—A don Antolín se le llevaron a la cárcel, y a don Andrés y al señor Rodrigo, el de la farmacia... Pero no pude hablar con nenguno...

—¿Y no viste al amo?

—Como verle sí que le ví... a la madrugá cuando le llevaron a la Fuencisla...

—¿Pa qué?

—Pues... Mía mujer, no te lo quería haber dicho, pero no hay más remedio... Le llevaron a él y a don Antolín... ¡La cabeza del amo asomaba por encima de toos! ¡Qué alto era!

—¡Pero qué!

—Pues na... que les afusilaron allí... contra los acantilaos...

—¡Jesús!—Valeriana solloza ruidosamente...

—Ya no sirve de ná llorar... Yo estaba escondío y lo vi too... El señor dijo «¡Viva la libertad!» y toos dispararon.





III

MADRID, 25 DE JULIO

DESDE El Escorial hemos venido en un camión, de pie y apretados como botellas en una caja, y antes de llegar a Madrid nos han obligado a bajar y a continuar andando.

Valeriana lleva al hombro las alforjas y en el brazo la cesta que no ha dejado en todo el camino, a pesar de las protestas de los viajeros. Yo llevo en brazos a María Fuencisla, y Teresina corretea delante, muy contenta.

De cuando en cuando, descansamos.

—Pronto encontraremos a papá—digo a Valeriana—y llegaremos des-

cansadas a casa de tía Julia... porque allí es seguro que encontraremos a papá.

Pero subimos por la Cuesta de San Vicente, llegamos a la Plaza de España, y ya no podemos más... Valeriana ha dejado las alforjas y la cesta en el umbral de una casa, y dice mirando alrededor:

—¿Es esto Madrid?

—Sí... ya estamos en el barrio de Palacio...

—Mu puerco está esto pa tener la capital tanta nombradía—dice gravemente.

Es verdad. Los árboles de la plaza están como si hubiera pasado por ellos un huracán, y el suelo cubierto de ramas rotas, de hojas caídas, pero no secas—¡estamos en pleno verano!—, de papeles, de libros y de pedazos de plomo.

Tomo uno y me lo pongo en la mano.

—Es una bala.

—¡Suelta eso!—dice Valeriana, asustada.

Una mujer con un chico, que ha venido con nosotros en el camión, se acerca y nos explica lo ocurrido.

—Allí está el Cuartel de la Montaña y le han tomao el otro día... Dicen que se encerraron dentro las tropas y los oficiales, y desde dentro disparaban. Pero los paisanos con cañones y con fusiles desde fuera les hicieron hincar el pico... Murieron achicharraítos como chinches... a algunos los arrastraron por aquí.

—¡Pobres!—se lamentó Valeriana.

—¡Qué pobres ni que ná! Cochinos, digo yo—gruñó la mujer—. ¡Traidores, más que traidores, que se beben la sangre de los pobres!

—Pero ¿cuáles tienen razón?—preguntó Valeriana.

Y Teresina y yo atendemos también, deseando ponernos del lado de la justicia.

—¿De dónde sale usted, señora?—pregunta con sorna la otra mujer—. El pueblo es el que tié razón...

Y luego se va calle arriba con su chico agarrado a las faldas, y aún se vuelve a mirarnos.

—¿Seguimos?—pregunto a Valeriana.

En Ferraz encontramos un tranvía que va a la Puerta del Sol y subimos.

Teresina está encantada y cambia dos veces de asiento con gran desesperación de Valeriana que teme por todo. María Fuencisla tiene sueño y lloriquea:

—¡Y hambre también debe de tener la cordera!—se lamenta Valeriana, y continúa—. ¿Falta mucho para llegar a esa casa a donde vamos?

Con el cobrador ocurre un tropiezo. La faltriquera de Valeriana está allá hundida entre los refajos, y con la alforja y la cesta, es difícil llegar hasta ella.

—¿Dice usted que son tres perras gordas? Pero la niña es pequeña y no paga ná.

—Sí paga porque tiene más de tres años.

—Mía qué sustancia... pero no ocupa más lugar que una de tres. Está muy delgá.

Todo se arregla porque un hombre grita desde la plataforma:

—Menos conversación y más UHP.

No sé qué tiene eso de magia que el cobrador pasa de largo sin cobrar, y ya hemos llegado a la Puerta del Sol.

¡Qué calor! Es mediodía y el asfalto se hunde bajo los pies. Aquí vamos a esperar el tranvía de Goya. Valeriana vuelve a decir que ha pasado un huracán por la ciudad. La calle de Preciados está levantada y los raíles del tranvía al descubierto... la tierra cruje bajo los pies en las anchas aceras, y todo está sucio y empolvado...

Sólo se ven obreros y mujeres con la cabeza al aire y tipo de artesanas. Las tiendas tienen los cierres a medio echar y todo es de un aspecto sucio y sórdido...

—¡Qué Madrid de mis pecados!—dice Valeriana con desilusión...

Hay muy pocos coches y los que pasan van desatinados, como manejados por quien no sabe, y por las ventanillas asoman los cañones de los fusiles.

En las plataformas de los tranvías también van obreros con fusiles apuntando hacia la calle...

—¿Quién puede más?—dice de pronto Teresina—. ¿Pueden más los del tranvía o los otros?

Valeriana me dice al oído:

—¡Yo me creo que hay aquí revolución también!

—¡Claro, mujer! Ya nos lo han dicho en El Escorial...

—¡Qué brutos son los hombres!—gruñe—. ¡Pero qué brutos, Señor!

Ya venía el tranvía y subimos. ¡El calor es horrible! Trato de bajar la cortinilla de mi ventana, por donde entra el sol y el cobrador me detiene.

—Está prohibido...

—Es que la nena se ahoga de calor. ¡Mire cómo suda!

—Déjala que sude, eso no le hace daño...

El tuteo del hombre me molesta como un insulto, pero no protesto. ¡Si me encontrara a alguna de mis antiguas compañeras del Instituto! Debo parecer una obrerita con su madre que viene del pueblo. Y no sé por qué me pongo colorada...

¡Qué viaje hemos hecho! Cinco días hace que salimos de Segovia aquel amanecer...

Un golpe seco y un grito me sacan de mis pensamientos. Campanillazos y el tranvía se para. Dos hombres bajan a otro empujándole.

—Ha sío un tiro—me dice Valeriana al oído—. No digas ná. ¡Mía que abujero ha hecho en el cristal!... ¿Llegamos pronto?

Llegamos al fin y bajamos con todas nuestras impedimentas. Sólo yo sé el camino y voy delante con María Fuencisla de la mano, que trata de seguirme con sus pasitos desiguales.

La calle, casi solitaria, me parece otra que la que yo dejé hace poco más de un año...

Aquí es...; la puerta del portal está entornada, y al abrirla, el fresco que sale del interior nos conforta...

Llamo al timbre, que suena fuerte, y tardan en abrir. Al fin se abre la mirilla:

—¿Quién?

—¿Está doña Julia Gálvez?

—¿Quién llama?

—Celia... dígale que es Celia...

Cuchicheos detrás de la puerta y la voz de tía Julia:

—Abre la puerta, Mari, que es mi sobrina... Abre...

Y ya están todos en el recibimiento, y la tía mirándome asombrada.

—Pero ¿a qué venís en medio del verano? ¡Jesús, qué locura! ¡Y con las criaturas y todo...! ¡Bueno está Madrid para andar con viajes!

La beso, aunque su asombro, y hasta su disgusto, me cohíben...

—Nosotros, en cuanto pasen estas cosas, nos vamos a la tierra a pasar el verano... Tengo los baúles hechos. Pero ¿a qué habéis venido? Tu padre no te espera ni mucho menos. Le he cambiado mi casa de Chamartín por la que teníais en la sierra, y anda arreglándola para el invierno... Lo que es que con estas cosas...

La tía Julia no nos manda pasar, ni siquiera sentarnos, como si tuviera todavía la esperanza de que nos vayamos.

—Pero, tía, no teníamos más remedio que venir... Ya ves: hemos venido en el burro hasta El Escorial.

—¡Jesús!... como gitanos. ¿Por qué no habéis tomado el tren?

—No hay tren, tía...

—Mire, señora, por nosotras no ha de tener quehacer—tercia Valeriana—, que en cuanto nos diga dónde está mi señor nos vamos con él...

—¡Su señor!—la tía se sofocó de rabia y se dirigió a mí—. Tu padre es un loco y esta mañana se ha ido a la sierra con la escopeta de caza de Gerardo. Dice que por allí andan los fascistas... ¡Quién le meterá a él en lo que no le importa!

—Bueno, señora—volvió a insistir Valeriana—, por nosotros no se disguste, que dormimos en cualquier parte, y de las criaturas me encargo yo... y si es por el gasto, yo tengo mis ahorros...

La tía no le dejó continuar:

—Cállese, mujer, que parece usted una taravilla. Aquí nadie ha hablado de gastos ni de molestias, sino de que hubierais hecho mejor en quedaros en Segovia donde está todo tranquilo y mandan las gentes de orden... Don Juan Antonio estará asustado sin ustedes.

—El señor ya no nos necesita—dijo Valeriana sordamente—. Lo han afusilao.

—¡Dios mío!

Teresina me tira de la falda y me mira con sus ojos redondos como interrogándome.

—Nada, tonta.



Ya en el gabinete de la tía, Valeriana se suelta el pañuelo negro de la cabeza que le debe de dar un calor insufrible y descubre sus canas, un poco despeinadas...

—Tía, las nenas están sin tomar nada desde ayer.

—¡Y vosotras!

—Nosotras no importa.

Tía Julia, pasado ese primer choque del momento, que no comprendo bien, se deshace en manifestaciones de cariño.

Pronto está la mesa del comedor dispuesta, y en la habitación fresca y entornada comemos servidas por María, la criada, y yo me quedo dormida profundamente en una butaca junto al balcón.

* * *

Han pasado ocho días y la vida se ha normalizado, se ha hecho igual y apacible. Valeriana se pasea por las tardes con María Fuencisla en brazos y Teresina agarrada a sus faldas, por la acera sucia y llena de tierra, sin alejarse mucho de la puerta. El primo Gerardo, a quien el primer día no vi, ha aparecido sin decir de dónde venía y está siempre encerrado en su habitación. Tía Julia y yo cosemos y hablamos junto al balcón. La tía quizá sabe lo que ha ocurrido en Segovia, pero yo no lo sé y posiblemente no lo sabré nunca, como no sé lo que ocurre en Madrid.

Por las noches oigo descargas y tiros aislados, gritos algunas veces, y carreras desatinadas que pasan debajo de los balcones y se alejan, dejando algo trágico en el aire.

—Esta mañana había tres hombres fusilados en esos desmontes de la esquina—me ha dicho tía Julia—. Yo no sé lo que va a pasar... Todo por no tener creencias ni fe en Dios...

Durante las horas de calor las niñas dan guerra en casa y yo no sé cómo distraerlas para que no molesten. Tía Julia duerme su siesta y el primo Gerardo parece malhumorado.

—Tenéis que dormir, hijas—digo a mis hermanitas—. Tenéis que dormir.

Y algunos días lo consigo a fuerza de acurrucarme en la mecedora del comedor con María Fuencisla en los brazos, cantando a media voz todo lo que se me ocurre...

En la calle el silencio es casi absoluto y sólo interrumpido por el paso de los tranvías. Por entre las persianas veo la calle inundada de un sol rabioso, como fuego, que hace arder las aceras empolvadas.

¡Esto es la revolución! Yo me había figurado las revoluciones con muchedumbres aullando por las calles, hombres subidos a los árboles y a las farolas pidiendo cabezas; banderas y oradores que gesticulan en los balcones... Tal vez todo eso lo he visto en algún cuadro de la revolución de Francia... Aquí hay silencio, polvo, suciedad, calor y hombres que ocupan el tranvía con fusiles al hombro... pero que en lugar de atacar parece que nos defienden de un enemigo misterioso y oculto debajo de la tierra... No se trabaja en las edificaciones ni en las obras de la calle... tal vez tampoco se trabaje en las fábricas... Los obreros se han ido a la sierra a luchar contra los fascistas o andan por las calles con el fusil preparado. ¿Quiénes son los que por la noche fusilan? Y ¿a quién fusilan?

De estas reflexiones me saca un inusitado chapoteo en el cuarto de baño... Llena de temor, dejo a María Fuencisla dormida en el sofá del comedor, lo que me lleva bastantes minutos, por el temor de despertarla, y acudo a ver qué hace Teresina...

Desde la puerta del pasillo la veo, muy atareada con el grifo del baño.

—¿Qué haces, nenita?

—¿Sabes? ¡Se me va...! ¡Mira, mira, cómo se va...!

Lo que se va por el sumidero es una corbata de Gerardo, que puedo salvar agarrando una punta... Es colorada y se ha desteñido terriblemente, tiñendo el agua de color de rosa.

—Pero ¿qué haces, tonta? ¿Qué estás haciendo?

Teresina, afligida, y metiéndose los puños en los ojos:

—¡Estaba lavando las corbatas de Gerardo! Dijo que estaban sucias...

Una sospecha me vino:

—¿Las corbatas? ¿Dónde está la otra?

—¡Se ha ido por ahí!—dice Teresina.

—¡Pero niña! ¡Estás tonta, querida! Yo creo que estás tonta... ¿Tú sabes lo que va a decir la tía...?

Suena el teléfono, suena y suena sin que acuda nadie... Ya voy yo con la corbata que parece escurrir sangre, cuando oigo a la tía Julia que habla:

—Sí, aquí es... ¿El camarada Antonio? Don Antonio Gálvez, querrá usted decir... ¡No, no es igual! Yo soy su hermana... ¿Qué? ¿Del Hospital Militar? ¿Cómo? ¿Herido? ¿Que está herido?... ¡Dios mío, qué locura!... ¿En la habitación 22 del pabellón central? ¡Jesús! Pero ¿es grave?... ¡Señor, Señor!

La tía deja el teléfono y me mira, pálida.

—A tu padre le ha atravesado una bala el pulmón... Vamos, hija... vamos al Hospital... ¡Qué barbaridad!





IV

EL HOSPITAL MILITAR DE CARABANCHEL

Todas las mañanas a las ocho y media tomo el tranvía en la Plaza Mayor. ¿Dónde están los jardines y el caballo de bronce con Felipe IV? Parece que un terremoto ha desgarrado el suelo, levantando la tierra y convirtiendo la plaza en un desmonte polvoriento y sucio.

No llevo sombrero ni boina y voy vestida con la batita de percal que me hice en Segovia, y alpargatas. En una bolsa de hule llevo todo lo necesario para pasar el día en el hospital.

Todo el mundo va mal vestido, tal vez por no desentonar con la sucie-

dad de las calles, o porque nos hemos convertido en pobres gentes. No sé bien.

El tranvía sale de la plaza a la calle de Toledo que recorre toda hasta el puente sobre el Manzanares. Al llegar allí, todas las mujeres miran hacia el río y cuchichean señalando con el dedo una orilla. Yo también miro pero no sé qué es lo que atrae su atención. Un hombre dice brutalmente:

—Hoy hay más de cien besugos—y todos se arriman.

—¿Dónde? ¿Se les ve desde aquí?

—Ayer había doce.

—Yo no los vi.

La conversación se hace general. Comprendo, al fin, que se refieren a los fusilados de la noche.

Todos miran puestos de pie, y yo también me levanto a mirar... Sí, allí veo un montón oscuro... Distingo el blanco de las caras. ¡Cuantísimos, Dios mío!

—¡Bien muertos están!—dice una mujer gorda, cruzando sonriente las manos sobre la barriga cubierta con delantal a cuadros.

—Son fascistas... Chupadores de la sangre del pobre.

Al entrar en la carretera de Carabanchel, dos obreros con fusiles y una obrera con correaje militar nos hacen bajar del tranvía.

—A ver. Documentos.

Yo enseño mi tarjeta del Hospital, mi cédula y el carnet de estudiante. Uno lo mira y se lo enseña a sus compañeros deletreando con trabajo.

—Pueden seguir—dice bien poseído de su importante misión que cumple honrada y enérgicamente.

Una noche, al volver a Madrid, he visto a estos mismos o a otros, que nos hacían enseñar los documentos, decir a uno de los pasajeros:

—Tú no puedes continuar el viaje. Ven con nosotros a declarar ante el comisario.

Y el hombre palideció tanto que me dio miedo. Allí se quedó con ellos cuando nosotros subimos al tranvía. El conductor dijo:

—Ese ha hecho las diez de últimas.

Una mujer se rió, pero fue una sola. Los demás continuamos el viaje en silencio y tan sombríamente como si volviéramos de un entierro.

En general se habla ahora poco en los tranvías. La gente prefiere callar sus pensamientos.

En cuanto comenzamos a subir la cuesta de la carretera de Carabanchel, puestos de pimientos, tomates y lechugas la alegran como flores, y hasta parece que no está pasando nada...

Cuando los dejamos atrás, aparece a trechos el campo árido, amarillo y seco, del que viene olor a rastrojos y también un repugnante hedor a carne putrefacta.

Al llegar a un punto del camino dice el cobrador:

—Hospital Militar.

Y yo me bajo, porque allí comienza la carretera que termina en la puerta del Hospital. Un tranvía hace el recorrido, que apenas dura cinco minutos, pero como no hay más que un coche, que va y viene, y el conductor suele detenerse a echar un trago de cuando en cuando, ocurre que el tranvía tarda en llegar y prefiero hacer a pie el corto camino.

Ahora, por esta calle del suburbio de casitas bajas, tabernas, merenderos y tiendas indefinibles, el hedor a carroña se hace más intenso.

—¡Peste!—oigo decir a una mujer que se aprieta las narices con los dedos—. Si no entierran pronto a esos de la cuneta nos va a dar un tabardillo...

Debe de haber fusilados por aquí cerca... No quiero pensar en ello, pero al pasar por una taberna oigo decir:

—Son los fusilaos de anteayer que están aún en la zanja... Ya podían echarles un poco de tierra...

Pero ya estoy ante la verja que rodea el Hospital. Siempre hay muchos coches en esta plazoleta...

El zaguán grande y fresco me reconforta del calor del camino. Hombres del pueblo con fusiles y correaje, a los que ahora se llama milicianos, hacen aquí una guardia misteriosa. Hay más de veinte, sentados o paseando, y seis u ocho mujeres, también milicianas, con pistola al cinto.

El conserje, gordo y uniformado, habla con ellos. A él le enseño mi tarjeta y me deja pasar... ¡Qué hombre odioso se me ha hecho! Ya diré luego por qué.

Al pasar del zaguán al jardín siento ya el olor a desinfectantes. Están

regadas las flores y limpias las aceras y la escalinata. Es como estar en otro mundo.

Papá está en el piso primero. Ya me espera mirando a la puerta, sentado con cuatro almohadas a la espalda para respirar cómodamente.

—¡Papaíto mío! ¿Qué tal la noche? Te traigo unos polvos efervescentes que saben a limón para preparar refrescos riquísimos... y los periódicos y camisón limpio.

Todo lo voy poniendo sobre la cama y papá me acaricia la cabeza, pero mira con ansiedad el periódico...

En cuanto lo abre comienza a indignarse.

—¡Tenían ayudas esos traidores, tienen ayudas!—grita.

Pero yo estoy ya acostumbrada a sus indignaciones y a sus alegrías y desesperaciones, y preparo la palangana para lavarle las manos y la cara, peinarle y cambiarle el camisón sin atender a lo que dice.

Luego he de comenzar la lucha de todos los días para que traigan el hielo. Los enfermeros no quieren que se les incomode, o no hacen caso, o vienen renegando.

Los enfermeros... salgo a la galería, harta de tocar el timbre.

—No se moleste—me dice una señora que está a la puerta del cuarto de al lado—, no se moleste, que no vendrán... Desde que echaron a las monjas esto va manga por hombro... ¡No diga que yo se lo he dicho!—dice bajando la voz—. Ellas ya se sabe que no tienen carrera, pero tenían práctica y llevaban esto y bien... ahora... ya ve usted...

Al fin viene la enfermera que es una chica muy mona y muy pintada... parece de cine.

Después que papá almuerza, le dejo dormir y paso yo a una tabernucha que hay enfrente, porque en el Hospital sólo dan de comer a los enfermos. Allí, en unos cuartitos encalados, con suelo de tierra, dan almuerzos a los acompañantes de los enfermos del Hospital.

Y allí me he encontrado un día con mi amiga María Luisa, la que estudiaba conmigo en San Isidro. La madre está operada en el Hospital y ella la acompaña.

—Estás preciosa—me ha dicho—. Pareces otra.

También ella está guapa y nos hemos reído de nuestra traza de obreras.

Me ha contado que su madre y ella habían organizado una guardería para niños.

—Los padres se marchan al frente, no hay jornales, y las criaturas no tenían qué comer. No puedes figurarte qué bien está. Nos han dado un convento al final de Serrano, con jardines, biblioteca y juegos para los niños. Tenemos allí setenta. ¿Cuándo vas a ayudarnos?

Le digo que tengo aquí a mis hermanitas, a las que he de atender... y a mi padre en el Hospital.

—Pues tus hermanitas están mejor en la guardería. Allí hay leche de sobra, y buenos alimentos. Además, el jardín, que es una hermosura, y no pudiendo veranear, a las criaturas les hace falta aire...

Habla como una persona mayor:

—¿Cuántos años tienes?

—Dieciséis.

—Y yo, quince. ¡Qué horror! lo que está pasando, ¿verdad?

—Uf... no me digas. Yo estoy harta.

—Mis hermanos discuten de la mañana a la noche... Bueno, Jacinto, el mayor, está escondido no sé dónde... Era de Falange...

—¿Qué es eso?

—No sé... un partido o una sociedad, no sé... En cambio, Luis se ha ido a la sierra con un fusil... Te digo que están locos... y la pobre mamá sufriendo por todos... Pero cuéntame. ¿Has seguido estudiando? ¿Qué te haces?

Desde ese día he tenido un aliciente a la hora del almuerzo. María Luisa es monísima y no toma nada en serio. Es Madrid, el Instituto de San Isidro, Molinero, la calle de Alcalá, después de tanto tiempo... Pero no, no es lo mismo. Sólo un momento, mientras estamos juntas, me parece que nada ha cambiado...

Vuelvo al Hospital y enseño mi tarjeta al portero gordo y odioso... Oh, un día fue horrible lo que pasó.

Entraba yo como todas las mañanas, cuando gritó mirándome:

—Eh, rubia... ¡fuera!, no puedes pasar...

Yo dudé que se dirigiera a mí y continué.

—¡Que no pases, te digo!—y me sujetó por un brazo.

Los milicianos y todos los que casi llenaban el zaguán me miraron.

—¡Pero si yo vengo a cuidar a mi padre, que está herido!...

—¡Mentira! Suelta ahí tus productos—me dijo llevándome junto a una mesa—, échalos ahí...

—¿Qué productos?—yo no podía saber lo que quería decir aquel bárbaro.

—Tus productos... anda, anda. Deprisa, que no tenemos tiempo que perder...

Yo, roja de vergüenza, temblorosa y sin poder casi hablar, fui vaciando sobre la mesa el contenido de la bolsa de hule. Mi delantal blanco, el camisón de papá, el peine, la colonia, el periódico, la polvera, el *rouge*, los sobrecitos de polvos efervescentes...

—¡A ver, a ver eso!—gritó triunfante el gordo.

Se caló las gafas y leyó: «Magnesia efervescente con gusto a limón. Exquisito refresco por sólo diez céntimos.»

—No es esto... yo digo tus productos...

¡Dios mío! Pero ¿a qué le llamará «mis productos» este hombre? Vacié el contenido de una carterita que llevaba en el bolsillo.

—He cambiado diez duros al venir...

—¡No es ésta!—dijo un miliciano.

—¡Que la registren!... Compañero Marín, regístrala...

Un miliciano me empujó hacia la portería y me hizo levantar los brazos, palpándome todo el cuerpo.

—¡Ese Victoriano! No haga usted caso, compañera...

Salí otra vez al zaguán.

—No tiene nada, compañero.

—¡Pero si no es ésa!—volvió a decir el miliciano de antes—. Si no es ésa la que vende...

—¡Ah, no es!—dijo el portero—. Bueno, recoja eso y entre... Es que viene una rubia como usted a vender a los oficiales heridos... ¡A vender lo que no debe!

Yo no sé qué entendí en todo esto y en las miradas de todos, pero la vergüenza me hacía arder los ojos, y apenas me sostenía sobre las piernas cuando crucé el jardín, subí la escalera y entré en la habitación de mi padre.

—¡Ay, papá! ¡Ay, papaíto!



¡Qué susto se llevó!

—¡Hija mía! ¿Qué te pasa? ¿Qué te han hecho?

Cuando se lo conté quería avisar al director, al capitán general, al Presidente de la República, ¡qué sé yo! Acabé riéndome.

—Pero papaíto, no pierdas la cabeza, que no me ha pasado nada. Ha sido una equivocación y nada más...

María Luisa se rió como loca al mediodía.

—En cambio, yo me estoy timando con el miliciano de la puerta. Le he dicho que estoy sirviendo, que mamá es mi señora y que mis padres viven en Galicia... ¡Tú no sabes qué bien hago de criadita! ¡Vamos, compañero, no seas pasmao...! Por él he sabido que en el Hospital hay un general que se hace el enfermo para que no le maten... El otro día le querían sacar en una caja de muerto, pero éstos son muy vivos y se dieron cuenta...

—¡Qué horror! ¿Y le matarán?

—Mira, hija, yo en esas cosas no pienso, porque si le das vueltas pierdes la alegría, y no, ¿sabes?, no. Esta tortilla a la francesa está riquísima, ¿no te parece? Y luego he encargado un bistec... todo tiene sabor, hasta la revolución.

Así es todos los días y hasta le voy encontrando sabor al verano, como dice María Luisa. Mi batita de percal está bien limpia y las alpargatas son nuevas. Me veo graciosa en el espejo... y se me va pasando la inquietud de los primeros días.

Esta mañana, al entrar en la habitación de papá, encuentro la cama vacía.

—¡Pa... pá! ¿Dónde está papá?

Salgo aterrada a la galería... No veo a nadie... Hago sonar el timbre sin cesar.

Al fin aparece una enfermera.

—¿Qué tripa se le ha roto para armar ese escándalo? ¡Ah, su padre! Se lo han llevado al quirófano para sacarle el agua de la pleura... Está bien. Lo traen ahora. Y no es menester hacer tanto ruido para llamarle a una, me creo yo...

Le traen a mediodía muy pálido pero tranquilo y animoso. Lo acuestan y al verme asustada, se ríe.

—Si estoy bien, boba. Justamente es lo que me hacía falta. La bala no tocó el pulmón por suerte; sólo rozó la pleura y se me había hecho agua... Dice el doctor que antes de ocho días podré irme a casa.

Sin embargo, no le dejo leer y cuando viene el primo Gerardo no le dejo hablarle.

—¿Por qué has venido? —le pregunto asombrada.

—Ha preguntado mi madre esta mañana y le han dicho que le han operado hoy...

Papá nos oye aunque hablamos bajito.

—¡Ah, eres tú!—dice abriendo los ojos—. ¡Tú eres de los otros!

—Chitss—dice Gerardo, que mira asustado la puerta entreabierta.

Papá insiste en que es de los otros, y Gerardo acaba por enfadarse.

—Lo que pasa es que no soy un iluso como tú—dice—. Yo sé que el pueblo es pueblo, que es lo mismo que decir masa, y que la masa necesita unas manos que la modelen para ser algo...

—¡Ya lo creo!—dice papá, indignado—. Es masa porque no le habéis enseñado a leer... Hace muchos años, cuando se discutían en el Congreso los presupuestos de la enseñanza, un diputado dijo: «Ese pueblo, al que escatimáis la cultura, mandará un día en la Nación y os cortará la cabeza.»

—Sería otro iluso como tú... Por saber leer no dejan los pueblos de ser masa... Cuando entre ellos surge un cerebro, se eleva por fuerza natural y deja de ser pueblo...

La discusión sobre la masa y la lectura y la barbarie comienza a elevarse de tono y papá se sofoca... A mí unas veces me parece que tiene razón papá y otras creo que es Gerardo...

—Ese pueblo al que defiendes—volvió a decir el primo—está fusilando hombres de ciencia, frailes, bibliotecarios, señores sin otro pecado que ser señores...

—¡Mentira!—chilló papá ahogándose—. ¡Mentira! Y si fusilan tendrán razón: quedáis aún demasiados traidores...

El primo sale dando un portazo y papá se abandona sobre las almohadas, casi desmayado. Le pongo un paño de agua fría en la cabeza, le doy a oler su pañuelo empapado en colonia... Al fin puede hablar:

—¡Que no vuelva... por aquí... ese... ese...!

—Bueno, papá, bueno... ahora vas a descansar...

Cierra los ojos y yo me siento junto al balcón entornado... ¿Quién tendrá razón? ¡Pero es horrible haber llegado a esto...! Fusilan a todo el mundo... se matan en la sierra, todo es suciedad, polvo, palabrotas, malas maneras...

También yo he debido dormirme porque al abrir los ojos se ha hecho muy oscuro... Abro las persianas del balcón... Papá sigue con los ojos cerrados como si durmiera.

Del jardín viene un airecito de atardecer... un aire fino como agua clara de sierra... Hay grupos de milicianos por el patio, entre las enfermeras de delantales blancos y los médicos con un bonete blanco también. Van entrando más milicianos. Nunca hasta hoy había visto milicianos en el patio. Hay un rumor de muchedumbre que va en aumento. De pronto oigo un grito:

—¡Ahí viene... ya le traen!

Corre la gente... Veo pasar por debajo del balcón un apretado grupo de hombres armados y entre ellos uno grueso que viste un pijama a rayas azules y es un poco calvo...

Todos siguen, de cerca o de lejos, a ese grupo que desaparece por la esquina con un rumor de voces.

—¿Qué es?—pregunta papá abriendo los ojos.

—No sé... mucha gente...

—Está aquí el general López Ochoa, el que sofocó la revolución de Oviedo... ¿Será...?

Los patios se han quedado vacíos... Anochece. El cielo, que era rosado hace un instante, se apaga poco a poco...

De pronto, algo así como si descargaran un carro de piedras se oye muy próximo.

—Es una descarga de fusilería—dice papá—. ¡Le han fusilado!

Un médico que cruzaba el patio se detiene un momento al oír el ruido y vuelve sobre sus pasos.

Papá quiere que me vuelva a Madrid en seguida. Es preciso que tome el tranvía antes de que sea de noche completamente...

Al dejar el Hospital silencioso veo el zaguán vacío de gente, y al traspasar la verja, una muchedumbre sale por uno de los lados del edificio

siguiendo a una mujer que lleva algo colgando de la mano... como una pelota grande.

La muchedumbre silenciosa me envuelve durante unos instantes, luego me sobrepasa y al fin me quedo atrás, por la calle de la taberna, que ya tiene sus luces encendidas.

Oigo decir palabras sueltas al pasar:

—¡Llevaba la cabeza en la mano!

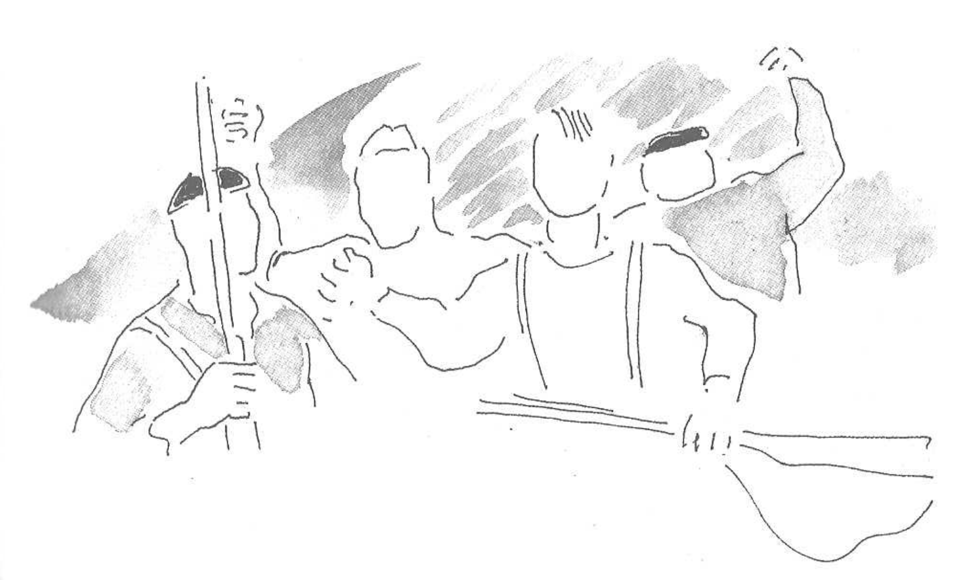
—Se la lleva para que la vean...

—Era la cabeza de López Ochoa...

—¡Canalla, qué crimen hizo en Oviedo!

Se oye cantar a los grillos... el sutil viento de la sierra trae un olor nauseabundo al pasar por estos campos.

Me tiemblan un poco los pies al subir al tranvía.





V

LOS PASEOS EN MADRID

Al volver a casa por la noche siempre me espera Valeriana detrás de la puerta, que abre antes de llamar.

—¿Y el señor? ¿Cómo ha pasado el día? ¿Qué ha comido? ¿Qué dice? —pregunta.

Las niñas ya están acostadas y entro a verlas. Duerme Teresina con el puñito apretado contra la cara en actitud reflexiva, como es ella... ¡Rica mía! La chiquitita, toda destapada, tiene la boquita sonrosada y blanda porque se ha dormido con el biberón...

—¿Se han portado bien?

Valeriana me asegura que han sido dos ángeles.

—¡Corderas! No las hay más buenas ni más obedientes... pero ¡claro! están desazonás con este calor...

Tía Julia, sentada a la mesa del comedor, lee en su libro de misa. ¡Cómo se ha desmejorado en estos últimos tiempos! No parece ella. En cuando me ve, comienzan las quejas de mis hermanas:

—¡Dos demonios! No me han dejado vivir en todo el día... ¡Como si fueran pocas las preocupaciones que tengo...! ¿Sabes que han dado el paseo al señor Miranda? ¡Es horrible! ¡Esto no es vivir! ¡Dios mío!

El señor Miranda es el vecino del principal y la tía me hablaba de él muchas veces.

—¿Cómo? ¿Qué paseo?

Me explica: los milicianos, que se han apoderado de todos los autos, se presentan en una casa, llaman al dueño, o a los hijos, les invitan a dar un paseo, les llevan a las afueras y les fusilan en un descampado.

—Pero ¡eso no puede ser!

—Pues es. ¿No me has contado tú misma que todas las mañanas hay muertos a las orillas del río?

—¡Es verdad! Pero yo creía...

—Ay, hija, tú como estás con el loco de tu padre todo el día, no te imaginas lo que está pasando... A un sobrino de María Orduña le dieron el paseo anteanoche... luego su madre fue esta mañana al depósito y allí le encontró ¡como un pajarito!

Callamos las dos. Yo prefiero que no me hable de esto porque siempre insulta a papá... y no..., yo creo en papá, yo sé que él tiene razón siempre, y que si él defiende a los milicianos es porque la justicia está de su parte...

En cambio, esa María Orduña es el elemento cómico de todas las conversaciones y yo las provoco porque es lo único que hace sonreír a la tía. Esa señora es sorda como una tapia.

—Su hijo Antonio—me dice la tía—le ha dicho que queme todas las banderas monárquicas...

—¿Tiene banderas esa señora?

—No seas boba, hija. Tiene, como casi todo el mundo, las colgaduras que se ponen en los balcones al paso de las procesiones... bueno, que se ponían, porque desde que la maldad y la falta de religión...

—Sí, sí, tía, sigue...

—Bueno, pues Antonio le dijo que las quemara... Resulta que María tiene más de veinte metros de tela de bandera, porque, como sabes, su casa es de esquina y tiene los balcones corridos, y como es tela fuerte y buena, María no quiso quemarla sino que la metió en lejía, imaginando que se iba a volver blanca y podría aprovecharla para sábanas... Pues, hija, resultó que los colores eran muy sólidos, y que de la lejía salió más encarnada y amarilla que nunca, y ella la tendió a secar en el patio... ¡Figúrate! El portero subió a decirle que por Dios la quitara porque le iba a buscar un disgusto.

—¿Y ella?

—Pues dijo que no la quitaba porque la tela se tenía que secar... Ella misma me lo ha contado por teléfono.

—¿Esas cosas habláis por teléfono? Mira, tía, me ha dicho María Luisa que los teléfonos están intervenidos...

—Ya lo sé, ya... pero cualquiera detiene a María Orduña cuando se pone a hablar... y como por teléfono oye perfectamente...

Y la tía imita la voz de su amiga:

—¿Sabes? Estos bribones están matando a todo el mundo. No creen en Dios, ¿sabes? Han declarado el comunismo y se van a repartir las mujeres. Tocan a cuatro, no a siete como decían antes... porque se han debido morir muchas mujeres; con eso de conservar la línea, no comen y ¡claro!... Yo les digo a mis hijos: «Ya podéis esconderos, ya, que como os vean vamos a tener qué sentir», ¡¡¡pero no me hacen caso!!!

Nos reímos un poco y tía Julia parece olvidarse un momento de sus angustias...

Valeriana pone el mantel y los platos y nos servimos la sopa.

A las dos cucharadas, tía Julia deja la cuchara en el plato y llora.

—¡Pero tía!... anda, come, no seas así. ¿Le ocurre algo a Gerardo?

—No le he visto hace tres días... ni sé dónde está... ¡Si quisiera Dios llevarme!

He sabido que Gerardo pertenece a ese partido o sociedad de que me habló María Luisa. Los milicianos se han incautado de la casa donde celebraban las reuniones y de los ficheros, y así, con los nombres y los domicilios de todos, se los llevan uno a uno... ¡y les dan el paseo! Gerardo debe estar escondido y, según me ha dicho la tía, cambia de lugar cada noche.

Hoy al llegar me ha dicho la tía, mirando a la puerta del escritorio:

—¡Ha venido! Dice que no puede más y que prefiere que le encuentren aquí... no le ha visto nadie, ni el portero...

Mientras tía Julia pasa al cuarto de Gerardo un plato de sopa, yo entretengo a María, la criada, en la cocina explicándole un guiso. De pronto me dice:

—¡Si se figura la señora que no sé que está aquí su hijo, está fresca! Lo que ocurre es que una es prudente y se calla... pero mi novio es policía, y si yo le dijera...

—¡Pero no le dirás na!—interviene Valeriana, que estaba con las nenas, que hoy no pueden dormir—. ¡No le dirás ná! Que hay que ser agradecía al pan que se come.

—¡Si me dan de comer es porque me lo gano con el sudor de mi frente, que bien me explotan los cochinos burgueses!

Las dejo discutiendo y me voy al comedor a advertir a la tía.

—Sí, hija, sí, ya me lo tengo tragado, que esa mujer va a ser nuestra perdición. Le he dado mi vestido de seda negro, y los zapatos de charol, y la caja de medias de seda que me regaló Gerardo este invierno... y por eso ha estado razonable unos días... pero como ve que ya no tengo cosa que le guste...

Me quedo aterrada ante la confesión de la tía. ¡A dónde ha llegado! De pronto, tía Julia se levanta y va a su cuarto. Luego la oigo discutir en la cocina...

Valeriana viene a llevarse la sopa y trae una fuente de espárragos. Está muy seria y no habla. Yo le pregunto qué pasa en la cocina.

—No sé ná... ni quio saber tampoco. Too son pecaos contra Dios.

Cuando vuelve, la tía parece más tranquila.

—Le he dado mi alfiler de brillantes...

—¡Pero, tía...!

—¿Qué quieres, hija? Tengo que salvarle. Entre tanto, pueden llegar los otros... los de Franco. ¡Dios bendito lo haga!

El primo ha seguido en casa sin salir de su escritorio más que durante la noche, cuando todos estamos acostados...

Cuando le cuento a papá lo que pasa con María, me dice:

—Eso, hija mía, es inevitable. Siempre hay gente mala que aprovecha las desgracias para sacar partido... pero ten en cuenta que la educación y la cultura modelan el cerebro y le dan una moral... Esas pobres gentes, golpeadas y maltratadas por una sociedad que les niega todo, devuelven mal por mal... ¡serían ángeles si no lo hicieran!

—Pues ya ves, Valeriana...

—Valeriana es un caso de bondad natural, de vocación, de dedicación... un cerebro perruno...

Pobre Valeriana, ¿qué sería de nosotros sin ella?

Papá, silencioso, reacciona de repente y dice con una decisión que me hace estallar en carcajadas:

—De todos modos, en cuanto ganemos la guerra, me iré a casa de Julia y tiraré a su cocinera por el balcón... y a sus medias de seda y a su alfiler de brillantes.

Esta noche me despierto de pronto, asustada. Oigo hablar a tía Julia como si rezara en alta voz. La luz del pasillo está encendida. Me pongo la bata sobre el camisón y antes de llegar a la puerta entra Valeriana con un dedo sobre los labios:

—¡Han venido por el señorito Gerardo! Son de la CNT, milianos... no salgas.

—Sí, sí...

Desde el pasillo, por la puerta de escape, entro en la alcoba, donde hay tres milicianos que me miran con curiosidad. Uno lleva en la cabeza una piel de zorro plateado a modo de gorro, con la cola del zorro colgándole por la espalda.

La tía, en medio del gabinete, lee la recomendación del alma a Gerardo, a quien no veo... y la voz de la tía suena entera y terrible como una voz profética:



Sal de este mundo, alma cristiana, y vuelve a tu Creador, que te formó de la tierra...

Uno de los milicianos se ríe y hace señas a los otros de que está loca.

La voz de la tía me produce un escalofrío por la espalda, y una angustia de náusea en el estómago:

Recibe, Señor, a tu criatura, que siempre te ha servido y creído en Ti.

Entonces oigo un rumor. Es Gerardo que contesta:

—Amén.

—¡Compañera!—dice con voz ronca el miliciano que está más cerca de mí, dirigiéndose a la tía—. Compañera, ya hemos esperado bastante, y no podrá decir que no somos condescendientes.

Salen todos, y también la tía... que continúa rezando, ya en voz más débil:

Salva, Señor, su alma y llévala a la Gloria Eterna.

—Amén.

Ya está en el recibimiento, ya abre la puerta de la escalera, ya baja...

Requiem Aeternam... Dale, Señor, el descanso eterno...

—Amén.

La voz de Gerardo sube por la escalera. Valeriana y yo miramos a la tía, que contempla, como hipnotizada, al hijo. Se oye cerrar, con un portazo, la puerta de la calle, por donde ha desaparecido, y la tía no se mueve...

—Tía... vamos adentro... ¡Tía!

No me contesta; creo que no me ha oído:

—Tía.

—Vamos, señora—dice Valeriana—. Vamos... Dios lo ve too, señora, y El nos ampara a toos.

La voz de la tía, que ahora suena rota y ronca:

—No puedo...

Parece que se va a caer, y Valeriana la sujeta.

—Ayúdame, Celia...

Entre las dos la llevamos en vilo a la cama. Valeriana, que no pierde nunca la serenidad, va y viene, abre el balcón, pone una silla junto a la cama y se sienta dispuesta a pasar la noche.

—Vete a acostar, Celia... aquí no haces ná y mañana tiés que madrugar pa irte al Hospital...

Casi no sé cuándo me he acostado porque debí quedarme dormida inmediatamente... abro los ojos y ya entra el sol por el balcón.

Valeriana prepara el desayuno en la cocina.

—Tu tía se ha ido en cuanto amaneció... No la he podido sujetar... Dijo que se iba al Depósito a ver si estaba el señorito Gerardo y a hacerle el entierro. Yo me hubiera ido con ella, pero no podía dejarus solas... La María se ha ido también... dice que se iba porque aquí somos toos... no sé qué.

—Fascistas habrá dicho.

—Eso... ella sí que es una perra sin corazón... ¡Pero déjala, déjala, que too se paga!... ¡Pobre señorito! ¡Y pobre de mi señor, que era un santo del cielo! ¡Y too por ser eso que dices...!

—No, Valeriana, no. Gerardo, ¡pobre!, yo no sé si era fascista, pero puede que sí... el abuelo era todo lo contrario...

—Es lo mesmo... a toos los afusilan por esto o por lo otro. ¡Madre mía de la Fuencisla, a qué tiempos hemos llegao!

Llego al Hospital y no me atrevo a contarle a papá lo que ha ocurrido en casa. Cabalmente hoy está loco de alegría con las noticias que traen los periódicos.

Cuando bajo a almorzar en la tabernucha encuentro a María Luisa. Hoy está también su padre; un señor muy simpático, que se conmueve con mi relato de la noche.

—Lo mejor es no hacer comentarios, hija mía. A tu primo lo habrán fusilado o no... ¡quién sabe! Tal vez esté en una checa.

Me explica que «checa» se llama a las prisiones que han establecido los comités comunistas o anarquistas, donde llevan a los prisioneros para juzgarles...

—Pero ¿tienen Tribunales?

El padre de María Luisa, o no sabe nada, o prefiere no hablar de ello, porque cambia de conversación y se muestra muy ocurrente y chistoso tratando temas de tiempos normales. Es teniente coronel retirado, y se fueron a vivir a Galicia, donde tienen la casa de los abuelos y donde casarán a María Luisa con el boticario.

Con todo esto, me voy animando y se me pasa la angustia de la noche... ¡Pobre tía Julia, qué susto se ha llevado! Gerardo estará preso... y hasta es posible que me lo encuentre en casa al volver...

Vuelvo de noche y en la puerta de casa, sentada al borde de la acera, me encuentro a Valeriana con la nena dormida en brazos y Teresina sentada a su lado.

—¿Qué hacéis aquí?

—No te asustes... es que... ¿Tú conoces a alguien donde podamos pasar la noche?

¡Dios mío! Mi cabeza se niega a comprender lo que ha pasado, y necesito que Valeriana me lo explique varias veces. Tía Julia encontró a Gerardo en el Depósito, perdió la cabeza; gritó, insultó, y se la llevaron... no se sabe dónde... a mediodía vinieron unos milicianos y registraron la casa llevándose todos los papeles.

A Valeriana le dijeron que abandonara la casa inmediatamente porque la iban a dejar sellada por orden del juez...

—Con ellos venía la María, que es la que decía dónde guardaba el señorito sus papeles y dónde tenía la señora las alhajas y el dinero... y ella fue la que me dijo lo que le ha pasado a la pobre señora... ¡que más valía que Dios se la llevara cuanto antes!

—¡Válgame Dios!

Sentadas en el borde de la acera, somos un triste espectáculo. Teresina me acaricia la cara viéndome llorar. ¡Dios mío! Pero como el tiempo urge, por las niñas...

—¿Habéis comido hoy?

—Sí... me bajé la leche... y toa la ropa vuestra en la alforja... y una miaja e pan para mí... Hemos estao con los porteros, pero él dice que no quiere compromisos y por eso nos hemos salío afuera...

Mientras habla Valeriana me acuerdo de la guardería de María Luisa... Al final de Serrano...

—Vamos, Valeriana. Creo que por esta noche tendremos donde dormir y mañana veremos. No está lejos.

Yo delante, con Teresina de la mano, y Valeriana detrás, con María Fuencisla en los brazos, recorremos las calles apenas iluminadas por algún farol...

Por Diego de León bajamos a Serrano y entramos en una parte de la calle sin tiendas, de grandes hoteles y jardines y árboles que oscurecen las aceras absolutamente.

Suenan tiros casi al lado, y Valeriana se detiene y me llama:

—¡Celia...!

—Sí, ya he oído. Vamos al centro de la calle para que nos vean... Nadie va a tirar sobre nosotras. ¡Compréndelo, mujer!

Mis palabras me reaniman y seguimos.

—Allí hay un hombre—dice Valeriana, señalando una esquina.

Es un miliciano y me dirijo a él.

—¿Podría decirme dónde hay por aquí un albergue de niños?

—¡Ahí mismo!—dice el miliciano señalando un edificio que se ve en alto y cuyas luces brillan entre los árboles—. Estoy yo de guarda de noche en el albergue.

El nos acompaña. Subimos una escalera estrecha desde la calle y nos encontramos en un frondoso jardín. Por una gran puerta de cristales sale luz, y gritos de chicos, y allí nos dirigimos.

Están comiendo en largas mesas tal vez cien criaturas de todas las edades. De pronto veo a María Luisa que viene hacia mí.

—¡Pero chica! ¿A estas horas?

Le cuento nuestra situación... Valeriana, tranquila hasta ahora, está llorando hilo a hilo con mi hermanita en los brazos.

—¡No llore, mujer!—dice María Luisa—. Aquí se quedarán. Arriba hay una habitación con tres camas que está aún desocupada. Vamos.

La casa es un verdadero palacio. Gran escalera de mármol blanco, hermosas habitaciones que fueron salones de recibo y ahora son dormitorios de todos estos niños... Una habitación con mirador al jardín, con tres ca-

mitas y dos sillas, y Valeriana recobra inmediatamente su energía y actividad.

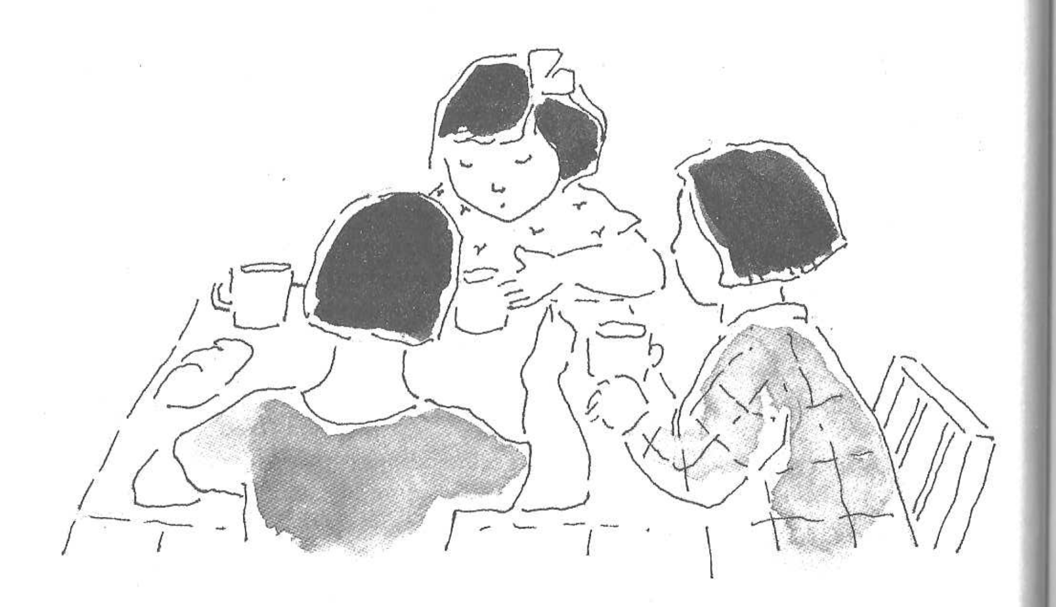
Pronto la habitación se transforma en nuestra vivienda y María Fuencisla continúa su sueño de ángel.

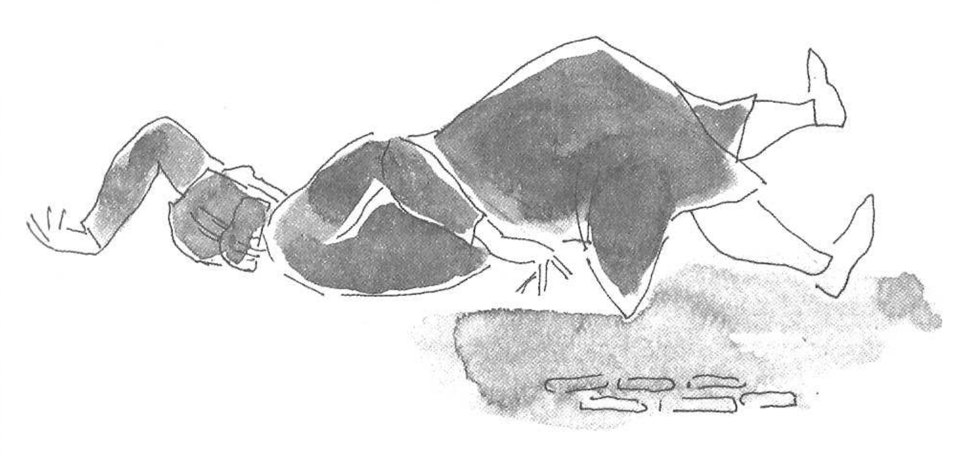
Teresina me dice al oído:

—¿Es ésta ahora nuestra casa?

—Sí, querida mía. Ahora vas a tomar tu sopa y a dormir...

—Oye—insiste—. ¿No nos echarán de aquí también?





VI

EL ALBERGUE

Un estruendo cercano me despierta. Escucho un instante, oigo hablar y luego el motor en marcha de un auto. El coche se aleja y vuelve el silencio... ¡Qué calor!... Por el balcón abierto veo las estrellas en el cielo azul profundo...

Me duermo... Otra vez me despierta el estruendo; Valeriana me dice desde su cama:

—¿Has oído?

—Sí... y otra vez, antes, igual.

Las dos salimos al balcón. Oímos hablar y el zumbido del motor... Luego

el auto que se va... Lejos se oye una descarga de fusilería y algunos tiros sueltos después...

—¡Tiros!—dice Valeriana—. Siempre tiros... No saben hacer otra cosa más que matar...

De madrugada nos dormimos y en cuanto comienza a amanecer me levanto para bañarme antes de levantar a las niñas.

En el jardín me encuentro a María Luisa, que ha pasado la noche de guardia. Está muy pálida y con ojos de sueño.

—Menos mal que hoy podré dormir en casa, porque traemos a mamá del Hospital... ¡Dan unas noches estos chicos! ¡Las noches Myrurgia, como dice Laurita! Algunos se hacen pis en la cama y hasta algo más. ¡Te digo!

Luego le hablo del estruendo de la noche y de que Valeriana y yo nos hemos despertado varias veces.

—Ven conmigo y verás...

Salimos al jardín, que está fresco a esta hora, y me lleva junto a una tapia. La tapia me llega a las rodillas, pero por el lado que da al campo está a más de tres metros del suelo.

—Mira abajo—me dice.

Me asomo... ¡Jesús! Hay cuatro hombres caídos en diversas posturas. Uno como si estuviera de rodillas y se hubiera caído de cabeza. Otro encogido, con una mano en el vientre.

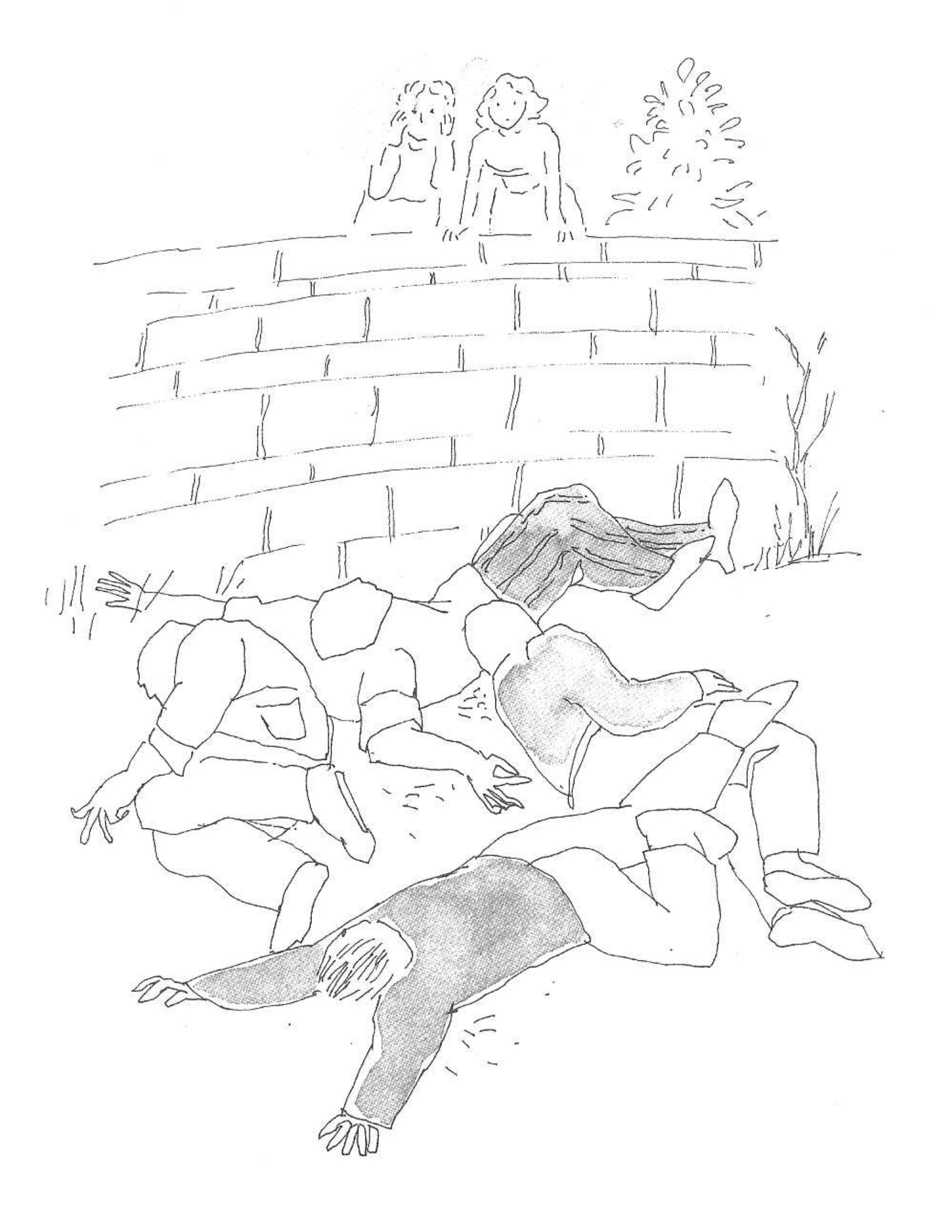
—Son los fusilados de esta noche... Vamos al otro lado... en la tapia que da a la calle...

Allí hay sólo uno, con los brazos abiertos en cruz...

—Ven ahora. Vamos a avisar al Depósito para que vengan a recogerlos antes de que se levanten los niños... Como alguna noche estarás de guardia, conviene que aprendas esto... No hay que descuidarse... El otro día no estuve yo aquí y cuando vine por la tarde los niños se acercaban a decirme:

—¿No sabe, señorita? Había unos fascistas muertos junto a la tapia y les entraban las hormigas por las narices. ¡Qué risa! Porque las criaturas son crueles...

Hemos llegado a la cabina del teléfono que está junto a la puerta de entrada, y María Luisa llama con desparpajo, señalando en el disco del aparato los números que están escritos con tiza en la pared:



—Albergue de Serrano... Muchos, no, cinco... Pero en estos desmontes debe de haber más porque se han oído muchas descargas esta noche. Sí, compañero, cuanto antes, porque a las siete levantamos a los niños... el Albergue de Serrano... Salud, compañero...

Luego de bañarme, vuelvo a encontrar a María Luisa, muy atareada sacando toallas.

—Si me quisieras ayudar a bañarles... Hoy estoy sola con Fifina ¡y es una tarea!...

En los dormitorios huele como en las jaulas del Parque Zoológico... Los chiquitines con sus pijamas azules se desperezan al abrir las ventanas y pronto comienzan a tirarse las almohadas y a armar un ruido endiablado.

—Yo no me quiero bañar...

—Ni yo.

—Ni yo...

María Luisa y Fifina, que es una chica rubia de más de veinte años, friegan a los chicos de dos en dos, y hasta de tres en tres, en la enorme bañera. El agua está sólo templada y los pequeños gritan de frío.

Yo baño a los chiquitines en el lavabo, donde caben muy cómodamente aunque tengan seis años. Luego de bien jabonados y restregadas las orejas y las rodillas hasta con estropajo (el agua sale oscura y espesa como chocolate), los vamos envolviendo en toallas y encargando a ellos mismos de secarse. Con este procedimiento muy pronto están bañados cerca de sesenta.

Los mayores se bañan solos en otro cuarto de baño, y salen a pegarse en el pasillo, desnudos y chorreando agua.

Una señora que no conozco sube la escalera con fatiga.

—Es Margarita—me dice Fifina, y nos presenta—. Aquí tienes esta señora que viene a hacer camas... Luego conocerás a Rosario, la doctora, que se ocupa de la salud de los chicos.

—Hija, todas hacemos lo que sabemos y lo que podemos...

Valeriana y la chiquitina ya se rebullen en nuestro cuarto. Teresina está encantada con el jardín que mira desde el balcón.

—¿Podemos bajar, Celia? Di, ¿podemos bajar? ¿Me dejarán hacer casitas de tierra? ¿Hay aquí muchos niños? ¿Es esto un colegio como el de Segovia? ¿Por qué nos hemos venido a vivir al colegio?

Yo explico a Valeriana:

—Los ruidos de esta noche eran fusilamientos. Están aquí. Cuida de que las nenas no vean nada... Se los van a llevar en seguida...

Valeriana, sin decir nada, se persigna con la cruz del rosario que lleva en la faltriquera.

—¡Dios los haya recogido en su gloria...!

—Yo me voy ahora, antes de ir al Hospital, a ver a María Orduña, la amiga de tía Julia, a ver si sabe algo... Se me ha ocurrido que en la Guía de Teléfonos deben estar las señas... Cuida a las niñas, y de que coman, y come tú... ¿Necesitas dinero? Papá me dio ayer quinientas pesetas.

—Sí, hija... mesmamente tenemos dinero cuando no sirve pa ná.

Salgo cuando dejo a Valeriana y a las niñas tomando café con leche en el comedor, donde se desayunan cien chicos bajo la mirada severa de doña Margarita, que ata baberos, parte el pan y limpia narices con su mismo pañuelo sin darse un instante de reposo.

María Orduña vive en la calle de Ayala. Al bajar de Serrano veo abierta la Iglesia del Cristo de la Salud. Por la calle hay escombros y las aceras están llenas de pedacitos de molduras doradas... Bajo mis pies, una cosa redonda se aplasta... ¡es una cabecita de ángel de algún retablo!... Un confesonario a la puerta sirve de garita a un miliciano.

Subo a casa de la señora de Orduña, y una criada de delantal blanco me pasa al salón tapizado de terciopelo rojo...

Y ya venía María, que es una señora alta, gorda, blanca, siempre sonriente y sorda como una tapia.

—¡Conque han fusilado a Julia y a su hijo!—me dice a voces, sin perder su alegría—. Hija, esto es el fin del mundo. Yo ya lo dije cuando ganaron las elecciones los malos. ¡Ahora éstos matarán a las gentes honradas! No me quisieron creer, y éste es el resultado.

Le digo a gritos que no sé dónde está la tía, que si ella sabe...

—No hay que llorar, hija, que eso no sirve para nada... ya pronto entrarán las tropas de Franco y se arreglará todo... Creo que vienen hacia acá. Claro que ellos también van a fusilar en cuanto lleguen... A tu papá, que es un loco como mi hijo Enrique, le fusilarán en seguida, no te quepa duda.

Grita mucho y temo que la oigan desde la calle. Me precipito a cerrar el balcón...

—Eres como mi marido, siempre se cree que me pueden escuchar.

Vuelvo a querer hacerme oír, pero es inútil. La señora me escucha siempre sonriente, me da palmaditas maternales y vuelve a insistir en lo mismo:

—Siempre lo dije... y en Barcelona es igual... También mandan los malos, así que todo anda manga por hombro. No te habrás desayunado, ¿verdad? Pues ahora mismo te voy a dar...

Digo que sí, que sí me he desayunado, que no quiero tomar nada.

—Justa ha hecho hoy unos churros riquísimos... y vas a probarlos, no tienes más remedio.

Hace venir a Justa, que trae en seguida una bandeja con una taza de café con leche, pan y una lata de manteca salada.

—¡Ay, hija, en qué tiempos has llegado! ¡No hay manteca fresca, ni carne de lomo, y hasta creo que ya no hacen pasteles! Es terrible tener que sufrir estas privaciones a mi edad... Todo está desquiciado. Las gentes no tienen religión ni temor de Dios... Figúrate que ahora los lutos duran tres meses... Cuando yo era joven, el luto del padre duraba diez años... ¡Diez años con el manto hasta los pies y sin salir más que a misa! Luego sí, luego ya se podía una poner un cuellecito blanco, de esos tan monos de encaje que hacen tan bien, y unos puñitos... y así se iba aclarando el luto poco a poco...

Miro el reloj y me levanto. ¡Son las diez!

—¡Me voy al Hospital!—le digo al oído casi a gritos, y esto sí lo entiende.

—¡Ah, sí, al Hospital, donde está el loco de tu padre! Bien puedes decirle que se deje de quijotadas y se vaya a vivir a su casita de Chamartín, que la pobre Julia se la había puesto como una tacita de plata con los muebles de la casa de la sierra.

Animada por el éxito, vuelvo a gritar:

—¿Qué ha sido de tía Julia? ¿Dónde está tía Julia?

—La habrán fusilado seguramente. ¿No ves que el hijo era de Falange? Otros locos. ¿A quién se le ocurre meterse en lo que no le importa? Iban ellos a arreglar el mundo, ¿no? Pues a dejarse de partidos y tonterías.

Mis padres vivían en Salamanca y nunca le dieron la razón a nadie cuando había huelgas. Y cuando la otra República, ellos...

Me sigue hasta la puerta contándome las huelgas de Salamanca hace cincuenta años, y como la idea de que hayan fusilado a tía Julia pone un nudo en mi garganta, me abraza maternalmente en la misma puerta de la escalera.

—¡Y no hay que amilanarse, querida! Ya sé que tú eres la madrecita de tus hermanas y tienes que imponer tu buen juicio hasta a tu padre... que ha perdido la chaveta... ¿Oyes?, que ha perdido la chaveta.

Salgo a la calle irritada contra esta mujer que toma tan sin fundamento lo que nos ocurre...

Es tardísimo cuando llego al Hospital. Papá mira con angustia a la puerta y su cara se anima al verme.

—¡En fin, ya estás aquí!—me dice, como siempre que ha temido durante horas por mi causa.

¡Qué bueno es papá!

Me decido a contarle todo, lo de Gerardo, lo de tía Julia... que estamos en el Albergue...

Durante un instante cierra los ojos sin hablar y temo que se haya impresionado mucho. Me arrodillo junto a él.

—¡Papaíto querido!

Le acaricio la cara y papá besa mi mano... Dos lágrimas caen por su cara flaca... Hoy no quiere ver el periódico.

Por la tarde, ya más tranquilo, hablamos.

—Yo no había querido decirte nada, hija, por darte la sorpresa... Tenemos una casa en Chamartín que tu pobre tía Julia me cambió por la que teníamos en la sierra, y que era de mis padres... Como aquella casa estaba llena de recuerdos para mí porque a ella fuimos tu madre y yo al casarnos, Julia hizo trasladar casi todos los muebles a la de Chamartín... y está preciosa... ¡Quería yo darte la sorpresa, hija mía!

Me da la llave y acordamos que por lo pronto, y hasta que él salga del Hospital, seguiremos en el Albergue, y luego nos iremos juntos a la casa nueva.

—Tiene jardín y un pequeño estanque de piedra, y paseos, y árboles de

sombra. Lejos de la ciudad, será un refugio para nosotros... Ya verás, Celia, cuando acabe la guerra, que ganaremos, haremos venir a Cuchifritín de Londres, y tal vez volvamos a ser felices...

Papá no puede convencerse de que hayan fusilado a tía Julia, y yo le cuento mi visita de la mañana a María Orduña.

—Esa señora no puede saber... Estará detenida por ahí. ¡Qué sé yo!

—En alguna «checa».

—Mira, hija, eso de las checas deben de ser mentiras de las derechas y tú no debes repetirlo... Eso es una cosa rusa...

—Pues eso... Dicen que han venido de Rusia a dirigir la defensa y son los que...

—¡Pero no hagas caso, hija! No te hagas eco de las calumnias... ¡Qué disparate! ¡Qué desdicha verme yo en la cama...! Estoy seguro de que si pudiera andar por ahí encontraría a la pobre Julia ¡que tendrá un susto a estas horas...!

Me habló de la tía toda la tarde. Es su hermana mayor, y ha sido la madre para él y para tío Rodrigo desde que quedaron huérfanos cuando muy chicos.

—Muy religiosa, muy intolerante, muy áspera y dura, pero honrada, leal, desinteresada, bondadosa... con todos los defectos y las virtudes de esa España de Felipe II... ¡No, no puede haberle ocurrido nada a ella! Bastante ha sido que le hayan quitado al hijo... Y de veras lo siento, aunque nunca le quise... ¡Pobre Julia! Nos la llevaremos a vivir con nosotros...

Papá me da unas señas en su tarjeta para que vaya al día siguiente. Es una familia que vive en la calle de Ferraz y que seguramente podría hacer algo para encontrar a la tía...

Por la noche, al volver al Albergue, vuelvo a oír tiros en el último tramo de la calle de Serrano, y tengo miedo bajo la sombra de los árboles...

Toda la chiquillería está en el comedor. Teresina y María Fuencisla gritan al verme y vienen hacia mí. Están contentísimas. Han jugado en el columpio, han saltado a la comba, han corrido todo el día.

—Aquella niña se llama Nenuca—me dice Teresina— y es amiga mía. Me ha regalado un collar... Yo quiero regalarle un regalo muy bonito. ¿Me lo compras, Celia? Cuida de los chiquitines, de que no se peguen, y de

que no se hagan pis, ¿sabes?... Son muy malísimos y dicen cosas feas; además juegan a fusilarse... Levantan el puño y yo también. ¡Mira!

Levanta su puñito como ha visto hacer a los chicos...

—Y sabemos cantar la «ternacional», verás, ¡Anda, María Fuencisla! «Agrupémonos todos, en la lucha final...»

Mi hermanita desentona terriblemente, pero yo no quiero que ella sepa y diga todo esto...

—¡Valeriana! No dejes a las nenas solas. Mira lo que me está contando...

—No las dejo, no... He tenido que mudarlas dos veces porque se han puesto perdidas de barro con la manga del jardín; y he lavado y he planchado... También he tenido que ayudar en la cocina...

Encuentro en el vestíbulo a Rosario, la doctora, que es una persona muy distinguida y simpática; a Margarita, la señora que conocí esta mañana; a Fifina, y a otras dos muchachas que no he visto hasta ahora.

Con ellas está un hombre grueso, con barbas, vestido con pantalón azul de mecánico, y en el cinturón dos enormes pistolones... ¡Me recuerda a alguien! ¿Quién es?

¡Pero si es don Julián! A este señor le conocí en Santander, cuando estábamos con tía Julia y Gerardo. El también me conoce:

—¿Eres la chica de Gálvez? ¡Celia! ¿No te llamas Celia? ¡Qué casualidad, muchacha!

Verdaderamente, el señor está estrafalario con sus barbas y sus pistolas... Me dice que se va a afeitar, porque los tiempos no están para barbas. Le cuento que papá está en el Hospital y promete ir a verle. También le hablo de tía Julia:

—No sabemos dónde está... Si usted pudiera averiguar... A Gerardo lo fusilaron anteayer, y luego...

Don Julián parece que es persona importante, porque todos le piden algo para el Albergue. Hacen falta más sábanas, también algunos tónicos... Hay niños muy débiles...

A todo dice:

—Mañana, a las once, pasad por la oficina y extenderé unos vales... pero no sé si me vais a conocer porque pienso afeitarme—y ríe.

Se ve que por ahora lo que más le preocupa son sus barbas. Se va, luego de apretarme las manos y decir que está a nuestra disposición para todo...

—Y ánimo, muchacha. Estás pasando unos días malos, pero felizmente se van a acabar pronto...

Antes de acostarme hablo con Margarita, y me presenta a las dos muchachas. Una se llama Carmela y la otra Rosalía. Son las que se quedan de guardia esta noche.

Carmela es maestra.

—¿Cómo «halla» usted este «mísero» albergue?—me dice muy redicha.

—Muy bien... y nada de mísero... ¡Es un palacio!

—¡Oh, sí! Pero el moblaje no corresponde a la magnificencia del grandioso edificio... Hemos hecho lo que hemos podido, poniendo en ello nuestra fe en la causa del pueblo, pero hay deficiencias aún... que se irán subsanando con la experiencia...

Me azara esta manera de hablar en una chica joven.

Rosalía se ríe hablando de ella:

—¡Esa estúpida!—me dice—. Me ataca a los nervios...

Luego me habla de los niños y del sistema educativo.

—Aún no hemos empezado a organizar la enseñanza, pero hay que hacerlo en seguida, sobre todo para borrar el recuerdo de estos últimos días en sus casas... Margarita y yo estábamos hablando de eso. ¡Nada de alzar los puños y cantar la Internacional...! ¡Qué les importa a las criaturas todo eso!... Que jueguen, que se alimenten bien, que canten canciones populares... y que se les olvide que los hombres se matan unos a otros... ¿No te parece?

Ya están los niños acostados, y ahora estamos nosotras en el jardín hablando de nuestras cosas.

La noche es deliciosa, entre los árboles pasa la luz de la luna...

Oímos sonar el teléfono dentro y Rosalía corre a atenderlo. Me quedo sola. Hablan dos hombres en la escalera. Son los milicianos que hacen la guardia por la noche en el Albergue, guardándonos de no sé qué hipotéticos peligros.

La voz de Rosalía:

—Celia, Celia... Es a ti...

¡Señor! ¿Qué nueva desgracia será?

Al pronto no conozco la voz. Es María Luisa.

—Celia, Celia, ¿eres tú? Me pasa una cosa horrible... ¡Están registrando la casa desde las cinco de la tarde! ¿Me oyes?... ¡Se quieren llevar a papá y a mi hermano!... ¿Me oyes? Habla con alguien... tú conocerás a algún amigo de tu padre que responda por nosotros. Dile que venga... ven tú con él...

—¿Está tu padre en casa?

—No... no puedo explicarte... Va...

Se interrumpe la comunicación...

Rosalía me mira sin preguntar...

—Es María Luisa... Hoy han registrado su casa y quieren llevarse a su padre...

—¿Y qué puedes tú hacer?

—No sé... ¡pobre! ¡Y ella confía en mí!

De pronto recuerdo a don Julián y pido su teléfono...

—No te fíes —me dice Rosalía.

Marco los números en el teléfono y tardan mucho en contestar.

—¿Qué? ¿Quién es?—su voz.

—Soy yo, Celia Gálvez...

—¡Ah, buenas noches... ¿qué quieres, hija?

—No es para mí... es para María Luisa, ¿la conoce?

—Sí, querida, sí... Soy amigo de la familia desde hace muchos años... ¿Le ocurre algo?

—Sí, señor... Están registrando la casa desde esta tarde a las cinco y se quieren llevar al padre...

No dice nada, y continúo.

—¡Es horrible! La pobre está desesperada y me ha llamado... ¡Como sabe lo que ha pasado en casa!

Sigue el silencio.

—Si fuera posible ir y hablar con esos hombres y convencerles de que el padre de María Luisa es gente de izquierdas...

El silencio es tan grande al otro lado que pregunto:

—¿Me oye? ¡Diga!

—Sí... oigo—y el tono de la voz me espanta—. ¿Qué es lo que quieres que yo haga?

—¡Como usted está en cuestiones de esas de...! Conocerá gente...

—Estás equivocada... Los que hacen esos registros son personas que están al tanto de lo que ocurre en las casas... y... en fin, ya te digo, yo no puedo hacer nada... Estoy cayéndome de sueño y mañana tengo que madrugar. Salud.

Dejo el teléfono y miro a Rosalía sin moverme del sitio.

—¿Qué? ¿Te ha dicho que no puede hacer nada? ¡Es cobarde como una gallina!

Salimos al jardín otra vez y la luz de la luna me pareció espectral.

—¿Qué hacer?

Las voces de los milicianos que guardan la puerta me estremecen...

Llegamos hasta ellos.

—¿Estás de guardia, compañera?

—Yo no... es que...

—Es que no se acuesta porque está preocupada... La compañera María Luisa ha telefoneado que están registrando su casa...

—¿Quién es María Luisa?

—La morena, hombre—tercia el otro—. Esa chica que tiene el pelo rizado y que tenía un auto viejo donde traía a los niños... ¿No sabes?, que algunas veces venía con ella su madre...

—¡Ah! sí, ya sé quién es. Casualmente la otra noche que estuve aquí de guardia me trajo unas ciruelas de esos árboles...

—Pues están registrando su casa y se quieren llevar al padre...

—Bueno... pero ¿son de los nuestros? La chica, sí, ya sé, pero los padres... Porque hay gente que de la noche a la mañana se da vuelta a la chaqueta...

Yo les aseguro que son de izquierdas, que son gente buena, que los conozco desde hace mucho tiempo...

—Lo mejor será que den aviso a la Policía. Si el registro es indebido, o por gentes incontroladas, la Policía no lo va a consentir.

—¿Dónde se avisa a la Policía?

—Ahí...—me dice señalando el magnífico hotel de enfrente. Se ve luz por una de las ventanas—. Si quieres que te acompañe...

Cruzamos la calle. La puerta del jardín está abierta. El miliciano me va diciendo:

—Hace como ocho días que se ha incautado la Policía de este hotel... Vivían no sé qué pájaros aristócratas que volaron, o los liquidaron, no sé bien, y la doncella, que era novia de un policía, le avisó... y...

Una muchacha muy bonita abre la puerta:

—Aquí, esta compañera... quiere hablar al que esté de guardia...

Nos pasa a un salón iluminado con todas las luces de una araña de cristal. Un retrato al óleo con una hermosísima dama es lo único que veo...

—¿Qué os ocurre, compañeros?—dice un joven de aspecto simpático que se ha levantado de una butaca al vernos entrar.

—Aquí, la compañera, dice...

Expongo el caso un poco embarulladamente. Mientras, llegan otros dos hombres con la joven, que me escucha con cortesía...

—Dices, compañera, que se llaman Peña de apellido... ¿No tienen un hijo que le llaman Tito?

—Sí, creo que sí...

—¡Ah! Pero si fuimos compañeros en el Comercial... Tan buen estudiante como yo. Ninguno estudiaba un pitoche... ¡Pero si ese chico es de izquierdas!

Deciden acompañarme. El miliciano se vuelve al Albergue, y yo bajo al garaje con dos de aquellos muchachos.

Cuando salimos, ya en el coche, se asoma a la ventana del piso bajo el primero con quien hablé:

—¡Oíd... que miréis bien lo que hacéis! Si son de la CNT los que registran... ni una palabra más... Mucho cuidado, ¿eh?

—Sí, sí... ya sabemos...

Por el camino vamos en silencio... Uno dice de pronto:

—Cuando ganemos la guerra, vamos a tener que hacer una limpieza... Cuidao que se ha echao a la calle gentuza...

El otro calla...

La puerta del piso de mi amiga está abierta y en el recibimiento se

amontonan libros y maletas como en una mudanza. Un miliciano de innoble aspecto, al cruzar el pasillo, se detiene a mirar.

—¿Qué quieren aquí?

—¡Policía, compañero!

—¿De qué se trata? ¿Alguna denuncia?

—¡Pst! ¡Son monárquicos...!

En una habitación de la entrada está María Luisa sentada en la cama, y enteramente desencajada y pálida. Me mira y no dice nada.

—¿Y tu padre?

—No sé... No ha venido... Le habrá avisado el portero...

—¿Y tu madre?

—A mamá se la han llevado al piso de abajo. Yo no he querido ir... Prefiero verlo todo.

—Ha venido la Policía—digo.

—Es igual... No harán nada...

—¿Tus hermanos?

—A Carlos se lo han llevado ya...

Salgo al recibimiento donde los dos policías hablan con un miliciano lleno de correas y con una pistola enorme colgando.

—Son monárquicos... Os lo digo yo que he encontrao un libro que lo dice...

—¿Cómo?

—Por ahí está—dice señalando al montón que hay en el suelo—. Este... ¿qué dice aquí? El viz-con-de-de-Bra-ge-lo-ne... ¡Bien claro está!

Los policías asienten, sonriendo.

—Se han llevado a Carlos—les digo—. El hermano mayor.

—¡Ah, sí!—dice el miliciano—. Se le llevó el compañero Arrieta... ¡Es fascista el niño!

—¿Pero...?

—No, por el pronto, no; para hacerle cantar. Se le han llevado a una checa...

Vuelvo al cuarto de María Luisa.

—Oye... a tu hermano no le ha pasado nada... le han detenido, nada más.

—Es igual... le matarán... —De pronto dice en un arrebato:

—Y si se llevan a mi padre, me tiro por ese balcón...

Le aprieto las manos... están heladas en esta noche de calor...

La Policía me llama.

—No tenemos nada que hacer aquí, compañera. Si quieres te llevamos al Albergue...

Yo tampoco puedo hacer aquí nada, y pienso que fuera podré recurrir a alguien.

Nos vamos. La Castellana está solitaria a estas horas. Una mujer que sale de las sombras de los árboles nos hace señas para que paremos, pero la Policía no le hace caso...

Ya subimos hacia Serrano. Es noche de luna, veo el edificio del Albergue iluminado de luz azulada. De pronto el coche se para. El que conduce dice en voz baja al otro:

—Es mejor que no pasemos ahora. Van a dar el paseo a alguien.

De pie, veo un trozo de la tapia del jardín iluminado por los focos de carretera de un auto... Junto a la tapia se mueven varios hombres... luego sólo queda una mujer vestida de negro... Su cara se confunde con el fondo iluminado... Súbitamente, una voz llega hasta nosotros: es la mujer que reza:

—Dios te salve, María, llena eres de gracia...

La descarga acaba con la voz y la mujer cae en dos veces, como un muñeco sin goznes...

—¡Dios, Dios, Dios!—digo.

—¡Chitss!—hacen los policías.

Continuamos. Al pasar junto al coche de los asesinos que se pone en marcha, dicen:

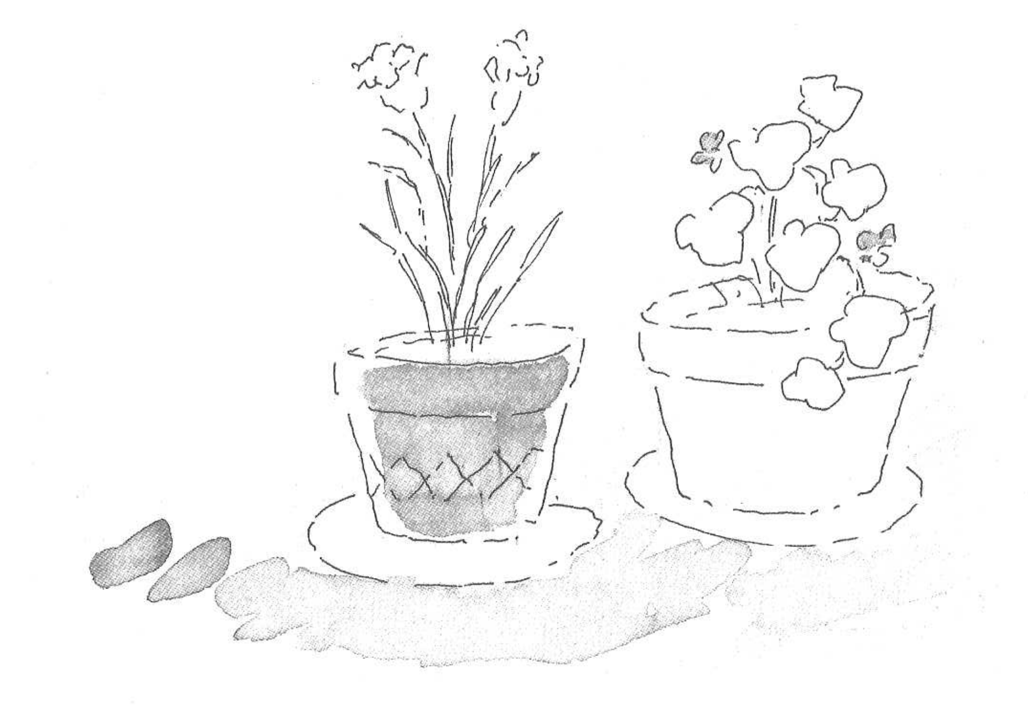
—Salud...

Me dejan en la puerta, pero cuando voy a bajar, el ruido del motor de un aeroplano me hace levantar la cabeza. Casi al mismo tiempo, un estallido espantoso... y luego otro, y otro...

—¡Están bombardeando Madrid!—dicen.

—¡Era lo único que faltaba para empeorar las cosas...! ¡Qué desatino! Esta noche esos bribones van a fusilar a medio mundo...

Subo al jardín. Por delante de la luna pasa una nube gris que se hace blanca al pasar... En ella se destaca la silueta del aeroplano...



VII

CHAMARTIN DE LA ROSA

PAPÁ está mejor y quiere ir a casa. ¿Cómo llevarle sin taxis?

En una casucha cerca del Hospital hay un cartel que dice «Comité Anarquista de Carabanchel» y a la puerta suele haber siempre coches.

Me decido a entrar. Un hombre de aspecto patibulario está sentado junto a una mesa donde hay una botella de vino y un vaso.

Le digo que tengo a mi padre herido en el Hospital y que no sé cómo llevarle a casa.

—El compañero presidente es el que puede proporcionar coche para el

traslado de heridos, pero ahora no viene... anda resfriado... Si quiere ir a su casa, aquí están las señas.

Hoy por la mañana salgo más temprano que de costumbre para ir a la calle de Argumosa, donde vive el compañero presidente.

Es una casa con pobreza, de escalera carcomida, que huele a cocido y a cloaca.

Me recibe una muchacha de mi edad, muy seria, con aire de dignidad, arreglada para salir.

—Mi padre no está, pero vendrá en seguida. Ha ido a cortarse el pelo aquí abajo. Pase a la sala.

La sala es una habitación con un balcón a la calle. Está abierto, con persianas viejas de madera echadas por encima de la barandilla, y macetas en el suelo. Claveles en flor, blancos y rosas, geranios y albahaca. Todo recién regado.

—Siéntese, compañera.

En lo que ha dicho «sala», que es una habitación pequeña, hay una mesa de comedor, un sofá y un armario de espejo... La muchacha me observa un minuto; luego dice:

—¿Viene por alguna recomendación?

Le digo lo que deseo.

—Sí... pues en cuanto venga papá le dará una nota para el comité. Le traen loco con tanto jaleo de comités y presidencias... ¡Como es muy conocido en el barrio!... y honrao y querido de todos...

Me dice que su padre es anarquista porque no está conforme con los gobiernos, con ninguno, que sólo sirven para «chupar». Las naciones sólo deben tener un cuerpo administrativo y nada más. Ella también es anarquista desde que oyó hablar al compañero Muñoz en un mitin... y eso le ha costado pelearse con las amigas... que casi todas se han hecho comunistas.

—Y tú, ¿de qué partido eres, compañera?

Le digo que no soy de ninguno. No entiendo de política. Mi padre es republicano y siempre está hablando de eso... Antes en casa jamás se decía nada de política, ni de guerras, ni de revolución, ¡pero ahora...!

—¡Como que es mucha nuestra responsabilidad, compañera!

Ahora comprendo su aire diferente.

Llega el padre, que es un hombre bajo y flaco, con el pelo casi blanco, y la mirada digna de su hija.

Hablamos y se pone a escribir a lápiz trabajosamente.

—Todo lo que necesite puede pedirlo a los compañeros del Comité... y cuando estén en su casa, si en algo puedo servirles, no tiene más que decírmelo... para eso estamos, para ayudarnos unos a otros y conseguir juntos la «vitoria» que no tiene ya que tardar...

Vuelve a escribir. De pie como estoy, miro alrededor. Sobre el sofá hay un uniforme.

—¿Es usted Guardia Civil?

—¡No, compañera! ¿Lo dice por el uniforme? Es de uno que le dimos anoche el paseo... y me he traído eso por si le sirve a la chica para hacerse algo para el invierno...

El papel con garrapatos presentado en el Comité me proporcionó un coche inmediatamente. Papá, mi papaíto, sube conmigo y apoya la cabeza en mi hombro...

Valeriana nos espera en la casa de Chamartín ¡que yo no he visto! La cocinera del Albergue acompañó ayer a Valeriana a abrir la casa. Vino haciendo aspavientos:

—¡Asús, mujer, qué casa más maja de too! Es como una caja de caramelos toa forrá. ¡Qué sillones y qué mesa reluciente y qué armarios, y qué aparadores, y qué too! Te digo que es como estar en la gloria, ¡y de cacerolas...! Mira que en casa de tu abuelo no faltaba de ná... pero ¡claro! ya estaba usao y requeteusao... y aquí está todo como si lo sacaran de la tienda...

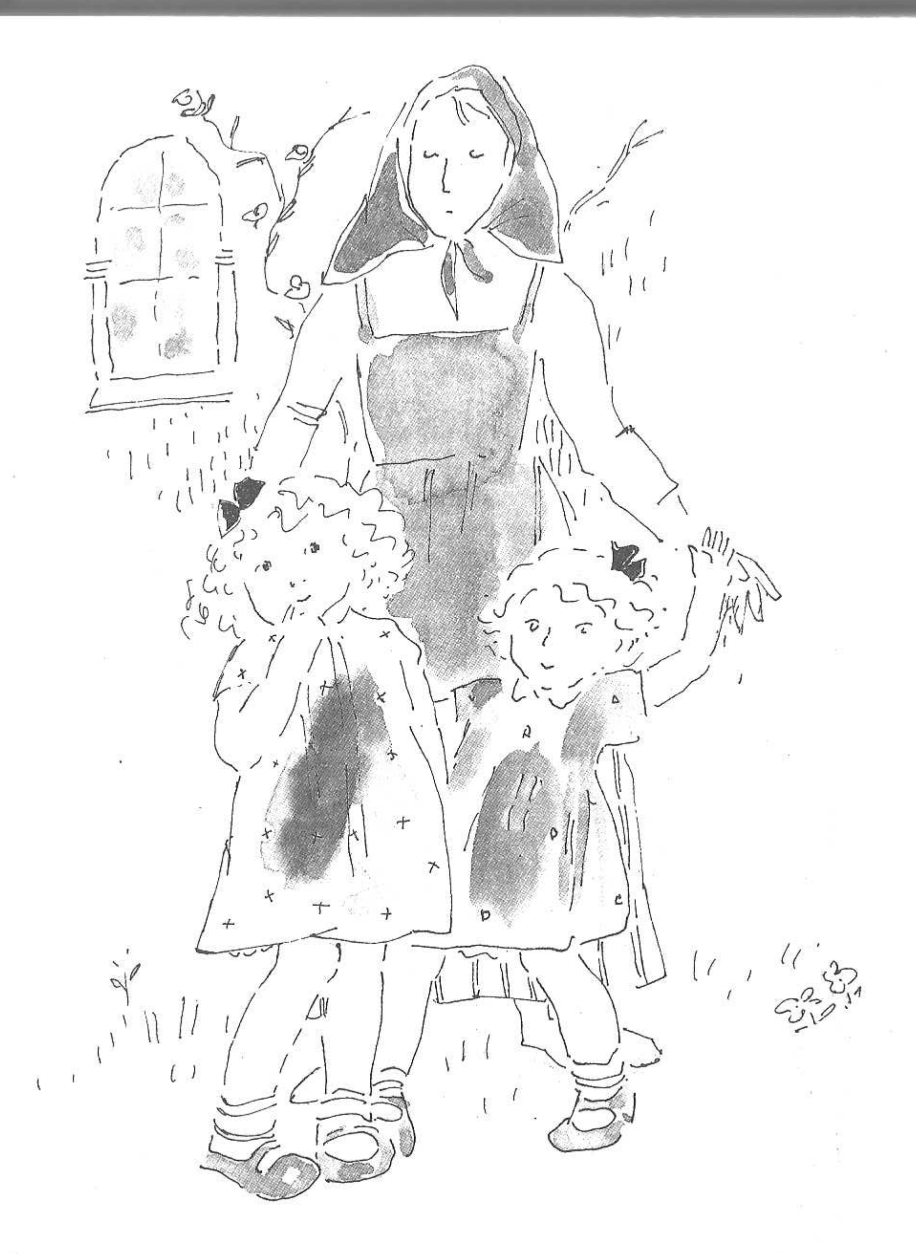
—No he tenido tiempo, papá, no he tenido tiempo de ir a ver la casa...

La Castellana llena de sol, el Hipódromo... la Colonia de la Prensa... luego el canal con sus álamos... tierra amarilla... jardines descuidados... El coche deja el camino de Chamartín y entra por una carretera. Al fondo, cerrando el horizonte, la Ciudad Lineal......

—Aquí... siga a la derecha—dice papá—. La última casa de la esquina.

¡En la puerta está Valeriana con las nenas! Teresina comienza a hablar antes de que bajemos del coche:

—...y hay un estanque muy hondo que no se le ve el fin... y si se cae



dentro María Fuencisla se ahoga... Ha dicho Valeriana que tendremos pollitos...

—¡Es como volver a vivir!—dice papá, pero tiene lágrimas en los ojos.

¡Cómo no pensar en tía Julia!

¡Dios mío, qué casa...! ¡Pero este retrato es de mamá!

—Sí, hija... tu madre, cuando nos casamos...

El comedor, con las paredes tapizadas de tela aterciopelada, los muebles de roble, y el retrato de mamá pintado al óleo en un marco ovalado...

—¡Si está aquí la «Santa María»!

En el *hall*, que es grande y tiene grandes sillones, está aquel barco que mis padres encargaron cuando yo era chiquita...

Arriba, los dormitorios... mi cunita de niña, los cuadritos que yo pinté calcándolos con papel de seda de las ilustraciones de un libro... ¡El armario de caoba de mamá! Papá, sentado en un butacón, me mira:

—Todo esto se lo debemos a la pobre Julia, que lo ha conservado como reliquias... ¡Con qué ilusión amuebló la infeliz esta casa...!

Pero papá reacciona ahí en seguida:

—Bueno... lo único irremediable es lo de Gerardo... a tu tía la veremos aparecer en cualquier momento. Afortunadamente, a las mujeres no las fusilan...

Yo no me atrevo a decirle que está equivocado. Los días siguientes soy tan feliz que casi olvido los horrores que nos rodean.

Papá continúa en la cama porque la fiebre no desaparece. Valeriana trabaja de la mañana a la noche, limpiando y fregando. Las nenas y yo pasamos las horas en el jardín...

Todos los días descubrimos algo. Ellas están como en una casa encantada... En aquel rincón, tapada entre los jazmines, hay una conejera... El estanque tiene un sumidero en el lado de la pérgola... la puertecilla chica de la escalera da a una buhardilla enorme... la parra del rincón tiene uvas.

—¡Pero están verdes, Teresina! ¡No se pueden comer!

¡Y hay un sapo entre la hiedra de la pared del fondo!

—¡Cuándo podré bajar al jardín!—dice papá.

Las nenas le ponen sobre la cama hojas de violetas, ramitos de ruda, puñados de hierbabuena...

Valeriana sube una tarde al cuarto de papá, donde estamos los dos.

—Ahí está una joven que quiere hablar contigo. Dice que es de las que han llegado de Talavera hoy...

—¡De Talavera!—dice papá—. Allí se está librando batalla ahora...

La muchacha es alta y fuerte. Me cuenta que ha llegado esta mañana con otros cientos de personas... los fascistas han tomado Talavera...

—¡Horrible ha sido, señorita! Ardía toda la ciudad ayer tarde, como un brasero. Por la noche se veía el cielo rojo de las llamas... yo he salido con lo puesto, como todos... Aquí nos han recogido en ese convento de la carretera, pero ya no se cabe dentro. Un miliciano me dijo que viniera a hablar con ustedes... No he servido nunca. Era modista. Pero si ustedes están conformes, puedo quedarme por la comida...

Consulto a papá, y como le parece bien, la muchacha, que se llama Guadalupe, se queda para ayudar a Valeriana. Muy pronto las nenas la rodean agarrándose a sus faldas y exigiéndole un cuento.

Vuelvo a mis guardias en el Albergue. Dos veces por semana paso allí el día, y otras dos la noche. Fifina ya no está, ni tampoco Carmela, que es ahora enfermera de la Cruz Roja; en cambio está Laurita de los Ríos, la hija del Ministro, y una chica andaluza, hermana de García Lorca el poeta. Laurita tiene una paciencia milagrosa para cuidar de los niños.

Mi guardia de día comienza muy temprano para relevar a las que han pasado la noche en vela. Salgo de casa a las seis y voy andando hasta la carretera de Chamartín por donde pasa el tranvía. No miro a los lados... tengo miedo de ver...

Sin embargo, hay unos pies juntos, inmóviles, con los talones apoyados en el suelo, y me sobresaltan. ¡Pies de muerto! Y allí está, en el borde de la cuneta, de cara al cielo, los brazos abiertos y ¡tiene los ojos vidriosos ya! Corro hacia el tranvía...

Algunas veces veo mujeres que van apresuradas por el camino. El conductor del tranvía las increpa, asomando medio cuerpo fuera.

—¡Corred, corred, que hay carne fresca junto al canalillo! ¡Curiosas! Más os valía estar lavándoos los zancos... ¡Marranas!

En el tranvía algunos se ríen, pero la mayor parte no abandona ese aire de seria dignidad que tiene ahora el pueblo.

Por el camino la gente se levanta varias veces señalando...

—Allí hay uno junto a la tapia...

—En los desmontes... Allá, justo al final...

—¡Hay una mujer!... No, dos mujeres...

¡Dios mío! ¡Pobre tía Julia! ¡Y papá que decía...!

Algunas noches estoy de guardia con Laurita...

—Tienes noche Myrurgia—me decía, con la palangana y la esponja en la mano—. Prepárate, Celia...

A las nueve ya están todos los niños dormidos, y ella y yo andamos por los dormitorios de puntillas.

—Lo mejor—me dice— es cerrar las ventanas... y en la madrugada abriremos... cuando la hora de los paseos termine... Anteanoche un pobre hombre pedía socorro cuando le iban a fusilar... ¡Es horrible! Se despertó un niño aterrado... No todos tienen el valor de morir en silencio...

Hablamos. Tiene una espantosa preocupación. Cree que han matado al hermano de Isabel García Lorca... que le han fusilado los fascistas, allí en Andalucía... Pero, ¿cómo decírselo a su hermana?

—¡Ahora todo se soporta!—digo, y le cuento lo ocurrido en casa de tía Julia—. Papá, recién operado, ahogándose aún, ha tenido que saber...

Luego hablamos de María Luisa. Está enferma. Al fin no se llevaron a su padre, pero sí a su hermano, que está preso en el convento de San Antón... Allí está Maeztu, el escritor Muñoz Seca, algunos coroneles del ejército... Tal vez no les maten. El otro día salió un camión de presos para un castillo de la Mancha... y no llegó... En el camino los fusilaron...

—¡Yo creo que voy a enloquecer!—digo en un momento de desesperación.

Laurita me aprieta la mano y después de un silencio dice:

—Vamos a ver si se ha despertado algún niño... Eso es lo nuestro... no podemos hacer otra cosa...

Algunos días no salgo de casa. Las mañanas en el jardín bajo los árboles, en el cenador del rincón, o en la pérgola, son paréntesis en el párrafo de horrores... De pronto suena el motor de un aeroplano... y lejos las sirenas con el desgarrador lamento...

—¡Nenas, aquí... venid aquí...!

Las tomo de las manos y nos tiramos al suelo... ellas se ríen, divertidas...

Pasa bajo... muy cargado... ¡Bummmm! ¡Bum! ¡Bum! Caen las bombas cada vez más cerca... ¡Papá, solo, arriba en su cuarto, pensando en nosotras!

Aún oigo tres estallidos más y al fin los aeroplanos se alejan...

Subo a tranquilizar a papá. Teresina sube también, contentísima.

—... y nos tirábamos al suelo... Y hacía el «aroplano» ¡bum! como si fuera un lobo... y luego ¡pum, pum, pum! Y luego se fue. ¿Vendrá otro, papá? Di, ¿vendrá otro?

—Me temo que sí, que vendrán muchos, hija...

—¡Qué gusto!

—Más vale que lo tome así—dice papá—. Imagínate lo que sería si viéramos a estas criaturas aterradas... La noche del bombardeo, cuando aún estaba yo en el Hospital, oí gritar a unos niños asustados, y fue para mí peor eso que la amenaza de lo que podría ocurrirme.

Guadalupe va y viene al convento donde están refugiadas las gentes de Talavera. Una mañana voy con ella.

El convento es un inmenso edificio de ladrillo, construido detrás de otros edificios en la carretera de Chamartín...

Cruzamos el jardín ahora abandonado. En el enorme vestíbulo barre una mujer que saluda a Guadalupe y le da cuenta de la salud de los niños...

Subimos dos tramos de escalera y nos encontramos en una larga galería con puertecitas estrechas en uno de los lados. Se oye una voz de mujer cantando:

La novia de Reverte
tiene un pañuelo,
tiene un pañuelo...

Seguimos el corredor hasta el final, y pasamos a otro, y luego a otro. Es un laberinto de pasillos, todos iluminados por el sol, que entra a raudales. Guadalupe me advierte que detrás de cada puerta vive una familia entera en una sola habitación...

Y así puedo verlo al pasar por algunas puertas abiertas. En revuelto montón de trapos, sacos y canastos, veo niños y corros de hombres que tendidos en el suelo sobre un jergón se asoman a mirarme, y mujeres que corren o

que bregan con el desorden para organizar la vida de toda una familia.

Las paredes blancas, rebozadas de cal, conventuales... ¿Dónde están las monjas que habitaban estas celdas? Guadalupe no sabe. Cuando ellos llegaron, el edificio estaba deshabitado... En algunas celdas quedaban los banquillos y el jergón de paja que componían el lecho... La capilla estaba, y está, convertida en garaje.

Ya hemos llegado. En el fondo de una galería cosen tres mujeres frente a la ventana abierta y algunos chiquillos juegan con un aro de hierro que atruena el pasillo al caer...

La mujer más alta es la prima de Guadalupe y viene hacia nosotros.

—Esta es la señorita...

—Mujer... no la llames señorita... eso es de burgueses, ¿verdá usted? Si es de izquierdas preferirá que la digas compañera...

Yo me río. ¡Bah! «En siendo de Zaragoza que me llamen como quieran.»

En seguida estoy al tanto de sus desgracias. Tiene siete hijos «que todos caben debajo de un cesto». Su marido era el mejor relojero de Talavera de la Reina. Cuatro oficiales tenía trabajando... que Guadalupe puede decirlo... En su casa sobraba de todo...

—¡Y ya ve usted a dónde hemos venido a parar!

Unas horas antes de la huida ni siquiera podía imaginárselo... Ya hacía varios días que se oían los cañones cerca, pero todos los que llegaban del campo decían que los republicanos resistían bien... Aquella mañana ella vistió a sus niños como todos los días, les dió el desayuno, y ayudó a las criadas a sacar la ropa de la lejía....

—¡Porque ya sabe usted que en una casa hay que estar en todo!

De pronto se comenzó a oír el ruido de tantos aeroplanos que aturdía... Era como si el cielo descendiera hecho motor... y súbitamente, el bombardeo...

La gente corría enloquecida por las calles... se venían abajo las casas, y los trozos de cristales y madera se clavaban en las paredes o penetraban por las ventanas... Ella, con sus niños y su marido apretados contra la pared medianera, que es la más resistente...

Cuando aquellos salvajes acabaron los bombardeos, se fueron por donde habían venido...

—¡Qué cuadro, compañera!

Salieron a la calle y no se podía andar de escombros... de todas partes salía humo... ardían las casas, y los montones de yeso y ladrillos sufrían conmociones...

—¡Porque había mucha gente viva debajo!

Se organizó el salvamento. No se daba abasto a retirar heridos y a llevarse a los muertos. Todo el mundo fue ocupado en ello. Su marido, los oficiales de la relojería, hasta los criados llevaban agua... cuando aún no había pasado una hora, y otra vez el ruido de los motores...

—¡Bien cargados venían ahora y por eso volaban bajo!

Mucha gente huyó al campo, a tirarse entre los surcos, pero no dio tiempo a nada... Otra vez cayeron las bombas con un ruido espantoso, volaron astillas y tejas, y durante unos segundos aquello fue el infierno...

—¡Qué horror, compañera! ¡Qué horror!

Se fueron y la gente que había quedado viva no se atrevía a moverse... Más de una hora pasó hasta que los gritos que daban los heridos decidieron a unos cuantos a salir... Y vino la Cruz Roja, y los médicos...

De pronto comenzaron a decir que en la carretera había camiones... que había orden de evacuar la ciudad en tres horas... que había que irse...

—¡Figúrese usted, con mis siete hijos, sin equipaje, a la ventura!

Ella se resistía a salir, lloraba, se desesperaba... los chicos al verla lloraban también...

—Pero mi marido es muy hombre, ¿sabe usted?, y cuando llega el momento, se impone a todos: «¡Aquí hay que irse ahora mismo porque lo mando yo!»

Las calles eran ríos de gente que iba hacia la carretera... No se lloraba, no. Las mujeres, con sus chicos en brazos, y los hombres, bien serios... bien responsables en aquella hora tremenda.

Los camiones, conducidos por milicianos, se llenaban hasta no poder más y se iban... y más camiones, y más, y más... Nadie sabía adonde iban, ni siquiera se les ocurría preguntarlo.

—Y ya ve usted, yo que tenía siete hijos, ahora tengo ocho, porque se me unió otra criatura... No saben dónde está la madre...

Unos camiones dejaban a la gente en San Martín de Valdeiglesias, otros

venían hacia Madrid... ¡Quién sabe dónde está esa pobre mujer que ha perdido a su hijo! Además, cuando ya el camión estaba a mucha velocidad, los aeroplanos lo bombardeaban.

—Y también podían dejarnos al ver que huíamos, y que llevábamos criaturas... Pues nos bombardeaban. Un camión voló entero con todos los que llevaba dentro.

Ella, con sus hijos y su marido, saltó a la carretera y huyó por el campo, a rastras por el suelo buscando la sombra de las matas...

—¡Qué miedo, compañera! Yo sentía que los pelos se me ponían derechos en la cabeza...

Las otras dos mujeres que cosen bajo la ventana han venido a preguntarme:

—¿Cree usted que estaremos aquí mucho tiempo?

—Dicen que los republicanos van a conquistar Talavera...

Un quejido acompasado como de un gatito chico sale de una de las puertas cerradas.

—Es la Mari-Juana—dice la prima de Guadalupe, y abre la puerta.

En la celda encalada y vacía hay un jergón y una manta rota que cubre a alguien... Por el poco bulto creo que es un niño, pero no.

—¡Vamos, Mari-Juana! Hay que conformarse, ¿oyes? Hoy tienes que comer... ha dicho el médico que si no comes te lo echan al estómago con una goma...

Un momento levanto la manta y veo una cabeza desgreñada, con la cara hincada en el jergón.

Guadalupe me cuenta el caso mientras volvemos, buscando la sombra de los árboles en la carretera, roja de luz cegadora de sol.

La Mari-Juana se había casado hacía un año y tenía una criatura de dos meses. El marido era labrador y estaba arando unas tierras en el término. La mujer le llevaba la comida todos los días, y el del bombardeo salió como todos a las once, dejando al chiquitín dormido en la cuna. Cuando volvió a la una se encontró con los camiones en la carretera, apostados ante la ciudad para no dejar volver a nadie y menos a las mujeres.

—¡Compañera, hay orden de evacuación! ¡No se puede entrar!

Ella gritó que sí... que tenía a su hijo, que no podía dejarle allí...

Pero sus gritos y sus lloros sólo sirvieron para irritar a los que estaban allí para cumplir una orden terminante. A golpes, a puñetazos, la subieron al camión y éste partió... Nadie la había hecho caso, nadie había entendido a la pobre mujer que, ronca de gritar, ya no tenía voz...

—¿Y qué habrá sido de la criaturita?

—¡Qué sé yo! La casa estaba cerrada y cuando entren las tropas fascistas ni harán caso de una choza tan pobre... El chiquitín habrá llorado hasta hartarse... y al fin se habrá muerto de hambre y de abandono...

—Quizá no—digo impresionada...

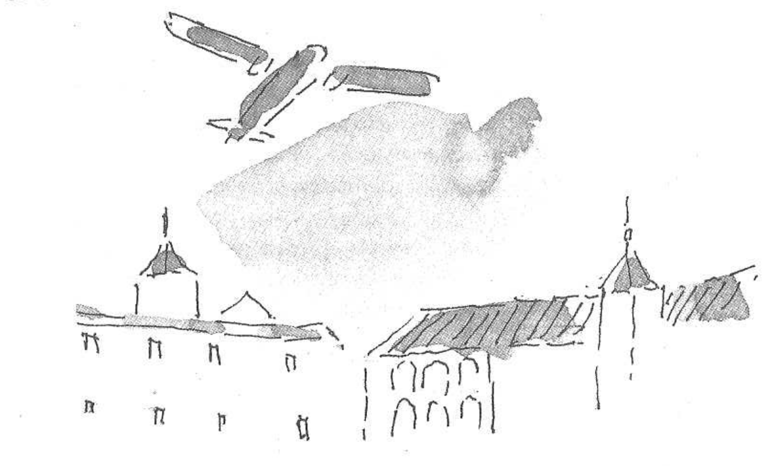
Mediodía; la sombra de los árboles es apenas una mancha junto al tronco. De súbito nos da en la cara el viento fresco, sutil y seco que viene de la sierra, moviendo suavemente las hojas de los árboles que se ponen de canto y con murmullo de seda...

—Comienza el otoño—digo.

Y siento en el pecho esa gozosa emoción que produce el cambio de las estaciones... ¡Otoño!

—¿Oye, señorita? ¿Oye? Vienen aeroplanos... corra, corra...

Corremos hacia nuestra casa, pero no nos da tiempo... ya vienen... Ya están aquí cargados de bombas, con vuelo pesado, amenazador... como si todo el cielo fuera a caer sobre nosotras, deshaciéndonos sin perdón...





VIII

¡EVACUACION!

¡EVACUACIÓN! Madrid debe ser evacuado. No dicen otra cosa los periódicos. ¡Dios mío! ¡Nuestra casita! Las nenas juegan en el jardín con Valeriana, y yo las veo desde el balcón de madera del dormitorio de papá, bajo el sol radiante de otoño.

—No hay más remedio, hija. Considera que, si comienzan ya a escasear los alimentos, llegará un día que no sabremos cómo vivir... Hay que irse.

¡Hay que irse! En el Albergue oigo repetir la misma cosa, y ya se hacen preparativos para la marcha. María Luisa ha vuelto a sus tareas; pero está

triste, seria. Su hermano continúa preso y su padre decae rápidamente. Fifina vive con unas tías viejecitas en la calle de Ferraz. Las bombas comienzan a caer sobre los tejados.

Ya hace un mes que desde las azoteas de la Gran Vía se veían las tropas fascistas y la lucha con los republicanos... Día a día se acercan a Madrid.

—Papaíto... Están ahí... Te digo que vienen. ¿Oyes? ¿No oyes? Ese ruido sordo son cañonazos...

—Pero ¿con quién hablas tú, hija mía? Estoy seguro de que sólo te tratas con fascistas... Todas esas chicas que van al Albergue deben de ser de derechas... En los periódicos no dicen semejante cosa... ¡Ayer les han dado una paliza!

No quiero insistir porque papá sigue con fiebre, pero estoy segura de lo que digo. Fifina ya no viene al Albergue hace dos días.

—Aquello es un infierno. No se puede salir por las calles donde silban constantemente las balas que vienen de El Pardo. ¡Están en El Pardo!

Estoy cosiendo junto a papá y de pronto se oye un quejido largo que pasa por encima de la casa... luego un estampido cercano...

Miro a papá, que me mira a mí, pálido.

—¡Es una bomba!—dice.

Pero ya viene otra con su silbido lúgubre, como un pájaro que cruza los aires.

—¿Dónde están las niñas?

—En el jardín.

—Que suban...

Ya están las nenas con nosotros, y subidas sobre la cama de papá... De pronto, María Fuencisla se para, y hace, imitando el quejido largo del cañón:

—¡Puuum! Dice pum, pum, ¿oyes?

Durante una hora siguen pasando las bombas sobre nuestra casa a intervalos regulares... Papá y yo no hacemos comentarios. Sólo dice a las nenas:

—Os vais a ir de viaje, ¿sabéis? A Valencia. Allí hace calorcito en el invierno...

Cerca de casa han instalado un cañón que retumba bárbaramente contestando a los cañones del enemigo. Hoy he visto otro emplazado en la ca-

rretera... y los aeroplanos nos visitan todos los días dos o tres veces...

Valeriana sube...

—Mira allí enfrente... Está ardiendo. Dicen que Cuatro Caminos y Tetuán están en ruinas... Mira...

Cien aeroplanos vienen y van, realizando una obra de espanto. Arden las pobres casas de los obreros, destruyen, machacan a los desgraciados...

—¡Miserables!—ruge papá—. ¡Miserables!

—¡Papá...! El pueblo... ¿sabes que ha abierto las puertas de las cárceles? ¿Que hay miles y miles de criminales por las calles?

Papá se pone furioso contra mí, y siento haber hablado.

—¡Tú no sabes lo que dices! ¿Quién tiene la culpa de lo que hace el pueblo? ¿Quién ha hecho esta revolución sino los señoritos? Los señoritos de los cuarteles, los de las borracheras y las juergas de los cortijos... ¿Es que crees que sólo el pueblo mata? A mi primo Ramón, el de Bilbao, lo han matado a palos el otro día los fascistas, y a mi sobrino Felipe, el de La Granja, le han fusilado..., y a tu pobre abuelo...

Los gritos de papá me hacen estallar en sollozos... ¡Dios mío, Dios mío..., yo ya no puedo más de horrores!

—¡Hija querida, no llores! No me hagas caso... Es que estoy nervioso... Tienes razón: todos son iguales... ¡La humanidad es una porquería...! La actitud de una persona honrada debe ser la inhibición... Mataos y matadme si no sabéis hacer otra cosa, pero entre tanto, dejadme pensar, que es pensando únicamente como me siento fuera de vosotros.

No quiero volver a originar otra escena como ésta. Papá tiene hoy más fiebre y la fatiga no le permite echarse en la cama.

Los niños del Albergue se van mañana a Valencia y decidimos que Valeriana y las niñas se vayan con ellos. ¡Tengo tanto que coser y arreglar!...

Los bombardeos se van agudizando por minutos: parece que se prepara algo grande. Llega la noche, que es fría y estrellada, y la lucha de fusilería se oye tan cerca como si fuera en la carretera...

Papá me llama. Está inquieto.

—Por qué no sales por ahí a ver...

Abro la puerta del jardín. La calle está solitaria. El cielo se ilumina con los resplandores de los fogonazos... ¿Dónde ir? Todo el mundo está encerrado en su casa... Subo la cuesta a la carretera. Nadie. El ruido de la lucha es cada vez más próximo. Parece que se baten ahí al lado.

Vuelvo a casa. Pongo en una maleta la ropa de papá y la mía, y algunos cubiertos de plata. Pongo la máquina de escribir en su estuche de cuero. Tal vez tenga que huir esta noche hacia Madrid.

Me acuesto. A media noche suena el teléfono. Es María Luisa:

—Fifina sigue en su casa de Ferraz, si es que ya no la han hundido... Mañana hay que ir por ella y sus tías; pero yo no puedo, porque tengo que ir al Albergue...

—Yo también... Mando a mis hermanas...

Me acuesto sin desnudarme... Tengo frío... Un estallido próximo hace temblar la casa y me levanto.

—¿Qué pasa?

—No sé... Ha sido aquí cerca.

Valeriana aparece descalza, con la cara espantada, y nos mira sin hablar.

—No es nada, mujer—dice papá—. Acuéstese, que mañana es el día del viaje...

Nos acostamos. Al despertar he perdido la idea de dónde estoy... La ventana ¿está a mi derecha o a mi izquierda? Poco a poco se van marcando frente a mí rayas de luz tenue que miro por las juntas de las maderas... ¡Ah! ¡Es hoy cuando se van las niñas! ¡Queridas mías!

¡Y ya se oye a Teresina con su charla interminable! Las encuentro en la cocina con Valeriana.

—¡Nos vamos, Valeriana!—dice Teresina.

—Sí, hijitas. Y vais a ser muy buenas y no daréis guerra a Valeriana..., y me escribiréis para que yo sepa todo...

—¡Yo quiero que vengas!

—¡No! ¿Quién iba a cuidar de papá si me voy yo?

Salgo al jardín. Huele a tierra fresca y el aire es fino y frío, como si hubiera pasado sobre la nieve. La mañana es gloriosa de sol... No se oye el tiroteo del frente..., de ese frente que ya debe de estar tan cercano.

Papá se emociona al despedirse de las niñas. Se le hacen mil recomendaciones a Valeriana... ¡Vamos!

Guadalupe nos acompaña hasta el tranvía con una maleta. En el tranvía

van tres mujeres con cestos y capachos, y un hombre. Este se levanta de pronto y dice, señalando al campo...

—¡Mirad allá! Hay catorce, los conté por gusto esta mañana...

Las tres mujeres miran y se indican unas a otras el lugar:

—Allí, junto al cacho de tapia... No, mujer..., te los tapa el árbol. Mira desde aquí.

—¿Qué es?—me pregunta Valeriana.

—No sé..., más vale no mirar. Serán fusilados...

Un grupo de mujeres corre por la acera de la carretera y el conductor del tranvía las increpa:

—¡Lechuzas! Corred, corred a ver los muertos... ¡Qué mujeres, que tienen que meter el cuezo en todo!

—¡Esta noche ha habido una escabechina!—dice el hombre que está sentado frente a mí—. ¡Menuda escabechina! Y es lo que tié que ser... Cuanti más bombarderos y más obuses vengan hacia acá..., pues más zafarrancho se va a armar... Ya parecía que se estaba calmando too, y ahora otra vez. Van a sacar a toos los de las cárceles, o checas, o lo que sea, y no va a quedar ni uno... Ellos se lo están buscando... ¡Mirad, mirad allí! ¡Otro besugo en la cuneta!

Teresina, a quien trato de distraer, está atenta a todo y se asoma a mirar:

—¡No es un besugo, es un hombre! ¡Mira, Celia, un hombre ahí caído!

Valeriana se persigna y reza. Las mujeres la miran, y se miran, y luego hablan mirándonos.

—No seas tonta, mujer... Puedes rezar si quieres, pero no hay por qué hacer demostraciones...

—¿Qué? ¿Qué dices?

No me oye con el ruido del tranvía. Llegamos. Ahora no tenemos quién cargue la maleta, y la llevaremos un ratito cada una. El Albergue no está lejos de la Castellana. Subimos la cuesta del Palacio de Cristal, y por un costado de la Residencia de Estudiantes salimos a Serrano.

Ya están los grandes autobuses esperando a la chiquillería que grita en el jardín.

—Os esperábamos—me dice María Luisa—. Y por eso no ha salido ya...

Me despido de mis criaturas. ¡Corazón mío! ¡Mi María Fuencisla! ¿Serás

buenecita? ¿Comerás tu sopa todos los días? Y tú, Teresina, que seas formalita, que eres la mayor... Por Dios, Valeriana, cuídalas muy bien... ¡Qué voy a decirte! ¡Si eres todo para ellas!

Valeriana llora hilo a hilo, pero sin desatender la maleta ni sus paquetes.

—Y que si necesitas dinero, lo pides... Ya sabes lo que te ha dicho papá.

—¡Espelotao! ¡No me pongas la maleta a lo ancho, que se va a caer! —le grita a un miliciano que está cargando el equipaje.

El hombre se ríe y no la hace caso.

—¡Mujer! ¡Si la está atando!

La hacemos subir en el asiento de delante. Ocupan dos lugares. María Fuencisla irá en brazos.

Ya Teresina me mira desde la ventanilla, loca de felicidad.

—Oye, Celia, ¿hay un Santander en Valencia? Porque dice Valeriana que hay mar...

—Sí, hay mar..., el mar de Valencia, y en Santander también hay mar...

No puede ya entenderme, porque los chicos del Albergue han llenado el coche. Hay que poner los asientos del centro...

Sale el primer coche. El motor de este otro se pone en marcha.

—¡Os vais! ¡Adiós, queridas, adiós..., adiós!

El ómnibus dobla por la esquina y ya no le veo.

—Ahora te vas a ocupar de Fifina—me dice María Luisa—. Aquí hay un lío de dos mil demonios... Hay que mandar las camas y las mantas para que lleguen antes de la noche... ¡Pero estás llorando! ¡Vamos, Celia!



Con las señas de Fifina me voy a buscarla. El tranvía no pasa de la plaza de San Bernardo, y sigo a pie hacia Ferraz... En seguida tengo que meterme en un portal por los obuses... Un estrépito espantoso... Y luego caer de cristales, y ladrillos... Otro... Otro más cerca..., silbidos de balas.

—Ahora no se puede salir—me dice una viejecita—, no se puede... Luego pasa un rato y se le da un tiempo... ¿Vives lejos?

—Voy a Ferraz.

—Por ahí ya no se puede pasar... No sé si te dejarán... Creo que hay milicianos para que no entre nadie. Están hundidas las casas...

Desde el portal veo una casa de siete pisos a la que le han quitado una rebanada..., y las habitaciones, con sólo tres paredes, parecen las de una casa de muñecas, o un escenario de teatro con el telón levantado. En una habitación del piso quinto hay una máquina de coser, una cama y un cuadro torcido... En otra hay una jaula en un clavo... Pienso en el pájaro muerto de hambre y de sed...

Ya ha parado el cañón y corro por el *boulevard* hacia la calle de la Princesa. Antes de llegar, los silbidos de las balas me hacen refugiarme en otro portal. También hay dos mujeres. No hablan. Esperan, como yo, a que se restablezca la calma algunos minutos.

Vuelvo a correr por la calle y a refugiarme en los portales y así llego a la calle de la Princesa. Tengo que bordear los escombros de una casa en ruinas y me encuentro ya segura en la acera. Aquí no caen las balas... La calle paralela sirve de parapeto. Sólo al cruzar las calles que bajan a Rosales me paro un instante para asegurarme de que no hay tiroteo... Sin embargo, en el centro de la calle un silbido me pasa rozando y corro desatinada... ¡Si papá supiera dónde estoy!

Ya no tengo más remedio que bajar a Ferraz por una de las perpendiculares y lo hago arrimada a las casas..., pensando que las balas irán por el centro de la calle. Y otra vez me refugio en los portales, corro un momento, vuelvo a detenerme bajo la sombra protectora de un dintel...

Ya estoy en Ferraz. El ruido del cañón vuelve a sentirse y las bombas caen sobre los tejados, desparramando tejas y escombros... La calle está cubierta de cristales y trozos de ladrillo envueltos en cemento y cal. Aquí no tengo que temer a las balas, pero sí a la caída de las tejas, y hasta de bal-



cones enteros. Allí veo uno desprendido. Detrás, un enorme agujero en la fachada demuestra que la bala de cañón entró en las habitaciones rompiéndolo todo...

Este es el número. Apenas he pisado el portal, un espantosos choque conmueve toda la casa... Salgo a la calle... Aquí no debe de vivir nadie... De pronto se abre la puerta de la portería y sale un hombre, tarareando algo, como si no ocurriese nada.

—Compañero, me hace el favor de decirme si viven aquí unos señores que...

Sí, viven aquí, pero anoche el bombardeo fue tan intenso que se han trasladado a casa de unos amigos que viven cerca de Princesa...

—Creo que la chica está arriba ahora—me dice—. Es piso cuarto... El ascensor no anda. Izquierda—me grita cuando subo.

Todos los pisos están abiertos de par en par. En algunos se ven personas que andan de un lado a otro.

Un espantoso estallido estremece la escalera... No sé qué hacer... Ya estoy en el tercero... ¡Ha debido caer una bomba aquí mismo!

La puerta de Fifina está abierta, como todas. Entro. Un saloncito con sillones volcados... Un enorme agujero en la pared y las puertas del balcón caídas... El pasillo... Piso escombros, y yeso que se aplasta bajo mis pies... En el dormitorio está Fifina, envolviendo en una colcha, sobre la cama, un paquete de ropa...

—¡Fifina!

Otro choque espantoso en la casa...

—Pero ¿cómo estás aquí? Esta casa se va a hundir de un momento a otro...

—Ya sé—me dice sonriendo—. Ya sé... Me he escapado sin que me vean las tías..., pero no puedo dejarme lo necesario... Anoche salimos con lo puesto... Y en estas horas que faltamos lo han robado todo... Se han llevado los cubiertos de plata, las alhajas y todas las sábanas...

—Claro..., dejasteis la puerta abierta.

—No, es que no se puede cerrar; con el bombardeo se ha desnivelado todo.

Mientras habla, va atando las cuatro puntas y metiendo en el bulto la polvera, el frasco de la colonia, el San Antonio de la hornacina, el retrato de su padre...

—Ha sido providencial que vengas, porque yo sola no hubiera podido con esto...

Otra vez la casa se estremece con un espantoso estallido y oímos caer escombros y cristales... Luego, gritos.

—Vamos—dice tranquilamente Fifina—. Vamos.

—¿Qué habrá pasado?—digo temblando.

—Nada... Hace ocho días que vivimos así... Anda, ayúdame... Sostén por esa punta...

Salimos a la escalera y bajamos casi arrastrando el enorme bulto, cuando otro estallido nos hace rodar... Fifina no suelta su colcha y veo que ha descendido un tramo rodando...

—¡Jesús!—digo—. ¡Nos van a matar!

La escalera está llena de sangre. Tengo miedo..., no sé si es miedo o frío, pero los dientes me castañetean...

Fifina sigue tranquila arrastrando su paquete, como un escarabajo dorado, ¡porque Fifina es rubia!

Ya en el portal encontramos al portero.

—¿Se va del todo? Yo voy a ver si puedo cerrar la puerta de la calle —dice.

—¿No queda ningún vecino?—pregunto—. Se han oído gritos...

—Sí, ha sido la del segundo... Se ha quedado sin mano... Era un pingajo cuando se la han llevao. Me paece a mí que no salva la mano, y del mal el menos. Echaba sangre como un marrano... Hasta otro día. Salud.

Salimos, y al cruzar el dintel un estallido espantoso me hace gritar..., y junto a nosotras pasan pedazos de hierro. Algo me ha dado en un hombro... rompiendo el vestido.

El portero está caído de bruces y no se mueve.

—Anda..., vámonos—dice Fifina—. No nos podemos detener.

—¿Ese hombre?

—Deja..., vámonos...

Corremos, tirando del paquete cada una de un lado..., pero ahora tenemos que subir por una de esas calles prependiculares que barren los tiros

de fusil. El enorme paquete nos impide ir deprisa, y avanzamos a embites, como podemos..., las balas silban en nuestro oído. No hay nadie en toda la calle. El cielo, gris y bajo; el aire frío de otoño... ¡Tiemblo!

—Vamos, vamos—dice Fifina—. Sigue tirando del paquete...

¡Ya hemos llegado al portal! Allí encontramos dos señoras ancianas que, al vernos, se persignan.

—¡Dios sea bendito! ¡Ya estás aquí! Pero ¿por qué has hecho eso...? Y usted, señorita...

—Es Celia..., del Albergue.

Entramos en una habitación interior: está la luz encendida a esta hora de la mañana. Hay un hacinamiento de gentes aquí dentro... Un señor, otra anciana, una niña preciosa, una jovencita que me mira sonriendo, sin hablar...

—Es sorda—me dice Fifina.

Dos muchachos... Por el suelo, baúles abiertos, maletas, cuadros atados juntos. Sigue aquí también el fragor del bombardeo, aunque atenuado. Me dicen que los pisos altos están destrozados, pero como la casa tiene siete pisos...

—Me manda María Luisa a buscarte, a ti y a tus tías...

Hasta ahora no había podido decirlo.

Las dos señoras protestan. Ellas no se van de aquí por nada en el mundo. El bombardeo cesará y podrán volver a su casa.

—¡No os hagáis ilusiones!—dice Fifina.

Bueno, pues si no pueden volver, en escapaditas como la de ahora, se irán trayendo la ropa, los cubiertos de plata, el cristo de marfil...

Fifina me mira... ¡Todo eso se lo han robado...!

—Y tú, Fifina, ¿no te vendrás conmigo?

—Sí, sí, ella que se vaya...—dicen las tías—, que se vaya... Así estaremos más tranquilas.

Pero Fifina se resiste a marchar. ¿Dónde iría? En el Albergue ya no queda nadie y no tiene más familia que sus tías.

—Te vienes a mi casa. En Chamartín está más tranquilo... La casa es grande, y como ya se han ido mis hermanitas...

No quiere, sin embargo. Es tarde ya, tal vez mediodía, y papá estará

intranquilo. Nos asomamos a la puerta del portal... Las balas siguen barriendo la calle solitaria, y el estruendo de las cañonazos se oye a intervalos casi regulares... Todo está gris, envuelto en una tristeza trágica... Saldré a la calle inmediatamente después de un cañonazo y antes de que suene el otro tendré tiempo de llegar a la calle de la Princesa.

—Pero ¿y las balas? ¿No las oyes?

No tengo más remedio, sin embargo, que aventurarme por la calle arriba...

—¡Te acompaño!—me dice Fifina, heroica...

Corremos por la acera, pegadas a las casas. Silban las balas y dan en los tejados y en las piedras de las calles con un ruido seco.

Corremos, corremos..., cruzamos una calle y nos detenemos un poco junto a las casas que por estar paralelas al frente nos defienden de las balas...

—¿Seguimos?

—Vamos...

Y otra vez a correr desatinadas... Cruzamos otra calle, y otra... ¡Ya estamos en la Princesa! Apretándome el pecho para contener los latidos del corazón descanso apoyada en la pared. ¡Gracias a Dios que hemos llegado!

—Aún te falta mucho para llegar a San Bernardo—me dice Fifina—. Yo me vuelvo.

—¿Pero no te venías?

—No..., era por acompañarte... ¡Algo había de hacer por ti, que te has expuesto a todo por venir a buscarnos! Adiós, Celia.

Y desaparece detrás de la esquina, corriendo sola por la calle barrida por las balas. Sólo ahora me doy cuenta del valor de esta criatura. ¡Extraordinaria Fifina!

Frente a mí veo cargar una carreta... Más allá hay otra, y otra... Los vecinos se llevan lo que pueden..., lo más valioso o lo más querido...

El carretero que sale de la casa cargado con una maleta y un estuche grande va renegando:

—¡Si me matan la mula, me la tendrán que pagar ustedes! ¡Maldita sea...! ¡Si yo no debía haber venío, que lo primero es mirar por el pellejo de uno...! ¿Nos vamos o no? Yo ya no cargo más. ¡Arriá!

Se va.

Yo, siempre pegada a las casas que me defienden, voy hasta la primera

esquina. ¿Habrá más balas? No hay más remedio que cruzarla. Casi de tres saltos me encuentro al otro lado... Y así de calle en calle y de susto en susto, llego al *boulevard.* Ahora no hay más remedio que seguir por esta calle que acaba en Rosales..., a unos metros del frente. Hay otras personas que, como yo, están paradas en la esquina sin decidirse a exponer el cuerpo a la ancha calzada abierta a las balas y a los obuses que levantan trozos de calle. ¡No hay más remedio!

Como en una pesadilla corro, corro desatinada, palpitándome el corazón tan fuerte que casi me ahoga... Hay un carro tumbado con la mula herida...

¡San Bernardo, al fin! Aquí llegan todos los carritos que descargan en los tranvías... y viajo entre una máquina de coser y un enorme paquete de colchones...

En el Albergue aún está María Luisa discutiendo con un miliciano...

—No me dejan sacar los colchones—dice, llorosa—. Van a habilitar esto para un cuartel y dicen que lo necesitan todo... ¡Qué va a ser de nuestros niños esta noche sin tener dónde acostarse en Valencia!

Hablo con papá por teléfono, aunque sin contarle este problema de las camas. El ha almorzado ya. Guadalupe le ha cuidado muy bien, pero estaba intranquilo por mí...

Paso la tarde en casa de María Luisa. Hay una inmensa tristeza en esta casa por el hijo preso. Sin embargo, a ellos no les falta nada. Carne (que en mi casa no hay), mantequilla, postre de dulce... La madre me dice en un aparte:

—Están ya a las puertas de Madrid... Anoche, en el piso principal han recibido una carta del marido, que es capitán, y estaba de guarnición en Burgos... La han encontrado debajo de la puerta. Les dice que está ahí, a unos pasos...

—¿Y quién ha traído la carta?

—No se sabe... Pero quiere decirse que alguien del otro frente se pasa a Madrid... Con todo este fusilar a montones todas las noches estos condenados... Han abierto las puertas de las cárceles... Vivimos entre criminales...

Anochece cuando vuelvo a casa en el tranvía... Al bajarme en la carretera

de Chamartín para tomar la de Ciudad Lineal, voy detrás de un grupo de hombres silenciosos... El que va entre otros dos me parece que lleva atadas las manos...

Se paran y colocan a este hombre junto a la tapia de un jardín... ¡Comprendo...!

—¡No, no, por Dios!... no lo fusilen...

No me habían visto, tal vez. Se vuelve uno hacia mí y me dice:

—Sigue tu camino, compañera, y no te metas donde no te importa ¡Estas mujeres!

Apresuro el paso, enloquecida. Me tapo los oídos... Corro... ¡Y oigo el estampido de los fusiles!

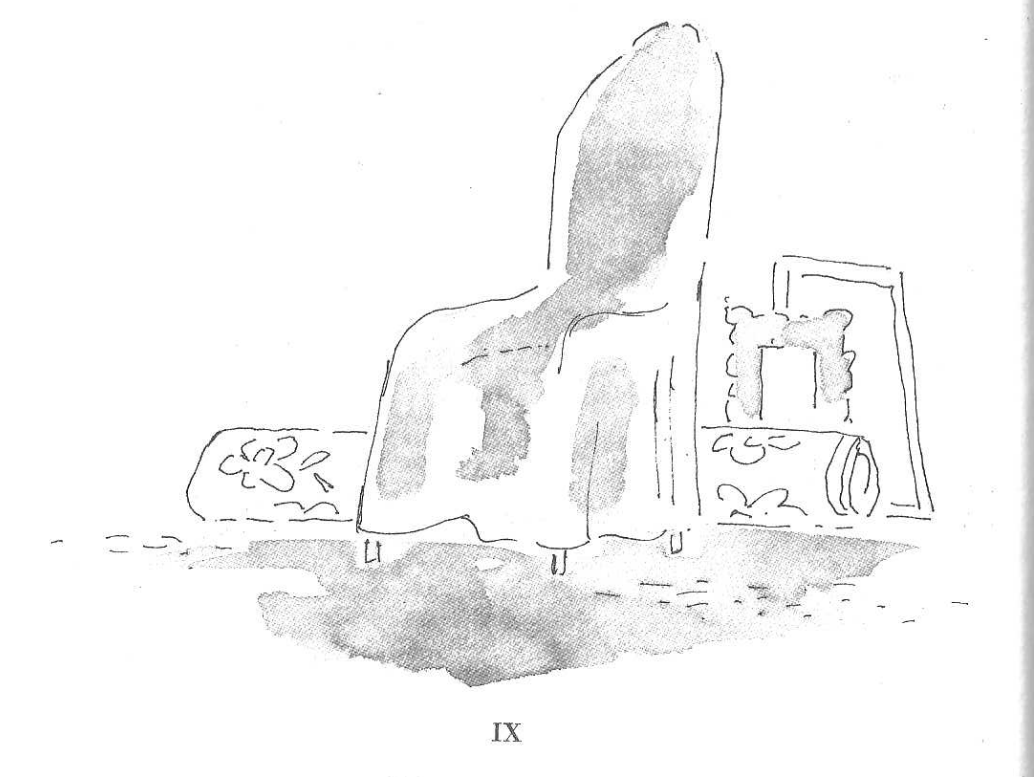
Bajo por la calle de hotelitos donde está mi casa, siempre corriendo, huyendo no sé de qué... En la puerta del jardín hay alguien... y maletas. ¡Es Fifina!

—He preferido venir...—me dice—. Sólo así las tías se decidirán a dejar aquel infierno...

Duerme en la habitación inmediata a la mía, en la camita de Teresina. ¡Teresina mía! ¿Tendrás camita esta noche?

Aún no ha amanecido cuando oigo golpes en la puerta... Guadalupe y yo salimos a abrir descalzas y a medio vestir... ¡Hay más de quince personas en la puerta del jardín! Son las tías de Fifina y toda la gente que vivía en aquella casa. Les han obligado a evacuar todas las casas del barrio de Argüelles... Y aquí están, con sacos y maletas... Un poco avergonzados y tiritando de frío en esta noche lluviosa de otoño...

—Pasen, pasen... Ya nos arreglaremos todos...



IX

NOVIEMBRE 1936

NUESTRA casa primorosa se ha convertido en un campamento. He cubierto los divanes y butacas con sábanas, he recogido las alfombras y entre Guadalupe y yo hemos quitado visillos y colgaduras.

¡Huele mal la casa! Este hacinamiento de gentes que duermen vestidas produce un olor rancio y repugnante. Además, en la cocina se guisa con sebo porque el aceite escasea.

Llueve, y la lluvia penetra en la casa: en los vestidos mojados, cuya humedad se evapora al calor de braseros mal encendidos, con tufo asfixiante, y en el barro de los zapatos, que ensucia toda la casa.

Papá, siempre con fiebre y sin levantarse de la cama, ignora toda la miseria y suciedad que nos ha invadido con la llegada de esta gente...

Yo procuro inhibirme de todo esto que me produce un dolor sordo sobre la amargura del ambiente... En una mesita chica como junto a la cama de papá, coso y leo... A veces, del piso bajo nos llegan voces de disputas... En el vestíbulo, antes tan acogedor y confortable, he puesto la mesa del comedor ¡de roble lustrado! con todas sus tablas. En torno de ella se reúnen estas gentes, que no se conocían hace poco tiempo. Además de las dos viejísimas tías de Fifina, hay otra señora anciana, que vive dentro de un abrigo de piel negro, asomando sólo la cara cubierta de manchas oscuras y las manos sucias. Un matrimonio de mediana edad disputa constantemente y se dirige rabiosos improperios.

La muchacha sorda trabaja todo el día sin hablar, hace la comida y sale y entra constantemente arrastrando el barro del jardín por toda la casa... Su padre, un caballero simpático y correcto, la abofetea por el menor descuido... Es verdad que hace lo mismo con un muchachote alto y medio tonto que es su hijo. La más pequeña de los tres hermanos es aquella hermosa niña de diez o doce años que conocí en la casa del barrio de Argüelles. Esta chiquita tiene empaque de princesa. Sonríe siempre, con los hoyuelos de su cara, y el padre la mira embobado, con ojos de adoración.

Además, hay una mujer con aire de monja y su hermano, un señor gordo, de cara apoplética, que acciona al hablar suavemente, y dice vulgaridades con un tono de sentencia. Ayer me ha llamado en secreto para decirme que es un padre carmelita...

—Conocido, hija mía, en las Españas y en las Américas, por todo el orbe católico... y caído ahora en el exilio por esta espantosa hecatombe...

Cuando se lo digo a papá se asusta:

—¡Con tal de que ese señor no nos traiga algún disgusto!

Decidimos aislarlo del resto de la gente. En el piso alto hay una gran habitación que había papá amueblado para cuando Cuchifritín volviera de Inglaterra. Allí hago subir al fraile y le aconsejo que se deje ver lo menos posible... Hasta sería muy conveniente decir a todos que ya no está en la casa.

Él parece comprender y se acomoda en la butaca con su libro de rezos.

Su hermana se encargará de subirle la comida y de servirle en lo que necesite.

Sin embargo, por la noche me lo encuentro entre todos los que rodean la mesa del vestíbulo, perorando necedades:

—...y yo que tenía preparado el sermón según las palabras de San Agustín, al ver entrar a mi hermano en la iglesia le di la vuelta—con las manos juntas, como si tuviera aprisionada entre ellas la bola del mundo, hace ademán de poner lo de abajo arriba—y lo que era blanco lo volví negro, y fue el de las palabras de San Pablo el que prediqué..., porque el otro ya me lo había oído mi hermano en el sermón de las Adoratrices...

Fifina, que anda siempre animosa ayudando a sus tías, me dice que es un fraile tonto.

—Hija, no podía yo imaginarme que fuera tan tonto un predicador. Pero resulta que se aprende lo que tiene que decir y lo suelta... Dice que sólo predicaba en conventos de monjas. ¡Claro! ¡Pobre señor!

Algunos días sube a comer Fifina con papá y conmigo, y suele suceder que mientras comemos oigamos el lamento temeroso de las sirenas y el ruido de los aeroplanos de bombardeo que pasan sobre nuestra casa. Ninguno de nosotros dice nada, ni da muestras de oírlos. Las manos, sin embargo, nos tiemblan un poco al llevar la cuchara a la boca... Luego oímos el silbido horripilante de la bomba que cae y el estampido espantoso, seguido de la caída de paredes...

Fifina, con mucha gracia, hace reír a papá contándole el asombro del fraile cada vez que oye descargas de fusiles o las bombas de los aeroplanos... El pobre hombre se pone la mano detrás de la oreja y dice, abriendo los ojos llenos de asombro:

—¿Han oído? ¡Son tiros! Digo yo que ¿qué será?

Las otras gentes tratan de explicarle el espanto de todo lo que nos rodea, pero es seguro que él no entiende nada Luego, el estrépito de una bomba cercana vuelve a inquietarle.

—¿Han oído? ¡Qué ruido tan atroz! ¡Si siguen así van a ocurrir desgracias! ¡Qué atrocidad!

Es un caso de atontamiento absoluto. Papá ríe y ríe... y olvida el pobre un poco todos nuestros pesares. De Valeriana y nuestras hermanas no llegan



noticias. María Luisa está muy apenada por su hermano preso, y nadie, si no es ella, sabe nada de la colonia de niños...

—¡Esa Valeriana! ¡Tanto que le recomendé que nos diera noticias...!

Guadalupe, llena de tizne de la leña que quema en la cocina porque ya no encuentra carbón, viene a lamentarse de la falta de comestibles:

—Ya no hay en las tiendas más que espárragos de lata y arroz...

—Bueno..., pues comemos eso.

—Pero ¿con qué? No hay aceite. Hoy he traído medio kilo de sebo para hacer el arroz.

Comemos resignados el desagradable guiso y los espárragos calientes sin ningún condimento... y ésta es ya nuestra comida diaria durante este extraño mes de noviembre.

Papá trata de llamar a sus amigos por teléfono pero nadie contesta.

—¡No hay nadie en su casa! He llamado a Julián, a Miranda, a Hernández y el teléfono suena, suena, pero ya no acude nadie.

La suciedad de la casa va en aumento, y ya sube hasta el cuarto de papá, que está junto al cuarto de baño, donde nuestros huéspedes se lavan someramente luego de calentar el agua y llenar el suelo de colillas, escupitinajos, pasta de los dientes aplastada bajo los zapatos, barro..., papeles...

Fifina es la única que protesta y resuelve:

—Si tú no te atreves, lo diré yo—me dice—. Han dado la orden de evacuar Madrid, pues que se vayan pronto, ya que al fin han de hacerlo...

Se va el matrimonio a Valencia. Luego el señor con sus tres hijos y la madre. Estos han alquilado una casita en la Ciudad Lineal. Las tías de Fifina se van también a un cortijo de Albacete. Yo retengo a Fifina:

—No te vayas. Papá te quiere mucho... y me quedaría demasiado sola sin ti.

Las acompaña a la estación con la promesa de ir el mes que viene, cuando consiga recuperar todo lo que dejaron en la casa de Ferraz. Esto decide a las viejas a separarse de la sobrina.

El padre y su hermana son ya nuestros únicos huéspedes, y Guadalupe, Fifina y yo nos aplicamos a limpiar la casa de toda la roña adquirida en un mes de campamento... Sin embargo, no estamos muy tranquilas de que no se repita la invasión.

El barrio de Ferraz ha sido desalojado completamente, pero a diario hunden casas los bombardeos de la aviación, y los vecinos que logran escapar buscan refugio en las afueras. Guadalupe me cuenta que todos los hotelitos de la calle están repletos de gentes sin hogar. De los pueblos vecinos han llegado cientos de personas con sus cabras, sus carros, sus bueyes y ganados de todas clases. Los jardines sembrados de rosales sirven de pasto a los burros... El alcalde manda acomodar a las gentes por familias. Una habitación por familia, aunque ésta se componga de diez personas.

Mi casita, limpia y arreglada, con alfombras, tapices y cortinas, me parece ya un pecado entre tanta miseria...

—¡Que nos dure, hija!—me dice Fifina—. Ya ha pasado por aquí un ciclón..., ¡a ver si te libras de otro!

Papá me llama desde arriba.

—¿No oyes, hija?

Con el arreglo de la casa y la conversación no nos hemos dado cuenta de que se está librando una batalla a dos pasos de aquí. Papá ha cerrado las maderas de las ventanas y tiene la luz encendida.

—Hija, ¡esto va de veras! Me parece que están aquí ya...

Y luego le oigo decir bajo:

—¡Me fusilarán, pero no será sin que yo les diga...!

—¡Dios mío! ¿Pero qué estás hablando, papá? ¿Es que crees que te van a fusilar?

—¡Claro, hija! Has de estar preparada para todo... Cuando viniste de Segovia fue para refugiarte en mí... Ahora irás en seguida que yo falte a buscar a tus hermanas, para ser tú su amparo...

—¡Pero papá!

Intento quitarle de la cabeza esa idea, pero es inútil. Escribe una carta a tío Rodrigo, que está en la Argentina, porque dice que ya él será nuestro único amparo.

—Esta casa os la quitarán.

—Pero ¿es que también éstos fusilan y quitan las casas, y...?

—Sí, hija.

—Entonces, ¿todos son iguales?

El resto del día se pasa tristemente. Fifina y yo acompañamos a papá.

Hace mucho frío, pero Guadalupe se ha ingeniado para conseguir cisco, y hay un buen brasero en la camilla... Antes de anochecer cesa el tiroteo y abrimos las maderas del balcón. El jardín está completamente cubierto de hojas secas que se pudren bajo la lluvia. El fraile baja también al calor de la camilla, y papá se esfuerza en explicarle los derechos del pueblo.

—Ni la tierra, ni la cultura, pueden ser propiedad de unos cuantos. Es la herencia ancestral que fue creciendo desde que el primer hombre aparece sobre la tierra sosteniéndose sobre sus dos pies...

El fraile entorna los ojos sin comprender, pero hace grandes signos de que sí, que sí, con su cabezota abotargada. Luego toma la palabra:

—Es lo que yo decía al padre prior... ¡Si estos arduos problemas teológicos los supieran las demás personas!... Nosotros aquí días y días estudiando profundos temas, y los demás sin sospechar que existan estos misterios... Comen y duermen y viven... y se mueren sin haber sabido nunca tantas cosas... Pero ¡lo que él decía!: Padre, esto no es para todos... Unicamente aquellos que Dios ha elegido pueden comprenderlo... Y así es...

Papá vuelve a insistir en explicarle teorías históricas..., filosóficas, ¡que sé yo! Hasta le habla del pobre cocido español, que ha esquilmado a los castellanos debilitándoles, acortando su talla...

—¡Para eso no hay nada como la tortilla carmelitana! Nosotros teníamos un lego en el convento que la hacía como los ángeles. Se hace con patatas cortadas a pedacitos, huevos, chorizo, trocitos de lomo...

La hermana le llama para cenar y el fraile se despide tristemente...

—¡Vamos a hacer penitencia! Este arroz con sebo es horrible...

Cuando cierra la puerta, Fifina se sienta en su silla y le imita:

—¡Oh la tortilla carmelitana! Se baten los huevos..., se echan las patatas...

Llaman a la puerta. Son las ocho, ya noche cerrada. ¿Quién puede ser a estas horas? Guadalupe abre la puerta y sentimos fuertes pasos en la escalera y ruido de armas. Detrás de ella suben tres milicianos.

—¿Qué hombres hay en la casa?

Papá se incorpora sobre las almohadas.

—Yo..., únicamente yo.

—¿Y qué haces en la cama, compañero? ¿No sabes que están batiéndose a doscientos metros de esta casa? Quieren tomar Madrid esta noche, pero no lo conseguirán si todos los hombres van a las trincheras.

—Está enfermo—digo yo—. Hace dos meses que salió del hospital y sigue con fiebre...

—No, no—dice papá—. Yo me levanto ahora mismo. Dices bien, compañero, esta noche debemos luchar todos...

Salen al pasillo mientras yo le doy la ropa a papá, que casi no acierta a vestirse con el temblor de las manos...

—¡Dios mío..., pero si no puedes, papá!

—¡Déjame, déjame!

Al fin se pone de pie y sale envuelto en su gabán.

—Vamos...

—¡Papá!

—Adiós, hija... Animo. Vamos a ganar la guerra... Adiós, Fifina.

Me besa y baja lentamente agarrándose con fuerza a la barandilla. Los milicianos bajan detrás de él... Fifina y yo les seguimos...

De pronto, un ruido sordo... Se ha desplomado papá en el vestíbulo.

—¡Papá, papá!

—No se asuste, compañera... Es un desmayo... Vamos..., arriba...

Entre los tres suben a papá otra vez la escalera y le ponen en la cama. Y se van, cerrando la puerta con estrépito.

¡Parece muerto papá!

La batalla, cada vez más cerca, es un fragor horrible...



X

FEBRERO 1937. HAMBRE Y BOMBAS

He bajado al jardín en esta plomiza mañana. Un viejo jardinero cava lo que hasta ahora fue pradera verde para sembrar habas. Sentada al borde del estanque me dejo calentar por este dulce sol de invierno y aspiro la frescura de la tierra removida.

El constante tiroteo del frente y el bombardeo de la ciudad se han hecho tan habituales que apenas se les da importancia. Sólo la llegada de los aeroplanos inquieta aún.

—¡Hermoso día, señorita!

Me asusto al oírme llamar así. Desde que empezó la revolución siempre me han dicho «compañera».

—Hermoso, es verdad.

—Ya se huele la primavera... ¡Si no tuviera uno tantas desgracias encima...!

Pregunto por Juan, el jardinero que venía en los primeros tiempos.

—Lo movilizaron... y me creo que lo han hecho sargento... ¡Era un chico muy majo...! Ojalá tenga suerte...

El viejo suspira y vuelve a cavar.

¡Qué perfume a *paz* sale de la tierra...! Guadalupe viene a advertirme que se va a la tienda, porque es día de racionamiento. Lleva la cartilla y la bolsa de hule con botellas... no sea que den aceite, o vino, o vinagre. El otro día, por no llevar botellas nos quedamos sin los cien gramos de aceite que nos correspondían.

Observo al viejo y le veo limpiarse los ojos con el revés de la mano... Está llorando. Por decirle algo:

—Yo creía que Juan era hijo suyo.

El pobre hombre estalla en sollozos que no puede reprimir y se limpia con un gran pañuelo que saca de entre la faja.

—No..., no, señorita... Cuatro hijos tenía, como cuatro pinos, y ya no sé si me queda alguno... ¡Maldita revolución!

Con largos intervalos de silencios, de limpieza con el pañuelo y de golpes de azada, voy sabiendo que el infeliz ha perdido sus tres hijos mayores en la toma de Talavera... Del pequeño no sabe nada.

—Era una criatura, señorita... Entoavía pegao a la madre, que aunque tenía dieciséis años, no representaba catorce... ¡Un corderillo mamón...! Pero venía la noche del siete de noviembre y se le llevan al frente... Dende entonces no hemos vuelto a saber de él...

Me dice que su mujer está ya muy vieja, que se está quedando ciega de llorar, y que la está engañando diciéndole que ha sabido del pequeño...

—¡Ya es lo único que le queda, señorita!

Vuelve Guadalupe toda desconsolada. Antes de entrar me muestra por la reja una escoba y estropajos.

—Hoy no tenían más que esto para darme...

—Pero ¿cómo? ¿No le han dado arroz o lentejas?

No, no le han dado más que esto. Ya tenemos cinco escobas nuevas... Pero ¿qué vamos a comer? Aún conseguimos algo de leche y un poco de pan...

El jardinero me dice que él sabe dónde me venderán algarrobas. Tal vez una fanega. Tienen gorgojos, pero escogiéndolas con cuidado antes de ponerlas en la olla y cambiéndolas dos veces el agua al hervirlas... Guadalupe se va en seguida con un saco al lugar señalado por el jardinero.

Papá, sentado al sol en el balcón de su cuarto, me habla:

—Qué dices, ¿eh? Hoy se olvida uno de todo...

El jardinero mira hacia arriba poniéndose la mano de pantalla.

—Ha estado muy malito su papá, ¿verdad, señorita? Lo he oído decir en la colonia...

—Sí..., muy mal. Pero en cuanto esté bien del todo, tendrá que volver al frente...

—¡Válgate Dios, qué miseria de vida...!

Vuelve a cavar. Se oye lejano el tiroteo del frente, y algunas abejas se atreven a volar sobre las maravillas en flor. El cielo es azul claro y el campo aterido de la noche se deja esponjar por el suave calorcito del sol...

—¡Ni casi paece que pasara ná!—dice el jardinero—. ¡Y mire usté si pasa...! ¡Y cualquiera sabe quien tié la razón...! Los de las derechas y los de las izquierdas empeñaos en que tién la receta pa hacernos felices, pero en el entretanto a machacarnos los liendres a los que no sabemos ná de ná... Yo discutía de esto con mis pobres hijos... y ellos me decían que no luchaban por ellos, que esta generación se tenía que sacrificar... ¡Cosas que habían oído en los mítines y en los discursos del centro... Que luchaban por los que venían detrás de ellos... ¡Mire usté qué necesidá tenían de ocuparse ellos de los que no han nacío aún...! ¡Ya ni siquiá nietos voy a tener...!

Calla y vuelve la cabeza. Se limpia después en el revés de la mano..., otra vez llora.

Fifina vuelve de la cola de la leche.

—Hoy sólo me han querido dar un litro y más de la mitad es agua... Mira...

—Deja la leche en la cocina y ven a sentarte aquí... ¡Mira qué mañana divina!

De pronto, un largo alarido pasa sobre nuestras cabezas y estalla con ruido espantoso muy cerca.

—¡Una bomba!

—¡Una bomba, hija!—dice papá—. Sube.

El jardinero continúa cavando:

—¡Miá si Dios quisiera...!

Apenas un minuto y otro alarido y otro estallido tan cerca que los cristales tiemblan fuertemente. En seguida otro, y otro... Se oyen gritos a lo lejos y vemos correr gente por el campo. Fifina, papá y yo miramos por el balcón... La voz del jardinero en la puerta de la casa:

—¡Que me voy! ¿Han oído? ¡Que la mujer debe de estar asustada...! Salud. ¡A la tarde volveré...!

Cierra la puerta con estrépito.

Papá opina que debe de haber cerca un objetivo militar y que están afinando la puntería hasta dar con él... Deberíamos bajar... Estaremos más seguros.

En las butacas del *hall* esperamos oyendo de cuando en cuando el agudo silbido que pasa sobre el tejado... Poco a poco se va espaciando y al fin cesa.

Papá dice:

—Creo que sería conveniente trasladar todos los muebles a Madrid... Si este barrio comienza a tener importancia militar, no está seguro... El mejor día se meten por Tetuán y se corren hacia aquí... Háblale a María Luisa... Tal vez tenga una buhardilla donde se pueda trasladar todo...

En dos carritos se van llevando poco a poco todos los muebles de la casa, los paquetes de libros, los cuadros, las alfombras... Sólo nos han quedado las cosas justas...

María Luisa no se ha limitado únicamente a recibir nuestros muebles, sino que me habla de una institución donde dan alimentos a los enfermos. ¡Y es una verdadera riqueza lo que me entrega! Latitas de cacao, azúcar, sustancia de carne, arroz y hasta una lata de aceite... ¡Ahora sí que se va a reponer papá!

Una vecina me promete un huevo diario... Casi volvemos a la abundan-

cia. Todos mis tesoros los guardo en el armario, en la alcoba de papá. El nunca se mueve de allí, y es donde están más seguros...

Papá se resiste a comer él solo de aquellas riquezas, y es preciso hacer por la mañana cacao para todos. Angela, que es la hermana del fraile, lo hace y lo sirve. ¡Tocamos a muy poco para hacerlo durar más! El cacao disuelto en más agua que leche y con poquísimo azúcar nos sabe a una golosina exquisita. Papá me dice:

—Todas las mañanas, cuando bajas al jardín, entra aquí Angela y abre el armario... Hoy la he visto guardarse algo en el bolsillo...

Abro el armario y me quedo aterrada. ¡Todo ha disminuido notablemente! De aquellos paquetitos de cacao que hoy por la mañana quedaban tres, sólo queda uno... Mi indignación hace reír amargamente a papá:

—Hija, nos hacemos malos, miserables... La miseria nos va invadiendo el alma. No le digas nada a esa pobre mujer, pero cierra el armario con llave.

Sin embargo, por la noche no puedo dormir. Le cuento a Fifina mis temores, y a media noche nos levantamos. Hay luz en la cocina y un olor agradable invade la casa. Bajamos descalzas.

—¡Está friendo en la sartén! ¿Qué fríe?

Por el ojo de la llave vemos a Angela y a su hermano. ¡Están friendo huevos! En la chocolatera hace cacao...

—Estoy furiosa. ¡Mientras estos dos se dan la buena vida, el pobre papá come arroz con sebo...!

Quiero entrar y Fifina me tira del brazo:

—No, no..., ¡déjales! Esta noche decidiremos...

Por la mañana bajo a la cocina. Ya están Guadalupe y Angela encendiendo la lumbre y removiendo cacerolas...

—Hoy no tengo que darle a usted cacao, Angela... Puede hacerlo con el que sacó ayer del armario de papá...

—Bueno...

¡Y lo hace y lo sirve tranquilamente!

Cuento a papá lo que ocurre, y hablando los dos acabamos de comprender que aquel huevo diario que me prometió la vecina se lo come el fraile... ¡Habrá frescos!... Y el aceite, ¿de dónde lo sacan?



Las indagaciones del día me dan la clave de todo. Angela ha hecho amistades entre la gente modesta de una calle próxima, y explotando la herida de papá, su heroísmo y su bondad, consigue que le den un poco de aceite, una tajada de balacao, y hasta tocino... ¡Si supieran que todo eso se lo come un fraile!

—¡Ni lo digas!—me dice papá, asustado—. El día en que se sepa que tenemos aquí a este hombre nos fusilan a todos contra la tapia del jardín —y luego dice sombrío—, y harían bien, por idiotas...

La casa sin muebles parece más grande, pero está desolada y fría...

¡Llega una tarjeta de Valeriana!

Estamos bien y contentas. Las niñas preguntan por su papá, y por Celia, y por el abuelo. Colón 28.

La leemos sin hablar. Presentimos que no están contentas como dicen.

—¡Con tal que tengan alimentos y salud!—dice papá.

Por la noche vuelve a repetirse la escena de ayer. Cuando todos estamos acostados, en la cocina se hace la comida para el fraile...

Y como esta noche no me contiene Fifina, que duerme profundamente, entro en la cocina:

—Buenas noches... ¡Menos mal que hay quien come a gusto en esta casa!

El fraile apoplético se levanta.

—¡Gracias a Dios!—dice, reverente—. Sabe, señorita, como yo estoy enfermo, mi estómago no resiste ese arroz con sebo que comen ustedes...

Angela, vuelta de espaldas a mí, continúa cocinando no sé qué. Yo, furiosa, continúo:

—Lo malo es que tenemos que desalojar esta casa.

—¿Cómo?

—Sí... Papá y yo nos vamos a Valencia con las niñas.

—¡Ah!—contesta tranquilamente—. Pero dejan aquí a Guadalupe... y nos quedaremos con ella.

—No señor..., nos vamos todos y cerramos la casa.

Sin decir más, subo a mi cuarto. Estoy tan nerviosa que no puedo dormir en toda la noche...

Al levantarme, lo primero que me encuentro es al fraile que me espera en la escalera:

—Buenos días—le digo.

—Gracias a Dios—me contesta como siempre, y luego, con solemnidad—: Nos vamos a ir... Dígame, señorita, ¿por dónde se va a Roma?

—Ahora, por ninguna parte... Váyase a Valencia o a Barcelona, y desde allí... puede averiguar...

—Yo quisiera ir a Burgos...

—Allí están los otros...

—¿Cuáles?

—Franco y los suyos (Señor, ¡me irrita este hombre tan tonto!).

—Yo no los conozco... Pero digo yo, señorita, ¿no podríamos irnos a Burgos mi hermanita y yo?

—No, señor...

—¡Pues siempre se ha podido ir!

—Pues ahora no... Estamos en guerra, ¿es que todavía no lo sabe? Allí están los otros.

—Pero, digo yo que en un aeroplano... ¡Como tienen ustedes tantos conocimientos!

La ignorancia de este hombre es tan inverosímil que tartamudeo antes de contestarle...

—No... no... pe... pero ¡hombre de Dios! ¿Cómo quiere que pueda aterrizar allí un avión nuestro?

—¡Ah, pues cuando yo estaba allí pasaban los aeroplanos sobre el tejado del convento! Desde la ventana de mi celda los tengo vistos ¡tantas veces!

—Eso era antes, señor, cuando había paz. Ahora no se puede ir a Burgos.

—Es lo que yo digo—continúa, reflexivamente, este hombre—. Antes, usted quería ir a predicar a Sevilla..., pues tomaba el tren y se iba... Usted quería ir a Granada, o a León, o a Zaragoza... Porque yo tenía que salir varias veces al año a predicar en las novenas de los conventos de religión... Pues usted iba donde quería, tomando el tren... y, digo yo, ¿por qué ahora no se puede? Créame, señorita, que esto me tiene hablando solo... ¡Nunca ha ocurrido que usted no pueda viajar hasta ahora!... Y es lo que yo digo, ¡los gobiernos cada vez están peor!

Le dejo por ver a papá. Está ya bien. Ha pasado la noche en un sueño. Pronto se decidirá a dar un paseo por el jardín, o por el campo, para fortalecer las piernas. Le cuento mi conversación con el fraile..., aunque sin hacer referencia a lo de anoche...

—Me alegra que se vayan..., y no es por lo que se comen..., aunque la necesidad nos está haciendo egoístas... Y no te asombres, hija... La leyenda de los frailes cerriles es historia auténtica y sólo hay contadas excepciones de frailes cultos o simplemente inteligentes... Es de sentir, porque esto se refleja en la falta de espiritualidad de los pueblos...

Papá divaga largamente sobre la Historia de España y la Iglesia, pero yo estoy nerviosa. ¡Ya siento los motores de los aeroplanos con el sonido sordo especial que producen al ir cargados de bombas...! Miro por la ventana: uno, dos... tres... cinco... siete. ¡Pum!

—¡Ya ha empezado la función! ¡Y eso que desde que se fue el Gobierno han dejado de molestarnos! Ya tenemos bastante con los cañonazos del frente...

Por la tarde voy a Madrid. Aún continúa la gente huyendo del barrio de Argüelles y de las orillas del Manzanares. Por las Delicias y el paseo de Santa María de la Cabeza han tenido que desalojar las viviendas... Las casas de la Castellana están llenas de refugiados. En los portales hay colchones y máquinas de escribir... Mi modista, que vivía en Preciados, ha salido milagrosamente de su casa hundida y vive en un lujoso piso de la Castellana... Claro que hay una familia en cada habitación y están todos peleados...

Los palacios del paseo de la Castellana, convertidos en cárceles o cuarteles, tienen los balcones abiertos, por donde se ven las arañas de cristal y los tapices... El miliciano de guardia ha sacado a la puerta el sillón dorado estilo Imperio, o Luis XV, para sentarse...

Pero ¿qué es aquel monstruo que avanza por la Castellana? La gente se detiene a mirar y yo también. ¡Es una jirafa disecada! Viene en el carrito sobre ruedas por el centro de la calzada, para que no tropiece la cabeza con los árboles de las orillas... Detrás, en un camión, van dos osos blancos también disecados... Luego otro camión con vitrinas de aves preciosas...

—Son de la colección de Medinaceli—oigo decir.

Siguen por la Castellana hacia el Hipódromo y supongo que los llevan al

Museo de Ciencias Naturales... Sí... Allí va uno de los profesores del Instituto de San Isidro...

—¿Qué haces aquí, muchacha?... Tú eres..., espera, a ver si me acuerdo... Gálvez, ¿no es eso?

—Sí, señor...

—Hace mucho tiempo que no te he visto... No estudiabas ya en San Isidro, ¿verdad?

—Se ha muerto mi madre... Estuvimos en Segovia..., luego en Santander..., fusilaron al abuelito...

Quiero contarlo todo, pero no hay tiempo...

—Ven para el Museo, pequeña... Verás cosas curiosas... Estamos salvando lo que podemos de la ignorancia del pueblo y de la barbarie de los bombardeos... ¿Sabes que la Comisión de Bellas Artes ha recuperado la «Tirana»? Claro que son infinitos los cuadros salvados de este desorden... ¡Esas colecciones particulares vedadas a los no aristócratas!... Ahora es todo del pueblo...

Se va. Durante un momento me quedo viendo pasar el desfile de animales disecados y oigo los comentarios:

—Son leones, y fieras de toas las clases que tenían pa su recreo... ¡Como no tenían otra cosa que hacer!... ¡Y entoavía hacen la revolución con too el ejército! ¡Qué quedrán, Señor!

De las tiendas de comestibles han desaparecido ya las latas de espárragos que había en el verano, y también los paquetes de té que aparecieron después, y hasta el arroz... Ya no va quedando nada. Tienen los cierres a medio bajar, y si no cierran del todo es porque tal vez no les dejan.

Subo a casa de María Luisa, que vive en el quinto piso; por la escalera, porque ya no funciona el ascensor. La puerta está entreabierta y empujo sin llamar.

El padre está sentado en el *hall* inmenso. ¿Duerme? No, me mira y no dice nada... Su silencio y su inmovilidad me cohíben.

—¿Está María Luisa?

—Sí...

Entro en la habitación de María Luisa y no la veo al pronto. Está echada en la cama de cara a la pared. La llamo y no se vuelve.

—¿Estás enferma?

—No...

No sé qué hacer. Me siento en la butaquita de los pies de la cama y yo también me quedo callada. Me acuerdo de un cuento en que todas las que entraban en un palacio se iban quedando encantadas, mudas y quietas... y casi me da risa... Pero... algo les debe de haber pasado en esta casa.

—¿Tu hermano?

Tarda un poco en contestarme.

—...le han fusilado esta mañana...

—¡Dios mío!... He visto a tu pobre padre...

—Ha pasado la noche con él y le ha acompañado... hasta...

Se calla otra vez. Ya no pregunto por su madre ni por su otro hermano. En esta casa en silencio, donde nadie llora, me parece el dolor horrible... y pienso en el primo Gerardo... y en tía Julia...





XI

LA EVACUACION DE MADRID

En los árboles frondosos del Prado han aparecido unos carteles: «Los revolucionarios no se detienen, se encauzan.»

Ya vienen pocos aviones. La Puerta del Sol tiene destruida una parte, pero todas las noches seguimos oyendo por radio las campanadas del reloj de la Gobernación, y eso tranquiliza.

Papá dice que mientras ese reloj suene, Madrid sigue en pie. Sin embargo, una noche no lo oímos y papá se asustó:

—¡No ha sonado el reloj!

—Yo no lo he oído...

Y estoy segura que mi padre no duerme esta noche...

Sin embargo, por la mañana se volvió a oír y a papá se le iluminaron los ojos:

—¡El reloj! ¿Has oído?

—Sí, papá...

Creo que una bomba lo tiró al suelo, pero a las pocas horas fue compuesto y colocado en su sitio...

—Un reloj como ese... es como el corazón de una ciudad... Disparar contra él es una maldad espantosa...

Desde que Fifina se fue con sus tías a Albacete... (Fifina, silenciosa, discreta y diligente como un hada...) y el fraile y su hermana se marcharon a Barcelona, Guadalupe y yo estamos solas para atender a papá en esta casa vacía, y pasamos horas y horas en las colas en espera de comestibles.

Casi no ha amanecido y ya estoy en la cola de la leche. Es una calle embarrada en Chamartín por donde pasa el tranvía. La puerta de la lechería, estrecha y de vidrios empañados, permanece cerrada hasta las cinco. Son las tres y media cuando llego a ella y me pongo la última de la fila de bultos arrimados a la pared.

Hace fresco y me subo la bufanda hasta taparme la barbilla y las orejas.

—Buenos días—dice otro bulto que llega.

Unos contestan y otros no. Una voz de mujer dice:

—No se dice «Buenos días», compañero. Se dice «Salud».

—Bueno, pues salud... es lo mismo.

—No es lo mismo.

Y se empeñan en una discusión por si es lo mismo o no es lo mismo decir uno u otro.

—Es como decir «Adiós»—dice una voz de hombre—. Yo al primero que me diga «Adiós» le doy una guantá...

—Eso es porque a Dios le hemos evacuao—dice una mujer que está delante de mí...

Todos se ríen.

—Esta Caramba tié la sal por arrobas...

Detrás de mí ha llegado una mujer envuelta en un mantón. Mis ojos,

hechos ya a la oscuridad de la noche, perciben hasta los rotos del mantón, y la enorme lechera de aluminio que tiene la mujer en la mano.

—¡Ay!—suspira, deseando hablar—. Es muy temprano, ¿verdad?

—Muy temprano... y ya ve cuánta gente hay ya... Algunos deben de pasar aquí la noche...

—Claro... y así están seguros de que les toque algo... tan y mientras que a nosotras ¡a saber!... Y es que too se hace mal ahora... Ni sabe una cuándo ponerse a lavar, ni cuándo encender la lumbre... ni cuándo ir a la cola de la carne... (en la carretera hay carne de caballo a las once) ni ná de ná... Vive una sin simetría.

Comienza a amanecer. Un hombre vestido de harapos está en la cola seis o siete puestos después que yo. Una mujer le dice:

—¡Compañero! Eh, compañero... Es a usté, el del saco... Digo que porqué no se va por ahí, por el pinar, que siempre hay algún fiambre... y le quita los calzones y el gabán... que esos los tienen buenos, y se los pone en lugar de esos pingos mugrientos que lleva...

—Me da... un aquel... desnudar a un muerto manque sea fascista... —contesta el hombre con dificultad, como si tuviera trabada la lengua.

Pasa un coche con milicianos, y una señora vieja que saca la mano y dice adiós:

—Adiós, adiós, hija... adiós, hija...

Todos miran al coche hasta que desaparece en la plaza.

—¿A quién ha dicho adiós?—pregunta la Caramba, que está delante de mí. Nadie contesta.

—Pues ella le ha dicho adiós a alguien, y se me hace que es doña Mariana, la cambista... ¡Menuda sanguijuela, la tal vieja! Y luego mucho ir a misa...—de pronto se da un golpe en la boca—. Anda, si está ahí la hija... en la cola... Es esa medio cegata que ni se ha enterao de ná... Pues me paece a mí que a la madre la iban a dar el paseo...

El corazón se me aprieta, y me duele, y me tiemblan las manos... ¡La madre decía adiós porque la iban a fusilar y la hija está ahí sin saberlo! ¡Dios mío!

—Señora... compañera... ¿Está segura de que era la madre de esa... joven? ¿Y usted cree que...?

Se oye una descarga.

—¡Ya la han dao! ¿No ha oído? Si en cuanto he visto a los que iban con la vieja me he imaginao lo que pasaba... La han afusilao ahí mismo... junto a la tapia de los frailes...

Ya no habla conmigo sino con un grupo de la cola que se ha enroscado en torno de ella... La pobre hija, que es la tercera de la cola, habrá pasado aquí la noche para llevar leche a su madre, y cuando vuelva... ¡qué horror! Me parece ver siempre la mano: «Adiós, hija... adiós; adiós, hija...»

Han abierto la lechería y la cola se ordena rigurosamente por orden de llegada.

—Porque si ahora no se cumple la ley, no sé cuándo se va a cumplir —dice la pobre mujer que está detrás de mí, y que no ha hecho ningún comentario a lo del coche.

Van entrando uno a uno, y salen deprisa, triunfantes...

—Salud... salud...—se despiden.

También sale la joven, y todos la miran... No dice nada ni se despide de nadie.

—Esa ya está aviada...—dice la Caramba—. Siempre dije que no había Dios y que aquí se paga too el mal que se hace. Aquí está el infierno y el purgatorio y toos los cuentos que dicen los curas...

La mujer que me sigue en la fila dice bajito a mi oído:

—Pues mal lo va a pasar ella...

Me vuelvo a mirarla y mis ojos parecen inspirarle confianza porque dice:

—Ahí donde la ve usted, compañera, más de una vez y más de dos han comido ella y sus hijos porque se lo ha dado doña Mariana la cambista... que todo hay que decirlo... y la señora de don José el del Pino, que la llevaba a comulgar con ella los domingos... y es ella la que la ha denunciao... y a todos les han dado el paseo en casa... que no sé si queda el gato... porque la perra se está muriendo ahí a la vuelta...

Han ido entrando en la lechería y ahora es la Caramba la que está dentro... Cuando yo voy a entrar, sale la lechera y dice:

—Se ha terminado la leche...

—¿Cómo? ¿No hay nada?

—Nada... y ya mañana no hay venta de leche porque se la llevan toda para los hospitales.

La gente se va sin protestar. La que está detrás de mí suspira:

—No sé qué le voy a dar hoy a mi hija, que está enferma del estómago y no puede tomar otra cosa...

—Yo también tengo enfermo a mi padre...

Seguimos juntas hasta la esquina. La pobre mujer suspira y se envuelve en su mantón raído...

—¿Vive muy lejos?

—No... allí... en la Colonia de la Carreta.

—Yo estoy ahí refugiada... Vivía cerca de la Ciudad Universitaria, pero aquello es un infierno y nos vinimos acá... Mire usted ahí... Ve, la perra de don José...

Miro; en una vuelta de la fachada veo una hermosa perra loba, tirada en el suelo, en un abandono tan atroz como si estuviera muerta. Junto a ella hay en un papel restos de arroz cocido.

—Se lo traje yo ayer—me sigue diciendo—, pero no lo quiere... Se ve que lo que quiere es morirse... Acompañó a su amo cuando le dieron el paseo allá arriba... y a los hijos del amo... a todos... luego vino a aullar a la puerta, y como vio todo cerrado, se tiró ahí a morirse...

La historia de este animal me conmueve más que todo lo que he oído hasta ahora, y me despido de la mujer...

Papá me espera en la ventana, muy asustado porque ha oído caer cerca un obús.

—¡Ni siquera he oído nada!—le digo—. ¡En cambio he visto y he sabido tantos horrores...!

—No me cuentes—dice papá—. No me cuentes nada, hija... ni la compasión te haga cambiar tus ideales...

Yo no sé a qué llama papá mis ideales, pero él continúa:

—Ten en cuenta que el Gobierno no tiene un ejército disciplinado, no tiene una policía interna, no tiene nada que le defienda y haga cumplir sus órdenes, más que este pueblo inculto, indisciplinado y desatinado... este pobre pueblo en cuyas manos estamos tú y yo, y no le tememos ¿verdad, hija mía, que no le tememos? Tú has cruzado durante meses todo Madrid

dos veces al día por irme a cuidar al Hospital de Carabanchel, y yo nunca he temido por ti... y ahora te oigo salir de casa de noche para ir a las colas y no temo que te pase nada... y aquí estoy solo, y he estado enfermo y solo, con las puertas abiertas en medio del campo, y nunca he temido nada... No, no tememos a este pueblo porque le queremos, y él lo sabe; la inteligencia puede equivocarse, la intuición no se equivoca nunca...

—Sin embargo, papá... yo no quiero hacerte sufrir... pero conozco a una mujer que ha hecho fusilar a toda una familia, y esa familia le daba limosna a ella y a sus hijos...

—¡Limosna, limosna!—papá habla a gritos, como siempre que se exalta—. ¡Pero el pueblo no quiere limosna!... y lógicamente, odia al que le humilla dándosela... Así los reyes lavaban los pies a los mendigos, pero sin dejar de ser reyes ellos y parias los otros... No, no es eso, hija mía, no. El pueblo tiene derecho a trabajar, porque todo el mundo tiene capacidad para ocupar sus manos, o su inteligencia, en algo útil... quiere vivir en casas que le ofrezcan un poco de bienestar, quiere vestirse con decencia, quiere escuelas para sus hijos... No míseras escuelas, sino la escuela única, la escuela que ya existe en América, donde el hijo del obrero se sienta en el mismo banco que el hijo del propietario, sin más diferencia que las limitaciones impuestas por la misma naturaleza... Eso queremos, eso, tú y yo para el pueblo, y eso le hubiera dado la República... y esa esperanza viene a quitársela esta revolución de aristócratas y de lacayos...

¡Qué bueno es papá! Sigue y sigue, explicándome cosas y sistemas, pero yo pienso que grita y grita y ya no tiene fatiga...

—¡Papá, ya estás bueno!

—Sí, estoy bueno... y ya llega la hora de que nos separemos. Voy a pedir que me den de alta...

Ya está decidido... Papá se ha presentado no sé dónde y dentro de unos días él se irá, y yo también... Yo, antes, tal vez. Me iré a Valencia con las niñas y Valeriana. Hay que evacuar Madrid, donde ya no va habiendo qué comer...

Y miro este jardín verde y fresco que regamos Guadalupe y yo, el estanque de aguas azules, la pérgola donde cuelgan los racimos de uvas, todavía agraces... ¡qué tristeza dejar esta casita!



El marido de María Orduña es de la Junta de Evacuación, y él puede resolver mi viaje en seguida. Voy a verle. Un chiquito que tenía de botones para los recados y que ahora ya no lleva uniforme, me abre la puerta y me hace pasar al salón.

Allí la encuentro con sus manos pulidas y blancas, haciendo solitarios junto al balcón abierto. Sigue tan gorda, tan sorda y tan feliz como siempre.

El chiquito se queda para gritarle al oído mis palabras que no oye jamás:

—¿Que te quieres ir de Madrid? Haces mal... En Valencia hace más calor. Es estación de invierno.

—Papá dice que hay que obedecer al Gobierno.

—¿Cómo? ¡Qué cosas tiene el loco de tu padre! Cuando gobernaban los buenos, sí... se les podía hacer caso, aunque yo hice siempre lo que quise, pero ahora gobiernan los malos...

El chiquito la mira, furioso, sin decir nada. Y ella continúa:

—Ayer estuvo aquí mi amiga Rosarito, la de Riñuelos, ¿no sabes?... pues ésa, y me contó horrores... El marido de su lavandera alquila sillas y bancos a real para ir a ver fusilar... y el otro día fusilaron a un chico de catorce años y el pobrecito lloraba que partía el alma...

El chiquito se va poniendo colorado y dice, burlón:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

María, como no se entera, continúa:

—Ella oye Radio Salamanca todos los días y dice que dentro de un mes está aquí Franco... es un hombre muy piadoso y oye misa todos los días... su mujer es toda una señora... y tienen una niña que es un encanto...

El chico, indignado, dice mirándome a mí:

—No he matado a esa tía porque es visita de la casa... porque si no...

Al fin logro ver al señor Orduña, y me facilita todo, aunque me dice:

—Vas a ir muy mal, hija. Desde que bombardearon la vía del ferrocarril y se acabaron los trenes, salen camiones de los que transportan tropas todos los días. Ponen unas tablas que sirven de bancos, pero no hay ventanillas ni puertas... tienen un toldo de lona que preserva del sol y la lluvia, y eso es todo... Pero haces bien en irte.

Decide que para que no tenga contratiempos vale más aumentar la edad.



—Estás muy seria ya... así que tus dieciséis años los convertiremos en veintidós, y te hago mayor de edad. De este modo no surgirán inconvenientes para que saques del Albergue a tus hermanas y para que te hagas cargo de ellas...

Se decide el viaje para el viernes... Aún faltan ocho días... y me alegro porque ¡he de hacer tantas cosas!...

—Papá, ¿sabes que tienes pocos calcetines? Pero ¿dónde comprarlos?

Recorro varias tiendas y no encuentro... ni tampoco guantes, ni pijamas... Es preciso coser, remendarlo todo, que tire aún un poco más de tiempo. Las tiendas de telas, abiertas porque está prohibido cerrarlas, tienen las estanterías casi vacías, y dos o tres viejos parecen aburridos tras los mostradores.

Ya sólo faltan tres días... Papá, ya de uniforme—¡qué guapo está!—baja conmigo al jardín en este dulce anochecer de septiembre.

—Cuando volvamos a reunirnos aquí, habremos ganado la guerra—dice, paseando con las manos a la espalda—. Las nenas serán aquí tan felices... y tú, tú también, ¿no es verdad?

—Sí, papá.

—Para entonces, mi hermana habrá aparecido... ¡capaz es de estar por ahí sin decir una palabra con tal de hacerme rabiar! He preguntado a mucha gente, y me dicen que debieron llevársela en las primeras expediciones de Alicante y Valencia... A lo mejor te la encuentras por allí... Bueno, hija, no me tengas sin noticias... Que escribas a las señas que te he dado. Yo, al Albergue hasta que te instales con tus hermanas. En Valencia estaréis bien... Allí no pueden faltar frutas y verduras. En seguida te presentas a la Junta de Evacuación para que os den cartilla de racionamiento... Ya verás, hija... Hay un jardín cerca del lecho del río... porque hay puentes, pero no río. ¡Qué clima maravilloso...! Yo estaré tranquilo sabiendo que estarás bien.

—Pero, ¿y tú, papá? ¿Y tú?

—¿Yo? Si yo estoy ya bueno y sano... y ya era hora. Un año de pleuresía...

—Sí, pero, ¿y la guerra?

—Pues la guerra la ganaremos porque es justo, ¡es justo, Señor! ¡No

hay castigo bastante para el que desata las revoluciones! Quitarle a un Gobierno sus medios de defensa y volverlos contra él y el pueblo, es la más espantosa de las traiciones...

¡Ya es mañana! El camión sale al amanecer y he de dormir en Madrid, en casa de María Luisa, que me lo ofrece. Papá me acompaña llevando la maleta.

¡Adiós, casita bonita! ¡Adiós, Chamartín! Adiós... Me voy a Valencia...

Los árboles de la Castellana, que este año no se han regado, están amarillos, y las aceras, llenas de hojas secas... Está nublado, y corre un airecito frío, cortante, de otoño...

Papá prefiere no subir a casa de María Luisa y nos despedimos en el portal:

—Adiós, hija... Hasta pronto...

Está sereno, y hasta me parece alegre.

—Adiós, papaíto mío. ¡Que no te pase nada...!

Se va... Le veo marchar inclinado... Ahora que cree que ya no le veo, anda despacio como si llevara un saco de pena sobre la espalda...





XII

VALENCIA. SEPTIEMBRE 1937

Me hospedo en una casona enorme de un título que logró escapar y sus criados han hecho de la casa una pensión.

Me ponen una cama, oculta con un biombo, en el suelo y duermo mal... todo el cuerpo me duele...

Del Albergue nadie sabe nada... El cocinero de la casa me dice que él vio un camión de niños que llevaban a Albacete...

Salgo temprano. Las calles de casas bajas y blancas, el cielo azul claro, la temperatura deliciosa, mucha gente que va y viene, fruteros, verduleros, restaurantes, cafés... ¡Parece que no pasa nada...!

En la calle de La Paz, todos los escaparates abiertos. ¡Hay collares y sortijas, figuritas de bronce, relojes de lujo, jarrones! Un café elegante... Entro. Tal vez pueda desayunarme... ¡Sí! La leche es de cabra, pero me parece exquisita...

—Señorita... Compañera...

Un miliciano está frente a mí sonriente.

—¿No te llamas Celia?

—Sí...

—Yo soy Jorge Miranda, el hermano de Adela... ¡Vamos, mujer, recuerda...! El año pasado en Santander...

¡Ah...!

Siento que me pongo encarnada, y entonces me avergüenzo aún más.

—Es que...—se me llenan los ojos de lágrimas.

—Bueno, bueno, ¡ánimo! Ya me supongo que te habrán ocurrido cuarenta mil desgracias... Ahora, a todos... ¿Tu padre?

—En la guerra... Ni sé siquiera dónde puede estar en este momento... Mi abuelito fusilado... Tía Julia y Gerardo... fusilados también... Mis nenas en un Albergue... por aquí, no sé dónde. Por ellas he venido.

—¿Cómo que no sabes? Hoy tengo libre... Así que puedo dedicarte el día... Dame tus señas... El Albergue lo busco yo y a la noche ya tienes en casa a tus gazapos.

Hablamos más de una hora. Su madre y sus hermanas están en Cartagena; él ha sido movilizado... El novio de Adela ha desaparecido... y no aparecerá más.

—¡Tenía novio!

—Sí... un estudiante de Filosofía. Buen chico, pero el padre era un sinvergüenza y...

De tío José y tía Carmelina no sabe nada...

—Y mejor es no saber, chica... porque lo que se sabe es siempre lo peor...

El ha estado herido. Estuvo en un Hospital.

—¡Nunca me he divertido más!

Me cuenta sucedidos con los compañeros, conversaciones, diabluras...

—Había también milicianas heridas... porque las mujeres, cuando os

ponéis a ser valientes, le dais ciento y raya al barbián más bragao. Ya convalecientes bajaban a desayunarse a una galería de cristales. Un día me veo a dos milicianas que venían en camisón a tomar el desayuno... «¡Pero chicas! El camisón es para dormir. Id a vestiros...» Y ellas: «¿Pues no estáis vosotros en pijama, que es para dormir?» Costó un triunfo convencerlas... ¡y la verdad es que tenían toda la razón! Por mí, si querían venir en cueros, mejor...

—¡No digas disparates!

—Supongo que has oído cosas más gordas este año.

—¡Huy! ¡Dios mío si he oído! En ese tranvía de Chamartín he oído las palabras más horribles... cosas atroces...

—¡Es la guerra! Una exacerbación de todo lo salvaje y primitivo que todos llevamos dentro... Parece que todo lo que la civilización ha ido tejiendo en torno nuestro se afloja o se rompe... ¿No lo ves en todo? Hasta por la calle se anda de otra manera... Todo se ha desquiciado... Espiritualmente hemos sufrido un terremoto y hasta lo más íntimo y sagrado se tambalea, o se derrumba... Créeme... los que provocan revoluciones son unos verdaderos canallas.

Jorge habla como papá. Quedamos en encontrarnos por la tarde en este mismo lugar.

Estoy contenta... no sé por qué... En la pensión donde vivo, calle del Gobernador, almuerzo en el comedor de la casona con otros huéspedes... un matrimonio joven... otro matrimonio con una niña, dos señores, una señora y su hija. Comemos pescado, arroz... ¡un banquete! No se habla de la guerra. Todos se extrañan de verme sola tan joven.

—Vengo a buscar a mis hermanas y a una criada de casa que están en un Albergue... En Madrid ya falta todo...

Las horas de la siesta (estamos en septiembre) las paso en el gabinete de los marqueses con una de las pensionistas. Es una habitación enorme, de techo altísimo, arañas de cristal y espejos hasta el suelo. Una mesa de bronce y mármol llena de revistas viejas ocupa el centro... Vienen visitas. Todos me preguntan por Madrid. ¿Hay aún algo que comer? ¿Se ha fusilado a mucha gente? ¿Qué venden las tiendas de telas? ¿Andan los tranvías? ¿Hay luz en las calles?

—No, no hay luz. Por la noche, Madrid no parece Madrid. Hay noches claras de esas de luna o de estrellas en que por lo menos se ve el bulto que se acerca... pero hay noches en que hay que ir con los brazos extendidos como los ciegos... Además, las calles del centro, en obra cuando ocurrió la sublevación, siguen con los arenales, las zanjas y las piedras... y la Puerta del Sol destruida en parte, llena de escombros entre Preciados y Arenal...

A las cinco ya estoy en el Ideal Room esperando a Jorge.

Está lleno el café y no encuentro ni una sola mesa vacía. Le espero de pie en la puerta.

—Malas noticias—me dice al llegar—. Ni el Albergue de tus chicas ni ningún Albergue queda ya... Unos han ido a Barcelona, otros a Francia, a Albacete, y hasta a Rusia... ¡Pero no te pongas así, mujer! Que aún no se ha perdido la esperanza... Se me figura que tus peques están en Albacete, porque la gente que vive ahora en el edificio que ocupaban dice que salieron dos coches para Albacete... y que una mujer de Segovia que llevaba siempre una chiquitina rubia en los brazos iba en uno de ellos... Así que a Albacete... No he perdido el tiempo... Aquí tienes el billete de tu tren que sale esta noche...

—¿A qué hora?

—Ah... no hay hora. Estaremos allí a las siete... Porque si no vas conmigo no entras...

—¿Qué clase has tomado? ¿Cuánto te debo?

—No me debes nada. ¿Clase? Pues chica, Pullman... Aquí no lo gastamos menos... Pero ¿tú vienes de Madrid o de París de la Francia, rica? ¿Te figuras que hay clases? ¡Vamos, tú deliras! Irás en tercera, en primera o en el furgón de cola donde viajan los cerdos camino del matadero... todo es uno... La cosa es llegar temprano para asegurarse un rincón donde pasar la noche... o las noches...

—Pero ¡no seas bobo! ¡Si se tarda cuatro horas!

—¡Eso era antes! Cuando el cochino aristócrata no se había sublevado, pero no ahora que manda el pueblo soberano y que hace lo que le da la real gana... Llegarás cuando llegues... La cosa es llegar...

Por si no encuentro a mis hermanas no me llevo la maleta, que dejo

en la pensión al cuidado de una señora, y con sólo el neceser llego a la estación...

No me había engañado Jorge. La estación era un hormiguero de gentes en torno al tren que habían tomado por asalto desde que se formó a las cuatro de la tarde. Una masa apretada llena los coches de segunda y de tercera. De primera no veo ninguno. Algunos se han acomodado sobre el techo de los vagones.

A fuerza de puños logra Jorge abrirse camino en uno de los coches y le sigo.

—Compañeros—grita—. Aquí traigo una compañerita enferma que va a reunirse con su familia en Albacete. A ver quién cede asiento para ella... o le hace sitio porque está muy delgada y cabe en cualquier parte... ¡Que no se diga, compañeros!

Un hombre viejo se levanta, remolón...

—Muchas gracias, hombre, y salud—le dije Jorge.

Me entrega un paquetito de pastillas de chocolate y me aprieta la mano.

—No sé si estaré yo aquí a tu vuelta... pero ahí te he anotado el número de mi brigada... Me escribes y...

Se va. Me parece que está conmovido...

Hace calor. Llevo un jersey bajo la chaqueta del *tailleur* y me abriga demasiado, pero no me atrevo a quitármelo, apretada entre una mujer gorda llena de paquetes, y el viejo, que se ha sentado en el borde.

Hay un griterío infernal. Oigo frases sueltas, palabras sin sentido:

—Y como sólo me quedan éstos, se los llevo a mi hermana...

—Le quedaba mucho más grande...

—Fue en la playa del Saler...

—Dominan la tierra...

—Sabe a demonios...

Blasfemias, juramentos, risas, llantos de niños... Se ha llenado el pasillo. El que tiene maleta se sienta en ella, otros en el suelo. Los de la plataforma se apiñan junto a la puerta tratando de entrar... Es un gallinero gritador y maloliente.

Ya es de noche fuera.

—¿Cuándo nos vamos?—grita una voz.



Cierro los ojos y trato de no ver ni oír... Pienso en mi maleta, guardada en esa casa de la calle del Gobernador... Allí tengo lo único que me queda ya de lo que tía Cecilia me compró en Santander, y he de cuidarlo porque por ahora no podré comprarme nada. Las nenas necesitan ya zapatos porque destrozan sin tino... Me las traeré de Albacete y nos instalaremos en Valencia... Dicen que es fácil encontrar una casa amueblada, de los que han huido o de los que han fusilado... Jorge me ha prometido incautarse de un bonito piso... ¡Es guapo Jorge! En Santander, aquella tarde del cine, las chicas le llamaban Gary Cooper ¡pero él no les hacía caso! A mí en cambio... ¡Jesús!

Una avalancha de gente se precipita sobre los que ya están instalados en el pasillo y los gritos me asustan... ¡Dios mío, qué escándalo! Nos van a matar... Hasta entre los asientos se sienta la gente en el suelo y no sé dónde poner los pies...

—No arrempuje, compañera, que para eso está sentada... y alguna molestia ha de tener...

—No, no... haga como quiera...

¿En qué estaba yo pensando? ¡Ah, sí! En que a Jorge le llamaban Gary Cooper... Es muy guapo... y bueno... ¡qué bueno es! Cuando escriba a papá le contaré lo bueno que ha sido conmigo... Si no es por él no tomo el tren, ni sé qué hacer. En Albacete iré a casa de Fifina. Tengo las señas en la carta... ¿No la habré perdido...? No, no. Si pudiera moverme un poco...

De pronto, un pito y el tren comienza a moverse, primero un topetón hacia adelante, luego hacia atrás... y se para...

—¡Maldita sea! ¡Que son las nueve, maquinista, y estamos aquí desde las seis como sardinas!—grita, sacando todo el cuerpo fuera de la ventanilla, el hombre que está frente a mí.

Pita la máquina, suena la chimenea, y vuelve a moverse el tren un poco, y a pararse otra vez.

—¡Es que no puede con todos!—dice la mujer de los paquetes, que huele a rancio horriblemente.

—A ver si tenemos que empujar...

Al fin el tren anda, tan despacio que apenas se nota... arranca más

fuerte, traqueteándonos, y salimos de la estación... Pasamos por calles... se ven luces en las casas... y al fin el campo y la luna... ¡Si tuviera yo una ventanilla! Pero huele tan mal que me siento desvanecer... En el neceser tengo agua de colonia... ¿Dónde está el neceser? Tal vez debajo de aquel cesto... Jorge lo puso allí y luego...

La conversación hace un ruido constante que se mezcla con el acompasado del tren, y me voy aturdiendo... Papá... Jorge... son dos, pero luego me parece que es uno solo con uniforme... Me duermo.

Se ha parado el tren...

—¿Qué pasa?

—¿Es una estación?

—¡No es estación!

—Van a limpiar la chimenea...

El campo iluminado por la luna. No se ven casas... El perfume de los naranjos invade el vagón... La gente de los pasillos se ha bajado...

—¿Ocurre algo?—pregunto a la mujer de los paquetes.

—No... es que como no hay carbón y anda el tren con leña, se ensucia la chimenea y tienen que deshollinar...

Otra mujer me explica en valenciano algo que no entiendo.

—Aquí la «noya» es castellana.

—¡Ah! Muchos castellanos han venido...

Pasa tal vez una hora. Me acuerdo de las pastillas de chocolate que tengo en el bolsillo y que están medio deshechas por el calor. Las reparto con estas mujeres, y en seguida aparecen dos chiquitos a los que doy la única que me queda, partida por medio. Se toman su trozo y me miran.

—No tengo más... se han acabado...

—Vamos... chés... a vuestro sitio... que la compañera os ha dado lo que tenía... Así somos—dice filosófica—, cuanto más nos dan, más queremos...

Anda el tren otra vez. Los que se han bajado corren detrás para subirse, y los del tren gritan:

—¡Que te quedas... Arrea, que te quedas!

Vamos a oscuras. Mientras yo dormía se han apagado las luces... Vuelvo a dormir... y pasan las horas...

De pronto, un encontronazo me sacude y despierto... Es una estación iluminada por la luna.

Un farol va y viene en las manos de un hombre. Tráfago de gentes que suben y bajan al tren... Son más los que bajan. La mujer que estaba junto a mí recoge todos sus paquetes y luego de desearnos buen viaje y repetir:

—... Salud... salud...—se va.

Ya estoy sentada junto a la ventanilla, lo que me permite apoyar la cabeza contra las tablas y dormir más a gusto. El abrigo que traje al brazo y me ha estorbado todo el tiempo, ahora me cubre hasta el cuello a manera de manta... Ya no hay gente en los pasillos... Tal vez se han quedado por otras estaciones...

Me duermo otra vez y no siento cuando arranca el tren, ni vuelvo a despertarme cuando para. De súbito, el frío del amanecer me hace abrir los ojos... Ya comienza a clarear el cielo... No reconozco a ninguno de los viajeros que están frente a mí... Todos duermen: un hombre, una vieja, una jovencita que se apoya en mi hombro... El miliciano que ocupa el otro asiento frente al mío, junto a la ventanilla, tiene abiertos los ojos azules y mira al campo... ¡Canta!

Entre el traqueteo acompasado del tren llega a mí una dulce melodía triste y unas palabras:

Pour la paix et pour la liberté...

¡Es un francés! Miro su rostro tostado, su frente ancha y sus ojos puros... ¡Es un francés que ha dejado su patria para ayudarnos! Algo de místico y exaltado hay en sus ojos y en su frente... No me mira. Contempla el horizonte que comienza a enrojecer con los rayos del sol, absorto en el milagro del nuevo día y en su propia exaltación...

Pero otra vez el balanceo constante y el acompasado rodar embrollan mis pensamientos y me duermo...

Al despertar es pleno día y estoy en Albacete. Todo el mundo está de pie recogiendo su equipaje. No recuerdo haber visto antes a nadie de los que me rodean... ¿Y el francés? No está...

Mi neceser. El abrigo... Bajo a la estación en ebullición, empolvada, sucia, oliendo a miseria...



XIII

ALBACETE

CON las señas de Fifina en la carta, y preguntando a todo el que encuentro, paso por calles estrechas, como de pueblo, por calles anchas, arboladas, con kioscos de periódicos y aspecto de gran ciudad...

Hace un hermoso día de sol... y huele fuertemente a tomillo... Todo el sentido de tragedia en la madrugada del tren, frente al místico miliciano, se ha trocado en paz, en dulce paz campesina... ¡Cómo huele a tomillo!... Parece que llega hasta el corazón y éste se ensancha y se conmueve alegremente...

—Es allí... en aquellas casitas nuevas... Sólo tiene dos pisos, y un portal de mosaico y paredes pintadas de verde.

Llamo... vuelvo a llamar... Salgo a la calle para llamar a los balcones, que son bajos y no tienen ni un solo cristal.

Fifina abre las maderas:

—¡Eres tú, Celia!

Es una bonita casa acogedora y que está impregnada, como todo, de olor a tomillo...

—Es que aquí se enciende la lumbre con tomillo... pronto vas a ver los burros con el serón lleno de tomillo para vender.

Las tías de Fifina, más viejas que antes, aunque parece imposible, aparecen en seguida... Me cuentan y no acaban.

—Pero ¿no sabes nada de los bombardeos que hemos padecido? Que te cuente Fifina, que te diga ella...

Fifina tiene que ir a la cola de los comestibles, y son ellas las que me cuentan, llorando y moquiteando y quitándose la palabra de la boca, lo que ocurrió aquella horrible noche en que perdieron a su sobrino...

—¡El hombre más honrado del mundo! El más bueno... el más sabio... Veinte años de abogado en esta ciudad... ¡Querido por todos, respetado por todos, y acabar así...!

Ellas y Fifina estaban en su casa. Eran ya cosa de las diez y oían por radio las noticias de la guerra, cuando de pronto, un ruido espantoso... algo como si el cielo se cayera... y los balcones se abrieron solos, los cristales se vinieron abajo y toda la casa se tambaleó como si fuera a caerse...

—Nos echamos a la calle... y corríamos, corríamos... encontrando cuerpos en el suelo, gentes muertas o heridos que gritaban... Entre ellos estaba mi sobrino, que vivía aquí a la vuelta, y su hijo... pero nosotras... ¡qué sabíamos, hija, qué sabíamos...! Fifina tiraba de nosotras y corríamos... ¡que no sé cómo Dios nos daba fuerzas para correr! Y el bombardeo seguía espantoso, y los aviones sonaban tan bajo que nos parecía que se caían sobre nuestras cabezas... Nos metimos en un campo, que no era campo, sino un corral sin salida... y salimos otra vez por donde habíamos entrado, y a correr otra vez al campo... y siempre oyendo los estampidos de las bombas... ¡que aquello era el fin del mundo! Hasta que en la oscuridad,



tropezando y cayendo, llegamos a unas tierras labradas y allí nos tiramos sobre los surcos... ¿Y qué dirás que hicieron los bribones? Pues iluminarnos con sus reflectores y, cuando nos veían, bajar, poner de costado el avión y ametrallarnos con las ametralladoras... ¡Canallas!... Yo les insultaba... ¿Y sois vosotros los cristianos? ¿Y eso lo manda Dios?

Cuando vuelve Fifina seguimos en pleno relato de espantos. El sobrino ¡el pobre! estaba en su casa tan tranquilo, cuando vinieron a decirle que huyera, que iban a destruir toda la ciudad... y bien en contra suya, salió de su casa con su hijo...

—...en la misma puerta los alcanzó una bomba... Se habían tirado al suelo y se tapaban la cabeza con las manos. ¡Y allí se quedaron!

Fifina continúa:

—¡No quiero decirte lo que ha sido esto al otro día!... Asaltan la cárcel, sacan a los fascistas... los fusilan, los maltratan... ¡Han fusilado sin piedad!

—¡Muy mal hecho!—protesta la tía... que no se remediaba ya nada con eso. Y ahora los otros lo sabrían, y vendrían otra noche y...—. ¡Válgame Dios, qué vida ésta! ¡Yo no duermo una noche tranquila!

Nos desayunamos. Tienen leche condensada, y hasta cacao, que han conseguido de milagro.

—Cascarilla, hija, que me han vendido a precio de oro, y que es un regalo en estos tiempos...

Ahora me toca a mí contar... ¡Ni siquiera me han preguntado aún por qué estoy aquí!

—Hija, en estos tiempos no se asombra una de nada... Cualquier cosa es posible... Figúrate, antes de esto que está pasando, cómo nos habría dejado verte aparecer sola... pues ahora ni te preguntamos...

Les cuento mi salida de Madrid en un camión de transporte de tropas... con tablas que se caen y acabamos todos sentados en el suelo... los chiquillos que consiguen levantar la lona y uno casi se tira... y la mujer que chillaba:

—¡Chico, que te vas a caer y aluego nos van a detener una hora lo menos hasta que levanten el cadáver... como pasó en el otro viaje...!

Mi llegada a Valencia, la casona de la calle del Gobernador, mi encuentro con Jorge.

—No te vayas a encalabrinar con ese miliciano, que será un golfo como todos—dice doña Ramona.

Hablo de cuando le conocí en Santander, de lo bueno que ha sido buscando a mis hermanas, de cómo tomé el tren por él...

—Bueno, bueno... lo mejor será que no le veas más... Cualquier día te lleva delante de su capitán y te casa... porque hasta la mujer de Mangada está casando gente... y mira hija, el matrimonio que no pasa por la Iglesia es una porquería... ¡Y mira que te lo digo yo, que sé mucho de esas cosas!

Fifina y yo nos reíamos... Luego Fifina me dice:

—¿De veras es tan interesante ese chico?

—Sí, hija, pero ¡no vayas a creer! Ni siquiera se nos ha pasado por el pensamiento, ni a mí ni a él, nada semejante... ¡Te lo aseguro! Pero imagínate lo que es encontrarme en Valencia sin saber qué hacer, y hallar semejante ayuda...

Aquí no saben nada de Colonias de niños. Unas estuvieron hace ya tiempo, pero se las llevaron a Alicante. Sin embargo, para asegurarnos mejor, visitamos a unas cuantas personas de la ciudad y todos me dicen que aquí no están mis hermanas...

—Pues de Valencia se han llevado las Colonias...

Unos me dicen que a Barcelona, otros que las han repartido en fincas en el campo, donde hay seguridad de que no habrá bombardeos...

Paso dos días en Albacete. Fifina no quiere dejarme marchar a Valencia en el tren.

—Ya has visto lo que es eso. Es un espanto y cada vez peor... Encontraremos un auto que te lleve. Ya verás...

Estos días de otoño son gloriosos en La Mancha. Paseamos por el jardín público, al paso de las viejecitas que expanden al sol sus huesos entumecidos. Por las noches oímos la radio y las pobres viejas rezan el rosario. Al fin doña María, la más viejecita, que es la que dice los Misterios, enjareta una ingenua oración:

—Señor, que no se mate a nadie más, que se estropeen todos los aviones y no puedan volar, y se moje la pólvora, y tengan todos juicio y no sean brutos. Amén.

Al tercer día vienen a avisar del Hospital: a las doce va a salir un

auto para Valencia. Me despido de las dos buenas señoras que han compartido conmigo su pan, tan escaso, y me voy con Fifina.

En el Hospital ella habla con el médico. Se llevan un herido en la ambulancia y los padres van en un coche detrás. Yo puedo ir con ellos.

Veo sacar la camilla y colocarla en un coche de la Cruz Roja. La madre, una señora de gesto resignado con el pelo casi blanco, se queda al pie de la ambulancia, hablando con el herido. El padre, un señor silencioso que me saluda sin hablar, toma asiento junto al conductor. Al fin, luego de llamar repetidas veces a su mujer, ella viene a sentarse a mi lado.

—Buenos días, señorita...

—Mil gracias, señora, por admitirme en su compañía...

Con un gesto de la mano parece indicar que nada tengo que agradecerle. La ambulancia parte, y nosotros detrás...

—Adiós, Fifina... Adiós... Salud...

Durante un rato continuamos en silencio. Un sol radiante dora los rastrojos y arranca todos los perfumes de esta tierra seca, quemada, ardiente como un incensario... Creo que debo decir algo a esta pobre madre.

—¿Está grave el herido?

—Muy grave... Una bala le ha herido en la médula... le llevan a morir en nuestra casa...

—¡Chits!—hace el padre, que ha oído.

Seguimos en silencio. Tal vez ha pasado una hora cuando nuestro coche se para y la ambulancia también. Los padres descienden y corren hacia la ambulancia.

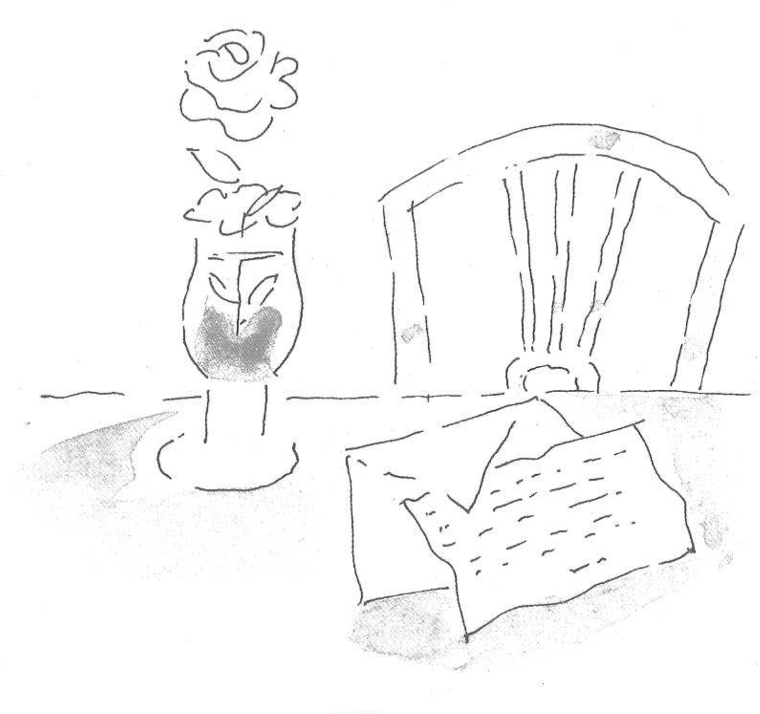
—Son unos condes—me dice el *chauffeur*—. Buena gente, a pesar de todo... Nadie ha sido capaz de meterse con ellos...

Se detienen mucho tiempo junto a la ambulancia. Parece que discuten con el de la Cruz Roja... Al fin la ambulancia continúa y la condesa sube a mi lado. Su cara está atrozmente descompuesta.

—Vamos—me dice—. Mi esposo continúa el viaje en la ambulancia...

No habla más. Luego se tapa la cara con las manos y solloza con sollozos que deben destrozarla...

¡El hijo ha muerto en el camino!



XIV

EL CARACOL

ENCUENTRO en la pensión una carta de Jorge: «Antes de irme te he buscado alojamiento en casa de unas señoras: Calle de Colón, 25. Te esperan. Jorge.»

Pero ¡si no teniendo a mis hermanas podría quedarme aquí!...

—Sin embargo, debes ver de qué se trata, mujer—me dice Angustias, la señora que se ha quedado con mi maleta en la pensión.

Antes paso por el Correo de la Plaza de la Constitución. ¡Carta de papá!

—«...pase lo que pase, no te muevas de Valencia hasta que yo vaya. Besos a Teresina y a María Fuencisla.»

La casa de la calle de Colón es viejísima, con amplio zaguán y escalera de balaustrada de madera. Me recibe una señora casi tan vieja como la casa, alta, distinguida, reservada.

—Son dos habitaciones en el otro piso... Venga y las verá.

Pasamos por una habitación oscura, llena de armarios, bajamos una escalera; más armarios, una puerta de vidrieras y una salita de techo bajo amueblada en otro siglo, como una estampa vieja. Dos cómodas, una mesa redonda, dos sillas de paja, una lámpara que fue de petróleo y le han adaptado una bombilla de luz eléctrica...

—Aquí tiene el paje para arreglarse...

¡El paje! Se trata de una mesita alta con espejo y cajoncito. Es una mesa tocador de hace doscientos años...

La habitación tiene balcón y un dormitorio inmediato con una cama inmensa y perchas y también balcón. Huele a ropa limpia, a manzanas y a espliego...

—Me quedo, señora. Voy a traer mi maleta y esta noche ya dormiré aquí...

Es como si me fuera de la revolución, del frente, de los fusilamientos y me refugiara en una época de paz de la Historia de España... ¿cuándo? ¿Reinando Fernando VII? ¿O Carlos IV?... No, es antes... aún Galdós no ha conocido a Gabrielillo... ni Inesita ha ido a vivir con don Braulio a la calle de la Sal...

Me asomo al balcón. Da sobre una callecita estrecha, silenciosa, por donde casi nadie pasa... Aquí tomarán el sol mis nenas. Valeriana bajará con ellas y yo las vigilaré desde el balcón... En esa cama inmensa dormiremos las tres...

Mis investigaciones en busca de las nenas no dan resultado. Hablo con el conserje del Albergue. Sí, se acuerda de Teresina.

—Era una nenuca parlanchina y graciosa... y la otra ¡una rubita como una onza de oro! Deben de estar en Barcelona... Sabe usted—me dice en secreto—, creo que todos vamos a durar poco aquí... Se dice que el Gobierno se traslada a Barcelona... ¡Es claro! Todos los días bombardean Sagunto... y rara es la noche que no tenemos excursión por aquí... Lo mejor es irse cerca de la frontera por lo que pueda ocurrir...

Compro rosas en el mercado de las flores. ¡Dios mío, qué rosas! Nunca he visto nada semejante. Dicen que son las más bonitas del mundo... Yo no he visto las de todo el mundo, pero es seguro que no puede haber rosas más bonitas.

Encuentro un restaurante modesto donde me dan de almorzar. La cena será una taza de café con leche en el Ideal Room...

¿Qué piensan de la guerra estas señoras con quienes vivo? La madre, viejísima, fue pianista, es culta, religiosa; la hija mayor, viuda o casada, con una niña; otra hija, rubia, linda, moderna, que trabaja no sé en qué y se pasa todo el día fuera; una sobrina de cabello negro, pálida, de ojos verdes, lánguida y estática. Esta muchacha es de mi edad, pero aunque me acoge sonriente no me habla casi nunca y contesta a mis palabras con monosílabos... La casa ésta es de ella; el portero la saluda al pasar con una reverencia. Deben de ser gentes aristocráticas... ¿Qué les ocurre? ¿Qué ha sido de los hombres de esta casa, de los que jamás se habla? Por la noche me invitan a pasar la velada en su compañía, pero cuando se habla de la guerra cambian de conversación. No tienen servidumbre. Ellas mismas, con sus manos cuidadas, hacen la comida y lavan su ropa...

La rubia me acompaña a veces al Ideal y hablamos de mis hermanas, de mi padre. ¿No tengo novio? ¡No! Es claro, en mi cédula dice veintidós años: no puede suponer que tengo diecisiete apenas... Conozco a dos matrimonios, una casada joven y preciosa, rubia, como una muñeca gordita... La piel dorada de las sienes se confunde con el cabello dorado. La otra es morena, decidida, enérgica. Me dicen que es artista, que pinta maravillosamente.

¡Otra carta de papá!

... las nenas están en Barcelona; comprendo tu inquietud, pero ya sabiendo que están bien y contentas, debes esperar tranquila a que yo vaya. Estoy en Extremadura. Manda las cartas como siempre. Veo que conservas tu buen juicio y me agrada esa familia con quien vives. Salúdales en mi nombre.

Empiezan a pasar los días todos iguales. ¡Es dulce el otoño en Valencia!

Los jardines están embalsamados deliciosamente... A veces me quedo sentada durante horas debajo de un árbol... Si no fuera por los milicianos que van y vienen y por este ajetreo inusitado de gentes atareadas con la guerra, parecería que no pasa nada.

Una mañana me llama Isabel, que es la chica rubia.

—Suba, Celia. La busca un miliciano.

¡Es Jorge!

—¿Qué tal te va? ¿Tus pequeñas?

—¡No las encontré!

—¡Mujer...! ¿Quieres contarme todo eso? Vente conmigo al café. Tengo cuatro días de licencia y me voy a pasar dos aquí y dos en Cartagena...

Ante el asombro escandalizado de la señora de la casa y de la hija rubia que me atisba desde la puerta de la cocina, salgo con Jorge.

En el café hablamos:

—Tu padre tiene razón... No te muevas de aquí hasta que él venga... Yo en Barcelona no puedo ayudarte... aquello es inmenso y tú, sola, sin tener dónde estar y sin saber exactamente dónde están tus pequeñas... Esa gente donde estás es de lo mejor de aquí... ¡Un don del diablo! Los padres de la sobrina en la cárcel. Al marido de la hija mayor le dieron el paseo... Era de los que cayeron en el Saler.

—¿Cómo?

—La playa elegante de aquí... Han muerto allí como moscas... ¡Se han cometido tantos crímenes! No te imagines que los otros hacen menos.

—Ya sé, ya...

—Es que somos salvajes... verdaderos salvajes... Todo lo que se llama civilización y cultura es un barniz clarito que se nos cae al menor empellón... ¿Queréis revolución?

—¿Yo?

—No, mujer... hablo al incógnito que la ha armado... ¿Queréis revolución? ¡Ahí la tenéis!... Todos somos unos asesinos.

—Tú no.

—Yo también.

—Pero ¿tú no habrás fusilado a nadie?

—Sí, hija, sí... como cada hijo de vecino... Fue en los primeros tiem-



pos. Estaba yo en Villaverde, con el destacamento, cuando van y dicen: «Ahí llega el tren de Jaén y viene el obispo, y su hermano y la familia, y el cerdo de y el ganadero tal y... ¿queréis que les hagamos bajar y les fusilemos aquí mismo? A ello.» Bajan temblando. Unos cuantos les toman la filiación. Sí, son ellos, y otro ¡que a lo mejor es republicano!... al menos, ellos lo dicen... «A ver, todos en fila.» «Pero ¿nos vais a fusilar?» El obispo, muy pálido, echaba bendiciones... Nos pusimos enfrente... Cuarenta canallas y ¡pum!... ¡Sólo cayó el obispo! Todos le habían disparado a él y le habían acribillado... Otra vez tuvieron que formar la fila y disparar... algunos corrieron y los cazamos...

—¡Jesús...!

—¡Vamos, mujer! ¿Estás llorando? ¡Mujer! Te aseguro que yo no era yo... ¡Si soy incapaz de matar una mosca! ¡Más veces tengo salvadas mariposas calentándolas al sol sobre la palma de la mano! Es eso... es el salvaje que llevamos dentro... el contagio... la honrilla de que no le crean a uno un blandengue... ¡Mujer! ¡A ver si me vas a tomar rabia ahora!... Aunque a veces yo me la tengo por haber sido capaz de hacer una cosa como ésa... pero más rabia tengo al que tuvo la culpa de todo... ¡A ése sí! ¡A ése le fusilaba ahora mismo sin que me temblara la mano!

—¡Tal vez no era el obispo el que fusilasteis!

—Tal vez. ¡Cualquiera sabe! Para el caso es igual... era un pobre hombre, y pobres mujeres y pobres hombres...

Callamos un momento. Luego cambia de conversación, pero estoy tan nerviosa que se me saltan las lágrimas por todo.

—Chica ¡estás como la mantequilla de Soria, que de mirarla se derrite! Y yo que pensaba invitarte esta noche al teatro... Canta Amalia Isaura y ese artista nuevo que no sé cómo se llama... ¿Vamos?

Sí, vamos. Le pido la llave a la señora.

—Supongo que tiene usted permiso de su padre para salir de noche.

—¡Claro! El pobre papá lo que quiere es que lo pase bien...

—Sí, sí... eso quieren los padres de ahora... ¡eso quieren!

Yo no sé qué ha querido decir, pero no será nada bueno por el tono que ha empleado.

Me pongo una blusita blanca limpia y planchada, bajo el *tailleur*... y un

imperdible con brillantitos... mis trenzas bien cepilladas brillan como una diadema... ¡Me gusto!... ¡Dios mío, parece mentira que pueda volver a ser casi feliz! Apenas hace un año que el abuelito, tía Julia y Gerardo... Me persigno y rezo de rodillas junto a la cama: «Padre nuestro que estás en los cielos...»

Las calles están iluminadas sólo por la luna. Jorge me espera a la puerta del teatro... ¡Qué noche feliz...! Están llenas las butacas, los palcos... muchísimos milicianos, muchas señoras y muchachas bien vestidas...

Es verdad que aquí, en Valencia, las mujeres van mejor vestidas que íbamos en Madrid. Allí éramos todos obreros, o pretendíamos serlo en el modo de vestir. Aquí he visto hasta alguna señora con sombrero...

Los dos días de la licencia de Jorge se pasan felices. Almorzamos en un restaurante de la calle de las barcas, donde dan los dos platos consabidos: arroz y dos rebanaditas finas de carne con salsa, pero mejor servido, con mozos, y manteles limpios. Por la noche comemos en un restaurante subterráneo de la Plaza de la Constitución... y luego al cine o al teatro. Después, por las calles a oscuras, me acompaña a mi casa, abre la puerta y me ilumina con cerillas hasta que llego a mi piso.

La señora doña Clara de Monteverde debe de estar escandalizada.

Estamos en noviembre y llueve dos días torrencialmente. Apenas salgo más que a comer y a comprarme algún libro. ¡Ay, qué será de mis nenas!... Sentada en una silla baja junto al balcón, veo llover en la callecita estrecha y silenciosa donde la lluvia suena como en un patio.

Una noche, acostada, siento fuertes aldabonazos en la puerta de la calle. Luego voces de mujer y llamadas:

—Señorita Celia... Celia... Celia.

Me pongo una bata y salgo a la escalera. Es la rubia Sofía.

—Te buscan, Celia...

—¿A estas horas?

—Son tres señoras que vienen de viaje...

En el zaguán frío y húmedo, iluminado por el farol que cuelga del techo, me encuentro a Fifina y a sus tías, con maletas y mantas.

—Aquí estamos, hija... Bombardearon anteanoche y las tías no han querido esperar más. Veníamos a casa de unos primos, pero tía Ramona ha

perdido las señas... Yo me acordaba de las tuyas y aquí nos hemos venido.

Sofía oye la explicación sin decir nada, y yo ¿qué puedo decir? Esta no es mi casa y no puedo alojarlas sin que me lo permitan.

—¿No habría un hotel, o una fonda, donde puedan pasar la noche?

En la calle se oye caer el agua sin cesar... Decidimos que Fifina y yo buscaremos alojamiento mientras sus tías esperan. Subo a vestirme y vuelvo en seguida con impermeable, paraguas y chanclos.

—Vamos.

Primero al Hotel de Inglaterra, aquí cerca, luego al Hotel del Comercio, después a la Peña Luisa... En todas partes aporreamos la puerta y tardan siglos en contestar. Al fin, cuando baja un criado o uno que parece el dueño, es para decirnos que no tiene ni una sola cama libre...

—Están durmiendo en los pasillos sobre mantas... Todo lleno... Se nos ha vertido Madrid entero...

Al pasar por la calle de la Paz me llaman:

—Celia... ¿no me conoces? ¿Dónde vas a estas horas?

Es un muchacho amigo de Jorge que conocí en el teatro cuando estuvo él aquí. Se llama José María y es de Madrid.

Le cuento lo que nos ocurre y él piensa un momento:

—No, no encontraréis en ninguna parte, pero... se me ocurre que aquí, en el Centro de Izquierda Republicana, les dejarán pasar la noche. Hay un buen diván, y si tienen mantas podrán arreglarse una cama.

Subimos con él a una casa donde hay luz en lo alto de la escalera. Habla con un hombre un momento y se vuelve para decirnos:

—Todo arreglado. Traed a las señoras en seguida porque son ya las once y van a cerrar.

Corremos bajo la lluvia. Doña Ramona y doña María se envuelven en sus chales para salir, y entonces aparece doña Clara en la escalera.

—No, señor... no se vayan ustedes... en mi casa pueden quedarse... Les cedo mi cama y yo dormiré en otro lugar.

Yo intento resistir, pero las pobres señoras están tan contentas de no tener que salir en esta noche de lluvia que aceptan en seguida. Aquí todas las camas son inmensas, así que las dos hermanas se arreglan en una cama, y Fifina y yo en la mía... con lo que charlamos hasta el amanecer.

—Ya verás qué bien lo vamos a pasar ahora, Fifina. Saldremos juntas por las tardes... Hay un jardín precioso al otro lado del río... de este Guadalaviar que sólo tiene cauce y puentes porque el agua se la beben los huertos...

Al otro día encontraron las señas de los primos de estas señoras en el libro de teléfonos, y allí van, en un tranvía que da toda la vuelta a la población. Felizmente, no llueve. Un sol radiante ilumina la ciudad mojada de estos días y los jardines empapados.

Fifina y sus tías se quedan instaladas en una casa chiquita, con chiquillos, flores de trapo y un negro de barro que lee el periódico sentado en una silla en el pasillo y se bambolea al paso nuestro... La prima es una señora gorda llena de buena voluntad.

—Yo os ofrezco lo que tengo y el que da lo que tiene no está obligado a más... ¡Ya nos arreglaremos, que cuando hay cariño y confianza...!

Doña Ramona llora hilo a hilo, mientras Fifina trata de ordenar su ropa en un armario lleno de juguetes de los chicos...

Los días que siguen son de otoño claro y templado. Fifina y yo salimos todas las tardes, le presto libros, y vamos juntas para conseguir la cartilla de racionamiento que hasta ahora no he tenido aquí...

Una noche suenan las sirenas.

—¡Es en Sagunto!—dice doña Clara como otras veces.

Pero un estruendo cercano nos levanta a todos de las sillas.

—¡Es aquí, mamá!

Bajamos precipitadamente hacia su habitación y nos quedamos en un recoveco del pasillo, donde asegura doña Clara que hay una medianería muy fuerte. Sentadas allí esperamos... Ya parece que se ha ido, cuando el estruendo se acerca otra vez... Pasa cerca de una hora hasta que las sirenas nos avisan que el peligro ha pasado... ¡Cómo estarán las tías de Fifina!

Desde esa noche han vuelto casi todos los días, a distintas horas. Algunas veces es casi media noche cuando tocan en mi puerta y oigo la voz de Isabel.

—¡Han sonado las sirenas, Celia! ¿Quieres venir con nosotras? ¿Tienes miedo?

No, no tengo miedo. A veces me duermo en medio del bombardeo, tan tranquila.

—Esta casa es fuerte... no puede pasar nada—me digo.

En cambio, Fifina ya no puede salir. Sus tías están aterradas y no quieren quedarse solas. Algunas tardes voy ya a charlar un rato en el comedorcito con flores de trapo y cacharros inútiles.

—No nos deja estar en la sala, que es el único sitio donde entra el sol —me dice doña Ramona—porque estropeamos la alfombra...

Fifina se ríe. Doña María suspira... Al salir, Fifina abre la puerta de la sala para que pueda yo ver esa alfombra que no se puede pisar... es una alfombra descolorida de pie de cama, colocada delante de un sofá de baratillo...

—Nuestra prima es una buena mujer cuidadosa—comenta Fifina—. ¡Qué se va a hacer!

Salgo ya de noche: vuelvo andando hacia casa cuando oigo las sirenas... Me refugio en un portal.

—Es en Sagunto—oigo decir.

No, tampoco esta vez es en Sagunto. Llego a casa tarde, y me encuentro a José María esperándome. Está hablando con doña Clara.

Dice que se va a traer a sus padres que están en Madrid y quisiera encontrar una casa tranquila para ellos. Se traen a la criada, que es vieja y le vio nacer a él.

—¡Tranquila! Ya ve usted... Desde que los aviones han dado en visitarnos a diario...

—¡Bah! peor es el hambre. En Madrid están comiendo ya las hierbas de los alrededores. Yo allí no puedo hacer nada por ellos. Y como Celia está aquí tan contenta, y Jorge me habló tan bien de ustedes...

No, doña Clara dice que no puede admitir más gente en su casa... pero tal vez una señora amiga suya que vive al otro lado del Paseo... En fin, que venga mañana y le contestará...

Todo se ha arreglado y los padres de José María ya viven en una casa de fachada historiada, rejas complicadas y azulejos de colores. José María ha traído un inmenso ramo de rosas a doña Clara, y ésta las ha repartido dos a dos, o tres a tres, en los infinitos cacharros que cuelgan por las paredes del salón, del comedor y de los pasillos.

Las horas se me pasan junto al balcón mirando la callejuela estrecha.

Ya sé a qué hora comienza el sol a bajar por la fachada de enfrente, cuándo llega a una verja siempre cerrada donde cuelgan las telas de araña, y cuándo se retira después por la esquina, dejando otra vez en sombra la callecita... Esta mañana, unos débiles lamentos me han hecho asomar. Es un gatito enfermo. Parece muerto... estirado en la acera junto a la tapia... pero de pronto levanta la cabeza, y se queja.

—¡Michi! ¡Pobrecito!

No me oye... no se mueve... Dios mío, qué dolor, ver sufrir así a un animalito... Doña Clara no me consentiría subirle a casa...

Toda la mañana sufro con el espectáculo. Cuando vuelvo de comer, el gatito no está. Alguien se lo ha llevado... No quiero pensar más en eso...

He traído rosas... las pongo en un jarrón de cristal. ¡Qué maravilla, Señor! Tienen demasiadas hojas y las limpio un poco de follaje... ¡Un caracol! Entre las hojas había un caracol... Pobrecito. Vivirá aquí conmigo y ya no estaré sola... Al fin es una vida junto a la mía...

Le pongo unas hojas tiernas para que coma y le instalo sobre mi cómoda... Por la noche no le encuentro... ¿Dónde se ha ido este bribón? ¡Ah, está detrás de la cómoda!

Ahora todas las noches lo dejaré debajo de un vaso para que no se escape.





XV

NOVIEMBRE 1937

Tienes que hacerte de un partido—me ha dicho Jorge—. ¿Te parece a ti que se puede andar así por el mundo, sin saber lo que se quiere?

Me he reído. ¡Yo qué sé de política!

—Yo soy... lo que sea papá y lo que seas tú...

—¡Mira qué idea! ¿De qué partido es tu padre?

—No sé... es republicano... Es muy bueno, ¿sabes?

—¡Eres grande, Celia! Tú quieres ser del partido de los buenos, ¿no es

eso? Pues yo soy comunista... Si quieres, mañana mismo te presento en el Partido... Es mucho mejor ser de un partido en estos tiempos, porque tienes quien te proteja en momentos difíciles... A mi madre y a mis hermanas, ¡figúrate lo que saben ellas de eso!, las he metido en el Partido...

—Pero si yo no sé lo que es eso...

—Bueno, pero como no eres tonta, por suerte, lo aprendes en seguida. Esta misma noche te llevo el programa del Partido y mañana te presento a Ugarte, te dan tu carnet y... a otra cosa. Figúrate que yo me voy el jueves, que tu padre no sabes dónde andará, que están bombardeando todos los días, que empiezan a escasear los alimentos y que... a propósito, ¿dónde te desayunas ahora?

—En ninguna parte... ni casi como...

—¡Adiós!... estás como yo.

—Leche ya no hay... y he tenido que dejar de ir al restaurante porque me duele el estómago horriblemente...

—¡Igualitos, mujer! Resulta que tengo principio de úlcera y no puedo comer arroz ni salsas, ni carnes que no sean blancas. ¿Y tú?

—Pues con la cartilla de racionamiento me dan un huevo cada dos días, y palitos... y eso como.

Jorge me ofrece su ayuda para alimentarnos juntos. El trae botes de leche, cacao, patatas, huevos, y en mi hornillo eléctrico hacemos la comida.

Desde ese día comemos en mi salita. Las patatas hervidas, con mantequilla, constituyen un sabroso primer plato, luego huevos pasados por agua y leche...

Doña Clara debe de estar indignada, pero su señorío no sólo no le permite protestar sino que ni siquera le permite darse por enterada de lo que está pasando...

¡Y no está pasando nada! Jorge viene a las doce y media. Le tengo puesta la mesa y estoy haciendo el puré. La habitación huele deliciosamente a rosas y a mantequilla caliente...

—¿Qué? ¿Has leído el programa del Partido Comunista?

—Sí...

—Pues ahora mismo nos vamos a ver a Ugarte... Se me acaba el permiso esta semana y antes de irme quiero dejar todo arreglado.

—Pero yo no quiero ser de ese partido...

—¿No? ¡Esa sí que es buena! Y ¿por qué?

—Porque no, porque no me gusta lo que dice el programa... Yo no quiero que me manden así... y que me denuncien por esto o por lo otro... y que se tengan que meter en todo lo que hago...

—¿Pero dónde has leído tú eso?

—Ahí... en ese papel... Yo quiero que todo el mundo viva como le guste y el que quiera tener un palacio y jardines para pasear... ¡poco que me gustan a mí los jardines...!

—Sí, claro, tú cuentas con ser la dueña del palacio y del jardín...

—¡No! Si me gusta mucho mirarlos a través de la reja y saber que dentro del palacio hay gentes que los hacen cuidar... ¿Para mí? No. Si yo con un jardín pequeñito tengo bastante...

—Pues hay quien no tiene ni ese jardín pequeñito.

—Eso no me gusta ¿ves? Yo quiero que todo el mundo tenga lo que quiera, y si quieren tener una casa bonita, que la tengan, y si quieren...

—Y si quieren un palacio...

—¡Quiá! Si los que nunca han vivido en un palacio no lo quieren... Les pasa como a mí... Imagínate que en los palacios que hay en la Castellana viven ahora pobres gentes y sacan los sillones dorados a la acera para tomar el sol... y tienden sus ropas en los balcones abiertos por donde se ven las arañas de cristal llenas de polvo, y todo sucio y en desorden... Están allí peor que en un campamento en medio del campo, y en cuanto pueden irse se van.

—Porque no saben apreciar el valor de los objetos de arte.

—Por eso... Sus verdaderos dueños sí sabían... En cambio no sabían que no hay nada mejor que sentarse al sol en una tarde de otoño... y secar al sol la ropa, recién lavada con agua corriente, para que tome ese perfume delicioso que le da el aire puro...

—¡Chica, cómo poetizas...!

—¡Qué tonto! Mira, papá me explicó una tarde que él defendía al pueblo para que se educara en el mismo banco de la escuela que el hijo del médico y del millonario y que no hubiera más diferencias entre ellos que las limitaciones de la naturaleza... Pero no me dijo que fueran todos pobres, o todos ricos... ni que les obligaran a hacer esto o aquello... No. Lo primero es ser libre y hacer lo que se quiere...

—Pues, chica, con esas teorías, no sé en qué partido convendrías...

—En ninguno... Prefiero no ser de ninguno.

—Pero, mujer... ¿Tú crees que yo estoy absolutamente conforme con el Partido? ¡Bah! La guerra la ganaremos... o la perderemos...

—No digas eso.

Jorge se calla un momento y mira a la callejuela... Tiene la piel tan tostada que por el cuello parece terciopelo...

—Bueno... pues cuando la guerra se acabe ¡a saber cuál será el partido que gobierne España!... y a mí me importa tanto la política como el camino de Santiago... Pero ahora, mujer—y vuelve su voz a ser enérgica—, ahora, por tu propia conveniencia... Figúrate que yo me voy... y ahora ya no sé cuándo volveré porque me voy al frente... Tu padre tampoco sabemos cuándo vendrá contigo... tus hermanas no estamos seguros de dónde están... Los bombardeos arrecian... El Gobierno se traslada a Barcelona y tú puedes verte obligada a marchar también, sola, una chiquilla, en una ciudad enorme y desconocida...

—Siempre tendré a Dios...

—¡Ah! Bueno, ya sé entonces cuál es el partido tuyo, el partido de Dios, ¿no es eso?

—Sí... eso es... ¡Si vieras en estos años en que tantas cosas extrañas me han ocurrido cómo he sentido a veces una mano providencial que me ayudaba!... Aquí mismo, cuando llegué... ¿Qué hubiera sido de mí sin el providencial encuentro contigo?

—Sí, sí; tú te crees que Dios se manifiesta por delegación...

—¡No te rías! Así tiene que ser. Dios no va a venir como en las estampas...

Jorge es muy bueno, pero no está convencido de nada como papá, ni le sostiene esa fe absoluta en la victoria que sostiene a papá y que me ha comunicado...

Es verdad que en Valencia hay una actividad violenta, que todos los días salen camiones para Barcelona llevándose el contenido de las oficinas del Estado. Por las noches bombardean Sagunto y las afueras...

Sin embargo, los días continúan claros, y la actividad de las calles imita la alegría de los días de fiesta. En una confitería de la calle de Blasco Ibáñez venden unas tortitas dulces y me pongo en la cola para comprar...

También me compro una blusa... Antes paso muchas veces frente al escaparate y al final me decido. Es blanca, de seda, con botones de cristal. Me la pruebo frente al paje de mi salita y compruebo que los hombros son anchos... Paso una tarde arreglándola y al fin me queda bien...

¡Me hacen falta zapatos! Sin embargo, como el dinero que me dio papá se me va acabando, tengo miedo de hacer gastos. Mandaré arreglar estos que tengo y así podré pasar sin comprar otros. Cerca de la confitería he visto una tienda donde arreglan y limpian zapatos. Voy allí con mi calzado envuelto en papel de periódico, y espero. Hay mucha gente. Sentados en los sillones están tres hombres hablando mientras esperan que les limpien los zapatos puestos. Uno es gordo, con cara de bobo. Otros dos jóvenes. Parece gente bien, aunque lleven boina.

Como sólo hay un hombre para atender a los que llevan el calzado a arreglar, espero oyendo la conversación.

—La compañía que ha venido al Principal es muy mala—dice uno—. La primera dama tiene más de cincuenta años... el gafas es un tipejo... el otro es muy malo... aunque malos son los dos...

El gordo, que ha escuchado atentamente, dice:

—¡Es que ahora hay gente muy mala!... Va usted por la calle, le pregunta algo a cualquiera... y le dan una bofetada... ¡Nunca ha habido gente tan mala!

Los otros siguen hablando sin hacerle caso, pero el gordo repite infinitamente lo de la maldad del mundo...

Me atienden y me dicen un precio disparatado. No hay suelas, no hay obreros, y hay que pagarlo bien si se quiere arreglar los zapatos. Los dejo, ¿qué voy a hacer?

En casa encuentro una carta de papá:

> *No puedo ir por ahí. Vete a Barcelona. En la calle Jáuregui 21 te cederán una habitación en casa de unos señores montañeses. Espérame allí.*

Papá no sabe que el dinero se me está acabando ya... Vuelvo por los zapatos. No, que no los arreglen. No puedo ahora malgastar ni un céntimo que voy a necesitar.

Doña Clara se asusta.

—¿Se va sola? El viaje es peligroso. Todos los días bombardean los trenes... ¡Como se están trasladando todos los funcionarios y sus familias...!

Luego se conduele de mí.

—Es lástima, Celia, porque este refugio que había tenido en mi casa no volverá a tenerlo.

—Volveré a Valencia...

—Si volviera, ya no lo tendría... Siento decirle que como todo está cambiando ya... no es lo mismo...

No comprendo lo que quiere decirme pero entiendo bien que en su casa no me admiten. Sospecho que mi amistad con Jorge tiene la culpa. ¡Pobre Jorge! Se fue haciéndome mil recomendaciones... ¡Como un hermano...! José María se ha quedado encargado de cuidar de mí.

—¡Está «colaíto»!—me dice—. ¡Colaíto del todo por ti!

—¿Quién? ¿Jorge? ¡Qué disparate!

—¡Ah!, ¿pero no te lo ha dicho? ¡Hombre! Es capaz de no decirte una palabra mientras estés sola... ¡Es Don Quijote en la revolución...!

No sé por qué esta noche no puedo dormir. ¡Jorge! Tan bueno, tan leal... ¿Esto es amor? ¡Yo creo que sí! ¡Sólo pienso en él! ¡Dios mío: si hasta de las nenas me olvido...!

A media noche me despiertan las sirenas... Oigo el motor de los aeroplanos que pasan bajos y cargados... De pronto, el silbido y el estampido espantoso... Me tapo los oídos...

—Celia, Celia—aporrean la puerta—. Celia ¿quieres venir con nosotras? —es Isabel—. ¿Quieres subir aquí?

—No, no: estoy bien... no tengo miedo.

Vuelven los estampidos tan cerca que toda la casa tiembla. Escucho. Ni un grito. Silencio absoluto. El espacio entre una bomba y otra deja a la ciudad sin aliento... como si nadie viviera en ella... Se van... se alejan... ya no se oyen. ¡Se han ido! Suenan las sirenas... me duermo.

Por la mañana, la lavandera que me trae la ropa comenta lo ocurrido.

—Se han hundido tres casas... Ahora, al venir hacia acá he visto una en esta calle... a la vuelta... Todo el piso alto se ha hundido... Están sacando los muertos... creo que quedan algunos que no encuentran.

Cuando salgo para ir al mercado a comprar el huevo y las patatas que cada tercer día me venden con la cartilla de racionamiento, me asomo a la calle...

¡Si la casa hundida es la de los padres de José María! Sigo la acera y miro desde enfrente... Allí está José María, con la cara sucia, el pelo revuelto y trabajando con un pico entre los escombros...

—¡José María!

No me oye y vuelvo a llamarle.

—¡José María!

Ahora me ha oído y me mira, pero su mirada me asusta. ¡No me conoce! Vuelve a revolver con el pico entre los escombros... con cuidado, como si temiera clavárselo a alguien.

—José María... Soy yo... Celia. Dime... ¿Tus padres?

—Están aquí...—dice con voz sorda—. Aquí debajo... Aquí...

Y otra vez levanta cascotes...

¡Qué horror! ¡Y hay un sol tan claro! No puedo seguir aquí y me vuelvo a casa. Ahora sé que han perecido los dos. La madre fue encontrada en seguida, pero el padre aún no...

No he salido en todo el día, no he comido nada... Tengo miedo de volver a ver a José María allí, entre los escombros...

Anochecido, me dicen que ya ha aparecido el padre y que los obreros están desescombrando la calle para abrir paso a los coches.

Salgo. Voy a la estación. ¿Cuándo sale el tren para Barcelona? Sale un tren todas las noches pero va tan lleno que hasta dentro de ocho días no habrá billetes... y si no lo tomo hoy ya tendré que esperar más.

Voy de aquí para allá hablando con unos y con otros...

—Esta misma noche—dicen todos—, si no ¡quién sabe! Toda Valencia se está trasladando a Barcelona...

Compro el billete. El día nueve saldré a las ocho de la noche y llegaré...

—Si se llega —me dice el de la ventanilla—. Si se llega, es a las veinticuatro horas... Hay mucho bombardeo... Hay que desembarazar las vías de



obstáculos... Las estaciones están casi destruidas... En estos tiempos, ya se sabe... Lo que le aconsejo es que esté aquí una hora antes para tomarlo cuando se forme... ¿No tiene algún hombre que la ayude a tomar asiento?

—¡No...!

Pienso en Jorge, en José María...

—¡No, no conozco a nadie!

Un hombre viejo que está dentro de la taquilla me llama con la mano.

—Mire... señorita... Por ser usted se lo digo. Si tiene usted posibles... ahí en Salmerón está la oficina de los coches camas. Tome una cama y sería lo mejor. Son coches que pertenecen a una compañía francesa y viajan bajo su bandera. Nadie se atreve a asaltar esos coches. En cambio los otros se toman por asalto y el que tiene más fuerza puede abrirse camino a puñetazos. Todos los días hay heridos. Están rotos todos los cristales... y ya son frías las noches...

—Muchas gracias...—le digo.

Y voy a la dirección que me ha dicho, y gasto doce duros más, y consigo una cama para el jueves...

Fifina está desolada. Doña Ramona, enferma, no se levanta de la cama, pero en cuanto suenan las sirenas tienen que bajarla en una silla al refugio porque empieza a gritar.

—¡Figúrate qué plan todas las noches!

Dedico estos días a arreglarme la ropa, a coser medias, a ordenar todo en la maleta. Estoy mejor del estómago. Ahora como siempre en casa y casi todos los días consigo, luego de una hora o dos en la cola, un bollito, o algo parecido a un pastel. Llevo también a Fifina y, reuniendo los víveres que guardo, hago un paquete y se lo mando a Guadalupe, que sigue pasando hambre en Madrid.

Quisiera despedirme de José María, pero no sé dónde encontrarle. Pregunto a un miliciano de su brigada.

—¡El compañero Estrada! Perdió a sus padres en un bombardeo hoy hace ocho días y se fue al frente de Teruel... Estaba medio loco... ¡Como hizo venir a los padres de Madrid...!

Ya me voy mañana... Esta noche es la última que duermo en esta cama ancha y cómoda... Me despido de la callecita silenciosa, de la salita recoleta

de otros tiempos, del paje... ¿Dónde está el caracol? ¡No está! Le he olvidado estos días y se ha ido...

Es hoy. Hoy a las siete estaré en la estación...

—Adiós, doña Clara, adiós... Mil gracias por sus bondades... Siempre recordaré con agrado estos tres meses que he pasado con ustedes... Adiós, Isabel, que sigas tan rubia, y tan alegre, y tan activa... Adiós, María, bondadosa María, ¡tan trabajadora!... y tú, Inés, que nunca me has dicho nada, pero que tienes esos ojos divinos y misteriosos. ¡Adiós todos...!

En la estación ya me espera Fifina.

—¡No te vayas!

—¡Cómo! ¿Qué dices? Papá me lo ha ordenado. Mis hermanas no están aquí y yo no tengo nada que hacer en Valencia.

En el andén hablo con el guarda de los coches-camas.

—¿A qué hora llegaremos?

—Señorita... El tren que salió anoche lo han bombardeado con bombas incendiarias y ha ardido completamente... Sin embargo, ya está despejada la vía...

—¿Has oído?—le pregunto a Fifina, asustada.

—Sí... lo sabía... por eso te digo que no te vayas...

—¡Bah, hija! Todas las noches bombardean Valencia.

El del tren, que no se ha alejado y nos mira hablar, dice:

—Conviene que se suba a su departamento porque voy a cerrar los coches antes que lleguen los viajeros... Y no se asome. Voy a cerrar las ventanillas también.

—Adiós, Fifina querida. Te escribiré... Si ves a Jorge dile que me he tenido que ir... Adiós...

La alfombra mullida del coche, su confort y el leve perfume a esencias caras, me envuelven al entrar en una atmósfera de lujo que ya había olvidado... ¡Es bueno ser rico, es bueno sobre todo luego de haber vivido entre tanta miseria...! Pero papá dice que hay que ser sobrio y austero...

A través de las ventanas cerradas oigo el barullo de los viajeros, gritos... y luego un escándalo con golpes... Se pegan.

Voy sola en el departamento de dos. No hay comedor ahora, aunque sean trenes de lujo... Me como dos pastillas de chocolate y me acuesto.

Al despertar es medianoche. Corremos por el campo iluminado por la luna... Miro el mar a través de los vidrios de la ventana... luego el mar desaparece detrás de árboles y casas... Lejos se ven llamas... Nos acercamos... Son unas tablas ardiendo... a su luz veo el esqueleto de un tren entero tirado a un lado de la vía y del que sólo quedan los hierros...

Estoy mucho tiempo despierta... Al fin me duermo.





XVI

BARCELONA. NAVIDAD

NADA me ha parecido más desolado que esta tarde nublada y fría en que bajo del tren en la estación de Barcelona.

Un solo coche espera a los viajeros y tengo que sentarme hasta que vuelva de llevar a otros para que me lleve a mí. ¡Dios mío, qué poco dinero me queda! Si papá no me manda pronto voy a pasarlo mal... pienso mientras voy en el coche.

La calle es estrecha, el portal negro, la escalera mugrienta. Una viejecita greñuda abre la puerta y cuando le digo quien soy grita:

—¡Herminia, Herminia! Ven... aquí está la chicuca que esperábamos...

—y luego, dirigiéndose a mí—. No querrá estar muchos días, ¿no es verdad? Porque esa habitación la tenemos alquilada a un viajante...

Entro con ella en una habitación grande con el balcón cerrado, porque ya es de noche. Hay una cama sin hacer.

—Mire, mire el colchón... todo nuevu, todo limpiu... Aquí somos pobres, pero limpios...

Hay un armario de espejo que me enseña a abrir.

—Mucho tiento porque se viene abaju a pocu que tire... El viajante... ¡los hombres tienen mucha fuerza! sacó el clavo... Pero mire... si usted aprieta aquí al mismo tiempo... pues ni se mueve...

Dos sillas de tapicería con flecos, sobre las que pongo la maleta y el abrigo, son también de mucho cuidado.

—No, no ponga nada ahí... se ensucia...—dice mientras pone la maleta en el suelo y cuelga el abrigo en una percha—. Son muy buenas... las compramos en una almoneda y costaron muchas pesetas... Y si no se cuidan las cosas, no se tienen... ¿No es verdad, señorita?

—Sí, es verdad, es verdad...

Estoy cansada, tengo sueño... pero pasa mucho tiempo hasta que puedo acostarme. Hacen la cama delante de mí, poniendo primero una tela fuerte entre el colchón y la sábana. Las dos viejecitas estiran las sábanas, alisan la colcha y me hacen mil preguntas: que si no tengo madre, que dónde está papá, que cómo ando sola...

—¡Tan joven y en tantos peligros!

Ya cerca de las diez se van, luego de traerme un vaso de agua y de recomendarme que apague la luz pronto.

No he comido nada en todo el día y tengo hambre. Busco más chocolate en la maleta y no lo encuentro. Acabo por resignarme y dormir.

Cuando abro el balcón por la mañana, recibo una gran alegría. ¡Da a un jardín! Hace un sol débil y un pajarito canta en un árbol dos o tres notas siempre iguales...

Encuentro el chocolate y la hornilla eléctrica para hervir agua. ¡Soy casi feliz!... Pero es preciso que estas señoras no se enteren de que gasto electricidad...

Me lavo en una palangana del tamaño de un tazón grande. Ordeno mi

ropa en el armario... Este armario tan difícil de tratar... y que está unido a la pared por una red de telarañas espesas y repugnantes... Igual les ocurre a las dos sillas de tapicería que tal vez en años no han separado de la pared... ¡En este cuarto debe de haber arañas...!

Salgo a la calle. He contado el dinero que me queda. ¡No llega a cincuenta pesetas!

Paso por un edificio grande. Es el Correo. Una calle ancha iluminada por un sol pálido: luego una plaza y una estatua de Colón. Tomo un tranvía que me lleva a la Plaza de Cataluña. El sol va calentando en esta plaza grande, verde, cubierta de palomas... Estatuas, surtidores... Algunos viejos toman el sol en los bares, algunas madres con sus niños cosen o leen... Amable sensación de paz... ¡Sólo tengo cuarenta y ocho pesetas! ¿Sabrá papá que me queda tan poco dinero? ¿Tendré que pagar adelantado en la casa en que vivo?

Almuerzo en un restaurante que me parece modesto, sopa y dos rebanadas finitas de carne y me cuesta ocho pesetas... Escribo a papá, y luego de echar la carta vuelvo a la plaza... Me mira la gente. Ya me conocen de verme todo el día. Una señora se sienta a mi lado y me habla con fuerte acento catalán. Ella no sabe dónde están las Colonias de niños, pero ha oído que cerca del Tibidabo hay un edificio que fue el palacio de un Ministro de la monarquía y ahora lo ocupan niños... Si quiero, ella me acompañará mañana a visitarlo. No, no es molestia, al contrario. Encantada está de prestarme ese servicio. ¡Mañana a las diez!

Hace fresco y voy a comprar algo para comer. Unas lonchas de jamón y pan. Es más económico comprarme la comida que comer en el restaurante... ¡Dios mío, si papá no me manda dinero!

Vuelvo a la casa donde vivo, que a la tenue luz de las bombillas empañadas y sucias, parece más mugrienta y sórdida que por la mañana.

—¿Cómo ha pasado el día, hijina?—me dice una de las señoras—. No se asuste al pasar a su cuarto porque hemos alquilado la habitación de paso a un miliciano...

Efectivamente veo un hombre acostado en el cuartucho por donde se entra a mi habitación... Entro y me encierro. ¡Qué idea! ¡Tener ahí a ese hombre!

Enciendo el hornillo para calentar agua y hacer leche. Tengo una lata aún de las que Jorge me proporcionó...

Preparo la cama para acostarme... ¡Tengo mucho frío! Me acuerdo de las arañas y siento más frío aún. Remeteré las sábanas entre el colchón para que no pueda entrar ninguna... De pronto ¡chis! un ruido y me quedo a oscuras... ¡El calentador! Seguramente el calentador ha hecho saltar los plomos...

Oigo voces que se acercan y golpes en la puerta con los nudillos.

—Señorita Celia... Señorita... Desenchufe ese infernillo del diañu que tiene... Mire lo que ha hechu... Lo ve... Por ser buenas nusotras nus pasa esto...

Se aleja, siempre gruñendo. Desenchufo y me acuesto a oscuras, tiritando de frío... Me tapo hasta la cabeza... Empiezo a dormirme cuando se enciende la lámpara que cuelga del techo... Me siento en la cama a comer...

Esta mujer ha debido de abrir el armario donde dejo escondido el hornillo llevándome la llave... Ahora no me va a dejar encenderlo más. ¡Con el frío que hace!

Pero ¿qué es esto? La luz palidece y lentamente se apaga... ¡Van a volver a decir que he encendido el hornillo...! Un estallido espantoso... ¡Jesús! ¿Qué pasa? ¡Ah! es que están bombardeando los aeroplanos... Me tranquilizo. Prefiero esto a los gritos de estas mujeres... Cuento las bombas. Dos... tres... cinco... siete... dos juntas... Se van... se van... Ya no se oye el motor... Me duermo.

Otra vez la luz del techo me despierta, me levanto a apagar y me duermo otra vez... No sé qué hora será cuando vuelven a despertarme las bombas... ¡Es muy cerca! Me tapo la cabeza para no oír...

Por la mañana entra una luz gris por el balcón, que dejé sin cerrar las maderas anoche... Se oye rumor de lluvia en el jardín... ¡Llueve! El cielo está cargado, bajo y plomizo.

A las diez tengo que estar en la Plaza de Cataluña. ¿Enciendo el hornillo para hacerme el desayuno? Sí... tal vez ahora no ocurra nada. Caliento agua para lavarme... Preparo una taza de leche que me conforta... y cuando voy a sacar el enchufe ¡chis! otra vez.

Me bebo la leche temblorosa de miedo. Miedo ¿por qué? Tengo que ser

valiente... Ahora no hay nadie que me defienda... Salgo de mi habitación. Las dos señoras hablan a un tiempo al verme:

—¡Ya ha vuelto a encender eso!

—Usted sabe que...

—Nosotras no podemos consentir...

Espero que acaben... Dios mío, qué nerviosa estoy.

—Señoras... yo pagaré lo que cueste el arreglo y lo que paguen de electricidad... Pero ¡compréndanlo! No puedo pasarme sin calentar agua... Hace mucho frío... también tomo leche caliente por la mañana, si...

—¡Ah! buenu, buenu... Hablando se entiende la gente... Si la señorita paga lo que dice, pues que encienda esu.

La hermana más joven se conforma con más dificultad.

—¡Pero todas las noches nos quedaremos a oscuras...!

—No—digo yo— porque ustedes encargan al electricista que arregle bien esos tapones...

El arreglo me cuesta quince pesetas... En el tranvía, cuando voy a reunirme con la señora catalana en la Plaza de Cataluña, miro con temor el dinero que me queda en la cartera...

Ya está esperando de pie en la plaza. Ahora no llueve, pero sigue el cielo plomizo, y una luz triste y desabrida lo envuelve todo.

Esta señora se llama Concepción Barahona, pero todo el mundo la llama Conce. Hablamos del bombardeo de la noche.

—Pero ¿vive en el barrio del Puerto? ¡Es un peligro! Todas las noches lo bombardean sistemáticamente... hay calles enteras destruidas...

Me aconseja que me vaya al centro, pero no puede ser. Le explico que papá me ha mandado que esté ahí y que a esas señas ha de escribirme y mandarme dinero...

Llegamos al pie del Tibidabo. No, no hay que tomar el tren de cremallera. Es aquí, en uno de estos enormes paseos que bordean jardines y palacios...

—Aquí...

¡Estarán ahí dentro mis hermanas! El corazón se me vuelve medio loco... ¡Ay, Dios mío, que sí van a estar! Allí veo, en aquella ventana está doña María, la del Albergue.

—¡Doña María! ¡Doña María!

No me oye. Entramos. Es un edificio inmenso, rodeado de jardines abandonados.

Una galería de cristales, un salón por donde se va a otra inmensa galería que domina la ciudad y el mar... ¡El mar que no he visto desde que llegué a Barcelona! Se oyen voces de niños... ¡Me parece conocer la de Teresina!

Sale una señora con delantal blanco.

—Quería saber si están aquí mis hermanas... Salieron de Madrid en el mes de octubre.

—No tenemos colonia de Madrid. Son de Bilbao y Asturias... No hay ni un solo niño madrileño... Sin embargo, puede ver las listas de nombres...

—Mis hermanas están con una criada antigua de casa, que se llama Valeriana...

La señora mueve la cabeza.

—Puedo asegurarle que no están aquí.

—Sin embargo, señora, acabo de ver asomada a una ventana a doña María, una de las personas del Albergue de Madrid...

Llaman a doña María, que se alegra al verme y me besa en los dos carrillos.

—¡Querida! ¿Creías que tus hermanas...? No, hija, no. Están en Francia, puedo asegurártelo... y menos mal que no las llevaron a Rusia... La semana pasada se han ido... Hemos estado en una granja cerca de Valencia, en el camino de Segelvo...

—¡Y yo que he estado tres meses en Valencia sin saberlo...!

Doña María me cuenta y no acaba de la gracia de Teresina, de su bondad.

—No he visto criatura más bondadosa. ¡Te digo que no he visto otra! Tenías que estar al cuidado para que no les diera su pan y su naranja a las que se lo pedían... ¡Y cómo te quiere! Un día me dijo que tenía dos mamás, una en el cielo y otra que es «madrecita Celia». ¡Te digo que me emocionó! La otra es un sol. Tan rubia, tan blanca... con unos ojos azules que son dos soles... Valeriana es la fidelidad, la devoción, la bondad misma...

La encargada se ha ido. Doña Conce mira al jardín a través de la galería, y Doña María y yo, sentadas en un banco, hablamos y hablamos...

Salimos a mediodía. Llueve.

—Podríamos almorzar por aquí—me dice doña Conce.

—Yo no sé si habrá restaurantes baratos...

Doña Conce me mira sorprendida. Tal vez me cree rica. No quiero que sepa mi situación verdadera...

—Si usted no dispone otra cosa, yo prefiero ir a comer a mi casa, donde me esperan.

—¡Ah! Usted come en la pensión. ¡Qué suerte! En estos tiempos ya no hay pensiones donde den otra cosa que el dormitorio...

Nos despedimos. En una calle de la Plaza compro pescado frito y un pedacito de pan negro. Allí mismo me lo como y, como llueve, me resguardo en un portal... ¡Si hubiera carta de papá en casa!

A las cuatro ya estoy en mi habitación... ¡Y no hay carta! Y así han pasado dos semanas.

Doña Conce, a la que ya visito en su casa en la calle del Angel, me ha proporcionado una habitación en una casa de la calle Lauria, a dos pasos de la Rambla de Cataluña.

Voy con ella a verla. Es una habitación grande con balcón a la calle, un armario monumental, de hermosas lunas biseladas, cama de madera y mesa para escribir. El tapiz que tapa una puerta, los grabados que adornan las paredes y la solidez de los muebles, le dan aire de hogar apacible, de vida amplia, digna y cómoda... Además no me cobran más que en la mugrienta habitación de ahora. ¡Pero no puedo mudarme! Ya sólo me quedan unas monedas en el bolsillo y pronto no tendré ni para el tranvía.

—No, hasta que papá no lo sepa y me lo permita, no dejaré esta casa...

—¡Mira, hija! ¡Te digo que eres una niña modelo para estos tiempos!

Mañana es Navidad y hoy ya no he salido a comer. Me acuesto por la tarde y trato de dormir, pero el frío me hace tiritar. Llaman a la puerta con los nudillos. Es doña Herminia...

—¿Estaba usted acostada sobre la cama? Mire... esu no me gusta. La colcha se arruga y se ensucia... ¿No tendrá los pies encima?

—No señora. Los tenía envueltos en una toquilla.

—¡Ah, del mal el menus! Nusotras preferimus siempre tener las habitaciones alquiladas a hombres porque todo el día están en la calle... ¿No le parece?

—Sí... claro...

—Pues yo venía a traerle estu que ha llegado para usted. Una carta y este papelín.

¡Carta de papá! Doña Herminia sigue delante de mí contándome no sé qué, pero yo no la oigo.

> *Hija mía: pronto estaré contigo, pero como ya debes necesitar dinero, te mando mil pesetas por correo postal, para que puedas darte algún gusto en estas Navidades. Supongo que ya estarás con las nenas y que tendrás que buscar otro alojamiento para ellas y para ti. Trata de encontrar por el centro, y manda las señas en seguida...*

El otro «papelín» es un aviso para que me presente a cobrar en la ventanilla de giros.

Ya se ha ido doña Herminia sin que yo me haya enterado. Salgo al correo. Hace frío. Las calles, mojadas de la lluvia de estos días, están sucias y tristes...

Subo las escaleras del Correo... ¿Cuál es la ventanilla de giros? Es aquélla, la de la esquina, pero está cerrada. Las horas de pago son de nueve a dos... ¡Qué se va a hacer! Volveré mañana.

—¿Mañana? Mañana es fiesta y no se abre en todo el día... Venga el lunes...

Tomo el tranvía hasta la Plaza de Cataluña. Hoy casi no hay nadie. Todo está frío y sucio, color de tristeza... me siento en un banco y una bandada de palomas desciende rodeándome... ¡También ellas tienen hambre! Les muestro mis manos abiertas.

—¡Nada! ¡No tengo nada, hermanas! Pasado mañana os traeré miguitas...

Un viento fuerte se levanta ahora que anochece. Sacude los árboles que dejan caer gruesas gotas de agua sobre mí, y arrastra a las nubes... Sopla del norte, trayendo sabor de nieve, de invierno cruel... ¡qué frío!

Me vuelvo a casa. Sólo me quedan treinta céntimos...

Las dos señoras, en la oscuridad del mugriento comedor, me saludan al paso.



—¿Tan pronto se recoge? ¡Es Nochebuena!

—Sí, pero aquí no tengo a nadie.

Veo dos grandes panes en un cestillo y se me ocurre una idea.

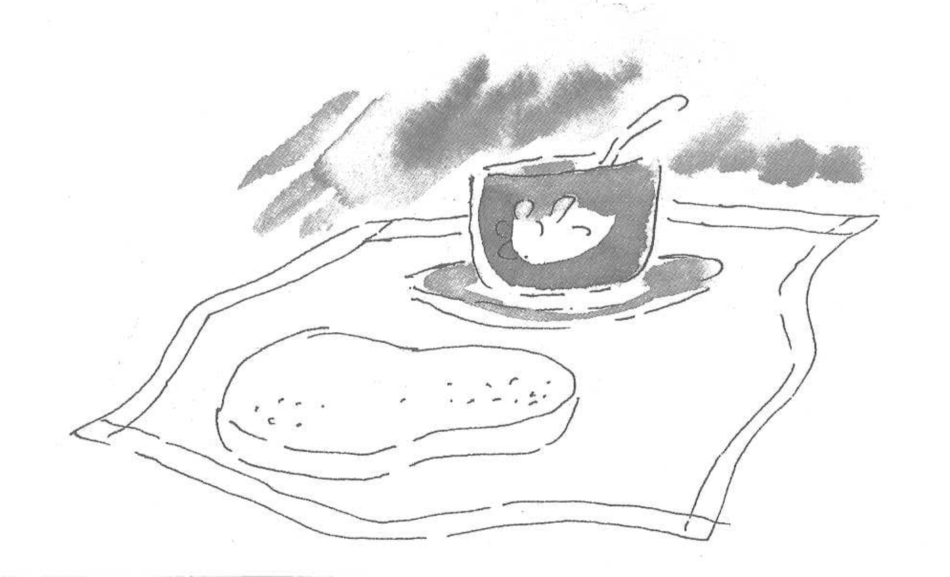
—¡Si me hicieran un favor...! He comprado dos lonchas de jamón y como no venden pan sin cartilla de racionamiento...

—Tome, tome, hijina... Corte lo que quiera de ahí... Mire. Todus los días nos sobra... Si quiere le damus diez céntimos de pan por las mañanas... Por hoy, no... por hoy, se lo regalamus... que es Nochebuena, y Dios da para todus...

Con una enorme rebanada de pan y agua caliente con azúcar, ceno junto a mi cama en esta noche... ¡Es Nochebuena!

No, no quiero estar triste... no quiero... Pasado mañana tendré dinero para mudarme a la otra casa. Papá vendrá pronto y juntos averiguaremos dónde están las nenas, que nada malo puede ocurrirles con Valeriana... ¡No quiero estar triste! Mi madre está conmigo en esta noche... ¡Siento que no estoy sola...! ¡No estoy sola! ¡Jorge pensará en mí!

El viento mueve los árboles del jardín, que suenan como el mar.





XVII

ENERO 1938

He recibido un telegrama de papá: «*Llego esta noche a las ocho.*» Y los dueños de la casa le han preparado una hermosa habitación próxima a la mía. Estoy haciendo la cama y:

—Celia... su papá, está ahí...

—¡Papaíto! ¡Huy, qué moreno estás! ¡Y más delgado! Ven a ver... Verás qué bonito cuarto tienes... ¿Te acostarás en seguida? Dime... cuenta...

Papá está triste, pensativo.

—Sí, hija, sí... Te traigo algunas cosas para comer... Dicen que aquí no se carece de nada, pero...

—¡Ay, no creas...! En las tiendas de comestibles sólo venden té o tila o cominos. Pero se come en los restaurantes...

Hablamos de las nenas. Papá ha recibido varias postales de la Cruz Roja, sin fecha ni lugar, pero con sello de Francia y escritas por Valeriana: *Estamos bien. Las niñas muy gordas y contentas. Seguimos bien. Contentas y deseando ver a ustedes.*

—Desde luego están en Francia y me figuro que en el Sur de Francia. Si tuviera noticias concretas te mandaría con ellas... pero así no. Ya han sido bastante experiencia estos viajes tuyos... Sola desde hace seis meses. ¡Pobre hija mía!

Luego me habla de la tía Julia.

—Ya no me cabe duda de que la han fusilado... Ha sido una salvajada, pero no tiene la culpa este pobre pueblo, sino los que han pactado en el extranjero su perdición... ¡Qué horror, hija, qué espanto!

—Pero, papá, dime... ¿Es que se pierde la guerra?

—Si tienen la fuerza que dicen, sí... La Sociedad de Naciones está reunida...

—Será como otras veces... Luego se van cada uno por su lado y no resuelven nada. ¿No crees?

—No... Esta vez tengo esperanza. No pueden las naciones poderosas consentir honradamente lo que está pasando. Que el ejército se haya unido a otras naciones para imponer al pueblo su gobierno o acabar con él... No, hija, no. Ya ves... creo que muy pronto se va a resolver todo y volveremos a nuestra casa de Chamartín.

Papá viene destinado a organizar aquí una escuela de motoristas de aviación. Casi no le veo. Se va por la mañana muy temprano... ¡El caso es que no tengo nada que darle como desayuno! Hace mucho tiempo que no hay leche ni café. Compro por treinta pesetas un kilo de un polvo oscuro que dicen «cacao» pero que parece serrín de madera con gusto a barniz. Papá se lo toma por complacerme.

—No está mal, hija, no está mal... calienta el estómago... Espero que no nos haga daño...

Me dicen que en una lechería de la misma calle venden cuajada de leche, pero hay que ir antes de amanecer a buscarla... Sólo me dan un tarrito y papá renuncia a ella para que la tome yo.

Aún de noche bajo la escalera a oscuras, abro la puerta de la calle y espero pegada a la puerta de la lechería. A las siete levantan el cierre de hierro y entro. Llevo un poquito de azúcar envuelto en un papel para hacer más gustosa la cuajada. Es una verdadera golosina. Sentada a una mesa de mármol, saboreo despacito la cuajada, que espolvoreo de azúcar... Frente a mí toma su cuajada una muchacha mayor que yo, con la manos llenas de sabañones y de grietas hondas y sucias. No habla nada. En el rincón de la lechería hay una gran pajarera con cinco periquitos de Australia. Están quietos, con las plumas ahuecadas como si tuvieran mucho frío.

—Sí... tienen mucho frío—me dice la que despacha la cuajada—. Otros años teníamos estufa, pero éste... Eran veinte y sólo quedan ésos...

Al otro día veo un periquito en el fondo de la jaula con las patitas tiesas y las garras abiertas como si se quisiera agarrar a algo. ¡Pobre!

A mediodía voy con papá a comer a un restaurante del centro. Nos dan un platito chico de potaje y dos pedazos casi transparentes de carne, una naranja y un pan mucho más pequeño que la naranja. Algunos días sólo nos dan medio panecillo.

Por la noche hago en el hornillo una sopa *maggi*. Generalmente no tenemos otra cosa, pero a veces papá trae del cuartel un bote de carne, o de leche condensada, o de miel... Hay que hacerlo durar mucho, porque esto es una excepción que no se repetirá...

Un día a la hora del almuerzo oímos las sirenas y comienza un bombardeo rabioso... La gente sigue comiendo y sólo se levanta cuando de pronto se caen todos los cristales con un estrépito horrible... Desde ese día ya no comemos en la Plaza de Cataluña. Hemos encontrado una pensión en el Paseo de Gracia, donde dan de comer a cientos de personas.

Algunos días, después de comer, vamos a un café de la calle de Cortes donde dan tazas de *malte* y copitas de alcohol. Es un café lujoso. Antes de la guerra debía de ser muy bonito. Ahora hay en él miles de personas que hablan armando un ruido espantoso; hay abrigos, capotes, pellizas y sombreros por todas partes y el humo del tabaco y el vaho de las telas mojadas

forma una atmósfera que lo oscurece y ensucia. Hay quien llega temprano por encontrar lugar.

Me gusta estar allí porque hace calorcito. Llueve en la calle, húmeda y escurridiza. La habitación de la casa donde vivimos está fría casi siempre, desapacible, inhospitalaria, y por la noche, triste con la mala iluminación eléctrica que apenas permite leer...

Ahora bombardean casi todas las noches de luna... ¡Dios mío, que llueva esta noche! Pero ocurre lo contrario. Llueve por el día y al anochecer el aire arrastra las nubes y despeja el cielo... Las calles, sólo iluminadas por la luna, se quedan desnudas... En camisón blanco, sin resguardo y sin amparo, enteramente a merced de las bombas que seguramente caen...

Suena la sirena, un largo lamento de angustia, y el ruido de los tranvías se para, la luz eléctrica disminuye hasta que en la oscuridad de mi cuarto sólo percibo los hilos incandescentes que se apagan también: y el ruido de los motores que van muy bajos... y se los siente muy cargados... De súbito el silbido escalofriante y el estallido horrible... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Ya se acerca...

—¡Celia!—es la voz de papá—. Celia, hija, ¿tienes miedo?... Ven aquí...

—No, no, no tengo miedo...

Otro estallido que hace temblar la casa desde sus cimientos... y un silencio de muerte después... Parece como si todo el mundo callase, como si por instinto quisiera no dar señales de vida...

¡Ya se alejan! Ya se van... Suenan las sirenas. Un largo alarido que ahora suena alegre...

Algunas noches vienen dos o tres veces. Me han dicho que es bueno meterse entre los colchones. En los escombros de alguna casa se han encontrado vivas a las personas que habían tomado esa precaución.

El día vuelve a vestir de sol a la ciudad y no tengo miedo. Me he comprado un abrigo gris con cuello de terciopelo. ¡Me está bien! Papá me lleva a tomar el té al Astoria.

Es un saloncito de té que está encima del cine. Tiene cortinas de nansú, mesitas con manteles rosa y una lamparita eléctrica sobre cada mesa. Hay calefacción. Dan té con limón y cuatro pastitas.

He vuelto a ver a una amiga del Instituto de San Isidro.

—Esto es lo más «chic» de Barcelona—me dice—. Es un verdadero rincón parisién.

Va gente rara. Muchachas con el cabello teñido de azul, de verde y hasta cubierto de polvo de oro; muchachos con cara de mujer y mujeres con aire de chicos...

—¡Son artistas!—me digo, y les miro con envidia.

A veces, Lydia y yo hablamos de esa vida. De los estudios de los pintores, de esas gentes extrañas que viven entre perfumes, entre flores... como si no fueran seres humanos y la fealdad no les llegase.

—¡Son ricos!—digo—. Jamás tendrán que pensar en ganarse la vida, ¿verdad?

—No sé... pero ¡míralos! Seguramente no tendrán que pensar nunca en nada prosaico.

—¡Nunca!—de pronto me acuerdo—. ¿Y la guerra?

—¿La guerra?

—Sí, la guerra. La guerra es para todos... unos van al frente a pasar hambre y llenarse de piojos... otros pasan hambre en su casa, a otros los han fusilado...

—Pero éstos están al margen—dice Lydia—. Son como de otro mundo... Fíjate en aquella chica rubia del traje sastre con la corbata y los guantes escoceses... ¡Es divina! Mira qué manos tiene. ¡Son de marfil...! ¿Tú crees que esas manos han hecho otra cosa que no sea poner flores en un jarrón de cristal?

Me río.

—¡Mujer! Hay jarrones de porcelana y de barro...

Cuando salimos a la calle blanca de luna, un escalofrío me corre por la espalda. Las horas pasadas en el saloncito del Astoria son como una borrachera......

—¿Verdad, Lydia?

—Sí—dice riendo—. Algo de opio debe diluirse en el aire porque nos volvemos tontas en cuanto entramos en él... y luego viene la realidad, que son bombas y hambre.

Contra esto me rebelo.

—Pero ¿de veras crees que esto es la realidad? ¡No! Esto es una horrible

pesadilla... Realidad, a veces triste, insípida y vulgar, era mi vida de antes de la guerra, con papá y mis hermanas, con trabajo, con enfermedades, con apuros económicos... pero esto de ahora no es realidad... yo creo que vamos a despertar de esto cualquier día...

Y, sin embargo, cuando no vienen los aviones, la vida adquiere normalidad, apacibilidad, y hasta dulzura en estos días soleados del invierno catalán.

Por la mañana coso y leo en mi habitación burguesa y tranquila. A veces, después de comer visito a unos amigos que trabajan en una revista, o voy al Salón Rosa, un salón de té del Paseo de Gracia donde me reúno con doña Conce y su hija Amelita, recién casada con un miliciano, que ya tiene una nena.

En este Salón Rosa, de luces discretas y suaves, suele haber sorpresas. El camarero se acerca y dice al oído:

—Si espera hasta las siete van a traer bollitos... tres por persona.

Y con el té, o la tila, o el *malte*, se pueden comer unos bollitos desagradables pero que parecen hechos con harina.

Además aquí viene Güena, un compañero de Jorge, que me ha traído una carta... Es amigo del marido de Amelita y esto nos ha unido en una mesa...

—Lo de Teruel es horrible—me dice—, los soldados están calzados de alpargatas y andan sobre la nieve... Se les hielan los pies y hay que cortárselos...

Una mañana, al bajar al Metro, percibo un aire nauseabundo, como de rebaño sucio... Los andenes están abarrotados de gente, de colchones, de alforjas, de cestos... Son los fugitivos de Aragón. Todas las estaciones del Metro están lo mismo... Son pobres gentes que han huido de sus casas llevándose lo que han podido cargar sobre los hombros...

He escrito a Jorge y le he dado la carta a Güena.

—No te prometo nada—me dice—. No sé si estará ya donde le dejé...

—¿Es tu novio?—me pregunta doña Conce.

Y me pongo tan colorada que casi no puedo contestar.

—¡No señora! Es un amigo... casi un hermano. ¡Ha sido tan bueno para mí! Nunca podré pagarle...



Todos se ríen, y a mí se me saltan las lágrimas... No sé si de vergüenza o de enfado. ¡Que manía de meterse en todo...!

Quedamos Güena y yo en vernos mañana. Quiero mandarle a Jorge unos guantes de mucho abrigo y una bufanda... En una tienda del Paseo de Gracia he visto que hay donde elegir prendas de abrigo.

Explico a papá de lo que se trata y le parece bien.

—Pero yo pondré mi tarjeta con la tuya, ¿sabes? Los muchachos suelen ser muy tontos y no vaya a imaginarse ese individuo que estás muerta por sus pedazos.

—¡Pero papá!

—Ya sé, ya, que eres una criatura y no piensas en esas cosas... por eso quiero prevenirte...

Mientras papá se prepara para ir a su quehacer, también me visto yo para ir de compras. Son las nueve. ¿Estarán ya abiertas las tiendas? De paso iré por la pastelería de la esquina que algunas veces suelen tener bollos a las once... ¡Las sirenas! ¡Válgame Dios! Pronto empiezan hoy...

En el fondo del pasillo oigo hablar fuerte. Son los dueños de la casa. Me dicen que por la galería se ven los aeroplanos.

—¡Son lo menos seis!

La ciudad se ha quedado silenciosa, y vibra con el trepidar de los motores, esperando... ¡Ya caen las bombas! ¡Dios mío, qué espanto!

—Celia—dice papá—. Ven aquí conmigo... junto a la pared medianera que es la más fuerte... No te asustes, hija.

—¡Si no me asusto!

Las bombas caen con un estrépito espantoso y cada vez más cerca.

—¡Canallas!—dice papá—. Aunque ellos estuvieran en posesión de la fórmula de gobierno que nos haría felices a todos... no hay derecho a imponerla destrozando una ciudad indefensa...

Yo no oigo ya a papá que sigue indignado ensartando razones, porque las bombas caen tan cerca que tiemblo de miedo... Caen muchas... muchas... ¡Dios mío! ¡Dios mío, misericordia para todos!

Ya se van... ya se alejan... Aún se oyen caer bombas más lejos... Suenan las sirenas tres veces anunciando que el peligro ha pasado.

Papá se pone la pelliza y se va.

—¿Vas a salir?

—Sí, papi... ¿no te he dicho que...?

—¡Ah, sí...! Vuelve pronto a casa.

—Sí, sí... ya sé.

Salgo. Hace una dulce mañana de sol. El cielo es azul claro como es aquí casi siempre. En los árboles de la calle, atadas a los árboles, hay gallinas que escarban en los alcorques. Son de los vecinos que las sacan a tomar el sol... Ahora se venden unos grandes jaulones para los balcones donde se pueden tener tres o cuatro gallinas. De este modo, y alimentándolas con los restos de la comida, de cuando en cuando ponen un huevo que ahora es un regalo casi milagroso.

La pastelería de la esquina está cerrada aún. Un chico levanta el cierre de la puerta...

—¿Sabes si habrá bollos a las once?

—No sé... Por si acaso, venga a las diez y media porque en un cuarto de hora no queda uno...

Los pequeños comercios elegantes del Paseo de Gracia y de las calles próximas ya están abiertos... Son bonitas tiendas donde venden carísimos guantes, echarpes, zapatillas de terciopelo, flores de fieltro... todo francés y en poca cantidad. Aquí donde entro sólo tienen un par de guantes forrados de piel.

—Elegantísimos, señorita... Huela por dentro. Tienen un delicioso olor a no sé qué esencia que parece brotar de la misma piel.

—¡Pero si son para un miliciano, para el frente!

—¿Qué importa, señorita? Este perfume sería como la presencia de usted en el regalo... El tamaño es el corriente y un poco más... porque no importa que le estén un poco holgados.

Son muy caros, pero como me asegura que no encontraré otros en toda Barcelona, me los llevo. No tienen echarpes para hombre y bajo hasta la calle Cortes donde he visto una camisería de lujo esquina a la Rambla.

Al cruzar la calle veo a Güena.

—¡Chits! ¡Chits! ¡Güena!

Va tan distraído que no se fija en mí.

—¡Oye! Pero chico... ¿es que no me veías?

—¿Eres tú? Tienes razón... iba embobado con el asunto de esta mañana.

—¿Qué te ha pasado?

—¿No lo sabes aún? ¿No sabes lo de doña Conce y Amelita?

—¡No!

—Pues... Nada que ya no... que... en fin... ¿Tú habrás oído el bombardeo? ¡Ha sido de órdago! Pues que ya no queda nada de la casa de doña Conce. En la calle del Angel se han hundido tres casas...

—¿Y ella?

—No sé... Allí estará debajo de todo... No es de esperar que la saquen con vida. En cambio Amelita...

—Pero Amelita ¿no vive en la plaza de...?

—Sí, allí, pero también hay media plaza hundida... Ya la han sacado, pero acaba de morir en la Cruz Roja.

—¡Jesús!

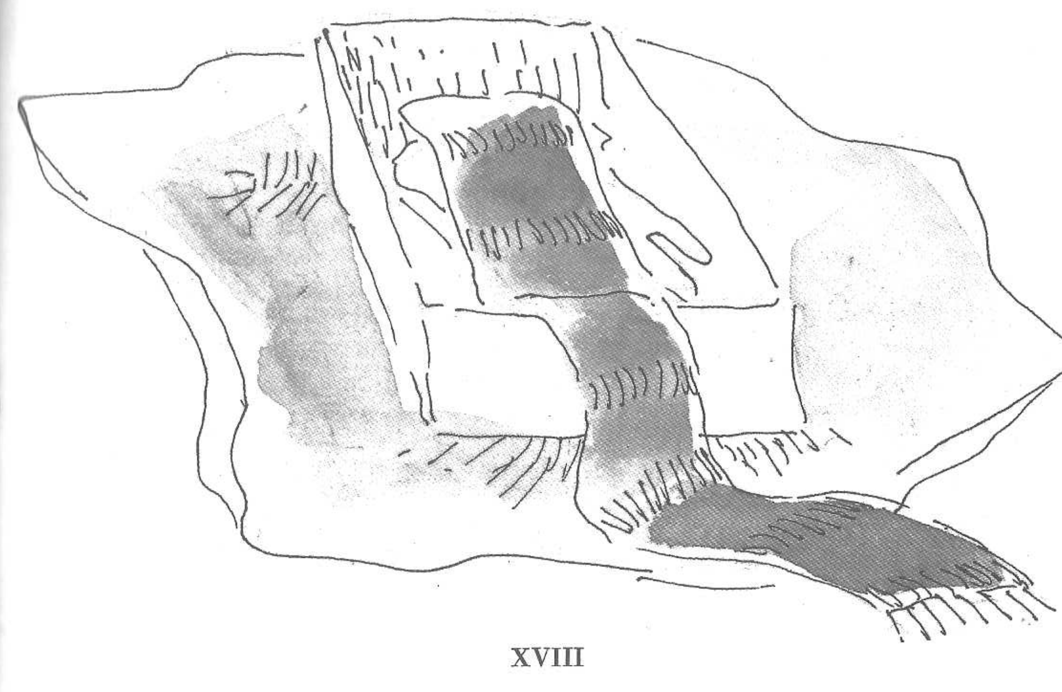
—¡Pobre! Parece que la nena estaba en otra habitación y la oyó llorar más de una hora... las dos debajo de los escombros... También la han sacado ya.

—¿Muerta?

—Sí... Imagínate cómo anda él... En un instante se ha quedado sin familia... Está allí aún... En la Cruz Roja... Si quieres verles... Yo me voy esta tarde... Créeme, se está mejor en el frente... Yo no he visto allí estos horrores... Creo que se llama Ludendorff el que inventó la guerra totalitaria.

—¿Cómo?

—Esta guerra que ataca a las ciudades y a las gentes civiles que están en su casa sin meterse con nadie... Te digo que no creo que haya un infierno bastante horrible para castigar tamaños crímenes.



XVIII

LA GUERRA TOTALITARIA

Me gusta Barcelona. Es amplia, clara, señorial. Me gusta hasta lo que a papá no le agrada. Esas casas absurdas del Paseo de Gracia, que imitan rocas y peñascos, o esas otras con estatuas en los balcones que sostienen una concha enorme para poner flores... Pero, ¿y en cambio esas fuentecitas de bronce con deliciosas figuras de niños que adornan los jardines?

Y estoy hasta contenta. He recibido carta de Jorge agradeciendo los guantes y la bufanda. Me dice que está bien y que vendrá pronto. De las nenas han llegado dos tarjetas. Además hace ocho días que no bombardean.

Por las tardes voy al cine con Lydia. Hay cines en el subsuelo, donde no se oyen las sirenas... pero se sabe que llegan los aviones porque se apaga la luz.

A veces en la pantalla aparece un avión... suena el motor, y no puedo soportarlo. ¡No, eso no! En la pantalla, no. ¿Para qué recordar ese horror?

Nieva. La Plaza de Cataluña bajo la nieve es una plaza nueva, desconocida... Algunas palomas se mueren heladas. Estiran un ala y se echan de lado sobre la nieve, con los dedos de las patas muy separados... Tienen hambre y no pueden soportar el frío...

He encontrado un perrito tiritando, contra una pared. Flaco, que se le cuentan las costillas... Se ve que no tiene amo.

Lydia le acaricia y le mira a los ojos húmedos.

—¿Cómo vamos a dejarlo así? Yo no me lo puedo llevar porque me reñirían...

Me lo llevo yo. Le pongo bajo mi abrigo y él se deja querer sin protestar pero sin alegría. En casa le doy pan y hasta le hago una sopa caliente, que se come en un momento...

Pero, ¿cómo suenan sus patas sobre los ladrillos? ¡Ah! Es que tiene unas uñas enormes, que ya se curvan, y golpea el suelo. Es un pobrecito perro abandonado desde hace mucho tiempo.

—¿No tienes amo? ¿Qué ha sido de tus amos? ¿Los mataron? ¿Huyeron?

Al oír mi voz levanta la cabeza, pero no me mira... mira a la calle a través de los vidrios del balcón...

Unos golpecitos en mi puerta y el perro mira asustado. Es la dueña de la casa.

—Me han dicho que ha traído usted un perro.

—Sí... le encontré tiritando y...

—Pero ¿no pensará tenerlo aquí?

Y como no contesto dice:

—Porque eso no. En esta casa perros o gatos no consentimos... Dan mucho que hacer, ensucian todo, todo lo rompen... Usted comprende, ¿no es así?

—Sí.

Se va. Está nublado, hace frío... El pobre perrito ha salido de debajo de

la cama y mira a la calle... A mí no me ha mirado ni una sola vez; parece ignorarme.

Yo no sé qué hacer con este animal. Si viene papá se opondrá a que se vaya el perro y habrá discusiones... tendremos que buscar otra casa...

Un lejano lamento del perro y su actitud mirando a la puerta me hacen pensar en que piensa irse. Salgo con él. En cuanto salimos a la escalera baja rápidamente y cuando llego a la puerta de la calle ha desaparecido. Bueno. Ya ha comido y puede que encuentre un rinconcito donde dormir...

Después han vuelto los días de sol, las apacibles mañanas del Paseo de Gracia, las tardes del Astoria sólo interrumpidas de cuando en cuando por los bombardeos...

En el Salón Rosa tiene Lydia unas amigas. Hablan siempre de la guerra, de los albergues de los niños.

—Hay que crear en ellos el odio al hijo del burgués, el desprecio al niño rico, el...

—¡No, no!—protesto—. Yo no quiero que mis nenas odien a nadie. Los niños son todos iguales...

Se arma una discusión terrible. Yo no sé discutir. Yo no sé nada de política, ni de sociología... Me gritan cosas que no entiendo, y no puedo contestar. Todas van contra mí...

Cuando me levanto de la mesa oigo decir:

—¡Esa chica es fascista!

—Lo dicen por ti—me dice Lydia.

—¿Y qué es ser fascista? Yo sé lo que es ser comunista porque lo aprendí en Valencia, y no me gusta, pero ser fascista no sé......

Lydia me dice que no debemos volver por el Salón Rosa. Esa acusación de mí en alta voz puede costarme cara. Me río, ¿qué me van a hacer?

—Parece mentira que hayas vivido en Madrid en la época de los «paseos» y no lo sepas...

—¡Ah, piensas que me van a fusilar! ¡Bah, qué tonta! Eso no puede ser... Papá me ha explicado que eso no puede ocurrirnos ni a él ni a mí...

Pero no vuelvo por el Salón Rosa, y ese incidente que aún no puedo explicarme es un recuerdo amargo.

Vienen días de sol. El aire es ya templado y en los árboles del Paseo de

Gracia y de las Ramblas hay ya brotes. ¡Va a llegar la primavera! A veces me sorprendo tarareando una canción.

—¿Estás contenta, hija?—me pregunta papá, extrañado.

—Sí... ya sé que no debería estarlo, ¿verdad?

—¿Cómo que no? Sí, hija, sí. Estás alegre y es natural que lo estés.

—Pero... no creas que no me acuerdo del abuelo, de aquella noche que... y de tía Julia y Gerardo, y de cuando... y ahora doña Conce y de...

—Sí, hija, sí, pero prefiero que dejes a un lado todos esos recuerdos. En este espanto que estamos viviendo, hay que volver rápidamente la espalda al pasado... Los que se han quedado en el camino ya no sufren más. Ese es el gran consuelo de los que vivimos aún... Comienza la primavera, todo se renueva... y cantan las alondras todas las mañanas. ¿Las oyes tú? En mi balcón hay una asamblea de pájaros al amanecer... Además, hija, aunque te empeñes en estar triste no podrás. ¡Tienes diecisiete años!

¡Es verdad! No puedo estar triste mucho rato... y menos en esta mañana de sol, en que Lydia y yo hacemos compras. ¡Qué preciosos cuellos almidonados hay en Royalty!

—No sé qué hacer... ¿No crees que renovaría completamente mi vestido negro ese cuello violeta y blanco?

—Sí... debe de ser caro.

—¿Preguntamos?

Sí, es caro, pero ¡tan bonito! Me decido y lo compro... y otro blanco del todo. Lydia se compra uno escocés para su vestido azul. Luego vemos un pañuelo con dibujos persas, precioso.

—Para usarlo como bufanda con el abrigo... Es un detalle precioso, ¿no te parece?

—Sí, pero ¡cien pesetas!

—En cuanto se las pidas a tu padre te las da...

—¡Estoy de luto!

—¡Ay, hija, qué historia de luto! ¡Si ya nadie está de luto! Si todos a los que se les ha muerto alguien se pusieran de luto, parecerían las calles un funeral. ¡No! ¡Déjate de lutos! Tú ponte lo que quieras y...

¡Cuántos libros! Nos pasamos media hora en el escaparate.

—¿Tú has leído algo de Valle-Inclán? Yo, no.

Compramos dos libros, y pedimos un catálogo para comprar más.

—Tengo que consultar a papá. El quiere leer «La Montaña Mágica» y se la voy a regalar por su santo.

En el Metro ya no queda nadie de toda aquella gente que lo llenó en enero. Lydia me dice que les han alojado en un antiguo edificio que fue cuartel... Al pasar por la calle de Ausías March oímos cantar en un colegio.

—Ya todo ha entrado en orden—digo.

—Sí, hija... Todo vuelve a su lugar por mucho que se revuelva... Mira, cuando llegamos aquí con dos carros de muebles que traíamos de Madrid, nos los dejaron poner por la escalera y los pasillos... ni mamá ni los tíos tenían fuerzas para moverlos, y yo... menos aún. Nadie los ha movido... al menos, que yo lo haya visto. ¿Creerías que ya no hay ninguno ni en la escalera ni en el pasillo? Todos se han ido arrimando a las paredes por propio impulso... o los hemos ido empujando con los pies al pasar... Pero yo tengo un armario en mi cuarto, y una cama... y en el comedor están la mesa, y las sillas... Pues todo es igual... ¿No ves? Se revolucionan los soldados, los presos se echan a la calle, se cierran las escuelas, fusilan a la gente, no hay nada que comer... Bueno, pues al año y medio los niños van a los colegios, se come a la una, se compran guantes y cuellos planchados...

Me río, pero Lydia sigue con su teoría:

—En la puerta de casa había un hormiguero y tía Dolores le echó un cubo de agua... Allá se fueron las pobres hormigas nadando en el agua, y aquello debió de ser una catástrofe. Imagínate cómo correría el agua por dentro del hormiguero, por los dormitorios, y los salones, y las cocheras, y el salón de *toilette*, etc... Bueno, pues al otro día por la mañana, el hormiguero estaba como si nada hubiera pasado... Las hormigas salían de compras, sacaban a sus niños en los cochecitos, se contaban los chismes de la vecindad, y se daban recaditos al oído... en fin, como si no hubiera pasado nada... con decirte que tía Dolores, que es testaruda hasta no poder más, les volvió a echar agua tres veces, y al fin hasta las regó con *Flit*. Las infelices desaparecieron de aquel lugar que olía tan mal, y tía Dolores decía triunfante: «He acabado con ellas.» Sí, sí, ¡que se creía ella eso! Al verano siguiente, allí estaban las empedernidas hormigas, con los niños que cantaban en los colegios, y comprándose cuellecitos almidonados... ¡lo mismo que nosotras! ¡Es inútil!

No se puede acabar con las gentes organizadas a hora fija... A las ocho, a levantarse, a las nueve al colegio, a las doce a casa, a la una a comer..., a las dos al colegio, a las cinco a casa, a las seis a merendar, a las...

—¡Ay, hija, qué atrocidad!

Reímos, divertidas... Ya salen los niños del colegio... Nos despedimos a la puerta de la casa donde vivo y Lydia corre a la suya de la calle de Aragón.

Antes de que llegue papá tendré tiempo de escribir a María Luisa. Subo de dos en dos los escalones.

Hoy está el día tan templado que abro el balcón de mi cuarto para que entre el sol y el aire. Me miro al espejo. ¡Me está bien este abrigo gris! La tela es mala, pero el corte es elegante. Parezco mayor de lo que soy. Cuando tenga conmigo a las nenas creerán que son mis hijas. ¡Qué rica, Teresina! Dice que soy su madre...

¡Adiós, las sirenas! ¡Qué desagradable en este glorioso día! Estaba yo a mil leguas de la guerra en este momento...

—Celia—golpean en mi puerta—. Venga con nosotros. Vienen lo menos diez aparatos de bombardeo... ¡No vamos a quedar uno!

¡Jesús! Salgo al pasillo y me voy con la señora de la casa, que es alta y fina, y con su criada, a un cuarto oscuro donde dicen que hay más seguridad. Las sirenas siguen sonando y se mezclan sus alaridos con los estallidos de las bombas... Se van acercando...

—Esa ha sido en el muelle... Esa es ya en la plaza... ¡Dios omnipotente! ¡Jesús!

Y da un grito tapándose los oídos porque ésta ha caído muy cerca... Los aeroplanos pasan por encima del tejado con ruido pesado y espantoso.

—¡Ay!—ahora soy yo la que grito.

¡Ha caído aquí al lado! ¡Tal vez en la misma casa...! Se alejan los aparatos... se van...

—¡No! Viene otro... o vuelven... ¡Ya se acercan otra vez...! Y bien cargados que vienen...

En la oscuridad del cuarto siento una mano que busca la mía. Es la criada, ¡la pobre!, que nada dice y está aterrada.

—No se asuste, María... Nada nos va a pasar. La bomba que oímos ya no puede hacernos daño... y la que nos mate no la oiremos...

—¡Santa Madre de Covadonga!—la oigo sollozar, sin soltarme la mano de la suya deformada y áspera.

¡Otra vez la bomba aquí cerca! ¡Y otra, y otra! ¡Es como si cayeran varias al mismo tiempo! Y no se van. Tal vez trazan círculos sobre la ciudad como las águilas de la sierra sobre los rebaños.

¡Se van! ¡Se alejan!

—¡Alabado sea Dios y bendito sea!—dice la señora.

Las sirenas suenan tres veces y salimos a la galería que da sobre un verde jardín de palmeras... Pero ¿qué es eso? Otra vez, y sin acabar los tres toques, la sirena suena con el lamento fúnebre del aviso...

—¡Vuelven! ¡Vuelven otra vez!—dice la señorita Subiría—. ¡Vamos al cuarto, que vuelven!...

Otra vez se repite el bombardeo feroz, cruel, sin compasión... se acercan, se alejan, vuelven a acercarse... Las bombas caen con regularidad, acercándose: más, más cerca, ¡parece que ésta tiene que caer sobre nosotros! Pero no, cae un poco más allá. Tal vez en la casa de al lado.

—¡Son italianos!—dice la señorita Subiría—. ¡Son italianos! Han tenido que buscar extranjeros para que nos maten... ellos no se hubieran atrevido... son italianos y alemanes... ¡Dios nos ampare!... Mi cuñada va a tener un niño y le están dando ataques... ahora todos los niños nacen con ataques de nervios... ¡Jesús!

Se acaba al fin. Oímos las sirenas y en seguida los coches de la Cruz Roja, que corren sonando sus bocinas.

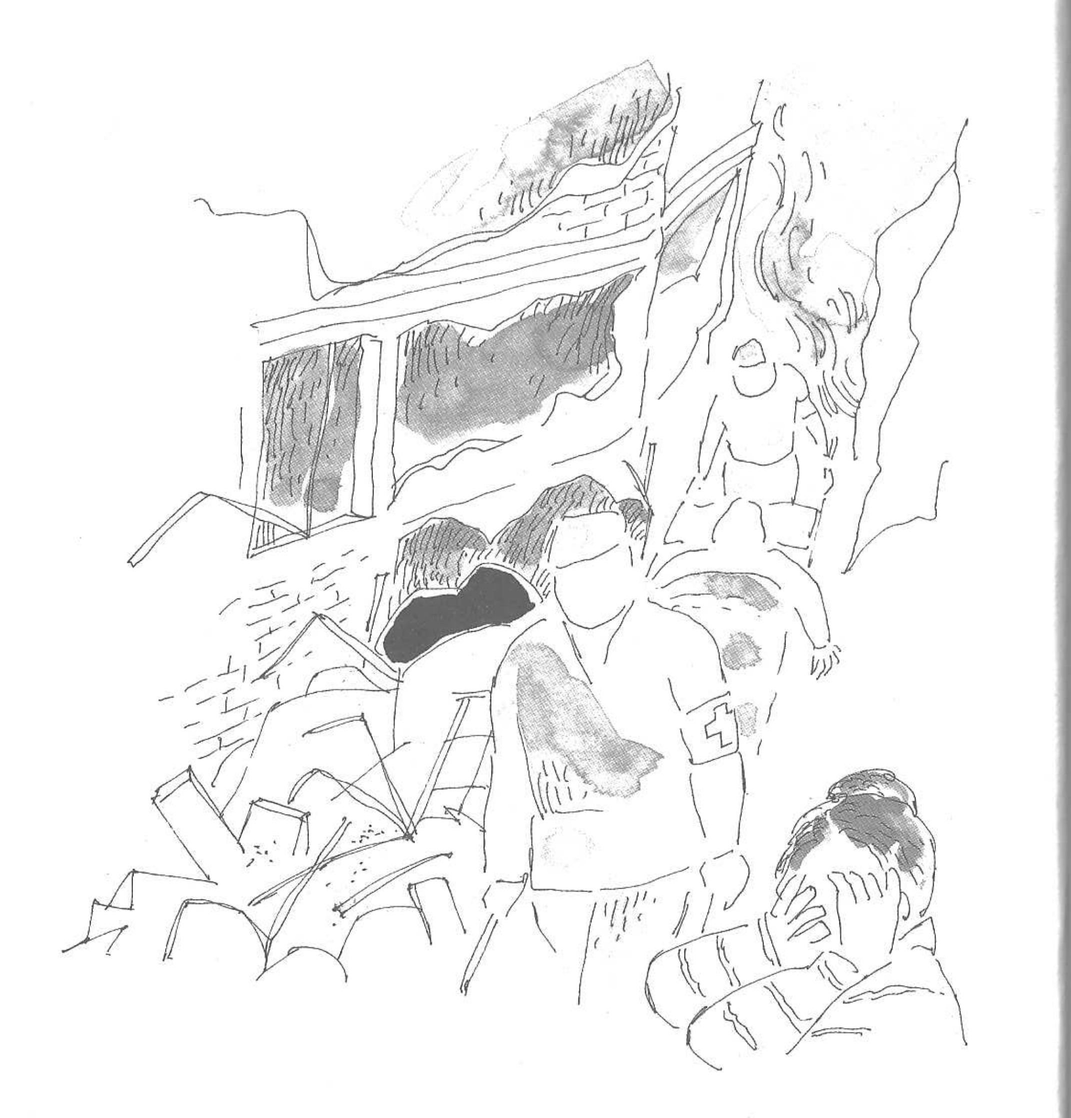
Junto a nuestra casa está el Hospital de la Cruz Roja y en la calle se oye un gran barullo. Están llegando heridos. La señorita Subiría y su criada se asoman al balcón de mi cuarto, pero yo preferiría no verlo.

El murmullo en la calle es cada vez mayor. Llegan los coches y aumenta el ruido de la muchedumbre.

—Venga, Celia, venga a ver... Mire, ahí sacan dos niños... y una chica joven... ¡Debe de haber fuego cerca, porque van los bomberos!... ¿No oye?

—Pero Celia, venga..., venga, venga a ver esto...

Tanto insiste, que me decido a ir al balcón... Entre la muchedumbre que llena la calle están sacando los heridos de una ambulancia... Vienen



vestidos, llenos de sangre, con las caras tan pálidas que parecen muertos...

—¡Allí, allí! ¡Mire allí!

Dos hombres se abren paso entre la gente... Son dos empleados de la Cruz Roja. Traen agarrado de las puntas un hule azul con restos sangrientos..., trozos que parecen brazos, piernas, cosas sin forma, rojas de sangre... ¡Qué horror!

Me retiro del balcón porque siento que se me va la cabeza y una náusea terrible me contrae el estómago y la garganta... Ellas no se dan cuenta, hipnotizadas por el horrible espectáculo, y siguen en el balcón.

Sentada en una butaquita del salón espero a papá, que ya debía de haber llegado. ¿Le habrá ocurrido algo? ¡No, no; no le ha pasado nada! ¡Yo sé que no le ha pasado nada!

Me pongo a rezar maquinalmente... y siento los pasos de papá por el pasillo. Abre la puerta de su cuarto y se asusta:

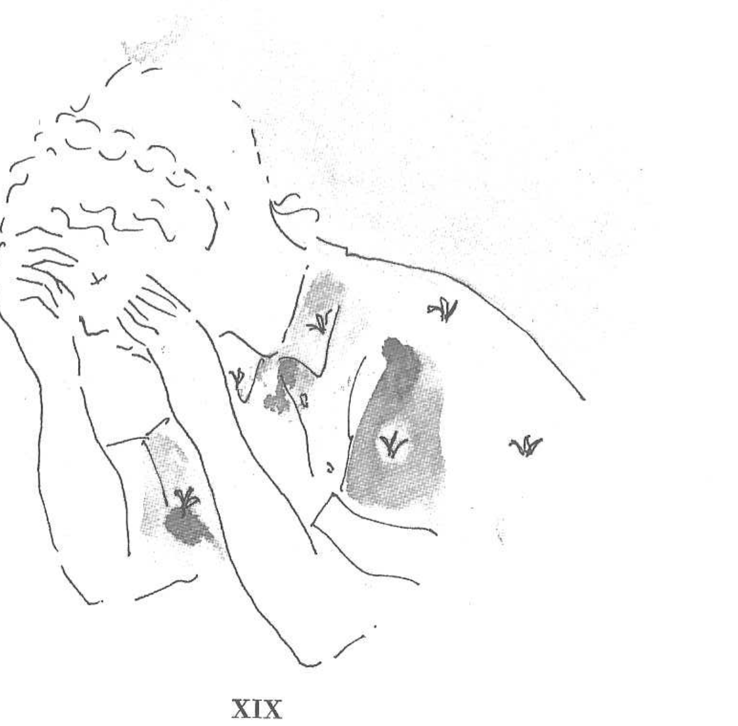
—¿Qué te pasa, hija?

—Nada, papá, ¿y a ti?

—Nada... El bombardeo ha sido por el centro... Justamente a la hora de salir los chicos de los colegios... Así hay docenas de criaturas muertas..., y lo que es peor, vivas pero sin brazos o sin piernas... o con la cara destrozada... ¡No puede haber perdón para este crimen de los bombardeos...! ¡Ah! La casa de tu amiga Lydia ha quedado cortada por el centro, de arriba abajo, como un queso..., y como no tienen escalera para bajar los que aún están vivos, los están sacando los bomberos... Acabo de verlo...

—Pero ¿Lydia?

—No le ha pasado nada... Ni a su familia tampoco... Los bajaban ahora.



XIX

MARZO 1938

¡QUÉ flaca me estoy quedando! Miro mis brazos descarnados y mis manos que se transparentan al sol...

—Pero chica, ¡qué miedosa te has vuelto!—me dice Lydia, riendo—. ¿Tanto miedo tienes a la muerte?

—No, a la muerte, no, ¿sabes? Es a quedarme sin brazos o sin piernas..., o a perder los ojos, o a un boquete en la cara, o...

—¡Calla, calla! En esas cosas no se piensa..., si no, yo no podríamos vivir.

Papá quiere que vaya a un cine todas las tardes. Cerca de casa hay uno en el subsuelo... ¡Pero qué manía con aparecer aeroplanos en la pantalla!... Yo grito sin poderlo remediar...

Y de pronto, la imagen comienza a palidecer y se hace oscuro... Sólo quedan aquí y allí las lamparillas de aceite que dejan encendidas en previsión.

—¡Ya están ahí!

No hemos oído las sirenas, no oímos los motores, pero sabemos que están ahí, volando sobre nuestras cabezas, arrojando bombas que hunden las casas... ¿Nos quedaremos aquí enterradas?

—¡Vámonos fuera!

—¡No! ¿Estás loca?—protesta Lydia.

Mis dientes comienzan a chocar con fuerza, y no puedo contener el temblor de la mandíbula, aunque la sujeto con las manos... En el cuero cabelludo siento un frío raro, como si cada pelo se erizase.

—¡Mujer! ¡No te pongas así! Pues ¿qué harías si te hubiera pasado lo que nos ocurrió a nosotros?

—¡Calla...! Es aquello que vi... El hule aquel con pedazos de carne... ¡Dios mío!

Cuando todo ha pasado, me río yo de mi miedo. ¡Qué tonta soy! ¡Yo, que antes daba ánimo a los demás!

Una tarde que estábamos en el cine se interrumpe de pronto la película, pero la pantalla sigue estando iluminada y una muchacha irrumpe en el escenario:

—Compañeras—grita—. Compañeros. El Gobierno habla de paz... ¡No queremos paz! ¡Queremos guerra hasta vencer! Todos los que estáis en la sala salid y protestad de la cobardía.

Muchos abandonan las butacas, pero Lydia y yo nos quedamos. Nadie puede obligarnos a salir. Pero la muchacha que estaba en el escenario está a mi lado de pie.

—¿No eres tú Celia? ¡Pues vamos! No podéis quedaros de brazos cruzados ante la cobardía de un gobierno burgués...

Salimos a la calle. Es de noche ya y la luz opaca y azulada de las farolas hace aún más negra la oscuridad. Nos vemos mezcladas con una muchedum-

bre que sube por el paseo de Gracia. Yo no me suelto de la mano de Lydia. Ella me dice al oído:

—Vamos a tu casa..., nadie nos ve.

Huimos por la primera calle. Lydia se ríe al subir la escalera.

—¡Mira que hablarte a ti de cobardes! ¡Y de que se acabe la guerra...!

No sólo yo tengo miedo. He salido un día después de un bombardeo y he visto desencajados los rostros de los que andaban por la calle, y he visto a una mujer trémula, con los ojos aterrados y apretándose la mandíbula con la mano como hago yo...

En el Teatro Principal han anunciado temporada de Opera y dicen que han llegado cantantes franceses.

—Lo han anunciado mucho—dice papá.

Al mediodía viene Jorge...

—¡Jorge!... ¿Cómo me has encontrado?

—Te encuentro muy mal...—dice, y se ríe.

—Si no digo eso... Digo que cómo has averiguado que vivía aquí.

—Eso es fácil... Pero ¡has adelgazado espantosamente! ¿Qué dice tu padre?

—El también ha adelgazado... Y tú también...

—Pero no como tú...

—Es que tengo miedo... He perdido el valor y...

—Eso hay que arreglarlo... Esta noche te vienes conmigo al Principal... Tengo dos butacas... Las he comprado al pasar ahora...

Viene papá, que se alegra de verle, y comemos juntos en el restaurante de cerca del Tibidabo.

—No sabe cuánto le agradezco lo que ha hecho por Celia... Ella me ha contado...

Jorge dice que eso no tiene importancia y cambia de conversación. Ahora habla de la guerra. No sé por qué me parece que los que vienen del frente no saben nada. Ellos, en cuanto avanzan unos kilómetros y toman dos pueblos, ya se creen que la guerra está ganada...

Papá está también como si estuviera en el frente. Todo el día en su cuartel o en su escuela de sargentos, está convencido de que todo va bien. Yo les digo de pronto y sin poderlo remediar:

—No os hagáis ilusiones... Tardará esto más o menos..., pero está perdido...

Papá se indigna.

—No le hagas caso, muchacho... Es una miedosa... ¿Pero tú qué sabes, criatura?

—Sí sé... Los que nos bombardean son italianos y alemanes... ¿Cómo vais a luchar con dos naciones?

—¡Bah!—dice Jorge—. ¡Lo que han corrido los italianos en Guadalajara! Ya deben de haber llegado a Roma...

—Además—dice papá—, si estuviéramos solos tendrías razón, hija. Pero la Sociedad de Naciones...

—¡Papá! Muchas veces me has dicho que estábamos venciendo, que la solución de todo era cuestión de días, y otras tantas me has confesado que ya se habían disuelto las reuniones sin resolver nada, y que dentro de tres meses, o de seis, volverían a reunirse...

¡He perdido la fe en papá y ahora en Jorge! No saben nada... Yo tampoco, pero oigo hablar a unos y a otros..., y siento que esto no tiene remedio. ¿Qué va a ser de nosotros? ¿Qué va a pasar aquí?

Papá y Jorge hablan de política, del ministro de Estado, de lo que ha dicho Azaña, y Negrín, y Alvarez del Vayo...

Jorge se interrumpe para decir:

—Digo... que si me puedo llevar esta noche a Celia al Principal... Se inaugura la temporada de ópera y...

Papá mueve la cabeza negando:

—No estaría yo tranquilo... Esta noche vuelve el bombardeo y se va a oír en la frontera. ¡Ya lo verás! Se ha anunciado mucho esa temporada para dar impresión de tranquilidad y demostrar al enemigo que nosotros vivimos debajo de las bombas como si no ocurriera nada..., cosa que está muy bien, pero que nos va a costar caro... ¡Ya verás, ya, lo que va a ocurrir esta noche!

Jorge se queda serio. Me parece que estaba ilusionado con la idea de que fuéramos juntos... ¡y yo también lo estaba!... Ahora me doy cuenta por la tristeza y el desgarro que me ha entrado...

Tomamos el té juntos en el Astoria, en uno de los rincones sólo ilumi-

nados por la lamparita rosa de la mesa, como yo he visto a muchas parejas... Me he puesto el vestido gris con uno de los cuellos planchados que me compré y el abrigo nuevo...

¡Qué tarde deliciosa! Jorge habla de la guerra, de los compañeros, del valor de todos, de la bondad del pueblo...

—Creo que la guerra es necesaria para que salgan a la superficie virtudes ignoradas... ¡Chica, nos hemos puesto demasiado serios!... Y mañana me vuelvo al frente.

—¡No!

—Sí, sí; sólo me han dado cuarenta y ocho horas y se me gastan veinticuatro en el viaje... Cuando nos volvamos a ver ya se habrá acabado la guerra, y entonces tengo que decirte muchas cosas, Celia...

Me aturdo y me azaro. Bajo los ojos sin poder sostener su mirada y siento que la sangre me invade las mejillas y hasta los ojos...

Me aprieta la mano encima de la mesa, y su presión me conmueve más... Callamos un rato que me parece un siglo... Al fin mira su reloj y dice:

—Las siete. Es hora de volver...

Me parece que he venido a casa volando por encima de las nubes, porque no recuerdo las calles por donde hemos pasado, ni si había escaparates abiertos, ni si estaba oscuro o no... Sólo sé que al despedirnos en la puerta, Jorge me ha apretado mucho la mano, luego la ha puesto a la altura de la boca... ¡y la ha besado!... He creído ver lágrimas en sus ojos, pero de pronto ha dado media vuelta y se ha ido sin decir adiós...

Yo también voy llorando al subir la escalera... ¡Qué emoción!... Casi no puedo hablar y me alegro de que papá no haya llegado aún... ¡Jorge me quiere!... ¡Y yo le quiero más que a mi vida...!

Por la noche no puedo dormir. Ahora habrá empezado la función del Principal..., ya estarán en el primer acto... Cierro los ojos y me parece sentir la orquesta. De pronto, ¡las sirenas!...

Cesan los ruidos de la calle y la débil luz que entraba por el balcón se oscurece absolutamente... Ya se oye en el silencio el ruido lejano de los motores que se acercan. La voz de papá llega hasta mí:

—Celia, ¿oyes? ¿No te decía yo...?

—Sí, papá.

—Bueno..., duérmete... El bombardeo va a ser por la Rambla de las Flores, que es donde está el Principal...

¡Dios mío! ¡Jorge está allí!

Caen las bombas con ruido aterrador y los cañones antiaéreos disparan espantosamente sobre nuestras cabezas... Caen bombas cerca, tal vez en esta calle... De pronto, silencio..., se van..., sí, se van... ¡No! ¡Vuelven otra vez...! ¡Ay!

El cristal del balcón trepida como si fuera a caerse y de pronto se abren las puertas como si las empujaran desde la calle...

—¡No te asustes, hija!—la voz de papá—. ¡No te asustes!

El terror me quita el habla. Estoy helada, temblando..., pero siento la piel húmeda, como si sudara...

Se van, al fin, pero vuelven dos veces más en esta noche. Los periódicos de la mañana no hablan de desgracias, sino del efecto del teatro, sólo iluminado por dos velas en el escenario y el público de pie cantando el himno de Riego... ¿Qué habrá sido de Jorge?

Desde la noche de la inauguración del teatro, los bombardeos son constantes de noche y de día. La temporada de ópera se acabó porque los artistas se han ido a Francia, de donde habían venido.

Lydia se ha ido a vivir lejos y los tranvías son raros y tardan..., tardan porque el conductor va observando cuidadosamente el suelo y así como ve una colilla en la acera, para el tranvía y salta a recogerla... Todos los hombres recogen las colillas de los pocos afortunados que fuman. Un compañero de papá, que viene a buscarle, dice de pronto:

—¡Soy feliz! Llevo aquí un tesoro.

—¿Cómo?

—Mira.

Y le muestra una cajita de pastillas de clorato donde guarda tres colillas...

Todo esto viene por decir que a Lydia no la veo todos los días, que estoy casi siempre sola, y el terror se ha apoderado ya de mí en absoluto... Busco la compañía de las señoras de la casa, pero ellas están aterradas como yo y preparan el viaje a un pueblo de Gerona... Se van y yo me paso el día sola en la casa... Cuando bombardean salgo a la escalera en busca de un

ser humano... que a veces no encuentro porque me da vergüenza llamar a otros pisos.

¡Esto no es vivir! En Barcelona no hay refugios. El Metro está muy poco profundo..., los bombardeos hay que soportarlos sin amparo ninguno... y ya son continuos... Cuento las veces que han venido aviones en el día y son dieciocho... Dicen que en la Diagonal hay un tronco de mujer colgando de un árbol... Yo he visto un pegote de masa encefálica en la pared de una casa... Ayer corría un hombre llevando en la mano agarrada la otra mano separada del brazo... ¡Se oyen horrores!...

Hay luna estas noches y la ciudad, indefensa y blanca, se ofrece a la muerte en silencio... ¡Qué horror, Dios mío!... A veces me escurro entre los dos colchones de la cama, pero ¿qué adelantaré con ello si se hunde la casa sobre mí? Es éste el tercer piso y hay dos encima...

Amanece, después de una horrible noche en que no he pegado los ojos, y oigo sonar el timbre de la puerta. ¿Quién puede ser a estas horas?

Me cubro el camisón con una bata y miro por el ventanillo.

—¿Quién es? ¿Qué desean?

—¿Viven aquí el señor Gálvez y su hija?

—Sí, señora...

—Dígales que es la madre de Jorge y su hermana...

—¡Oh, no las conocía!

Pero ¡cómo venían! Sucias, con la ropa desgarrada y las caras desencajadas.

—¿Cómo hemos de estar, hija? Venimos casi andando, todo perdido desde Tarragona...

¡No las hubiera conocido nunca! Adela es mucho más alta que yo, Pilaruca es gordita y rubia. ¿No era antes morena? Doña Paulina, de la que tan desagradables recuerdos tengo, ha comenzado a hablar, así que abrí la puerta y aún no lo ha dejado:

—¡Hija, qué desastre de guerra! ¡Esto es el acabose! Te digo que el acabose... En mala hora dejamos Santander, porque Jorge se empeñó... Allí se nos quedó la casa con todo lo que teníamos, y luego en Valencia... y después a Cartagena... y más tarde nos vinimos cerca de Tarragona porque Jorge aseguraba... ¡Esa cabeza de hijo...!

—¡Mamá!—dice de vez en cuando Adela.

—Y es lo que yo digo, ¿qué se adelanta con las guerras? Al final cada uno se vuelve a su casa, los muertos se quedan bajo tierra... y a volver a empezar... ¡Jesús! ¡Nuestra Señora Aparecida nos valga! ¡Ya están bombardeando otra vez! ¿Y dónde os refugiáis aquí?

Cuando se entera de que en Barcelona no hay refugios, pone el grito en el cielo.

—¡A buen lugar hemos venido! ¡Aquí morimos todos! ¡Estos hijos, estos hijos me llevan a mal traer!

Nos refugiamos en el cuarto de baño, que es medianero, y cuando suenan las sirenas anunciando el cese del bombardeo doña Paulina se empeña en contarme todo el viaje que ha traído desde Tarragona:

—Aquello era el infierno... y peor... Con las bombas tan apretadas como granizo y la gente corriendo por la carretera... y otros corriendo también por los sembrados arreando algún burro o una cabra... Porque ya han invadido muchos pueblos ¡no te vayas a creer todo lo bueno que te contarán por aquí...!

Pilaruca entra y sale por las habitaciones llena de curiosidad y Adela me pregunta, sin que su madre, que habla y habla sin descanso, se entere.

—¿Estáis solos en esta casa?

—Sí, los dueños se han ido a un pueblo de Gerona... Podéis quedaros aquí si no tenéis otro sitio... Comemos en un restaurante próximo... y una muchacha de otro piso viene a limpiar todas las mañanas...

—¿Qué dices, Celia?—pregunta doña Paulina mirándome asombrada, y sin esperar la contestación continúa: —Pues como te iba diciendo, hemos viajado tres días por esas carreteras de Dios... En un auto, luego en un camión de bombas..., después andando y tirándonos por los surcos cuando venían los aeroplanos... Porque te digo que esos diablos del infierno la persiguen a una por todas partes..., y que ¡figúrate si llega a caer una bomba en el camión de bombas!... Pues hija, nosotros correr y venga a correr... y tiradas aquí y allá..., y claro, el carro no nos esperó, y se fue, y allí nos quedamos perdidas en el campo a miles de kilómetros de todo el mundo...

—¡Mamá!

—Y luego pasaba un auto, y otro y otro y otro, y no querían pararse...,

hasta que yo me puse en medio de la carretera y dije que o me mataba o...

—Pero ¿han comido ustedes en esos tres días?

—Y se paró uno y nos dijo que nos podía llevar sólo hasta un pueblo que no sé cómo se llama... ¡Ah! ¿me preguntas que si hemos comido? Pues no, hija..., podemos recibir el Santo Sacramento, porque no hemos probado bocado en tres días... y por mí no lo siento, sino por Pilaruca... Luego en aquel pueblo nos dejó y seguimos otra vez andando y ya era de noche..., ¡que era ya la segunda noche que andábamos!..., porque no te he dicho que la primera la pasamos en una casilla de la carretera, que hacía un frío de muerte y allí no había nadie, porque había caído una bomba y estaba el tejado casi sin tejas... Que te digan éstas el miedo... ¡Corrían las ratas por allí...!

—Tengo algo de pan y unas almendras... Voy a buscarlas a mi cuarto...

Doña Paulina se levanta y me sigue, sin dejar de contar cómo se reunió con gentes que venían por la carretera y un camión los recogió a todos y fueron amontonados «como Dios y la Virgen quisieron», y después de otras veinticuatro horas habían llegado a Barcelona a la madrugada.

—¿A la madrugada?

—Sí, hija... Serían las dos o las tres cuando vimos la ciudad. ¡Y con el bombardeo! ¡Claro, había una luna como un plato...! El chófer dijo que él no entraba así a Barcelona y nos hizo bajar a todos... ¡Pero qué hermosa es esta casa! Y tu padre, ¿dónde duerme? Aquí al lado... ¡Ah! Yo no sabía. Con seguridad que le he despertado...

—¡Mamá! ¡No hables tan fuerte!

—Es la costumbre..., yo siempre he sido muy gritona...—y bajando la voz—: ¡Estáis aquí muy bien! ¿Es una pensión?

Le explico que tenemos alquiladas dos habitaciones, pero que ahora los dueños se han ido y ellas pueden quedarse aquí.

—¡Qué suerte haber venido! Yo se lo dije a las chicas. Aquí en Barcelona no conocemos a nadie, pero están los de Gálvez, que son muy buena gente, y como Jorge nos habla de vosotros en todas las cartas y nos dejó las señas por lo que pudiera suceder... ¡Mira qué bien nos ha venido!... Lo malo es lo que bombardean... Hemos pasado la noche sentadas en el umbral de una puerta... ¡Heladitas de frío! El bruto del chófer nos dijo que nos metiéramos en el Metro hasta que amaneciera..., pero ¿qué sabíamos nosotras dónde estaba el Metro?... En la vida había yo venido a Barcelona, hija..., ¡y ojalá no hubiera salido de mi casa...!

Pilaruca se come el pan y las almendras en un santiamén y antes de que se acabe el susto de un bombardeo.

—¿Pero aquí están así siempre?—dice doña Paulina, espantada—. ¡Hemos venido a morir..., a dejar el pellejo en estas tierras...! ¡Válgame Dios!

Las acomodo en las habitaciones que dan sobre el jardín y papá se levanta para saludarlas...

—¡Las sirenas! ¡Dios mío, otra vez!

—¡Esto es no vivir!—dice doña Paulina.

—Llevamos dieciocho bombardeos en las últimas veinticuatro horas—dice papá—. Tienen en las Baleares el campo de aterrizaje y todo es ir y venir en minutos...

Papá está contento pensando en que no me deja sola cuando se va al cuartel, pero yo casi no puedo pensar en otra cosa que no sea este continuo bombardeo, este constante retumbar de los motores y estallar de las bombas...

Pasamos la mañana aterradas, refugiándonos contra la medianería de la casa... Pilaruca tiene más hambre y yo no he tenido nada más que darle. Adela está tan pálida que temo un desmayo... ¡Pobre! Hace tres días que no come. Doña Paulina se ha acostado con Pilaruca y las dos se han dormido. A las doce y media las despierto para ir a almorzar al restaurante.

—¿Querrán darnos algo? ¿Admiten al que llega? ¿Y qué dan? ¿Es caro?

Todas estas preguntas y muchas más nos hace doña Paulina en cuanto se despierta y, sin esperar contestación, sigue hablando, mientras se lava y se peina.

Por la calle quiere saber si está lejos, si corremos peligro, si nos dejarán entrar en un portal en caso de que lleguen los aviones, si estará papá esperándonos...

Papá nos espera en el vestíbulo del piso tercero, donde está el restaurante, y nos dice que ya tenemos mesa, pero que hay que esperar a que acaben de comer unos señores...

—¡Qué olor tan rico!—dice Pilaruca—. Huele a fritos, a comida...

El vestíbulo, con sillones de rejilla y almohadones de damasco, está im-

pregnado de olores de la cocina... Entra y sale gente al comedor y a la escalera, dejando a veces la puerta abierta, y el aire frío de marzo se cuela, moviendo las colgaduras del mismo color que los sillones.

Entramos al fin. Adela, Pilaruca y la madre sonríen, con sonrisa beata, como si fueran a ver a Dios... Las pobres ¡van a comer!

Nos sirven un guiso de patatas y dos huevos con tomate a cada uno... Yo doy uno de mi plato a Adela y papá otro a Pilaruca, del que se come la mitad doña Paulina.

—¡Hija, estáis aquí en la gloria!—dice, mirándome luego de un rato de silencio—. ¿Y así les dan de comer todos los días?

Papá le explica que otras veces nos dan carne, asada o frita, y guiso de judías, o lentejas...

De pronto, un espantoso estallido abre los balcones y tira alguna mesa. Todos huimos hacia el vestíbulo y se produce un barullo terrible de gritos y golpes.

—¡Yo no he oído las sirenas!

—Ni yo.

—A mí me parecía que sonaban, pero con las conversaciones...

—¡Es un bombardeo espantoso!

—De esta hecha no quedamos uno...

Todo el mundo habla a un tiempo. Doña Paulina dice:

—¡Me he dejado la naranja en la mesa! ¡Y usted también!

Papá dice que es mejor esperar. Un mozo se asoma al comedor y dice que se han desprendido los balcones.

—¡Ya no se sirven más comidas!—grita una voz.

Papá va a pagar. Doña Paulina insiste en que se han quedado las naranjas en la mesa:

—Y no es justo que las paguemos sin comerlas..., que las pida tu padre..., que diga que no habíamos comido naranjas...

Papá va y viene sin enterarse de las protestas de doña Paulina hasta que yo se lo digo.

—¿Cómo? ¿Qué dices? ¿Sabes que hay un bombardeo terrible? Déjate de naranjas... En cuanto acabe nos vamos a casa.

Al salir a la calle vemos que las aceras han desaparecido bajo una espesa

capa de escombros y cristales... Casi no hay nadie por la calle. Está nublado y la luz lechosa y triste hace más trágica la ciudad atormentada.

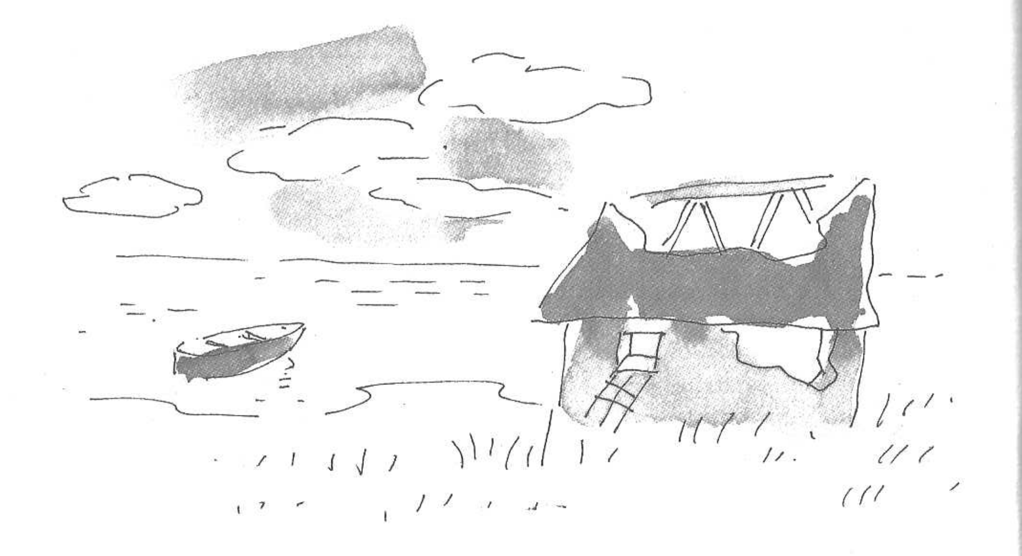
Dicen que han destruido toda una manzana de la calle Cortes..., que en la plaza de Cataluña hay varias casas hundidas y también en la Rambla..., ahí abajo... Desde aquí se ve...

Ante los escombros que se amontonan hasta el centro de la calle, donde han desaparecido los árboles, el terror vuelve a apoderarse de mí.

—¡Papá! Papá, qué horror... Mira... ¿No ves?

—Sí, hija, sí... He pensado que te vuelvas a Madrid... Aquí no haces nada. Allí, con Guadalupe, vivirás tranquila en nuestra casa de Chamartín... Aquello ha perdido interés sin el polvorín y no lo bombardearán... Yo procuraré mandarte alimentos desde aquí.





XX

LA VUELTA

Por la ventanilla del ómnibus veo el mar azul iluminado por el sol radiante... ¡No puede haber hoy guerra con este día! Los campos están florecidos con grandes manchas amarillas y blancas... El aire trae perfumes de marzo. Las casitas de la carretera están casi todas hundidas y, sin embargo, en algunas hay mujeres que cosen a la puerta tomando el sol de esta dulce mañana de primavera.

De vez en cuando encontramos camiones repletos de soldados que van hacia Barcelona y que al vernos gritan:

—¡Salud! ¡Salud, compañeros!—con aire de amistosa camaradería, como entre gentes que viven y sufren por una misma causa.

—¡Nada une a las gentes como el odio!—me ha dicho papá.

A mediodía llegamos a un pueblo frondoso, aunque fangoso por las últimas lluvias. El ómnibus se refugia bajo la sombra de un cobertizo, porque el sol quema como en verano.

Algunos se apean preguntando:

—¿Hay algo que comer?

—Allí abajo dan patatas y cebollas asadas.

—¿Asadas?

—No hay aceite...

Prefiero no bajarme. Una señora gorda a la que vengo encomendada por papá me repite muchas veces que no me mueva del asiento, que ella va a buscar agua con un termo para las dos.

Como unas pastillas de chocolate que me ha proporcionado papá, y dulce de membrillo de su racionamiento militar. Ahora ese racionamiento lo aprovechan doña Paulina y sus hijas, y papá me promete enviarme a Madrid una buena parte.

Al atardecer entramos por las calles de Valencia, claras, iluminadas por esa luz lechosa del Mediterráneo y perfumadas de sus jardines siempre florecidos.

Ya me espera Fifina, a quien he avisado de que venía.

—Te he buscado un hotel. ¡Fíjate! En la plaza de Castelar... Un hotel estupendo, con pensión y todo.

—¿Pero hay hoteles aquí?

—Claro... y siempre los ha habido, pero cuando vosotros, las gentes del Gobierno estabais aquí, lo llenabais todo...

Me río pensando en lo «gente del Gobierno» que soy yo... Pero estoy contenta. ¡Voy a estar en un hotel sola, como si fuera una actriz!

—¡Poco pisto que te vas a dar!

—Será por poco tiempo, porque mañana mismo me voy a Madrid...

—¿Mañana? Ilusiones, hija. Hay quien lleva un mes esperando asiento en el coche sin conseguirlo. Aquí te quedas para seis meses...

Me asusto, y antes de ir al hotel vamos a un edificio donde están las oficinas que organizan las salidas de los coches.

—Y usted, ¿a qué va a Madrid?—me pregunta el empleado.

Yo me sofoco y le contesto a tropezones:

—Es mi padre que me manda por asuntos de...

—¿Qué es su padre?

—Militar. Jefe de la aviación de...

—¡Ah! Bueno, bueno... Asuntos oficiales, ¿no? Saldrá usted pasado mañana en el coche del Estado Mayor.

Me entrega un billete con el número del asiento, y me anota la hora.

—¡Chica, qué suerte has tenido!—me dice Fifina al salir—. ¡Eres fantástica! ¿Pero qué dijiste de asuntos oficiales?

—Yo no dije nada, fue él quien lo dijo todo... Yo iba a decir asuntos de nuestra casa de Madrid, cuando él...

El hotel está frío y desmantelado. Sin embargo, yo estoy orgullosísima de esta libertad y este atrevimiento de vivir sola en un hotel, dándome aires de independencia... Duermo profundamente y al amanecer me despierto helada. Tengo que echar sobre la cama mis vestidos y mi gabán...

En la puerta hay un papel pegado que dice: «Con motivo de las dificultades actuales no se sirven desayunos.»

Me asomo al balcón y el aire dulce y cálido me envuelve... La gente anda a sus quehaceres y la ciudad tiene un aspecto normal. ¡Tantas veces he pensado en un hormiguero viendo esta vida nuestra en la guerra! Igual que las hormigas, se dispersa la gente en el peligro, huye, se esconde, corre enloquecida, y lo mismo que las hormigas, vuelve en seguida a sus quehaceres como si no hubiera pasado nada...

Con Fifina recorro el mercado de las flores y no puedo resistir la tentación de comprar una docena de maravillosos capullos.

En el hotel me dan arroz con tomate, pero el arroz está duro como pequeñas piedrecitas.

—No puedo comerlo—digo al mozo que me sirve.

—Haga lo que quiera—me contesta, áspero—. El cocinero ha dicho que si lo quieren, lo comen, y si no, lo dejan...

Tengo mucho apetito, pero me es imposible tragar una cucharada. Veo que los de otras mesas se levantan llevando en la mano el pan y la naranja, que es lo único comestible... Hago igual y lo como en mi cuarto.

De pronto, ¡las sirenas! El terror me pone los pelos de punta y bajo enloquecida los seis pisos hasta encontrarme en el comedor otra vez.

—¡No es nada!—dice un hombre.

—Van a Sagunto, como siempre...

—Sin embargo, el otro día...

Me entero de que han destrozado la acera del hotel Inglés, junto al palacio de Dos Aguas, que estaban comiendo y murieron algunos. Sin embargo, esta vez se aleja el ruido de los motores. Me siento en una silla porque me tiemblan las piernas.

—¿Tanto se asusta usted?—me pregunta el mozo.

—Vengo de Barcelona, y allí...

—Allí es otra cosa. Aquí, desde que se fue el Gobierno, vienen poco...

Por la tarde paseo con Fifina por la calle de Colón. ¡Qué alegre ciudad! Por mi gusto viviría siempre en Valencia...

Fifina, que la conoce ya mejor que yo, me lleva a la calle del Obispo... ¡Lástima que esté hundida en parte! Pasamos por la Lonja, y vamos a ver a una amiga suya que vive en un viejísimo palacio. Entramos a él por una bóveda baja de piedra oscura. ¿Dónde he visto yo una cosa así?

—Lo habrás soñado, o te lo habrás imaginado—dice Fifina—. ¡Como eres tan imaginativa!

¡Y tiene razón! Leí una vez un cuento que se llamaba «La cruz de Fruela»... No tenía ilustraciones, pero yo imaginaba así el palacio del rey godo.

—¡No te dije!

Pero Fifina sólo quiere que le hable de Jorge. Está segura de que somos novios.

—¡Te digo que no! Si fuera verdad, te lo diría. ¿Por qué iba a negártelo?

—Eso digo yo.

La amiga de Fifina que vamos a ver tiene dieciséis años y se ha casado hace dos meses.

—Ahora es la cosa más sencilla del mundo eso de casarse... Te presentas en el Juzgado y listo..., o si no, al coronel del regimiento, o a...

Luego de cruzar dos patios, subimos una escalera descubierta de piedra oscura y llamamos a una puerta de clavos gordos.

—¡Chica, este palacio debe de ser de tiempos del Cid!

Abre una muchacha que viene secándose las manos en el delantal y

pasamos a una sala enorme con sillas de paja. Allí está Amparito, cosiendo en el hueco de una ventana, grande y profundo como otra habitación.

Amparito es bonita y risueña como un capullo de rosa. Cuando le pregunta Fifina por su marido, se pone encarnada hasta la raíz del pelo. Luego habla de los peligros en que se ha visto. Su marido es médico... En los primeros días de la revolución quisieron fusilarle porque su padre es el administrador de los duques dueños de este palacio.

—Y los administradores..., ¡ya se sabe! Ellos son los que han de tratar con los colonos, subir la renta, pedir los desahucios...

Al marido de Amparo, que entonces era sólo novio, se lo llevaron una noche al Saler. Fueron en coche hasta cerca de la playa y allí le hicieron bajar y dos milicianos que había por allí se acercaron a los que le conducían.

—¿Quién es éste?

Ellos sólo sabían que era el hijo del administrador...

—El padre es un asqueroso lacayo..., una sanguijuela de los que se beben la sangre del pobre...

De pronto uno dijo, poniéndole la mano en el hombro:

—¿No eres tú, Martínez, el médico de niños?

—Sí, yo soy...

—Entonces no le matáis—dijo—. Este salvó a mi pequeño el invierno pasado..., cuando la difteria...

No querían. Ya que habían perdido media noche, no querían que fuera en balde, pero el otro insistió tanto que se conformaron, y todos juntos volvieron en el coche a Valencia.

—En este salón estuvieron bebiendo vino de las bodegas del duque y comiendo pestiños de los que hace mi suegra... Ahora todos vienen por aquí y Antonio es el médico de todos, y hasta dice que son buenas gentes. Yo prefiero no verlos... hasta que se me olvide lo de aquella noche.

Amparito acaba por hacerse amiga mía.

—¿Por qué no te casas? No seas tonta. ¡Teniendo novio! Ahora es tan fácil... Y cuando se acabe la guerra volverá a ser como antes: que si el equipo, que si la casa, que si las invitaciones..., que si los padres dicen que no tienen dinero...

Salimos de su casa casi de noche. Mañana me voy y hay que madrugar. Ya me despido de Fifina, a la que no veré, y de sus tías, más viejecitas y más acabadas cada día.

—¡No sabes lo que es mi vida en esta casa, donde no podemos movernos por temor de molestar!—me dice Fifina, llorosa.

El ómnibus sale de una callecita de la plaza. Veo que soy yo la única mujer que viaja y ante las miradas asombradas de un jefe de Estado Mayor, dice el chófer, que lleva la lista de pasajeros:

—Misión oficial.

Y ya nadie se ocupa de mí más que para proporcionarme el mejor asiento y preguntarme si llevo provisiones.

—No, señor.

—¡Caramba! En el camino ya no se encuentra de nada.

En seguida me traen de todos los asientos algo que comer y reúno en la falda una lata de sardinas, otra de carne, un trozo de salchichón y hasta un poco de torta entre dos trozos de pan...

He comprado para el viaje un libro de Myriam Harry, y me hundo en su lectura tan profundamente que es ya mediodía cuando me entero de dónde estoy...

Se ha parado el coche a la entrada de un pueblo pardo, de adobe, con alguna casa blanca aquí y allí, de balcones en el piso alto.

—¿Quieres bajar?—me pregunta el jefe de Estado Mayor—. Si quieres, vienes a tomar café ahí en la plaza... No es café, sino *malte*... pero calienta el cuerpo.

Bajo con él. Hablo de papá y resulta que le conoce de nombre.

—¿Y tú eres su hija? ¡Como dijeron «Misión oficial»!

Le cuento lo que me ocurrió y se ríe. Pasamos por calles estrechas con las piedras de punta y aceras tan angostas que sólo cabe una persona. En la plaza ni siquiera hay aceras. Unicamente en uno de sus lados, en lo que debe de ser el Ayuntamiento, hay hasta soportales. Y justamente allí debajo está el café a donde vamos...

Pero apenas hemos sorbido la tacita de agua negra sin azúcar, el mayor saca el reloj y dice que faltan tres minutos para salir el ómnibus... Casi corriendo llegamos a él, subimos y nos vamos...

Otra vez Myriam Harry. De cuando en cuando levanto los ojos del libro y veo la llanura reverdecida..., donde revolotean los pájaros bajando a mojarse las alas en los charcos... Comienza a anochecer y en el horizonte se ven fogonazos, pero ningún ruido llega a nosotros.

—Hay un combate por allí—oigo decir—. Debe de ser la Brigada Treinta y cuatro...

Se enciende la luz del ómnibus, y ya voy reconociendo los pueblos próximos a Madrid... Luego Vicálvaro, Pueblo Nuevo... y la carretera de Alcalá... y la calle de Alcalá al fin...

Noche cerrada. Alguna luz aquí y allá me permite ver la gente que anda por la calle... Se para el ómnibus. Un muchachito viene hacia mí.

—¿Quieres llevarme la maleta?

—Sí, señorita.

¡Qué raro! Ha cambiado Madrid en estos meses y vuelven a darme el tratamiento de señorita sustituido por el de compañera desde hace casi dos años.

El chico, la maleta y yo subimos en el tranvía de la Ciudad Lineal, que después de cerca de una hora nos deja en Chamartín. Cruzamos la vía y la carretera y veo con emoción luz en mi casita...

—¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

Se abre la ventana y se asoma Guadalupe, que grita al verme:

—¡Señorita! ¡Si es la señorita!

La casa sin muebles está helada y fea... pero aún queda el retrato de mamá en el comedor, y en mi cuarto del piso primero las camitas de mis hermanas y el armario de palo santo que siempre estuvo en mi casa.

—Vengo a quedarme aquí hasta que acabe la guerra... Y luego vendrán papá y las nenas... ¡Qué bonita tiene que poner la casa para recibirles!

Guadalupe quiere darme de cenar unas pobres lentejas sin aceite... Pero soy yo la que trae carne, y sardinas, y salchichón... Al ver tan exquisitos y casi olvidados manjares, Guadalupe enmudece...

—Sólo quiero dormir en mi cama, acostarme bajo mis mantas..., en las sábanas que bordó mamá... ¡No me cierre la ventana, Guadalupe! Quiero ver, cada vez que me despierte, el cielo de Madrid, tan hondo, tan aterciopelado... y con tantas estrellas... ¡Huele a Madrid en el aire...!





XXI

PRIMAVERA EN MADRID

¡Pobre Kinotín! ¡Ven! ¡Mis, mis, mis! ¡Michito! ¡Es horrible cómo está de flaco!

—Yo le doy lo que puedo—dice Guadalupe—. Pero ¿qué quiere? No hay carne y a él no le gusta otra cosa...

Kinotín me sigue como un perrito. El jardín reverdece en el suelo, que está duro y helado, menos en un trozo con terrones revueltos y negros, donde Guadalupe ha sembrado habas.

—Aún me duelen los brazos de cavar...

Es una primavera áspera, dura, sin la alegría de otras primaveras. El aire fino, sutil, de meseta, claro, transparente y frío como agua de manantial, me envuelve, refresca mis mejillas y corre entre mis dedos.

¡Primavera!... Primavera en Madrid, que es la más fría y clara de las primaveras..., no lo sé por mí, pero papá me lo ha asegurado. Y el aire fino de agua serrana saca las lágrimas a mis ojos.

—Suba al teléfono, señorita... Es la señorita María Luisa...

Subo en dos saltos.

—¿Eres tú, María Luisa? ¿Cómo has sabido?

—¡Yo misma, ingrata! Llamo todas las mañanas a tu casa para dar ánimo a Guadalupe y saber de ti..., y hoy...

—¡Qué buena eres! ¿Cómo estáis todos? ¡Cuéntame!

No es muy expansiva, como si quisiera no hablar de los suyos. Quedamos en encontrarnos a la tarde:

—Prontito, ¿eh? A las tres o tres y media...

Guadalupe viene a decirme apenada que hoy no corresponde racionamiento y que sólo le quedan unos garbanzos, y duros, que están hirviendo en la lumbre.

—¿Tenemos carbón?

—No, señorita. Yo hago bolas de papel mojado y las seco al sol... Luego arden bien. Lo malo es que hacen mucho humo y se ensucian tanto los tubos de la cocina que no tienen tiro... Ayer vino el jardinero, que ya no trabaja, y entre los dos sacamos el hollín.

Como aún me quedan las vituallas que me dieron ayer en el coche los de Estado Mayor, comemos bien. A las dos y media ya estoy esperando el tranvía en la carretera de Chamartín para ir a Madrid. Hoy es primero de abril. Pasan aeroplanos.

—Son rusos—oigo decir a unas mujeres que están esperando el tranvía—. Vienen a defendernos.

¡A defendernos! ¡Bah! El tranvía. Campos de tierra que verdean aquí y allí, con esa yerba ruin de Castilla, más perfumada que ninguna otra... y aire sutil y transparente como si estuviéramos sumergidos en un lago de cristal, frío, límpido, impalpable... Otra vez se me llenan los ojos de lágrimas... ¡Me he convertido en una llorona...!

Bajo del tranvía en el Hipódromo. Hay mucha gente esperando el tranvía de la Puerta del Sol y yo también espero... ¡Cómo ha cambiado Madrid! El paseo de la Castellana, amplio y soleado, con enormes árboles aún desnudos, está casi solitario... Ni coches, ni tranvías. Los jardines del Museo de Historia Natural han sido mutilados aquí y allí... Yo conocía una a una todas sus plantas... El estanque de rocas está seco... Sin embargo, veo a un hombre que barre los paseos y otro que rastrilla la pradera... No está abandonado como yo creía.

Pero ¿no viene ese tranvía? La gente protesta... Veo a un tranviario y le pregunto:

—No sé—me dice—. Hace un rato se oyeron obuses y habrá caído alguno en la vía... Lo componen pronto.

—¿Obuses?

—Sí, de la Ciudad Universitaria... Ayer les dio por esto... Mire cómo han dejado el buzón de Correos...

Veo el poste rojo caído en el suelo, junto a un hoyo bastante profundo... Así que ¿también aquí?... ¡Y papá que decía...!

Son ya las tres y decido hacer el camino andando. Otros se van también y el grupo que esperaba da un momento de animación a la acera solitaria.

Camino despacio para alejarme de todos y pronto me quedo sola. ¡Qué aspecto de pueblo grande tiene Madrid! La Castellana, según me voy acercando a las calles del centro, se asemeja a una carretera de las afueras... De árbol a árbol han atado cuerdas donde se seca la ropa de unas pobres mujerucas que cosen al sol, sentadas en sillas bajas, al cuidado de sus ropas... Los palacios están abiertos... En el jardín de uno de ellos una silla de manos preciosa, una joya de museo, ha debido de soportar las lluvias y las heladas del invierno..., unos chiquillos desharrapados entran y salen de ella jugando al escondite...

Sin embargo, el ambiente es de paz..., no de paz y trabajo (salvo las mujerucas que cosen al sol), sino de paz de domingo... Junto a los grandes edificios y la verja de los jardines toman el sol los hombres, viejos y jóvenes, quietos y silenciosos, fumando colillas, como antes lo hacían en la calle de Segovia y en la Ribera de Curtidores... Son las gentes que vivían en la vega del Manzanares, y en las covachas de Tetuán... Aquí todo es extraño, desagradable y ajeno a su vida, menos el sol, el dulce sol que visita las covachas y los palacios con la misma alegre ternura...

Un hombre y una mujer pasan llevando una cabra sujeta con una correa al cuello... Todos les miran.

Una de las mujeres que cosen dice en alta voz:

—¡Entoavía hay quien le da a una en la cara con lo que tiene! ¡Me se hacía que ya éramos toos iguales...!

El matrimonio de la cabra se vuelve como si les hubiera picado una avispa...

—¡Ha de saber usté que criamos una criatura! y que...

No oigo más, porque la mujer se ha levantado y chillan a un tiempo... El asunto es divertido y pienso contárselo a María Luisa.

Desde la estatua de Castelar se anima más el paseo, siempre con el ambiente de pueblo en domingo. Pasean las gentes al sol, sin prisa, tranquilas, hablando apaciblemente. Todo el mundo va mal vestido. Sin embargo, en los rostros, en el gesto, y en algo inconfundible, veo muchos señores...

Ayala. Casi en la esquina, la casa de María Luisa. Me reconoce el portero.

—Y eso que está usted muy delgada...

No me atrevo a decirle que él es un esqueleto.

—Ya no hay ascensor hace mucho tiempo... Ahora que está uno más débil con la falta de alimentos, hay que subir... ¡Ya ve usted! En este momento todo es al revés..., siempre lo he dicho...

Llego casi ahogada al séptimo piso y María Luisa abre la puerta.

—Chica, ¡cómo estás!

—¡Cómo estamos!

Porque también ella está delgadísima. Su madre, enferma hace mucho tiempo, y María Luisa me señala una puerta cerrada... Su hermano, en el frente, haciendo sacrificios para que olviden al que fusilaron... El padre...

—Mira, chica..., lo mejor es no hablar de la familia, ¿quieres? ¿Y tu Jorge?

—¡No es «mi» Jorge! ¡Qué cosas tienes!

—Pues hija, cualquiera diría que sí, que es «tu» Jorge... por lo colorada que te pones y por lo que me decías en todas tus cartas..., que si era tan bueno..., que si tan distinguido, que si...

—¡Porque todo eso es verdad...!, y tú lo dirás lo mismo cuando le conozcas... Ahora está en el frente de Aragón... Pero te aseguro que no hay nada, ¡nada!... Me ha dado a entender, ¡eso sí!, que cuando acabe la guerra... ¡No te imaginas cómo es de delicado, de fino, de bueno...!

—Nada, ¡que estás coladita!

—¡Qué cosas dices!

Por cambiar de conversación le hablo de Barcelona, de Valencia, de Fifina..., de Barcelona otra vez, de los bombardeos...

—Pero ¿había qué comer?

—Eso sí... No muy abundante ni muy bueno, pero había.

—Aquí, al principio, nos comíamos las vacas de leche y los bueyes de carreta que traían los refugiados de Talavera... Luego la emprendimos con las mulas y los caballos cansinos... Ya hemos acabado con los perros y los gatos y ahora nos estamos comiendo los burros... Esos van a durar hasta el fin de la guerra, porque ya sabes que son los que más abundan...

Se ríe y me río.

—¡Chitss...! Calla—me dice de pronto, poniéndose seria—. Hace años que no se oye reír en esta casa...

Luego me cuenta que en el piso de al lado vive una familia de pordioseros llenos de piojos.

—¡Buenos estarán poniendo los muebles!

—¡Quiá! Una de esas cuadrillas de incautadores se llevó hasta los clavos. Así que en la casa hay sólo una sartén y unos sacos de arpillera con paja donde duerme esa pobre gente... Mamá los socorre todo lo que puede... Pero, ¡figúrate!, no tenemos nada nosotros... En toda la casa hay sólo dos pisos con los vecinos de antes... Todos los demás son nidos de familias con montones de niños gritones... ¡Te digo!

—¡Pobres!

—Sí, eso digo yo. ¡Pobres! Y ¡pobres de nosotros también!

Salimos a pasear por Serrano. Las tiendas están abiertas, pero se ven las estanterías vacías y sólo dos o tres piezas de tela sobre el mostrador. Hablo de comprarme una tela cualquiera para hacerme un vestido.

—Yo misma... ¡Tengo tantas horas libres!

Entramos y pregunto:

—¿Tienen...?

—No señorita—contesta ásperamente.

Me quedo asombrada.

—Pero si aún no le he dicho lo que quiero.

—Es que no hay... no hay nada...

Salimos y me río. ¡Es gracioso! Por lo visto no quieren vender.

—No, no quieren—me dice María Luisa—. Están seguros de que pierden la guerra las izquierdas y que el dinero de ahora no servirá para nada luego... Por eso prefieren conservar sus mercancías, que siempre tienen valor...

—Entonces ¿por qué abren la tienda?

—Porque les obligan... ¿No ves las tiendas de comestibles abiertas también? Y, sin embargo, no hay a la venta más que cominos, pimienta y en algunas pimentón y hasta manzanilla. Por las mañanas reparten el racionamiento de los vecinos que corresponden a cada tienda y luego se dedican a barrer y a leer el periódico.

—¡Pero antes...!

María Luisa, con su gracejo madrileño, que no ha perdido a pesar de las amarguras de su casa, me cuenta cómo se llenaban las tiendas de comestibles de espárragos en los primeros días de la revolución. Yo me acuerdo también.

—¿De dónde sacarían tantos espárragos?

—Del sótano, hija. ¿De dónde los iban a sacar...? Cuando nos comimos los espárragos, sacaban el té... Té chino, té de Ceilán, té Lipton, té... Mamá, que jamás ha consentido en tomar el té más que cuando está enferma, dice que se ha curado de dolores de barriga para siempre... Luego vinieron las habas con bichos... Figúrate: había quien las tenía desde la boda de San Isidro... Aún quedan algunas. ¡Ya verás qué ricas! Ahora, cuando vayamos a casa, te voy a regalar un puñado para que comas mañana, que es domingo...

Yo protesto, riendo. Pero ella lo dice en serio y me las envuelve en un papel con mil recomendaciones.

—Y no esperes que se haga de noche para volver a tu casa... Hace más de un año que no se encienden las luces de la Villa y Corte... Dijeron

que se apagasen las luces por miedo a los bombardeos y nuestro buen pueblo, que es obediente, ha tenido tanto cuidado que no las ha encendido más... Las noches nubladas estás expuesta a romperte la cabeza contra una pared... Anda, anda... vete ahora mismo.

Guadalupe se pone muy contenta al ver las habas y las echa en agua, diciendo que al otro día les sacaremos los bichos...

Me acuesto en seguida. La luz eléctrica alumbra mucho menos que una vela y no se puede leer ni coser con ella... Además, me entristece, me aplana, como si las tinieblas pesaran y cayeran sobre mí...

Kinotín se acuesta a mis pies.

—¿Qué ha comido?

—Nada. No tenía nada que darle... Ya comió garbanzos a mediodía...

—¡Es poco!

Guadalupe se encoge de hombros y se va. Luego vuelve con la lata de las sardinas que comimos a mediodía y donde queda el aceite.

—Lo guardaba para guisar, porque no tenemos otra grasa... pero que se lo tome el gato...

Kinotín se da un banquete de aceite y vuelve relamiéndose y ronroneando a subirse a mi cama.

—¿No me mancharás la colcha, di, Kinotín?

—Quiá... ¡Pobrecito! Se va a relamer toda la noche, porque un banquete como éste no se lo daba hace mucho tiempo...

Como Guadalupe no se decide a irse, imagino que quiere decirme algo:

—¿Qué ocurre? Diga...

—Digo, señorita, que si quisiera usted, desde mañana podríamos cavar todo el jardín entre las dos y sembrar tomates y lechugas... y hasta patatas... Mire que el invierno que viene va a ser muy malo... ¡Chits!... Escuche. ¿Oye?

Presto atención, pero no oigo nada.

—Sí—continúa Guadalupe—. Están cayendo obuses en Madrid.

—¿Aquí no caen?

—No, aquí no, señorita. Si hubiera qué comer estaríamos en la gloria en Chamartín. Aquí no pasa nada. Ya hace mucho que no vienen a bombardear los aeroplanos... Sólo obuses sobre Madrid...

Suena el teléfono y acude Guadalupe. Pero yo me tiro de la cama y voy detrás de ella atándome el cordón de la bata.

Es María Luisa.

—Me avisan de la buhardilla donde tienes los muebles que ha caído un obús y como ha roto las cañerías del agua es muy posible que esté todo inundado...

—¡Vaya por Dios!

—Te lo digo para que vengas temprano... Creo que lo mejor sería que volvieras a llevar los muebles a tu casa. ¿No te parece?

—Sí, sí... Gracias, María Luisa.

—Nosotros conocemos a un carretero que los llevaría por algo de comer. Dinero no quiere.

—Pero...

—No te preocupes... Nosotros te proporcionaremos algo...

—Gracias, María Luisa.

Ella ha sido siempre mi salvación...

Por eso he traído otra vez los muebles a casa. Felizmente, el agua que inundó la buhardilla no los ha estropeado mucho.

Y soy feliz colocando los cuadros en su sitio, extendiendo las alfombras, limpiando una por una las copas de cristal de Bohemia y los platos de porcelana fina, transparentes como cáscaras de huevo... ¡Tantas veces he visto a mamá hacer otro tanto!

Entre Guadalupe y yo planchamos los visillos, sacudimos las colgaduras de terciopelo y las ponemos en sus barras subidas en la escalera...

Son unos días de trajín en los que no tengo tiempo de salir de casa. María Luisa viene a ayudarnos y suele quedarse a comer. Esto es un regalo, porque nuestra comida se mejora con un trozo de carne, o una patata frita, y a veces hasta con un huevo que, después de cocido, dividimos en tres pedazos...

Ella me ha traído simiente de lechuga y de tomate, de zanahoria y de remolacha, y juntas sembramos el jardín llenas de escrúpulos. ¿Habremos removido bastante la tierra...?

Yo no puedo remediar el deseo de entrar en casa a cada momento para ver el vestíbulo, con la alfombra grande, espesa y roja, los enormes sillones



de tapicería, las librerías de roble y aquella fragata «Santa María» que compraron mis padres cuando yo era chica... y el comedor con el retrato de mamá pintado al óleo, en el marco ovalado; la lámpara de plata y cristal; los muebles de raíz de roble...

La habitación de papá en el piso alto es la que más tiempo me ha llevado para arreglarla. Allí, en un estante de pared a pared, están todos sus libros; el gran plano de Madrid del siglo XVII cubre todo un lado, desde la puerta al balcón; su sofá-cama, su mesa amplia...

Y luego en mi cuarto el armario de palo santo que fue de mamá y que por dentro es de cedro oloroso, y su camita de soltera... y junto a mi cuarto, la habitación de las nenas con las camitas blancas y el armario con figuritas en relieve...

—¡Celia!—grita María Luisa desde el jardín—. ¿Qué haces dentro, mujer? Hace una mañana maravillosa...

Me asomo al balcón.

—Estoy contemplando la casa... La encuentro preciosa, ¿verdad? Voy a plantar geranios en las jardineras de las ventanas para que desde dentro se vean las flores...

Por la noche escribo a papá:

> *La casa os está esperando a ti y a las niñas. Te vas a asombrar cuando la veas tan bonita. Cuando estemos juntos...*

Casi no veo con la falta de luz y tengo que dejar la carta para mañana... Lejos se oyen fusilería y estallidos...

¡Me había olvidado de la guerra!



XXII

¡HAMBRE!

Ha llegado el verano. Brotan las habas que sembró Guadalupe en brotes tiernos y jugosos, y nos las comemos sin esperar a que den habas. Es una verdura agradable que nos alimenta varios días.

En cambio a las zanahorias, con sus yerbajos verdes, las dejamos hacerse debajo de la tierra, visitándolas docenas de veces al día, regándolas, limpiándolas de hierbas...

—Están muy juntas—ha dicho María Luisa—. Tenéis que sacrificar las plantitas más débiles para que las otras se hagan grandes...

Los tomates salen chiquitos y retorcidos; sólo dos o tres días comemos de ellos...

Lo malo es que no hay aceite, ni sebo, ni nada que se asemeje a grasa. Guadalupe me dice un secreto:

—Me venden una docena de huevos por ciento ochenta pesetas...

—¡Cómprelos! Cómprelos en seguida...

—Y un gazapito recién nacido para criarle, por cincuenta pesetas...

Lo compramos también y le acomodo en la casita del perro, haciéndole una especie de corralito de tela metálica. Se llama Blas.

Kinoto se va a verle, olisqueando cuidadosamente los alambres de la jaula.

Una tarde que paseo por la calle de Serrano con María Luisa vemos agolpada la gente en el portal de una casa. Es un hombre con dos sacos de enormes zanahorias de las que antes se daban a los cerdos.

—¿A cómo las vende?

—A diez pesetas el kilo.

Nos quitamos los pañuelos, y María Luisa habla de quitarse la combinación en un rincón del portal para envolver las zanahorias... Volvemos cargadas a casa. La madre de María Luisa, muy pálida y enflaquecida, me explica, sentada en su butaca junto a la cama, la manera de guisar las zanahorias:

—Las partes a cuadraditos y al mismo tiempo partes una cebolla en pedazos y lo pones a la lumbre en un puchero bien tapado, con aceite y una hoja de laurel. Luego...

—¡No tenemos aceite, ni cebolla, ni...!

María Luisa me da un frasquito, que fue de colonia, mediado de aceite, una cebolla, laurel...

Cuando Guadalupe me ve entrar con tamaña riqueza, da gritos de alegría.

—¡Pero señorita...! ¡Pero señorita...! ¡Si tenemos para comer una semana...!

El combustible se nos ha terminado, y ponemos el puchero en un hornillo eléctrico que calienta poquísimo. Se hace necesario poner el puchero a hervir por la noche al acostarnos, con la esperanza de que por la mañana esté hecho el guiso...

No puedo dormir pensando que el agua se consumirá y estamos expuestos a que se quemen las zanahorias... Además, toda la casa huele al condimento...

—¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

Son las dos en mi reloj. Guadalupe duerme y no la despertaría ni un cañonazo en nuestra puerta. Bajo descalza a la cocina.

No, el guiso continúa hirviendo despacio y aún tiene líquido... pero muy poco. Sin embargo, la madre de María Luisa me ha advertido que hay que hacerlo hervir en su jugo, si no se transforma en algo insípido... ¿Qué hacer?

Decido subir el hornillo y el puchero al baño. De este modo podré cuidarlo toda la noche con sólo pasar desde mi cuarto... ¡Nochecita toledana!

Por la mañana aún están duras las zanahorias y hay que dejarlas hervir todo el día... La casa entera huele a guiso sustancioso y rico, y la boca se nos hace agua...

Tenemos para tres días, efectivamente, y Guadalupe y yo nos miramos con ojos brillantes:

—¡Qué banquete nos estamos dando!

Pero se acaban las zanahorias, y María Luisa y yo nos pasamos todos los días por el portal donde las compramos con la esperanza de que vuelva el hombre que las vendió... No vuelve más.

—¡Ya deben estar las de tu casa!

No hace falta más que esta insinuación para que las arranquemos todas. Son chiquitas y tiernas. Pero ¡qué delicia sacarlas de la tierra esponjosa y negra! Guadalupe las va colocando en un cesto en silencio. De pronto, dice:

—¡Qué milagro es éste, no es verdad, señorita! Mientras nosotros andamos de acá para allá, y nos afanamos en unas cosas y en otras haciendo tanto ruido, la tierra, calladita, ha ido condimentando y preparando nuestra comida... Mire qué tiernas... qué rosadas y qué perfumadas son...

También estas zanahorias, que repartimos con la familia de Maria Luisa, se acaban, y otra vez quedamos reducidas a los cuarenta gramos de lentejas que nos dan cada tercer día.

Una mañana, Guadalupe me despierta con una terrible noticia:

—No hay sal... He ido a la tienda y dicen que hace mucho tiempo que no tienen... Esta mujer medio gitana que vive en el hotel de enfrente tampoco ha querido darme... ni el jardinero que venía antes... ni...

—Bueno... comeremos las lentejas sin sal... ¡Qué vamos a hacer! Ya no tenemos aceite para guisarlas...

La falta de grasa me hace adelgazar horriblemente en unos días... Los párpados se me resecan y la piel de la cara me tira.

Papá nos mandó dos paquetes de comida en el mes de abril, pero los soldados de Franco han cortado las carreteras de comunicación y ya hasta las cartas tardan diez o doce días en llegar.

María Luisa me llama:

—Dice mamá que vengas a comer hoy. Ha conseguido una lengua de caballo que le llegaba al animal desde la boca al rabo...

—¿Qué dices?—digo asombrada.

—Ya lo verás... Luego de la lengua sigue el gorguero, y carne y más carne... Porquerías y piltrafas, hija, que en otro tiempo nos hubieran dado asco, pero que ahora nos vamos a relamer... ¡Ya me estoy relamiendo!

Por la noche le traigo a Guadalupe una cacerolita de carne en salsa... ¡Es un verdadero regalo!

Pero luego llegan otra vez días y más días en que no tenemos qué comer.

—No se levante hoy de la cama, señorita—me dice Guadalupe—. Le voy a traer una botella de agua caliente para los pies... que de comer no tenemos...

—Pero ¿no era hoy día de racionamiento?

—Sí... pero, mire lo que me han dado.

Y me muestra un par de alpargatas enormes.

—Dicen que no han llegado comestibles de ninguna clase... y como algo nos tenían que dar... me han dado esto.

Paso el día en la cama. A mediodía como un poco de pan: para dividir los cincuenta gramos en dos veces.

—¿Y Blas?—pregunto.

—Tan guapo, señorita. Le gustan mucho las hojas de rosal, pero las de



geranio no las quiere... y el caso es que ya están pelados todos los rosales...

—¿Y Kinoto?

—Por ahí anda maullando...

—Súbale para darle un poco de pan.

Reparto mi pan con el gato, pero los dos nos quedamos con hambre. Kinoto me huele detenidamente los brazos desnudos y me los tapo... ¡Quién sabe las ideas que mi carne le dará!

Dos días después me llama María Luisa.

—Ven en seguida... antes de comer.

Resulta que alguien le ha dicho que en una taberna de la calle de Belén venden cazuelitas de carne y patatas...

Y es verdad. Entramos por el portal y en un pasillo oscuro, nos sirven las cazuelitas sobre un mantel sucio con grandes manchas de vino.

Tienen dos o tres pedacitos de carne sospechosa, en una salsa más sospechosa todavía, con trozos de nabos.

—¡No son patatas!—digo desilusionada.

—No... y la carne debe ser de algún perro que se les ha muerto...

—¡Está buena!

—Eso sí... ¡qué más da!

María Luisa quiere llevar a sus padres una cazuelita y yo pienso también en Guadalupe.

Un hombre que lee un periódico en un rincón y que nos parece el dueño, o encargado, de la taberna, nos quita las ilusiones.

—¡No hay más, compañeras! Ni un cacho de carne más, ni una miaja de nabos... ¡Qué más quisiera yo que hubiera! Ya no quedaba más que eso y se os ha dado porque creía que erais las dos enfermeras de aquí al lado... y se lo había prometido. ¡Menudo compromiso cuando vengan!

Al salir nos miramos...

—¡Figúrate que era Juliana la que me lo había dicho!

—¿Quién es Juliana?

—Aquella chica que estudiaba con nosotras... Juliana Ocampo, la gordita... Pues ahora es enfermera en la Cruz Roja...

—¿Y le hemos comido su ración?

—Chica... ¿Qué le vamos a hacer ahora?

A este día siguen muchos con la ración de lentejas que no siempre dan...

Guadalupe y yo decidimos comer sólo tres veces por semana, porque de este modo el platito de lentejas es más grande, pero Kinoto no está conforme con el arreglo y maúlla sin cesar. Está tan débil que lleva las patas de atrás arrastrando... No quiero mirarle porque me duele el corazón.

—¿Y Blas?—me pregunta María Luisa—. ¿Cuándo te lo comes?

—¡Si vieras!... Me conoce ya y cuando me ve llegar me espera de pie con las orejas tiesas...

—¡Vamos! Quiere decirse que es ya de la familia...

—¡Eso!

También Guadalupe me insinúa algunas veces la misma idea.

—¿Sería usted capaz de matarle?

—No señorita... Yo no. Pero llamaría al chico del albañil que vive...

—Bueno... pues no hablemos de eso. Blas esperará con nosotras a que se acabe la guerra... y luego papá dirá...

A papá, que me escribe cartas larguísimas de letra menuda y apretada convenciéndome de que la guerra se está acabando y de que la Sociedad de Naciones va a intervenir para que se haga la paz, no le cuento el hambre que pasamos.

Fifina me ha mandado judías y garbanzos varias veces... Pero ¿qué pueden resolver dos kilos en un mes?

María Luisa me llama al teléfono:

—¿Tenéis hoy algo que comer?

—Hoy no... un poco de pan...

—En casa tampoco hay nada, pero me dicen que en el Mercado de Torrijos venden hierbas...

—¿Hierbas? ¿Qué hierbas?

—¡Ay, hija, no sé! Hierbas de cuneta de carretera... de las que riegan los milicianos.

—¿Las riegan?

—¡Celia inocente! Serás toda la vida una ingenua...

Comprendo lo que ha querido decir con el riego y me río.

—¡Eres una cochina...!

—Bueno ¿quieres que te compre hierbas? Dicen que parecen espinacas. No sé si serán venenosas y reventaremos todos...

—No, no quiero. Hierbas hay aquí y con salir al campo traeremos... Yo sé de algo que tal vez te convenga... Por mi parte no me decido. Se venden ratas, muy grandes y muy gordas, en el barrio de Argüelles...

—Se lo diré a mamá.

Por la tarde María Luisa y yo visitamos el barrio de Argüelles. No había vuelto desde el día que fui a buscar a Fifina, cuando las balas barrían las calles...

En esta tarde calurosa de verano, bajo este sol abrasador, las ruinas brillan con el fulgor de los vidrios rotos como si estuvieran cubiertas de diamantes.

Al entrar por el paseo nos detienen dos guardias.

—¿Dónde van? No se puede pasar porque hay derrumbamientos...

Pero como María Luisa va decidida a comprar ratas y por allí no se ve ningún chico que las venda, me sujeta del brazo y bajamos por la calle de San Bernardo hasta la de los Reyes.

Luego nos internamos entre los escombros sin que nadie nos detenga. Vemos gentes que revuelven los cascotes con palos buscando algo que no encuentran.

—Imagínate que dos años revolviendo en ellos ya se habrán llevado todo...

Una mujer de luto con una niña de la mano pregunta por una calle.

—Yo vivía allí, ¿saben ustedes?, y ahora no la puedo encontrar...

Nos señala un montón de escombros que han borrado completamente las aceras y la calzada.

—Aquella puerta que está en el suelo me parece a mí que era la del portal de enfrente... Pero no... no puede ser... Mi calle empezaba en...

María Luisa le dice que ya no tiene objeto buscar su casa porque los escombros revueltos y vueltos a revolver por todos los miserables de la ciudad ya no esconden nada...

—Como no sean ratas, ya no hay otra cosa—dice con su idea fija...

—¡Ratas!—grita la mujer—. ¡No, ratas no!... Ahí debajo se quedó una criatura mía... de tres meses... ¡Ratas no!

Tiro de la manga a María Luisa y me la llevo por una callecita que el bombardeo ha respetado relativamente. Sólo un balcón de una casa está desprendido y próximo a caer.

—¡Corramos!—le digo al darme cuenta.

—Sí... y salgamos por San Bernardo—dice María Luisa—. Ya no quiero ratas... Claro, están tan gordas... Se habrán comido a todos los que han quedado debajo...

Subimos por un montón de escombros, sobre los que ya ha crecido la hierba, y volvemos a bajar... Entonces vienen unos chicos hacia nosotras.

—Les vendo un conejito casero por cien pesetas...

Nos lo enseña. Está desollado y limpio, sin cabeza.

—¡Es un gato!—digo—. Un gatito chico...

—No es un gatito... es una rata.

A pesar de lo que dijo María Luisa, la compramos. Y la envolvemos en el papel ensangrentado donde la traen los chicos. Luego la guardamos en la bolsa de hule que he traído doblada.

—¿Sabes? A lo mejor no es una rata, o si lo es no ha comido carne humana... o si la ha comido... en casa no lo saben... Tú no contarás nada, ¿verdad?

Dos días después nos invita Juliana la enfermera a comer a su casa...

—¿A mí?—pregunto asombrada a María Luisa que me lo dice.

—Sí, a ti... No ves que siempre le estoy hablando de ti... Les han regalado cinco kilos de carne de burro, y con este calor, si no lo comen en seguida se les echa a perder.

Como en casa de Juliana, en la calle de Fortuny. Son seis hermanos, y el padre y la madre... ¡Gente encantadora y bondadosa! La madre se llama Rosario, es rubia, tiene los ojos azules y su ternura me conmueve.

—Come, querida—me dice—. Come para los días de hambre...

Y al saber que estoy sola en Madrid me da un poco de miel en un tarrito...

El padre es un señor alto y que debió ser muy gordo porque la chaqueta le cae en *godets* como una hopalanda... Bondadoso, enérgico, viril e ingenuo como un niño o como un gigante. Un libro entero tendría que escribir para relatar todas sus bondades.

Desde ese día tengo un hogar más, y cuando me falta qué comer es porque tampoco lo hay en casa de María Luisa y en casa de Julianita, lo que ocurre con frecuencia.

Entonces dejamos de vernos. Me recluyo en mi casita, ¡tan bonita, tan primorosamente arreglada!, y leo... ¡leo libros de cocina! Nunca deseé tanto como ahora saber guisar... Cuando se acabe la guerra voy a sorprender a papá con platos exquisitos... ¡No aquellos económicos que hacía en Santander!

En uno de estos días en que quedamos reducidas a la miserable ración de pan, Guadalupe me dice:

—Esta mañana ha amanecido muerta esa señora viejecita que vivía en el hotel de la esquina... Hacía tres días que no comía...

Me entero de que vivía con una hija y los nietos... Los chicos tenían tanta hambre que se lo comían todo...

Poco a poco van muriendo todos los ancianos. Tal vez es porque tienen menos resistencia que los jóvenes, y porque se hartan de estar en este mundo, pero también puede ser porque su racionamiento se lo comen los nietos... Todo es posible.

Hasta la gente generosa y altruista se torna ahora en tacaña y miserable. María Luisa me dice que ha muerto un señor anciano amigo de su padre.

—Figúrate el problema que se nos ha entrado por la puerta... No hay madera para hacer la caja y la familia ha dado un armario, pero no llega para hacer la tapa... Irá sin tapa como como van ahora todos...

—¿Sin tapa?

—¡Claro, hija! ¿No te has enterado aún? Pues los pobres muertos van mirando al cielo y con la barriga en punta fuera de los bordes de la caja...

—¡Calla! ¡Qué atrocidad!

Como yo vivo en las afueras y he estado varios meses fuera de Madrid no he advertido el proceso que ha seguido la forma de enterrar a la gente. Al principio se acabaron las telas negras para forrar las cajas hechas con tablas de cajones sin cepillar, y se cubrían con telas azules, o encarnadas, y hasta floreadas. Pero hasta las telas se terminan, o alcanzan tales precios que sólo se utilizan para otros usos más necesarios que para forrar las cajas de muertos, y éstas quedan en su desnudez de madera de pino llena de

nudos... Pero también se ha concluido la madera de cajones, y ahora las familias tienen que proporcionar al carpintero un armario o una cómoda, que casi nunca da bastante madera para la tapa.

—Es que el carpintero se queda con la madera para hacerse la comida... y lo peor no es esto, sino que los enterradores se niegan a enterrar por dinero.

—¿Y qué vais a hacer?

—No sé... mamá ha ofrecido medio kilo de garbanzos, y un sobrino del muerto lleva una cajetilla de cigarrillos. Con todo esto puede que se animen a coger la pala... y si no, tendrán que enterrarlo papá y la familia...

Desde que he sabido esto no puedo evitar la curiosidad cuando veo un entierro... y es verdad lo que dice María Luisa: por encima del borde de la caja se ve asomar la nariz, y el vientre, y hasta las manos cruzadas del fallecido, que debe ir disgustadísimo de esta exhibición.

—¡Un espectáculo originalísimo!—dice María Luisa—. Mi sobrinita Remedios, que vive en la calle de Alcalá, se pasa la vida asomada al balcón y gritando: «Mami, asómate, que es un señor muy gordo. ¡Mira, mami, qué barriga tiene...!» A falta de otros espectáculos, podemos disfrutar de éste, ¡tan instructivo y educador del espíritu!

La preocupación de la comida me vacía el pensamiento, y hoy salgo a buscar hierba para el pobre Blas, que ya es grande como un cordero y hay que darle de comer todo el día...

Me asomo a las verjas de los jardines buscando algo verde, pero están secos y pelados. En algunos han conservado una cabra para tener leche y éstas han acabado con todos los brotes; en otros, ocupados por refugiados de los pueblos, que se han traído los bueyes del carro, ovejas y conejos, se han comido hasta los árboles... Claro que ya los bueyes, las ovejas y los conejos no existen, pero los jardines destrozados son ahora corrales de inmundicia donde se revuelcan los chicos, y los peinan las madres pasándoles la lendrera y mirándola luego con sospechosa atención...

Al pasar por uno de estos jardines oigo rebuznos arriba como si vinieran del cielo... Un burro se asoma por la ventana de una torrecilla que tiene la casa, mostrando su bocaza abierta y sus enormes dientes en un clamor patético.

—¿Cómo ha podido subir ese burro allí arriba?

Un hombre toma el sol fumando un horrible tagarnina, y vuelve la cara al mirarme:

—Lo he subío yo...

Mi asombro le hace contarme las fatigas que ha pasado para hacer subir al animal por la escalerilla estrecha de la torre.

Entre tanto, el burro sigue asomado a la ventana lanzando desgarradores lamentos, poniendo al cielo por testigo de su desgracia...

En ese hotel viven dos familias que han reñido. La familia del piso bajo ha prohibido a la otra que encierre el burro en el garaje, y no teniendo otro lugar para él, se han visto obligados a subir el animal a la torre...

—Lo pior será para bajarle... ¡Mu fácil que se rompa las patas, porque es mu torpe...!

Pronto nos lo comeremos. Ya nos hemos comido todos los burros de estos contornos, y cada vez que en la carnicería cuelgan el cartel «Mañana a las diez carne de burro con libreta de racionamiento», Guadalupe sube a decirme transfigurada:

—Señorita... ¡mañana haremos un buen guiso! Lástima no tener aceite...

Suele estar muy dura la carne a pesar de cocer toda la noche en el hornillo eléctrico, con lo que se extiende por la casa una fragancia a cuadra de pueblo... El caldo es repugnante.

Otras veces dejamos la carne al sereno porque nos han dicho que de este modo se ablanda, pero el olor de la carne parece exasperar a Kinoto hasta el delirio... Maúlla con acentos desgarradores y no me deja dormir... Una noche que dormía a los pies de mi cama ha subido hasta mis brazos y he visto en sus ojos una chispa de locura como si fuera a acometerme...

—¡Fuera, fuera... Kinoto! ¡Este animal va a enloquecer!



XXIII

EN MI CASA NO COMEMOS, PERO...

HA pasado el verano y entramos en un otoño desapacible que arrastra las hojas de los árboles y oscurece el cielo. Y no hay que dejarle llevarse las hojas amarillas, que suenan como papel de seda y están corruscantes como patatas fritas, y que pueden ser buen combustible para el invierno. En espuertas las vamos trasladando al garaje Guadalupe y yo. ¡Cuántas hojas! Primero es en montones, luego aumentan y aumentan hasta llegar al techo... Las apretamos con las manos, que se ponen ásperas y doloridas... Este trabajo diario nos cansa mucho, y como nos alimentamos poco...

—¿Qué has hecho de aquellas hermosas alpargatas que te dieron en el racionamiento?—me pregunta María Luisa.

En la calle de Alcalá, después de Torrijos, se hacen cambios en la acera de la izquierda. Ese trozo de calle es llamado «Bolsa de contratación»... María Luisa tiene un tesoro que cambiar: ¡una cajetilla de cigarrillos rubios! Y yo llevo las hermosas alpargatas de tamaño desmesurado.

—¿Ves? Es allí—me dice María Luisa señalando a un grupo vociferante.

Nos acercamos y llegan a nuestros oídos las ofertas:

—¡Dos pitillos por medio kilo de azúcar!

—¡Un ovillo de lana por seis huevos!

—¡Por un kilo de sal doy una camiseta!

—¿Quién me da dos kilos de patatas por una chaqueta de abrigo? ¡Compañeros, que llega el invierno!

María Luisa me aconseja que pida dos latas de leche condensada por las alpargatas.

—Pero grita fuerte para que te oigan... Yo pienso sacar un kilo de azúcar y una docena de huevos por la cajetilla.

Grito con bastante energía:

—¡Por dos botes de leche, unas alpargatas!—y las levanto sobre mi cabeza.

Al principio no me hacen caso, pero al fin un hombre me dice:

—A ver, compañera... Deja que me las pruebe...

—¡Sólo una!—me apunta María Luisa.

Nos apartamos del maremágnum y el hombre se prueba una alpargata sentado en el umbral de una casa.

El pie, cubierto con un calcetín que fue blanco y está sucio y roto, se mete en la alpargata cómodamente... Con seguridad que no le aprieta.

—Me está como una lancha del Retiro.

—Mejor—le dice otro que le acompaña—. Mucho mejor... Rellena la punta de trapos...

—A ver la otra...

María Luisa tercia, desconfiada:

—¿Y las dos latas de leche? ¿Las lleva ahí...?

No, no las tiene. Irá a casa a buscarlas...

—Entonces, compañero, cuando las traiga le daremos las alpargatas... y si no viene pronto, se expone a que se las vendamos a otro...

Al fin todo se arregla. El acompañante se ofrece a ir a buscarlas y pronto las tengo en mi poder, y María Luisa los huevos, y las patatas, y hasta el azúcar...

—Ahora a casa deprisita... Porque como alguien sospeche lo que llevamos...

Corriendo por la calle de Hermosilla abajo, vemos dos chiquitos que saltan por el balcón de un piso bajo.

—Estos se escapan—pensamos.

Los pequeños, riendo y gorjeando, van delante de nosotros, felices de su libertad.

Al pasar por la puerta de un garaje donde hay un cartel que dice: «Se desean noticias de la Brigada 34», grita uno de los chicos, deteniéndose:

—¡Compañero! ¿Qué se sabe de la Brigada 34?

Inmediatamente aparece un hombre.

—Nada... nosotros no sabemos...

—Ni nosotros tampoco—gritan, y corren, riéndose, los chicos...

—¡Qué chicos!

Dejamos nuestra carga en casa de María Luisa y vamos al café de Roma, en la esquina de Serrano, a tomar un vaso de vermouth.

—Creo que es delicioso... mitad aguarrás, mitad bencina y el resto, alcohol de quemar.

—¡Qué atrocidad! ¡Yo no lo quiero!—digo.

Pero María Luisa se ríe y me empuja dentro. El ambiente está denso, caliente y ruidoso. Nos instalamos en una mesita detrás de una columna y nos sirven dos vasos llenos de un líquido dorado...

—¡No lo huelas!—dice María Luisa—. Meter la nariz en un vaso es una porquería... ¿Nunca te lo dijeron en el colegio?

Reímos, y pruebo el líquido sospechoso. Efectivamente recuerda el sabor de la bencina, pero es dulzón y acaba por gustarme...

—Está rico ¿eh?

Verdaderamente la guerra nos ha descubierto nuevos elementos. ¿Quién hubiera sospechado antes de ahora que el sabor de la bencina no era desagradable, y que la piel de las patatas era exquisita friéndola con cebolla, y que las hojas de las violetas constituían una exquisita verdura?

El vermouth en ayunas y con debilidad nos causa desenfrenada alegría. María Luisa, encarnada y risueña, me da palmaditas en la cara, y yo le aseguro que soy la chica más feliz de Madrid...

—¡Ya lo puedes ser! ¡Eres más conocida que el Gallo!

—¡Imagínate! En cuanto salgo de casa la gente me señala con el dedo: «¡Esa es Celia! ¡Esa es Celia! ¡Es la gran escritora!»

Mientras digo esto sé que estoy mintiendo, pero un impulso irrefrenable me obliga a decirlo.

—¡Te levantarán una estatua!

—¡Ya lo sé! Pero yo no quiero que me pongan desnuda como a la Maja de Goya, sino cubierta con túnica romana, con manto y un libro en la mano...

—¡Podrían ponerme a tu lado, porque yo soy tu mejor amiga!

—Eso sí... pero no querrán... a no ser que...

—¿O es que tú prefieres a Fifina?

—No... aunque ella ha sido muy buena, y...

—Pero tu mejor amiga...

—¡Mi mejor amiga! ¡Qué tontería! ¡Todas son mejores!

Me irrita que insista tanto y me parece que quiere insultar a Fifina, y... a eso no hay derecho. ¡No señor! Fifina es una chica encantadora e inteligentísima: ¡La más inteligente del Instituto de San Isidro!

—¡Más que yo!

—Más que tú y más que nadie.

—Entonces más que tú también.

Eso no lo puedo admitir, porque si a mí me van a levantar una estatua, por algo será, y protesto:

—¡Eres insoportable!

Me levanto y siento que todo el café da vueltas... Y si da vueltas será imposible que yo encuentre la puerta... porque la veo pasar siempre rápidamente ante mí...

Me dejo caer en la silla y veo que María Luisa está llorando hilo a hilo. Las lágrimas corren desde sus mejillas al mármol, sin descanso. Pero no le

digo nada. Estoy preocupadísima con este modo de dar vueltas todo, y además me encuentro enferma...

—Creo que me voy a morir—digo muy bajo, pero María Luisa me oye y llora desconsolada...

—María Luisa...

No me contesta, pero insisto:

—María Luisa... ¿me perdonas? ¡No he querido ofenderte!... Te lo juro...

No puedo seguir porque las lágrimas me ahogan, y lloro con la cara oculta en el pañuelo.

De pronto siento una mano pesada en mi hombro, y una voz de hombre dice enérgicamente:

—¡Al diablo las chicas! ¡Conque estabais aquí!

Es el padre de María Luisa que nos contempla asombrado, encharcadas en lágrimas...

—¡Caramba! ¿Qué os pasa?

María Luisa intenta explicarse, yo quiero ayudarla, pero una nueva congoja se apodera de nosotras al recuerdo de las ofensas recibidas y sollozamos fuertemente...

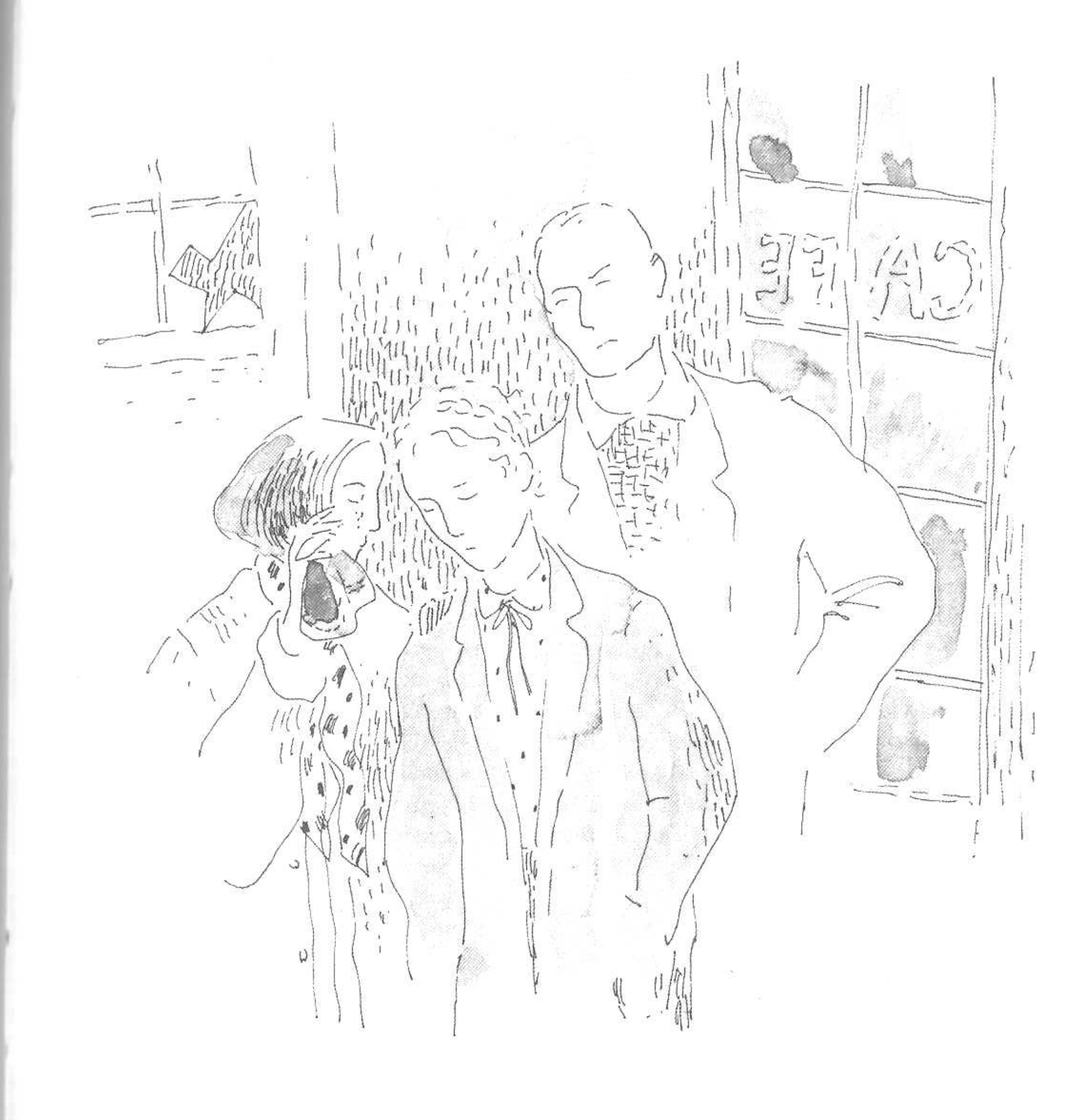
—¡Qué caramba! ¡Me parece que estáis borrachas! ¿Qué habéis tomado?... ¡Mozo! A ver... ¿qué se le debe? ¿Qué han tomado aquí?

Salimos a la calle apoyadas en su brazo y bajamos la calle de Ayala hacia la Castellana... El aire frío de otoño, con olor de hojas secas, me despabila. En el portal intento volverme a mi casa sin subir. María Luisa no me mira a la cara. Las dos estamos avergonzadas...

Durante algunos días me quedo en mi casa de Chamartín sin ir a Madrid. Y eso que no tenemos casi qué comer. Hemos terminado ayer el último kilo de garbanzos. Eran garbanzos de guerra, de esa especie milagrosa que no existe en tiempos de paz. Guadalupe los contemplaba con grave atención y me decía:

—Esto no es lo que dicen. Yo no creo que sean garbanzos...

A veces, cuando teníamos lentejas y las buscábamos por la noche para echarlas a remojo, no las distinguíamos de ellos... ¡tan chiquitos son! Pero ya ni eso tenemos.



Hace frío. En el jardín desnudo y barrido, sobre la tierra helada, brotan las lechugas que sembré. Muy abrigadas, bajamos Guadalupe y yo a remover la tierra, a trasplantar las matitas chicas y a cavar surcos para que corra el agua... Una docena de estas lechugas tiene que ser nuestra comida.

Por la tarde va Guadalupe al correo y trae una carta. ¡Es de América! ¡La Argentina! Recuerdo a una señora, amiga de mamá, y que tenía una hija. Leo la carta asombrada. Saben nuestra situación, han averiguado nuestras señas y ya hace dos meses que viene hacia Madrid una caja de comestibles.

Llamo a Guadalupe y juntas leemos la lista de lo que manda:

—Azúcar... Cacao... Leche condensada... Café... Aceite... Bacalao... Sardinas... Frutos secos...

Lloramos las dos... Y eso que sólo hemos bebido agua...

—¿Cree usted que llegará?

—¡Claro!

—Es que dicen...

—No haga caso. Llegará...

Llamo a María Luisa para leerle la carta y oigo sus exclamaciones:

—¡Chica, qué suerte!... ¡Pero eso es una lotería!... ¡Hija, qué maravilla!

Pero pasan los días y las semanas, llega diciembre y no hay noticias del cajón...

Todos los días comemos lechugas del jardín. Ya hemos acabado con las uvas de la parra, y Fifina no manda nada:

«Me desatino buscando algo que mandarte y no encuentro», me escribe.

Un enorme desaliento se va apoderando de mí, que tirito de frío horas y horas en la biblioteca de papá. El termómetro marca tres grados... Envuelta en mantas oigo a Guadalupe trajinar en la cocina. ¿Qué hace, si no hay nada qué guisar?

—Estoy lavando—me dice.

—¿Y cómo?—desde hace mucho tiempo no hay jabón y es un problema el lavado de la ropa.

—Pues he cocido la ceniza, luego he colado el agua por un paño fino y en ese agua tengo la ropa en remojo... Me ha dado la receta esa señora que vive ahí detrás... en la calle de Padilla...

Y se vuelve a lavar...

Estoy triste... Creo que más que el hambre me entristece mirar en el espejo mi cabeza lisa, sin aquellas bonitas ondas que arrancaban reflejos de oro en mis cabellos... Al peluquero donde yo iba le quitaron sus aparatos... Luego trabajó en cooperativa... Luego se fue... Después me acostumbré a ir a una peluquería en la Gran Vía... pero creo que ha cerrado.

Llamo por teléfono.

—¿Quién? ¿Celia Gálvez? Sí, sí; la recuerdo, pero ahora... ¿Tiene algún comestible?

—¡Ay, no! Estamos pasándolo mal...

—Pero ¿no tiene jardín? Pues ¿cómo no ha sembrado algo?

—Sí... tengo lechugas...

—¡Ah, bien! Pues si trae unas cuantas le arreglaré el cabello... Por dinero no, ¿sabe?, no vale la pena.

No sólo me ondula el pelo, sino que me arregla las manos... Estoy orgullosa de verme tan bien... Me invita a comer el señor Aguilar. Vive en Recoletos, su casa está abrigada, confortable; su mujer y su madre me agasajan hasta hacerme soltar las lágrimas... ¡Es casi un banquete la comida...!

Y otra vez al hambre, al frío de mi casa aterida... la peluquera se conforma con ondularme el pelo a cambio de un pastel hecho de pan y del que me ha dado la receta la madre de María Luisa...

Se acerca la Navidad. Llueve. El cielo frío y bajo, las aceras relucientes de lluvia. Voy por la calle de Serrano, por la acera de la derecha en busca de una tienda donde vendan botones para sustituir los de mi abrigo, que estaban forrados de terciopelo y se han desgastado.

Por una tienda con los cierres de metal a medio bajar y las estanterías vacías se ven paseando, con las manos en los bolsillos, a los aburridos dueños.

Al pasar frente a una de las callecitas que bajan en rápida pendiente a la Castellana, un glorioso reflejo me detiene... ¡Naranjas! Un camión cargado de naranjas... Su color caliente, alegre, como el sol hecho fruta, ilumina la calle gris... Todos los que pasan se van parando como yo.

—¡Naranjas!

—¡Son naranjas!

—¿Las venden?—oigo preguntar.

El camión echa a andar y baja a la Castellana, vuelve la esquina y desaparece... Algunos corren detrás como hipnotizados.

Al volver a casa me llama María Luisa.

—¿Has estado aquí y no has venido a verme? ¡Pues yo tengo una buena noticia para ti...! Creo que han llegado a la estación del Mediodía varios cajones de comestibles... Tal vez haya llegado el tuyo...

—¡No me han avisado!

—¡Ay, hija! Ni lo esperes. Lo que debes hacer es bajar a preguntar en la estación. Trae tu cédula y la carta de América... y una cuerda fuerte.

Ha salido un sol débil de lluvia y el aire helado sabe a nieve de la sierra. Son las dos de la tarde cuando llego a la estación...

Un hombre se acerca a mí.

—¿Espera usted mercancías?

—Sí...

—Necesitará que se lo lleve a casa...

—Sí... vivo lejos.

—Yo se lo llevo... por la mitad de lo que le mandan.

—¿Cómo?

—Vamos... por la mitad de lo que contenga el bulto o cajón, u lo que sea...

—¡No! Yo le pagaré el dinero que me pida.

—¿Dinero? ¡Bah, el dinero no se come, compañera! Dinero no quiero...

De una oficina a otra, de uno a otro depósito, llego, al fin, donde está el maravilloso cajón que tiene mi nombre en la tapa y pesa quince kilos...

—Tiene usted suerte—me dice el empleado que me lo entrega—. Es el único que no han robado. Todos los demás cajones están rotos y abiertos...

Ya estoy en la cuesta de la estación con la caja... ¿Cómo llevarla a casa? Nadie me lo quiere llevar por dinero...

Felizmente he traído una cuerda. La engancho a un clavo y tiro del cajón... Tiro de él como tiran los niños de un carrito, sin perderle de vista, atenta a que no tropiece y se salga de la acera...

Nadie me mira... Casi tres años de revolución y guerra, de seres absurdos, de sangre y de destrozos, han gastado la curiosidad de todos.

Llego a la gran plaza de Atocha y espero un tranvía...

—¿Qué lleva ahí?—dice el conductor.

—Libros viejos.

—¿De risa?

—Sí... alguno hay de risa...

—¡En mi casa no comemos, pero nos reímos más!

—¡Ayuda a la chica!—dice el cobrador—. ¡Ayúdala y déjate de historias!

Entre los dos ponemos el cajón en la plataforma... Yo quisiera quedarme junto a él, pero me tengo que sentar.

—Adentro, que aquí hace frío... Vaya, va bien el cajón... Descuida que no se cae...

Ya anochece (ahora anochece a las cinco) cuando voy arrastrando el cajón por la carretera. A veces se me atasca con una piedra y tengo que empujarle con las manos hasta dejarle en sitio llano... El viento fino y helado me refresca la cara que me arde... ¡Si supiera Guadalupe lo que traigo!... Si lo supiera, me estaría esperando en la carretera para ayudarme. Pero no lo sabe. Yo no le he dado ninguna esperanza para que no se hiciera ilusiones...

Bajo la calle de hotelitos y jardines con tal estrépito que un pobre perro escuálido, con el armazón de costillas al descubierto, y que es el único perro ya de estos lugares, sale a ladrarme... De pronto endereza las orejas, huele el cajón y me sigue moviendo desatinadamente el rabo...

Ninguna ventana se abre. A nadie le importa el ruido. Por estas callecitas de colonia suburbana han pasado cañones ruidosos, tanques, soldados, gentes silenciosas con sólo el ruido de sus pasos y que caminaban hasta hallar una tapia donde poner a un hombre, gentes gritonas, mujeres y chicos corriendo desatinados hacia la carnicería donde despachaban carne de burro o de caballo... Por eso la curiosidad se ha gastado. ¡A nadie le importa ya nada! Por muchos ruidos que haya, por mucha gente que cruce las calles, todo seguirá igual...

—¡Guadalupe! ¡Guadalupe!

—Señorita...—abre la puerta con ruido de cerrojos y cruza presurosa el jardín.

—¡El cajón!—le digo—. ¡El cajón de América!

Se pone tan pálida y tiembla de tal manera que no acierta a descorrer el cerrojo de la verja.

—¡Qué grande!—dice.

Entre las dos lo metemos en casa, y cerramos la puerta. ¡Estamos rodeadas de hambrientos!

Con el martillo y las tenazas logramos quitar una tabla... Caen al suelo nueces y avellanas.

—¡Señorita...! ¡Mire, señorita...!

Un bote de cristal lleno de algo maravilloso ha quedado al descubierto, y un paquete que huele a chocolate, y una cajita blanca con letras doradas. Sacamos papeles picados como en los cajones adornados de Navidad.

De pronto, Guadalupe me toca en el hombro:

—¡Escuche, señorita!

Levanto la cabeza... Un ruido acompasado y algo así como la respiración fatigosa de un hombre se oye al otro lado de la puerta.

—¡Quieren abrir!—me dice—. Tal vez habrán visto lo que traía...

Las dos nos acercamos a la puerta y yo asomo los ojos por la mirilla...

A la última luz de la tarde veo un bulto pegado al escalón de la puerta, que se mueve y respira fuerte...

—¡Si es el perro...! Ese pobre perro en esqueleto...

Abro la puerta y entra temeroso, casi arrastrándose, decidido a soportar los golpes si le dan un hueso...





XXIV

INVIERNO. ¡PAPA!

ESTA tarde iré pronto porque tengo que hablarte—me ha dicho por teléfono María Luisa.

Y no sólo viene sino que trae merienda. Doce pasas para cada una, un pedacito de pan y una botellita de colonia mediada de vino.

—Un vasito para cada una contando con Guadalupe...

Subimos al escritorio, que es la habitación menos fría, aunque lo es mucho, y hablamos de arreglos de vestidos.

—He encontrado una modista refugiada en la casa de al lado de la mía.

Son diez familias en un piso. A esta infeliz, que vivía en Preciados, se le hundió la casa de tres pisos encima.

—¿Cómo salió?

—Eso me pregunto... Pero el caso es que salió, y hasta con un armario y la máquina de coser... Creo que es una buena modista y me va a arreglar el vestido azul, combinándolo con el de cuadritos azules... Creo que me va a quedar muy bien... Yo he pensado que podría arreglarte ese gris...

—¿Era eso lo que me ibas a contar con tanto misterio? ¿Has venido para decirme lo de la modista?

—No, mujer... es otra cosa.

—Pues dilo...—de pronto me asaltó un temor—. ¿Le pasa algo a papá?

—No... No, mujer... No le ocurre nada. Es que... ¿Tú oyes la radio por las noches?

—Sí, todas las noches.

—¿Oyes las noticias de la guerra?

—Claro, hija... Siempre son iguales... «Hemos tomado la cota 203, nuestras tropas se han retirado a los lugares previstos por el mando. Se están fortificando las bases.»

—¿Y eso no te dice nada?

—¿Qué me va a decir? ¡Yo no entiendo nada de guerra!

—Yo tampoco... pero cuando se retiran es que corren porque el enemigo es más y mayor... y las cotas son pequeños lugares... Pero ¿a que hace mucho tiempo que no toman ciudades? En cambio, los otros...

—Me parece que tampoco tú entiendes nada...

—Es verdad... Bueno, mira, papá está preocupado por ti. Te ve alegre, ilusionada con la idea de tener tu casita preciosa para recibir a tu padre y a tus hermanas... y la guerra está ya perdida... ¡esa es la verdad!

—¡No...!

—Sí, hija, sí. Eso lo sabe todo el mundo... menos tú, por lo visto. Poco a poco las tropas de Franco se van apoderando...

—Los que les ayudan, dirás...

—Sí, todos...

—Pero entonces ¡papá está perdido! ¡Lo fusilarán!

—Tu padre huirá...

—Pero papá en su última carta me dice...

Busco entre los papeles de la mesa. Aquí está la carta llena de ilusiones, de promesas: *Ya falta poco para que estemos juntos. Las nenas están bien y espero que para el año que viene las mandemos al colegio...*

—No olvides que estamos en enero.

—Papá se refiere al otoño, cuando se abren las clases...

María Luisa se calla, mirando al jardín... Yo también callo. No quiero decir lo que pienso. El padre de María Luisa se alegra de nuestra derrota. ¡Al fin, son los nuestros los que han fusilado a su hijo!... y ¡claro! todos preferimos creer aquello que nos gusta... María Luisa parece adivinar mis pensamientos y dice:

—Papá no tiene ningún deseo de que te lleves un disgusto, pero él sabe que...

—¿Te imaginas que tu padre, que es un hombre civil, sabe mejor que el mío, que está en el ejército, lo que está pasando?

—Sí, lo creo... y tú también lo sabes... Me has contado que cuando estabas en Barcelona, con él y con Jorge, te asombrabas de su ignorancia en cosas de guerra.

Volvemos a callar. Luego bajamos al jardín. Hace sol, pero el aire es tan frío que hace saltar las lágrimas... por eso sin duda se escapan de mis ojos y ni las siento correr por mi cara.

Entramos en casa. El comedor está helado. Guadalupe nos trae dos botellas de agua caliente para que pongamos los pies en ellas y nos envolvemos en las mantas hasta el cuello.

—Se nos caerán las narices un día de éstos—dice María Luisa—. Las mías son un pedazo de hielo.

Reímos y no volvemos a hablar de la guerra. Ni tampoco me vuelve a decir nada en los días que siguen.

Va pasando este enero del año 1939, frío, azul, de claros días cristalinos, transparentes, helados... ¿Qué está pasando? María Luisa viene a diario, siempre trayendo algo de comer, aunque sea muy poco. La he sorprendido dos veces hablando por lo bajo con Guadalupe...

—No bombardean hace más de ocho días—le digo.

—No... ya... ¿para qué?

Todo el mundo parece esperar algo muy próximo. Miro a la gente sentada frente a mí en el tranvía y pienso que todos saben algo que yo no sé...

Nadie dice nada. Al desbordamiento gritón de los primeros días sucedió el silencio... luego una actividad rumorosa, como de colmena que trabaja alegre desafiando el peligro, y ahora vuelve el silencio, la tristeza, el miedo a algo que viene...

Una profesora que teníamos en el Instituto está en una escuela próxima al Hipódromo. Voy a verla una mañana.

En las dependencias de un hermoso palacio se ha instalado la escuela, que tiene aulas grandes y alegres, llenas de sol en esta mañana de invierno.

—Hemos trabajado con fe en el porvenir—me dice la señorita Amelia—. Mi esperanza de «Escuela Unica» la he visto aquí realizada... Aquel chico que está allí sentado es el hijo del portero del diecinueve, el que está junto a él es una criatura criada en las chozas de Tetuán que casi no sabía hablar cuando llegó a la escuela, y ese otro que se sienta a su lado es el hijo de Elorrieta, el abogado y diputado conservador... Aquel rubio es hijo de un título de Castilla. Ahora vas a oír una pequeña conferencia que nos va a dar el de Tetuán sobre la vida de las abejas. Cada día, uno de los chicos habla durante cinco o diez minutos... Esto les habitúa al trabajo, les da confianza en sí mismos y desenvoltura...

Estoy un poco azarada porque la señorita Amelia me ha sentado cerca de ella y los chicos y chicas vuelven la cabeza a mirarnos.

Apenas oigo lo que dice. El mismo ha hecho de cartones una colmena y explica cómo buscan el néctar las abejas...

Concluye y sale a jugar al patio. También la señorita Amelia y yo salimos.

—¿Has visto?—me dice—. ¡Es milagroso lo que hemos conseguido en unos meses...! ¡Lástima que todo esté próximo a terminar!

—¿Usted cree...?

—Sí... ¡todo está perdido! Creo que por culpa de unos y otros...

Suspira, y su tristeza se comunica a mi corazón.

—¿Cree usted?—vuelvo a decir.

—¡Sí!—y me mira con extrañeza—. Pero... tú te irás a Francia, ¿verdad?

—¿A Francia?



—Tu padre pasará los Pirineos, y... yo me quedaré aquí... pase lo que pase—dice como si hablara para ella—. Me quedaré aquí... y no sé lo que harán conmigo por mi pecado de democracia...

—Pero ¿es seguro que...?

No entiende mi ansiedad y dice:

—Por lo menos me llevarán a la cárcel... Es lo lógico... Yo también les llevaría a ellos con el único fin de que no me inquietaran...

Vuelvo a casa triste... Además estoy triste porque Jorge, que me ha mandado dos postales en tres meses, hace cuatro que no se acuerda de mí. Las últimas noticias me las ha dado papá en su carta del mes pasado: *Jorge está en el frente del Ebro. Es un héroe.*

Todos son héroes. Papá, Jorge, la señorita Amelia, el papá de María Luisa, por conservar su ánimo entre tantas desgracias... Pero yo soy una pobre chica perdida entre tanta gente, sola, sin familia... sin saber qué hacer...

Por la noche me duelen la cabeza y el estómago. Ya hace días que lo poco que como me produce náuseas. Hoy justamente la señora de Aguilar me ha llamado para llevarme al médico...

Vamos a las tres. Es un sanatorio cerca de la calle de Alcalá. El doctor nos recibe en su despacho. Luego nos hace pasar a una habitación donde hay rayos X y cama de reconocimiento.

—Desnúdese el torso...—me dice—. Hace frío... pero no hay otro remedio. Quiero auscultarla detenidamente.

Con ayuda de Rebeca voy quitándome la ropa y en los brazos se me pone carne de gallina. Luego me aplica a la espalda un disco de metal y escucha por los tubos de goma. Sólo se oye el ruido de un reloj en el despacho.

—¡Bah, no es nada! Debilidad, cansancio del estómago por la ingestión de tantas cosas absurdas... Vístase...

Mientras me visto, le oigo hablar con Rebeca.

—Hoy es un gran día... ¿Ya sabe la noticia? ¿No? ¡Es buena noticia! ¡Han tomado Barcelona!

Vuelvo la cabeza, aterrada.

—¿Quién? ¿Quién ha tomado Barcelona?

—Franco... los militares... Han entrado hoy a las tres... la radio ha dado la noticia...

Las manos me tiemblan de tal manera que no acierto a ponerme el abrigo.

—¡Mi padre está allí! Mi padre que es coronel...

—Ya no están—dice el médico—. Van doscientas mil personas hacia la frontera...

Al salir, todo me parece cambiado. Las calles, el sol, el cielo azul. Rebeca me habla:

—No te inquietes así, criatura. Tu padre estará a salvo... y tú... te vienes con nosotros.

Los sollozos me ahogan... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué ha sido de mi padre?... Y dentro de mí un dolor agudo pregunta: «¿Qué ha sido de Jorge?»

Llego a Chamartín desolada. El frío me envuelve como un manto infinito de desgracia. ¡Todos se me van! Todos me dejan... Mami, el abuelito, tía Julia, Gerardo... mis niñas, Valeriana, y ahora... ¡Dios mío, Dios mío!

Guadalupe llora también...

—Kinoto está muy malo... ya no puede andar—me dice.

¡Gatito mío! Abre los ojos al oírme, le saco de su cesto y le llevo a la cama conmigo... Los tres nos acostamos sin cenar.

Lo que vino de América lo repartimos a todos los que nos habían favorecido a nosotros y hace una semana que nada nos queda.

—Y gracias a que estamos tristes—dice Guadalupe.

—¿Por qué dice «gracias»?

—Por eso, porque no tenemos nada para cenar, pero como estamos tristes, no nos importa.

¡Esta pobre Guadalupe es inefable, como dice siempre María Luisa!

A medianoche unos maullidos dolorosos y tenues me despiertan. Enciendo la luz... Kinoto se está muriendo! ¡Se muere de hambre...! ¡Pobrecito mío! ¡Pobrecito! ¡Pobrecito!

La voz débil del gato me contesta y sus ojos tristes se vuelven hacia mí...

—¿Qué haría?

Escondida como un tesoro para cuando el hambre nos haga sufrir demasiado, tengo una latita de leche condensada. Abro en la tapa dos agujeros

y saco unas gotas de leche en la punta de una cuchara que lame Kinoto ansiosamente...

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! ¡No te mueras tú, gatito mío!

Se toma una cucharada más, pero de pronto deja caer la cabeza y creo que se ha muerto... ¡No! ¡No! ¡Gatito! ¡Gatito!

Abre los ojos y aún me contesta con un quejido humano... luego vuelve a dejar caer la cabeza y respira penosamente... ¡Pobre! ¡Pobrecín mío!

La cabecita se hace gris ceniza, el hocico palidece y asoman los colmillos agudos y los dientes afilados... La piel marca el contorno de los huesos y tiene un gesto de fiera... ¡Se ha muerto!

Le envuelvo en una toalla y le dejo sobre la alfombra...





XXV

¡SE HA PERDIDO LA GUERRA!

Corre el mes de febrero y la primavera comienza a hacer brotar los espinos y los rosales.

Todas las mañanas voy a los centros oficiales donde pueden darme noticias de papá y de Jorge. En las oficinas de aviación me recibe un comandante:

—De su padre no hay noticias desde hace más de una semana. Las últimas fueron que estaba en una masía de Gerona con las oficinas... Pero ya esos lugares están ocupados... A estas horas debe de haber cruzado la frontera... Si usted está sola aquí, lo mejor que puede hacer es irse a Valencia. Allí no le será difícil embarcar en un mercante para Marsella...

De Jorge no hay manera de saber nada.

—¿Cómo que no?—me dice María Luisa—. En las oficinas del Ministerio de la Guerra sabrán dónde está su brigada... y posiblemente sabrán dónde está él...

Subimos y bajamos escaleras preguntando a unos y a otros sin conseguir nada de provecho.

—¿Brigada treinta y dos?—dice un hombre—. ¡Ah! Pasen por aquí. Me parece que... ¿Tenía algún pariente en ella?

—No señor—contesta María Luisa—. Sólo un amigo, pero nos interesamos por él.

—Es de los del Ebro—dice el hombre—y la han destruido casi por completo... Mire aquí la lista de muertos y desaparecidos...

—¡Pero ahí no tenemos nada que mirar!—digo asombrada—. Yo lo que quiero saber es dónde está ahora Jorge.

María Luisa, sin hacerme caso, lee la lista con atención, y me dice, poniendo la punta del dedo en una línea:

—Mira... «Jorge Medina... muerto.»

Lo leo pero no comprendo...

—No puede ser...

María Luisa me coge del brazo y me hace seguirla por los salones y la escalera de piedra.

—Muchas gracias, señor, muchas gracias.

Bajamos.

—¡No puede ser verdad! Es una equivocación... ¿Cómo van a saber aquí...?

Hace un sol radiante que calienta sin saber por qué... A mí me parece que todo está oscuro, como empañado y sucio...

—¡Es odiosa esta calle de Alcalá!

—Vamos. En Negresco hay caracoles —dice María Luisa—. Con tal de que no se los hayan comido todos...

¡Qué buena es María Luisa! No fija su atención en mí, como si hubiera olvidado lo que pasa... Esto me da libertad para conducirme como si estuviera sola... Además, ¿por qué voy a apurarme? ¡No es verdad eso que han dicho de Jorge! ¡No es verdad! Los que se van a morir están como predestinados a ello... tienen no sé qué... Así eran tía Julia y Gerardo... pero Jorge ¡no! Aquella noche que me acompañó en la oscuridad por las calles de Barcelona... ¡me besó una mano! ¡Era tan fuerte, tan alto, tan lleno de vida! ¿Era?, si no es verdad. ¿Cómo va a desaparecer así?

Estamos ya sentadas a una mesa en el salón grande y oscuro de Negresco y María Luisa habla a un mozo.

—La señorita toma igual que yo... ¡vino blanco! Sí, sí, traiga vino blanco para acompañar los caracoles.

De pronto parece que algo se me ha derretido en el pecho y me sube a la garganta... Es un río de pena y no son bastantes mis ojos y mi boca para dar salida a un dolor tan grande.

Sollozo perdidamente sobre el mármol de la mesa... Siento una mano sobre mis cabellos y lloro más. Lloro, lloro hasta que estoy vacía, aturdida, sin recuerdos en la cabeza... Levanto los ojos.

—Anda, come —dice María Luisa—. Eso te hará bien... Come. ¿Es que no tienes hambre?

—Sí...

Como ansiosamente, como una hambrienta... Bebo este vino horrible que parece vinagre... y luego me encuentro mejor... El salón está lleno, no hay una sola mesa vacía... Todo oscuro, con niebla de humo, de color gris como un sótano de borrachos...

—Yo he visto un cuadro así en alguna exposición—digo.

—O en una pesadilla—dice María Luisa.

* * *

20 de febrero

Como en casa de Julianita, donde me miman y acarician como a una enferma, sin preguntarme qué me pasa. Tal vez lo saben.

La mamá me dice en la mesa:

—¿Qué piensas hacer, Celia?

—Irme a Francia.

Se me ha ocurrido de repente, como si la contestación estuviera preparada dentro de mi cabeza sin saberlo yo.

—¿A Francia?

—Con mi padre y mis hermanas.

—¡Francia es muy grande! ¿Cómo sabrás dónde están? Estándote quieta en tu casa llegará un día que recibas noticias de ellos, pero ¿dónde podrán dirigirse ellos si no saben dónde estás tú?

Reflexiono un momento.

—Las cartas que vengan dirigidas a mí las abrirá María Luisa y me dirá lo que dicen... Yo escribiré en cuanto llegue y todos ustedes sabrán dónde estoy...

—Muy complicado es eso. Créeme, lo mejor es que no te vayas...

Después de comer, hablo con el papá de Julianita en su despacho.

—¿Qué vas a hacer en Francia, hija mía?

—Aquí es donde no hago nada... ¿Podrá volver papá?

—¿Aquí? No... por lo menos en muchos años no podrá volver.

—Y si él no está ni mis hermanas, ¿por qué voy a quedarme yo?

—Tienes razón... Pero no sé si vas a poder salir siendo menor de edad...

Eso no me preocupa. Papá me sacó una cédula en la que aparece que tengo veintidós años, pero nada digo a este señor tan bondadoso.

* * *

21 de febrero

Me levanto muy temprano. Voy a Madrid. En la calle de Serrano están las oficinas donde dan los pasaportes. Varias veces he visto la gente arremolinada en la puerta. Es en el último piso. La escalera de mármol está sucia, y polvorientos los vidrios de colores. Baja y sube gente con ajetreo de oficina pública.

Me dicen que para solicitar el pasaporte necesito tener la cédula, certificado de buena conducta, certificado de vecindad, tarjeta de trabajo... Vuelvo a bajar... No me iré, estoy segura de que no me iré, pero he de prepararme como si me fuera a ir... porque mi deber es irme... es reunirme con papá y con mis hermanas... Yo pediré el pasaporte, y ...

Ya estoy en la calle. Un sol pálido quiere iluminar la Castellana, pero

la niebla gris y tenue como tela de araña se engancha en los árboles desnudos y helados...

¡Pobre Jorge! ¡Estoy sola! Horriblemente sola, más sola que nunca... Jorge no está ya en pie... Su alma... su alma buena estará...

Las lágrimas se quedan frías al brotar de mis ojos... Espero el tranvía llorando, pero nadie me mira. Mucha gente he visto llorando estos días sin que nadie se sorprendiera. Me seco los ojos y subo al tranvía... Todo el mundo está en silencio y en todos los rostros hay una expresión de estupor... ¿Hemos llegado al fin? ¿Así acaba la guerra...?

Esta tarde han tirado panecillos, cientos de panecillos, desde un aeroplano, metidos en bolsas de papel de seda con la antigua bandera. Nadie los ha comido. He visto a la mujer del guarda cómo se los daba a los perros...

Todas las mañanas me levanto temprano para ir a la Alcaldía de Chamartín, a la oficina de cédulas, que está en un palacio de la calle Lista, otra vez al Ayuntamiento...

Así he logrado reunir todos los documentos.

—Me voy, Guadalupe... me voy a Valencia y luego, embarcada, a Marsella, para reunirme con papá y mis hermanas...—digo sin convicción, con la conciencia de que no me iré.

—¿Y qué haré yo, señorita?

—Usted se quedará aquí cuidando la casa... La señorita María Luisa le dará lo necesario para vivir... y luego, más adelante, resolveremos... En Marsella encontraré a papá, que estará con otros grupos de españoles... La Cruz Roja nos amparará a todos, y...

—¿Se quedarán a vivir en Francia?

—No... papá piensa irse a América, a país de habla castellana, donde la vida es fácil para los españoles...

—Me quiero ir con ustedes...

—No, Guadalupe, ahora no puede ser, pero cuando estemos allí instalados la llamaremos...

Diciendo esto me he ido convenciendo a mí misma. ¡Sí! Me voy... ¿qué voy a hacer yo aquí sola?

Entro en el comedor inundado de sol, con las paredes cubiertas de tela malva, los muebles de raíz de roble, la gran lámpara de plata y cristales...

el paisaje de uno de los estanques de La Granja... A través de los visillos de los ventanales se ve el jardín embellecido por la distancia... ¡Todo esto que arreglé para que papá lo viera!

A María Luisa le digo:

—Tengo ya el pasaporte.

—¿Cómo? ¿Cuándo lo has pedido?

—Hace sólo cuatro días... y ya lo tengo.

—No te podrás ir... Esto se derrumba por instantes y de un momento a otro los soldados de Franco entrarán en Madrid...

—Bueno... será lo que Dios quiera...

—No hay trenes, ni ómnibus, ni coches que salgan de Madrid... ¡Cómo no te vayas andando!

—Lo intentaré.

—¡No seas dramática, hija! Te quedas porque no tienes otro remedio y nada te va a pasar porque entre Franco.

—Eso no lo sé... Mataron a mi abuelo y lo mismo podrán matarme a mí.

—Seguramente. En cuanto lleguen lo primero que harán será preguntar: «¿Dónde está una tal Celia Gálvez que contaba cuentos de hadas a los niños? ¡Dónde está, que nos la comemos!»

Almuerzo en casa de Aguilar. Toda su casa es como un nido de pluma blanca y caliente para mí. La mujer, francesa y bella; su madre, una viejecita activa y resuelta; él, siempre sereno y comprensivo.

—¡No te vayas, criatura! Llega la primavera. ¿Hay ventura semejante a la primavera de Madrid?

—¿Cómo vas a encontrar a tu padre en Francia? Una aguja en un pajar... Vagarás perdida por las calles como una mendiga... Marsella es lugar de marineros, de borrachos, de gentes del puerto que van y vienen sin ley ni moral...

—No se vaya, hija, no se vaya—dice la madre—. Una mujer sólo está segura en su casa.

—¡Estoy sola!—digo casi llorando.

—Nos tiene a nosotros que la queremos de verdad. Tendrá trabajo en nuestra editorial.

—¿Mis hermanitas?

—Su padre le enviará a las niñas y seguirá siendo su madrecita. ¡No se vaya, no haga esa locura!

Las dudas de mi corazón se van disipando con sus palabras... Tiene razón, aquí mi vida está asegurada, económicamente viviré bien, tengo mi casa, antes de un mes las niñas estarán conmigo y formaremos esta familia que la ternura y devoción de Valeriana libra de toda preocupación... Pero papá no puede volver, papá se irá solo a América, solo para siempre, sin hijos, sin mujer, sin nadie que le pase la mano por la frente y le lleve el periódico a la cama. ¡Pobre papá! ¡No, no irá solo! Irá con sus hijas, con su hogar... ¡con lo que queda de su hogar!

Anochece. Voy con María Luisa por la calle de Fortuny y una congoja me hace vacilar... Me siento en el encintado de la acera y lloro, lloro a gritos... Lloro por Jorge, por mi abuelo, y tía Julia y Gerardo... y mis hermanitas, pobres como las ratas, y mi padre desterrado, y por mí... ya tan desdichada... ¡Lloro porque hemos perdido la guerra!

Ya es noche cerrada y sigo llorando. La calle se ilumina algo con los faros de un auto que pasa. Hace frío y todo es sucio, feo y sórdido...

—¡Vamos, hija, vamos! ¿Hasta cuándo vas a seguir llorando?—dice María Luisa.

—¡Es que es verdad!—digo entre sollozos—. ¡Es verdad todo! Yo no lo creía... no lo podía creer... Era demasiado horrible para creerlo. Me imaginaba que era un cuento que yo vivía y que lo iba inventando... No lo he creído hasta ahora... hasta que me lo han dicho en casa de Aguilar.

—Pero ¿qué te han dicho?

—Eso... que papá...

Es inútil que hable. Las palabras deshacen mi pensamiento, lo diluyen, le quitan fuerza y realidad...

Subimos a casa de Julianita.

—¿Estás decidida a irte?—me pregunta el padre.

—Sí señor. Ya tengo el pasaporte.

—Pues prepárate para el martes. Tengo un asiento para ti en el ómnibus de la casa vasca.

Revuelve entre los papeles de la cartera y me da una tarjeta.

—Sale a las seis de la mañana... Tendrás que dormir en Madrid y llevar

algo para comer en el camino... De diez a once de la noche llegarás a Valencia y allí debes dirigirte a una casa consignataria y subir en el primer barco porque no hay tiempo que perder... ¡Que Dios te acompañe, hija!

Me da la mano conmovido y yo, que tengo ahora las lágrimas siempre al borde de los párpados, las dejo salir.

Luego me despido de todos.

—¡Piénsalo aún!—dice doña Rosarito, rubia, y dulce, y buena.

—¡Déjala! Lo peor de todo es la duda. Ella lo ha decidido... o lo ha decidido Dios... ¡Que siga su camino!

—¿Y si no encuentra amparo por esos mundos? ¡Ese pobre hombre con dos criaturas en los brazos y por toda ayuda una muchacha que ni siquiera ha terminado el bachillerato...!

—Ya te he dicho, Rosario, que no hay que pensar en el fin de las cosas... «La labor es nuestra, el fin es de Dios.» Su deber es reunirse con su padre, y luchar con él... si son desgraciados, si no encuentran trabajo, si se ahogan en este amargo mar del destierro... eso no es cuenta suya, es asunto de Dios.

Las palabras me serenan. Ya estoy segura de mi deber... y voy a él...

* * *

27 de febrero

Me voy. Abro los armarios para ver qué he de llevarme.

—Están bombardeando—me dice Guadalupe—. Han bombardeado toda la noche.

—¿Para qué? Hemos perdido la guerra ¿y aún quieren matarnos a los que quedamos?

Sólo puedo llevarme una maleta y en ella he de poner lo que más quiero... no lo que puede hacerme falta... El retrato de mamá... sus zapatillas... el rosario que me regaló tía Julia, la virgencita de Lourdes... el libro de Andersen «La princesa y el porquero», los ositos de madera, la cajita de laca para los alfileres...

No cabe todo... Hay que escoger... Las postales de Jorge... ¡Pobre Jorge!... Las cartas de papá... El libro de cocina que compré en Santander... No, no cabe... El traje sastre, la chaqueta de piel... los zapatos... ¡Esta bata de mamá! ¡No cabe! Y, sin embargo, quería llevarla porque la recuerdo así cuando yo era chiquita...

Aquí guarda papá las partidas de bautismo de sus padres, de sus abuelos y de nosotros. ¿Las llevaré?

Pero ¿es que de veras me voy? Tengo la sensación de estar engañando a todos los que me rodean... ¡Sí me voy! Me voy mañana y esta noche dormiré en Madrid para levantarme al amanecer.

Cuando voy a cerrar la maleta, está tan llena que no puedo... Tengo que volver a escoger... Dejaré la bata de mamá y sus zapatillas... Estos libros tampoco caben...

—Señorita: baje a comer... Mire que hoy tiene comida rica... de despedida...

Guadalupe se ingenia para conseguir una comida presentable... y hace fantasías con mondas de patatas fritas, o tortillas de garbanzos despachurrados y aplastados con un poco de aceite en la sartén...

A las cinco he terminado de hacer mi equipaje. Cierro los armarios y le entrego las llaves a Guadalupe. Me subo al escritorio de papá y beso los brazos de la butaca donde él se sentaba... donde se sentaba mamá.

—Adiós, adiós... adiós... Puede ser que no os vuelva a ver nunca...

Adiós al Quijote con ilustraciones de Moreno Carbonero, y este otro que yo leía cuando chica... y que así, como sus dibujos, imaginaba siempre a Sancho y a Don Quijote... ¡Adiós plano de Madrid del siglo XVII que papá conservaba como un tesoro...! Adiós armarito donde yo guardaba mis juguetes cuando era niña... Adiós... Tal vez nunca más os vuelva a ver... Pero os llevo dentro de mi cabeza y podré veros como un libro de estampas... ¡Los cuadritos que pintó Cuchifritín con lápices de colores! Papá me dice en su última carta que mi hermano es feliz en su colegio de Londres y que me manda un abrazo... Hace mil años que no me escribe... ¡Me voy ahora! ¡Me voy no sé dónde!

Bajo acariciando el pasamanos de madera con las manos... ¡Adiós, adiós!

Guadalupe me espera junto a la puerta de la verja con la maleta... Aún voy a dar una vuelta a la casa para despedirme del jardín... ¡Adiós, álamos! ¡Adiós cipreses casi negros... rosales... pobre tierra seca y helada

que comienza a esponjar la primavera! Papá decía que somos tierra del país donde nacemos. ¡Tierra mía de Madrid! De rodillas la beso...

Subimos Guadalupe y yo la calle en cuesta hasta la carretera... ¡Adiós, casita mía, adiós!

* * *

28 de febrero

Me he dormido al amanecer.

—Celia, Celia... ya es hora. Son las cinco...

Es María Luisa que ha venido a despertarme:

—Son las cinco.

Toda la familia está levantada para despedirme y me mira con estupor.

—Ya no sé si debo decirte nada...—comienza a decir la madre—. Ya no sé si debo... ¡Pero aún es tiempo, hija, de que reflexiones! ¿Qué vas a hacer tú sola por esos mundos? No te dejarán sacar un céntimo y aunque te lo permitieran, yo no sé si sabes que el dinero de aquí no vale ahora nada en el extranjero... ¿Qué vas a hacer sola en un puerto francés, sin un céntimo...? Piensa en ello... reflexiona.

—Encontraré a papá.

—O no lo encontrarás. No sabes dónde está... no sabes siquiera si ha salido de Barcelona...

—En las oficinas de aviación me dijeron...

—Aunque te hayan dicho, puede no ser cierto, porque ahora las noticias llegan con dificultad...

Todos me miran...

Me estoy bebiendo una taza de *malte* con sacarina y siento que no puedo tragar el líquido... Una náusea horrible me cierra el estómago...

—¿Y esto más? ¿Cómo te vas a ir enferma? ¿Quieres que avisemos a la casa vasca para que dispongan de tu asiento en el coche?

Hago señas que sí con la cabeza... Verdaderamente, me siento muy mal y es imposible irme así... De pronto pienso en lo que me ha dicho don César, el padre de Julianita.

—No, no... no digan nada. Me voy, me voy. Debo irme... Es mi obligación.

Amanece cuando María Luisa y yo vamos por la Castellana llevando entre las dos la maleta.

En lo alto de la calle de Alcalá, la Puerta se siluetea sobre el cielo que los primeros rayos del sol enrojecen... y abajo, la Cibeles cubierta de ladrillos sobre los que crece la hierba... y el Palacio de Comunicaciones sin cristales, sucio, roto, harto de bombas.

Lloro, lloro sin poderme contener.

—Vamos, vamos—dice María Luisa—. No llores más... ¡Si has de volver!

—¡No, no volveré...! El corazón me dice que no volveré nunca... Lo sé... Papá no puede venir... ¡El hombre más honrado y más bueno del mundo!... y yo no me separaré de él.

Vamos hacia la Puerta del Sol... Anda muy poca gente por la calle pero según nos acercamos a la de Nicolás María Rivero, vamos encontrando personas con maletas y sacos que, como nosotros, parece que se dirigen al mismo lugar.

Ya está el ómnibus a la puerta de la casa y van subiendo. María Luisa sube conmigo, hasta dejarme acomodada junto a una ventanilla...

—No es muy buen sitio porque aquí al fondo se moverá mucho... pero ya ves que no hay nada mejor...

Tocan en el cristal. Es la pobre Guadalupe que viene desde Chamartín para traerme una de esas tortillas de garbanzos que son de su invención.

Tengo un peso en el corazón y en el estómago que no me deja atender a lo que pasa en derredor mío. Ya María Luisa se ha bajado luego de besarme... Creo que ella llora también... Guadalupe llora, llora, pero no como todo el mundo, sino en torrentes, vertiendo sus ojos por todos lados como un manantial y cayéndole las lágrimas por el vestido abajo.

—¡Adiós, adiós... adiós!

Rueda el ómnibus hacia la calle de Alcalá: por el cristal del fondo veo a las dos juntas en el centro de la calzada...

Miro un momento las calles y respiro este aire límpido de puro cristal... ¡Madrid de mi alma, adiós!



XXVI

VALENCIA

DISTRAÍDA con el paisaje radiante de sol olvido las últimas tristes horas de Madrid. Pasamos por ruinas de pueblos sin una sola casa en pie, pero con habitantes. Algunas mujeres cosen al sol entre las ruinas, y los chicos juegan saltando sobre las piedras... En el coche alguien dice:

—¡Apegaos a las piedras como si fueran ratones!

—¡Qué van a hacer!—suspira una mujer rubia vestida de negro—. ¡Qué van a hacer! Aquí está lo poco que tienen... la tierra para trabajar... Afuera serían unos pordioseros...

Otra vez se hace silencio en el coche donde todo el mundo parece abstraído con sus pensamientos. Las dos mujeres rubias, vestidas en negro, van sentadas frente a mí. A mi lado, un hombre de pueblo y un soldado.

Llegamos a Villaverde a mediodía. Ya conozco este pueblo en el que para el ómnibus y por donde, con esta vez, he pasado tres veces.

—¡Paramos una hora!—dice el chófer—. El que quiera bajar... En la plaza dan *malte* sin azúcar.

Bajamos todos. Van delante de mí en grupos. Sólo yo, que no conozco a nadie, voy sola.

Las calles, calientes de sol, huelen a paja y estiércol... mezclados con humo de piornos. Olor de pueblo tibio y agradable.

Unos pasos cercanos y un muchacho que se empareja conmigo.

—Discúlpeme, señorita... ¿Usted es Celia Gálvez... la de «Blanco y Negro»?... La que contaba cuentos y...

—Sí, señor...

—Me han dicho que usted sabe leer las líneas de las manos, ¿es verdad?

Me río.

—¡Qué tontería! No haga caso... Una vez leí un libro de quiromancia y me dio por mirar las manos de todo el mundo... pero ¡era por broma, sin creer en ello!

—¿Querría usted leer mis manos?

Y las extiende hacia mí con las palmas hacia arriba.

—¡No, aquí no! ¿Usted va a Valencia?

—Sí... soy el ayudante del chófer.

—Pues allí, allí se las veré... Pero... de veras que no entiendo nada... que es por broma únicamente.

El muchacho guarda sus manos en el bolsillo y dice:

—Si va usted a la plaza le acompaño... Tomaremos *malte* en el café. ¡Otra cosa no hay!

Tomamos *malte* sin hablar. Es un muchacho alto y que ha debido ser muy fuerte, pero está flaco y palidísimo...

—He adelgazado veinticinco kilos—me dice al ver que le miro—. ¡Es el hambre! Soy vasco, pero nacido en Argentina... ¡soy vasco!—repite con orgullo—... pero la Argentina es tierra hermana... sin embargo...

Se calla. Volvemos al coche y ya no le veo más.

Según nos acercamos a Valencia los pueblos están menos castigados... ¡Ya huele el azahar de los huertos!

Se hace de noche. Se oyen aviones y caen bombas en un pueblo al que nos acercamos, y cruzamos bajo las bombas. Alguien comienza a cantar la Internacional y todos seguimos. Es un canto enérgico que da valor. Luego cantamos el Himno de Riego, y cantando seguimos ya fuera del pueblo por una carretera negra apenas iluminada por las luces bajas del ómnibus...

Me duermo. Al despertar, rodamos por las calles de Valencia, oscuras y solitarias.

De pronto, el coche se para. Todo el mundo baja, y yo también, y entramos por un portal abierto en un patio iluminado... No sé qué hacer... Es tarde para buscar casa ni fonda. No hay nadie para llevarme la maleta, ni sé dónde dejarla... Busco al vasco y le encuentro hablando por teléfono.

—Lo mejor es quedarse a dormir en el coche—me dice—. No es hora ya de ir a ninguna parte.

Vuelvo al coche y veo que otros han vuelto también. Con el abrigo convierto en cama el asiento del fondo... y a dormir. ¡Qué frío tengo en los pies...! Me descalzo y los envuelvo en la bufanda de lana. Luego me duermo profundamente... ¡Dios mío, mira por mí...!

Al amanecer, una voz fuerte me despierta.

—¡Abajo todo el mundo, que el coche se marcha de aquí! ¿Han oído? ¡Abajo!

Sin protestar, nos levantamos todos, recogemos nuestros paquetes y bajamos.

—¿Me permite dejar aquí la maleta?—pregunto a una muchacha medio dormida que riega unos geranios en el portal.

—Déjela... ¿Tiene su nombre escrito?

—Sí...

Tengo poca fuerza y la arrastro hasta un rincón donde hay otras maletas. Con el cuello del gabán subido hasta las orejas salgo a la calle solitaria y trato de orientarme...

¡Pero si estoy en la calle donde viven Fifina y sus tías...! En aquel momento el portero abre la puerta del portal y entro.



Fifina, a quien despierto dando con los nudillos en la puerta, no da crédito a sus ojos.

—¡Querida! ¿Tú? Pero, ¿cómo has venido? ¡Si ya no vienen coches, si están aislados, si...!

—Estoy aquí y no he venido volando—le digo.

—¡Dios mío, cómo estás de flaca! Eres tu sombra, hija... ¡Y qué arrugado el abrigo...!

—Como que he dormido en él.

Luego de abrazar a sus tías, más viejecitas, oscuras y malolientes que antes, tomamos un desayuno de *malte* con un dedo de leche y pan blanco y tierno, y salimos a la calle.

Fifina conoce a unas señoras al otro extremo de la población que tal vez puedan darme alojamiento por unos días.

Es uno de marzo y la primavera, que era en Madrid una promesa, es aquí una realidad perfumada.

—¡Chica, qué luz y qué perfume!

—Luego iremos al mercado de las flores... y ya verás.

Sin embargo, Valencia ha variado mucho desde hace un año. Es como si estuviera muy enferma, o muy vieja, o muy pobre y ya no le importara nada... como esas mujeres que ya no se peinan, ni se lavan, ni se cambian el vestido...

Mucha gente por la calle, mucho ir y venir. Las tiendas cerradas, o con los cierres de hierro a medio bajar, los cafés sucios, ahumados, llenos de gente, la casa de Correos en la Plaza de Castelar, como un hormiguero de gente que entra y sale... gentes mal vestidas, inquietas, preocupadas..., llenas de ansiedad temerosa.

La casa donde me lleva Fifina la vemos mucho antes de llegar. Es un inmenso edificio de ladrillos rojos, en medio de unos terrenos sin urbanizar, y apenas indicado con hileras de arbolitos raquíticos el lugar de las calles.

La tierra, endurecida con profundas rodadas, indica que la última vez que ha llovido era aquello un mar de fango.

Fifina, adivinando mi pensamiento, dice:

—¡Ah...! Ahora no va a llover... Puedes estar segura.

Me explica que en este enorme edificio todos son propietarios. Cada vecino ha comprado su piso y lo va pagando por mensualidades... En el centro hay un patio grande como una plaza, con tienda de comestibles, carnicería y escuela...

—Todo marchaba perfectamente antes de comenzar este infierno... y después todos han hecho esfuerzos por conservar lo que tenían... Sin embargo, tengo entendido que la organización se va desmoronando poco a poco.

La señora de uno de los apartamentos del piso segundo me recibe amable.

—Aquí estará como en su casa... hay baño... agua caliente no, porque no se puede encender la lumbre del fogón... ¿Tiene usted algún sitio donde comer?

Fifina contesta a todo. Ella me va a conseguir una tarjeta para ir a un restaurante próximo.

—Ahora sólo deseo dormir...

Me lleva a un dormitorio chiquito, pero confortable y alegre. Una camita blanca, un armario y una mesa.

En la pared del fondo una Purísima de Murillo pintada al óleo, de tamaño natural... Es la misma que estaba en mi colegio y yo miraba seis horas todos los días.

Fifina se va prometiéndome pasar por el portalón de los equipajes y mandármelos. Al salir la oigo decir:

—Sí, sí señora... Una taza de té le vendrá muy bien...

Me lavo en el baño, que está frío y ocupado por toallas, salidas de baño, barreños y cubos, y me acuesto.

Apenas lo he hecho cuando llaman a la puerta y entra la señora, que tiene el pelo blanco y el aspecto de abandono y tristeza de todo. Trae una taza de té que revuelve con una cucharilla.

—Le he puesto dos cucharaditas de miel—me dice—; eso la alimentará... ¡No puedo darle otra cosa!

Me duermo mirando el cuadro de Murillo... ¡Qué maravilla de ojos los de la Virgen María...!

Un bienestar delicioso me va envolviendo y me duermo... me duermo...

Cuando me despierto debe de ser media tarde... Lo primero que veo es la Virgen de Murillo... el sol le da en la cara y una aureola de rayos envuelve la divina cabeza.

—¡Madre mía, ayúdame, sálvame, guíame...!

Llaman a la puerta con los nudillos.

—¡Señorita Gálvez!... Señorita... Traen la maleta.

—Pase...

Entra la señora y, con ella, el vasco del ómnibus con la maleta. Me sobresalto al verle en mi cuarto, pero él parece encontrarlo muy natural.

—¿Está usted enferma, señorita Celia?

—No... cansada solamente.

—Yo venía... si usted quisiera...

La señora se ha ido dejando la puerta abierta y el vasco se sienta en una silla baja al lado de mi cama como la cosa más natural del mundo, y extiende hacia mí las palmas de sus manos.

—¿Cuál es? ¿La derecha o la izquierda?

—La izquierda—digo, por decir algo, y continúo rápidamente porque comprendo que si no lo hago así este hombre no se va de mi cuarto en toda la vida—. Va usted a hacer un largo viaje... Tal vez por mar.

—¡Ha acertado! ¡Justo! ¡Qué maravilla! Me voy a América... Yo ¿sabe? soy vasco... porque... pues... los padres son vascos y eso es una cosa muy grande ¿sabe?... pero nacido, soy nacido en la Argentina... en una estancia que se llama «El Ceibo»... y monto a caballo como un gaucho... ahora no podría porque... pues el no comer lo que se tiene gana... pues.

Le interrumpo porque si no, no vamos a acabar.

—Va usted a tener un gran éxito... no... más bien dos...

—¡Eso es!—grita—. ¡Dos! ¿Cómo ha podido usted adivinarlo? Y decía que no iba a saber... Mire, señorita, usted es como un hada... pues yo se lo dije al compañero... «Aquella de las trenzas me va a sacar mi destino»... ¡Si lo sabré yo!

—Bueno... dos éxitos... Los dos grandes deseos que va a realizar...

—¡Claro! ¿ve usted? ¡Si es eso! Y... se lo voy a decir a usted... aunque esas cosas no se pueden decir a nadie, pero a usted sí... a usted sí... Yo, señorita, no soy un analfabeto, no señora, no lo soy... He hecho los seis grados en la escuela de la Argentina y aquí estuve en la Escuela Politécnica dos años... He estudiado Física y Química... Matemáticas... la teoría de pesos y volúmenes, la energía eléctrica... la...

Bueno, el muchacho me dice y me repite todo lo que ha estudiado, las notas que ha obtenido, lo que han dicho de él los profesores...

—Así que usted comprende que no está hablando a un analfabeto...

Yo, subiendo la colcha hasta la barbilla, le aseguro que no, que no lo he creído ni un momento y que estoy segura de que sabe más que Lepe.

El sol que envolvía a la Virgen en un nimbo se ha corrido hasta el marco dorado, dejando en sombra a la figura... Este tonto me ha quitado momentos de dulce paz que... ¡quién sabe si volveré a tener!

Luego se mete a explicarme una complicada teoría de fuerza muscular y desarrollo magnético de vibraciones humanas... A mí me confía, bajando la voz, que está en posesión de un secreto que revolucionará el mundo.

—¡El hombre puede volar!—dice gravemente.

—Ya vuela en aeroplano hace mucho tiempo...

Se irrita un poco aunque lo disimula.

—Señorita... todo lo que le he explicado es para venir a la conclusión de que el hombre puede volar sin aparatos... pues.

—¡Ah!

El lo sabe, está seguro...

—¿Lo ha probado?

No, no lo ha probado porque le falta un pequeño detalle por resolver, pero en cuanto lo resuelva, se lanzará desde la azotea de su casa.

—¡Jesús!

Se ríe. ¿Es que imagino que se va a matar? ¡Quiá! Por eso no le habla a nadie de su proyecto, porque en seguida se aterran... ¡El está tan seguro de lo que dice...! Unicamente con la fuerza muscular, ciertos imperceptibles movimientos alternados y bien estudiados de los músculos de los brazos y el cuello... y el magnetismo desarrollado en determinado sentido, basta para que el hombre vuele como los pájaros.

—¿No nada como los peces? ¡Pues igual puede volar...! Es cuestión de estudiarlo...

Tiene casi resuelto este asunto, a falta del pequeño detalle, pero como él quiere utilizarlo para la guerra... por eso va a ofrecerle su invento a la Argentina... Se lo hubiera ofrecido a España cuando España era republicana... Ahora, vencida la República, ya no se lo ofrece...

No quiere dinero. El no necesita dinero para nada... Sólo pedirá instruir él mismo a los soldados que hayan de volar...

—Figúrese usted... Si un hombre solo vuela, bien puede volar un ejército cogidos de las manos, formados, como una nube que se abate sobre una nación, o un pueblo...

Le miro. Está lívido, con los ojos abiertos desmesuradamente como si ya viera abatirse la nube de hombres voladores... ¡Pobre muchacho!

—Ya no veo más en su mano... Y tengo que levantarme para ir a cenar...

—¡Ah, sí, tiene razón! Estoy siendo indiscreto, señorita... Me voy. Mire, aquí le dejo esto. Es un abono para el comedor de abastecimiento. Avenida de Salmerón, 127, tercero... Se come bien. No deje de ir... Es todos los días a la una. No tiene que agradecerme nada... Yo a usted, sí.

Es de noche cuando se va. Me visto y salgo al comedor donde está la señora con una niña de diez o doce años.

—¿Ha dormido bien, señorita?

—Sí... pero ¿ha visto a ese de la maleta? No se ha ido hasta ahora. Yo creo que está loco.

—Casi todos los que vienen de Madrid están locos—dice la señora apaciblemente—. ¡Se pasa allí tanta hambre! Aquí no nos faltan ni el arroz ni las naranjas, ni el aceite... tomates y cebollas sólo en temporadas han faltado... Una prima mía ha llegado hace un mes y aún no se le ha quitado el tic nervioso... y usted ¡no se ofenda, señorita! pero usted habla sola... Ya se lo hemos notado mi hija y yo... No vaya a ofenderse por lo que le digo, porque ya sabemos lo que es la debilidad.

—Es verdad... ¡estoy muy débil!

En cuanto lo digo, siento que se me doblan las piernas. ¡No, no saldré esta noche! ¡Estoy muy cansada! ¡Muy cansada!

Me acuesto y me llevan a la cama *malte* con miel. Duermo toda la noche profundamente.

Me despiertan gritos de niños en el patio. A través de los cristales veo muchos niños que parlotean junto a una puerta cerrada. Debe de ser la escuela.

Salgo de casa. La mañana es radiante de sol, templada, deliciosa. Paso por una calle donde hay una altísima palmera en medio de la calzada; luego

por detrás de la Estación, y por un ancho paseo. En los últimos días que estuve en Valencia conocí a un matrimonio que vivía aquí... en esta casa de portal grande de mármol blanco. Pregunto y subo.

—¡Pero si es Celia!—dice la joven casada al encontrarme en el salón—. ¡Si es Celia! ¡Te quedas a almorzar con nosotros!

Con ella recorro algunas casas consignatarias. No salen barcos ni saben cuándo saldrán... Cerca de la Estación, en una de estas casas, me preguntan:

—¿De qué partido es usted?

Yo no sé qué decir y miro a Rosita, que me dice sonriendo:

—Di algo, mujer... Tú serás de Izquierda Republicana, ¿verdad?

—Sí...—digo sin convencimiento.

—Bueno... deje su nombre... En uno de estos días vendrán barcos ingleses... son barcos de carga pero llevan refugiados... le incluiré su nombre.

—¿Dónde van? —dice Rosita.

—¡Ah! eso no sé... A Marsella o a Orán, o a... no sé... aquí no sabes. ¿Tiene pasaporte? Hágalo visar para su paso por Francia y para una nación de América... Cuba, tal vez... la República Dominicana... Méjico... Usted verá. Venga todos los días a las doce y venga preparada para marchar porque lo sabrá con tres horas de antelación únicamente.

En la mesa, el marido de Rosita me contempla con ojos espantados.

—Permíteme que te diga que haces una locura... Estos barcos son apenas unos lanchones grandes con una bodega para almacenar los frutos y el camarote del capitán... Además, ni siquiera te dirán dónde vas a desembarcar. Creo que les pagan los partidos políticos para sacar gente que peligra.

—Sin embargo, me voy... Papá me necesita...

—Y he de decirte algo más... Esos barcos, viejos, inútiles desde la guerra del catorce, se han carenado, se han pintado, se han asegurado (y esto es lo principal) para que sean bombardeados y hundidos. Si el capitán logra llegar con el barco a buen puerto, recibe una buena prima; si no llega, el armador recibe un seguro que es mucho mayor que el valor del cascajo hundido en el mar. ¡Y ahí es donde vas a meterte! El que sabe que cuando llegue Franco le van a fusilar, expone su pellejo y se embarca, ¡pero tú...!

—No tengo otro remedio...

Sin embargo, las palabras del doctor Terrada me inquietan y no puedo

dormir... Doy vueltas en la cama... ¡Si esperara...! ¡Si esperara a que todo se acabe y luego...!

Amanece otro día. Ya son tres los que llevo en Valencia y aún no sé lo que voy a hacer.

Voy a la plaza de Castelar y hablo con María Luisa por teléfono...

—No sé qué hacer... Me dicen que se corre tanto peligro en estos barcos... Si esperara...

—Lo mejor es que te quedes del todo, hija. Ya lo ves. Tú has hecho todo lo posible para irte y las cosas no son tan fáciles como parecen... Vuélvete, si sale algún coche para Madrid...

—¿Tú crees que podré irme cuando las tropas de Franco hayan entrado?

—No, ¡qué disparate! ¿Cómo voy a creer eso? En muchos meses, tal vez en años, no dejan salir a nadie así como así...

—¡Ah! Entonces...

—Entonces ¿qué?

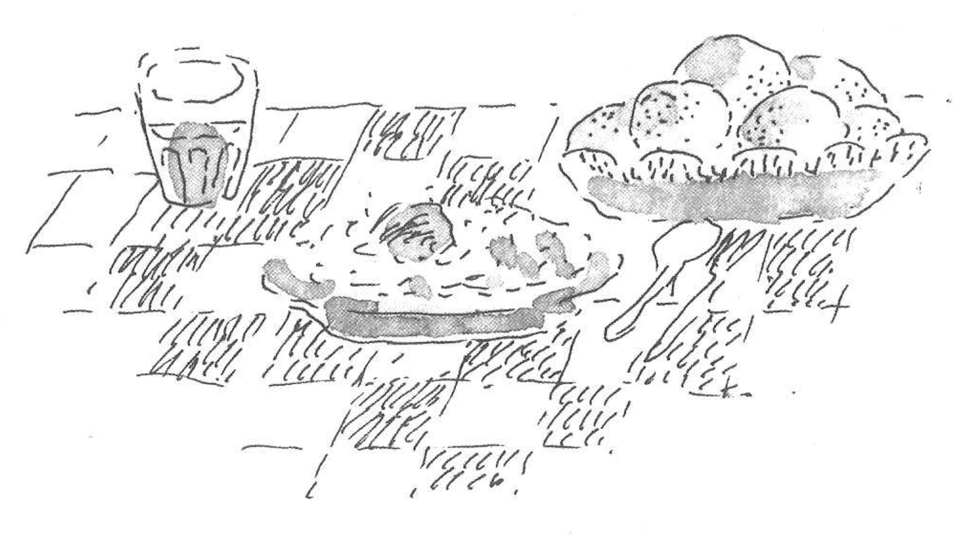
—Entonces me voy ahora. Es ahora cuando me va a necesitar papá...

—¡Piénsalo bien!

—No... ya está pensado... Adiós, María Luisa... Da las gracias a tus padres por su bondad para conmigo... Ve a ver a Guadalupe... Dile... y a los árboles, diles...

Lloramos las dos al despedirnos... Pienso que es la última vez que oigo su voz...

Y así es. Hoy ha estallado en Madrid la revolución comunista. Se han cortado las comunicaciones y no salen más coches...



XXVII

JUAN GARCIA

ALMUERZO todos los días con el abono que el vasco me entregó en la Avenida de Salmerón. Es una casa de pisos. En el tercero hay una puerta abierta. Allí es.

Toda la casa, desde el recibimiento y los pasillos hasta la cocina, está llena de mesitas. Dan un plato de arroz y un pedazo de carne, naranja, pan y vino. Casi un banquete para mí. Creo que estoy engordando. Los comensales me miran con extrañeza. Ellos parecen todos huertanos y chóferes de los que traen los abastecimientos desde el campo. Nadie me dice nada y yo

no hablo con nadie, absorta siempre en esta situación mía que me aturde y me asusta.

Me levanto tarde. Espero a entrar en el baño a que doña Carmen y su hija Conchita se hayan bañado. Me visto despacio, y a las once y media voy hacia la casa consignataria. Acorto el paso a medida que me acerco... ¡Si fuera hoy! Y una vibración molesta me recorre el cuerpo produciéndome ansiedad en el estómago.

La puerta de la casa, con sus vidrios esmerilados, está abierta. Dentro hay mujeres y chicas. Me acerco a la mesa.

—¿Hay noticias de barco?

—Nada. Todavía nada. Tenga todo preparado.

Al salir me parece el sol más claro y la ciudad más alegre... Voy al Consulado de Francia que está en la calle de Colón. Es una casa de dos pisos. Desde el portal, donde hay hombres hablando en voz baja, me da la impresión de un duelo. La escalera está llena de gente hasta el piso primero, donde una muchedumbre se agolpa en el salón de entrada... Después de un rato logro entrar. Lo extraño es que habiendo tanta gente no se hable, no se oiga el menor murmullo. Me sigue pareciendo un duelo...

—¿Qué desea?—me pregunta un señor que con lápiz y cuaderno va acercándose a todos.

—Quiero que me visen el pasaporte.

—¿De paso?

—Sí, señor.

—¿Está usted segura de salir de Francia inmediatamente?

—Sí...

—¿Dónde va?

—A América.

—Bueno, pero... ¿a qué nación de América?

—No sé... mi padre está en Francia y él sabrá dónde vamos a ir.

El señor se lleva mi pasaporte... Mucha gente se ha ido y logro sentarme. ¡América! ¿Por qué nos vamos a América? ¿Qué vamos a hacer en América? Esa idea de América me ha llegado no sé por dónde, ni quién ha pronunciado la palabra América refiriéndola al final de nuestras desdichas... ¿Papá habló alguna vez de América? No sé. Yo no quisiera ir allá... no me gusta

la idea de América. Los que han nacido allí, en esos países de historia moderna, pueden conformarse con eso... Yo, no... Yo, que vengo de la casona de mi abuelo a la sombra del Acueducto de Segovia... ¡No, no quiero...! Si es preciso salir de Europa, iremos a Africa, a Orán o a Argel... ¿Nos dejarán vivir en un país francés?

El señor que se llevó el pasaporte vuelve con el visado por veinticuatro horas de paso por Francia.

Voy a almorzar. Al salir, un altavoz en la esquina de la plaza ha congregado una enormidad de gente que escucha en silencio:

> *Españoles. Republicanos. Llegan las horas graves. Sepamos perder con dignidad. Afrontemos la muerte serenamente. Hace falta más valor para morir vencidos que para caer luchando. Españoles republicanos...*

Una mujer llora a mi lado. Cuando callan las palabras del altavoz y comienza el Himno, todo el mundo se aparta y sigue su camino en silencio. En la plaza de Castelar revolotean cientos de hojitas blancas de papel anunciando que Franco saluda a todos y les ofrece su amparo.

Alguien desde un terrado o desde un balcón... Pero ya nadie se preocupa de ello.

En la calle de Blasco Ibáñez hay escritos con carbón en grandes letras insultando a los ministros republicanos, tratándolos de traidores... Esto se derrumba por momentos.

—Como el barco tarde en salir dos días más—me dice el marido de Rosita—, no te irás...

En medio de esta población que bulle inquieta en la angustia de una dolorosa espera, vivo apacibles días. Duermo muchas horas, veo atardecer en el sol que baña la frente de la Purísima de Murillo, y oigo al despertar el bullir de los chicos que van a la escuela, indiferentes a todo lo que no sea su feliz ignorancia de niños.

Sólo turba mi paz una visita diaria a la casa consignataria. ¿Será hoy?... No, hoy no es tampoco.

—¡Señorita Celia! ¿No me conoce?

Es un oficial del ejército, que me saluda desde su coche... ¡No, no le conozco!

—Soy Juan... el jardinero de Chamartín. ¿No se acuerda?

¡Es verdad! Este es aquel muchacho que venía a arreglar el jardín en los primeros días, el año 36, y que se fue a la sierra al estallar la revolución... Pero ¿cómo iba a conocerle? Parece más alto, más fuerte... Tiene un aire desenvuelto, elegante, con su uniforme de capitán... ¡Es un hombre distinguido!

Se baja del coche, saludándome militarmente.

—¿Qué hace por aquí?

Hablamos. El, siempre respetuoso y afable, con digna superioridad; yo, un poco aturdida.

Si necesito algo, que recurra a él. ¿Dónde vivo? ¡Qué lejos! No, eso no puede ser. El para en el Hotel Victoria y allí debo ir yo. De este modo podré utilizar el coche suyo y él podrá ocuparse de mí. ¿He pensado en el problema que se me viene encima el día que salga el barco? El puerto del Grao está a quince kilómetros y no encontraré coche que me lleve hasta allí.

El me lleva al hotel, donde me enseña una hermosa habitación con vistas a una callecita estrecha. Aquí mismo puedo comer, una vez al día... Todo queda arreglado en pocos minutos y voy con su coche por las maletas a la casa grande de ladrillo en medio de terrenos sin urbanizar donde he vivido hasta ahora.

Doña Carmen me despide con emoción. ¡Que lleve buen viaje! ¡Que encuentre a mi padre! ¡Que seamos felices en esos países del otro lado del mar!

Fifina me mira con asombro cuando sabe mi mudanza.

—¿Crees que estarás mejor ahí?

—Por lo menos me evito ese largo viaje diario saltando por las rodadas de los carros... Además este hombre, que es fino y respetuoso, puede serme muy útil en los momentos del viaje.

—¡Tú sabrás lo que has hecho!—me contesta poco convencida—. ¡Es el jardinero de tu casa...!

* * *



12 de marzo

Juan desapareció del hotel después de dejarme instalada y no ha vuelto. He preguntado al gerente.

—¿El señor capitán? Para poco aquí. Tiene su habitación alquilada hace más de seis meses, pero viaja constantemente... Es persona de confianza del Gobierno... si él quisiera, sería ya general, pero es hombre sin ambiciones.

Esta mañana, el ruido del teléfono que tengo a la cabecera de la cama me despierta.

—¿La señorita Celia? Soy yo, Juan García... Estoy aquí, sólo por unas horas. ¿Me haría usted el honor de almorzar hoy conmigo?

—Bueno... ¡encantada, Juan!

—Me dijo usted que tenía una amiga aquí... ¿quiere decirle que almuerce con nosotros?

—Sí... sí... ¿Dónde y a qué hora?

—A la una en el comedor del Hotel. Ya he hablado con el gerente y está todo arreglado. Nos reservan la mesa junto a la vidriera grande... Hasta luego, señorita. A sus órdenes.

Tengo que prepararme para esta comida. Mi traje sastre gris, bien cepillado... y una blusita blanca de batista... los zapatos negros...

Y luego a buscar a Fifina, que se ríe de la invitación y de mí.

—¡Puede ser que seas capaz de enamorarte de tu jardinero! Hablaremos de los distintos procedimientos de injertar los rosales... de los semilleros de alhelíes... No creas, puede ser más interesante la conversación de tu Juan que la de esos chicos cursis de la Universidad...

Sin embargo, la veo que se pinta y se empolva con todo cuidado...

Cuando llegamos al Hotel es ya la una. El mozo sale a nuestro encuentro al entrar al comedor.

—Por aquí, señoritas... En aquella mesa.

Todas las mesas están ocupadas, y todos nos miran al pasar. Posiblemente esta mesa junto a la vidriera del fondo, cubierta con mantel rosa y las servilletas en forma de mitra, traía intrigados a todos...

Antes de sentarnos aparece Juan. Su alta estatura, su gallardía y elegancia, su continente grave, atraen las miradas de todos, que cuchichean mirándonos.

Le presento a Fifina.

—El capitán Juan García... Mi amiga Fifina Estremeras.

Nos sentamos. En seguida aparece el chófer de Juan, que parece ser también su asistente, con una bandeja de fiambres.

—¡Pero esto es un banquete!—dice Fifina.

—No digno de ustedes, pero no he podido conseguir nada mejor—dice Juan gravemente.

Después de los fiambres, comemos arroz con mariscos y luego pollo en pepitoria, todo con vino blanco. La emoción no nos deja hablar a Fifina y a mí. Nuestro paladar había olvidado el sabor de estos manjares... Luego melocotón de lata, y café: ¡verdadero café con azúcar!

Cuando Fifina acaba de engullir (creo que hemos engullido las dos) suspira:

—¡Qué hallazgo el de este Hotel! ¿De dónde habrán sacado esto que hemos comido?

Juan ríe sin perder su austera gravedad.

—No, señorita Fifina... el Hotel no tiene parte en esto... Vea lo que comemos todos los días y lo que hoy mismo comen en otras mesas... Yo, y... sobre todo, Paco, mi asistente, hemos conseguido los pollos y... demás.

—¡Qué maravilla!—y Fifina, que es tragona, le mira llena de admiración—. ¿Y ustedes comen así todos los días?

Es Paco, el asistente, que retira los platos para limpiar la mesa antes de servir el café, quien contesta.

—No, señorita, no... Mi capitán y yo comemos arroz... el día que lo hay... que muchos los pasamos sin comer...

—Come ahora que puedes—le dice Juan— y no hables de más.

A Fifina se le ha soltado la lengua con el vino...

—¿Usted está en el frente... o en alguna oficina... o...?

—En todas partes—contesta evasivamente—. En todas partes hay mucho que hacer...

—Y ¿es verdad que en el frente los soldados reclaman libros? ¿Es verdad que leen?

—Sí, se lee mucho... se lee como no se ha leído nunca... Mucha gente había que en su vida cogió un libro en sus manos y ahora lee con una ansiedad... como para desquitarse del tiempo perdido...

—¿Leen a Galdós?

—Sí... y a Pereda, y a Valera, y a Gómez de la Serna, y a Pérez de Ayala, y a Azorín... Pío Baroja gusta mucho... Y también se leen muchos libros extranjeros traducidos... Todos los libros tienen público... Es posible que la guerra tenga un fin social que nadie hubiera sospechado porque...

De pronto se calla y se levanta.

—Siento mucho tener que dejar a ustedes pero salgo ahora mismo de Valencia... Creo que estaré de vuelta dentro de tres días. Encantado, y agradecido con su compañía...

Nos da la mano, saluda luego militarmente y se va.

Fifina le mira hasta que desaparece por la puerta del comedor.

—¡Chica, qué tipo! Pero ¿tú estás segura de que éste es tu jardinero?

—Claro... Juan García.

—Pues yo juraría que era un título de Castilla. El Duque de Alba no nos hubiera hecho los honores de la mesa con más elegancia. ¿Te has fijado cómo nos servía el vino? ¡Es magnífico...! y luego, esta conversación literario-filosófica que había comenzado...

—Es un caso de adaptación al medio...

—¿Qué adaptación? ¡Superación...! Es un caso único...

Fifina se queda pensativa y luego me pregunta:

—¿Y este hombre no piensa escapar?

—Parece que no...

—Pues Franco lo fusila en cuanto entre...

—Creo que es lo mejor que puede pasarle... Imagínate, si no le fusilan, lo que sería de él... Desde luego, su título de capitán se queda reducido a nada... El no ha estudiado ni tiene edad de hacerlo...

—¿Qué edad le supones?

—Treinta y cinco años... ¿no crees...? Este barniz de literato adquirido ahora no le sirve para ganarse la vida... Seguramente ni siquiera sabe ortografía... Tendría que volver a su oficio de jardinero... a sus tres cincuenta de jornal y a sus pantalones de pana...

—¡Qué pena!

—Sí... materialmente y espiritualmente es un gran señor, pero el ambiente social en que ha nacido no le ha proporcionado los medios de elevarse...

Fifina se indigna.

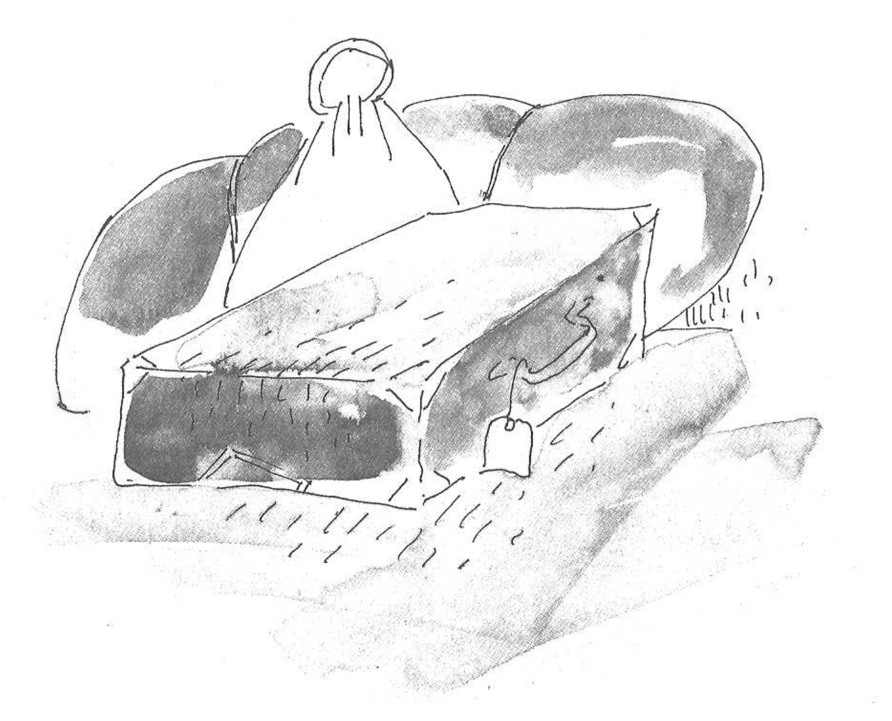
—¡Es horrible! ¡Te digo que es horrible que ocurran estas injusticias...!

—Y, ¿qué podemos hacer nosotras?

—¿Nosotras? Yo no sé tú, pero por mi parte, no pienso perder de vista a este hombre, auxiliarle en lo que pueda y darle los medios de ponerse en condiciones de ser un empleado, o un militar de carrera, o un médico...

—¡Fifina... tú te has enamorado de él...!





XXVIII

ADIOS

18 de marzo

Voy, como todos los días, a la casa consignataria. Un viento desapacible levanta la tierra de las calles sin barrer. El sol se nubla a ratos...

Antes de llegar veo mucha gente a la puerta... Me acerco al mostrador.

—Sale barco hoy a las cuatro.

Un frío mortal me sube hasta la nuca.

—¿Adónde va?

—Ya lo verá cuando llegue. ¿Su nombre? Ah, sí... Este es su pasaje. A las tres en punto en la Aduana del muelle. No puede sacar su máquina de escribir, ni aparato fotográfico, ni joyas, ni dinero...

—Pero ¿cómo voy a vivir cuando llegue al puerto?

—Eso es cuenta suya... A ver, otro...—grita al público que espera.

Me encuentro en la puerta con el pasaje en la mano que sólo tiene un número: 115. Un hombre se acerca a mí:

—¿Tiene visado el pasaporte?

—Sí, para el paso por Francia.

—Pero tiene que visarlo para una nación de América... Sólo visan para Nicaragua... Ahí, en una farmacia de la calle de las barcas... Y además se lo tiene que sellar la policía del puerto...

De una a otra y preguntando en todas partes consigo llegar a una calle estrecha, a un viejísimo edificio de piedra, donde me sellan el pasaporte... ¡Es la una!

En el Consulado de Nicaragua me visan el pasaporte y me advierten que es sólo un formulismo, pues Nicaragua no recibe refugiados españoles...

Me vuelvo a casa. Ya han comido y no queda nada...

—¿El capitán García?

—Ha vuelto esta mañana... Tal vez esté en su cuarto...

Le llamo por teléfono.

—Soy yo, Celia. Sale el barco hoy a las cuatro, pero tengo que estar en la Aduana del Grao a las tres...

—Bien... Siento de verdad no poder acompañarla, pero Paco la llevará en el coche... A las dos y media la esperará en la puerta... Salud, señorita... Póngame a los pies de su padre... Adiós.

Cuelgo el auricular. ¡Me había sentido amparada desde el día en que encontré a Juan...! y ya...

Arreglo la maleta. En el maletín de mano pongo lo que pueda necesitar en los dos o tres días de barco... ¿Dónde voy yo y qué será de mí, perdida en el mundo?

No quiero pensar. Estoy en las manos de Dios... Salgo a despedirme de Rosita y de su marido.

Les encuentro en la mesa y el doctor me mira, asombrado.

—¿Cómo? ¿Que sale el barco hoy?

—Sí... a las cuatro.

Vuelven a comer en silencio, y el doctor dice:

—¡Qué locura!

Me sirven una tacita de *malte*... Estoy tan nerviosa que la taza me tiembla en las manos.

Ellos hablan de cosas indiferentes. De la casita que han comprado, de los muebles que son de mármol en la casa...

—Siento que no la conozcas, Celia. Es un rincón precioso. La casita está en un alto... Figúrate, todo medio abandonado desde que empezó la revolución... pero ahora que ¡gracias a Dios! llegamos al fin, vamos a poner aquello divino... ¿verdad, Rosita?

Yo oigo hablar de todo esto como los moribundos deben de oír hablar de la vida... Ya estoy al margen de todo... Ya no soy de este mundo... Dentro de unas horas navegaré hacia no sé dónde, sin un céntimo... sola...

De pronto dice Rosita:

—¿Llevas manta de viaje?

—No...

El doctor interviene, asombrado:

—¡Qué barbaridad! ¿No sabes que irás en la bodega almacenada entre cien pasajeros, sin otro lugar para sentarte que tu maleta, sin otra cama para dormir que el suelo del barco?

—No... no lo sé.

—Ahora ya lo sabes...

—Es igual... Son dos días o tres y luego...

—Luego... ¡Bueno, hija!—dice impaciente—. ¿Para qué discutir lo que ya tienes decidido...? Te voy a dar mi manta de soldado, con la que pensaba ir al frente... y un libro para que leas por el camino... Es decir, el libro no te lo doy yo sino Luis, que vendrá ahora...

—Pero tengo que irme ya...

—No tienes prisa aún... Quédate aquí tranquila...

En mi reloj son las dos. Ellos hablan de su amigo Luis, al que han avisado por teléfono, de doña Clara de Monteverde...

—También ella quiere decirte adiós, no te imaginas lo que habla de ti.

—¿De mí?

Pienso en Fifina. Ella no sabe aún que me voy... Y no puedo irme sin decírselo. ¡Tal vez no volveremos a vernos! La muchacha del doctor le lleva una tarjeta mía escrita a lápiz:

> *Me voy dentro de una hora. Despídeme de tus tías. Estoy en casa del Doctor Terrada. Ven.*

Viene Luis con Marcela, que es el otro matrimonio que conocí en mi primer viaje a Valencia. Luis es bueno, cariñoso, amable. El me trae el libro, encargándome que no intente despegar dos hojas que están pegadas...

Y luego todos hablan de la situación.

—La revolución comunista de Madrid ha fracasado... Ya es cosa de días... puede ser cosa de horas la entrada del ejército... Van a fusilar a medio mundo.

Parecen contentos. ¡Dios mío! ¡Y papá que decía...! ¡Y Jorge...! ¡Pobre Jorge...! Todo ha concluido... Sólo queda huir... Nosotros huimos... Otros están contentos. ¿Es que ellos no eran demócratas como papá? ¿Quién tenía razón? Papá; yo estoy segura de que papá y el abuelito son los únicos que tenían razón...

Hablan y hablan, pero ya no atiendo, no puedo atender... Esta noche dormiré en el mar viajando hacia un puerto que no conozco... pero que será un puerto francés...

Preguntaré por los españoles que huyeron de Barcelona y de uno en otro llegaré a papá... ¡Papá de mi alma!... y los dos encontraremos a Valeriana y a las niñas, y luego...

Llega doña Clara. Viene del brazo de sus dos hijas y me dice, mirándome severamente:

—He creído mi deber despedir a usted y desearle un buen viaje... Como cristiana y española perdono a mis enemigos... aunque no los disculpo...

Luis se ríe bondadosamente.

—Celia es una bonita enemiga.

—Bonita o no, hace bien en irse... Franco la mandaría fusilar... y con mucha razón.

Estoy estupefacta ante las palabras de la señora, pero trato de echarlas a broma.

—¡Doña Clara! Yo esperaba que usted me escondería en aquel precioso gabinete del callejón...

—¡Esperanza infundada, señorita! ¡Esperanza infundada! Por razones que no son del caso yo no la escondería... se lo juro que no... ¡Usted es una enemiga de nuestras santas instituciones y del orden social!

—¿Yo?

—Sí, usted, usted... He sufrido en mi propia carne las injurias de sus secuaces, y aún sangra mi corazón de heridas sin cerrar... Ahora veo que he hecho mal en venir... No se puede ver al enemigo de cerca sin odiarle... ¡Dios es testigo de que quiero perdonar! ¡Quiero perdonar! ¡Quiero perdonar!

Del brazo de sus hijas y repitiendo las mismas palabras se aleja por el pasillo hacia la puerta, seguida de todos los de la casa menos de Luis y Marcela...

Se ríen de mi estupor.

—¡Pero no hagas caso, muchacha, de esa vieja loca! ¡No hagas caso...! Claro que eres nuestra enemiga...

—¿Yo?

—Sí, tú, mosquita muerta, tú—dice Marcela, riendo—. ¿Es que no eres enemiga de Franco? Pues nosotros somos sus amigos... y mucho más desde que sabemos que va a venir...

Se ríen ante mi cara de asombro.

—Y Terrada lo es mucho más que nosotros, porque él lo fue siempre... ¡Es falangista!

—¡No!

—Sí, querida... pero eso no quita para que te queramos y te escondiéramos si hiciera falta... que no la hace...

—Pero papá... mi padre...

—Tu padre, querida, es un iluso...

Miro a la calle por la ancha ventana... El sol ilumina las aceras por donde pasa la gente, ¡estas aceras y esta gente que ya no veré más...! ¡Y me alegro! Ahora siento alegría de dejar esto... Era yo como un barquito que navegaba con todas las velas al aire... y una tras otra van cayendo. Todos dicen que me quieren, pero aseguran que soy su enemiga, y ellos lo son de mi padre... ¡Mentían antes! ¡Mentían por miedo! El pueblo les fusilaba porque sabía que mentían...

Me despido de todos en el momento en que llega Fifina.

—¿Te vas? ¿Te embarcas?—me dice.

—Sí... ahora mismo... Ya debe de estar el coche esperándome...

Salimos a la calle y digo:

—¡Son de derechas!

—¿Quiénes?

—Rosita y su marido... y hasta Luis y Marcela.

—¿Luis? No lo creo... Pero es lógico. La clase media es toda de derechas... y ahora los pocos que no lo fueron, se hacen... Los vencidos tienen pocas simpatías.

—Doña Clara ha venido y...

—No hagas caso, hija... Ellas se quedan aquí y tienen que vivir... Ya ves, las tías me han pedido por Dios y por todos los santos que no te acompañe... dicen que alguien puede contarlo después y... Te aseguro que si no te acompaño hasta el Grao no es por eso, es porque no quiero verte embarcar...

Pasamos por una plaza pequeña con bancos y árboles en torno de una estatua y me siento porque me tiemblan las piernas.

—¡Estoy cansada!

—Yo también—dice Fifina, y callamos sin mirarnos...

¡Son las tres menos veinte! Me levanto. Tengo que irme ya.

—Me quedo aquí—dice Fifina, y me besa. Veo sus ojos llenos de lágrimas.

—Hasta la vuelta—le digo.

—Hasta que Dios quiera...

Cruzo deprisa la plaza, y al llegar a la esquina de la calle me vuelvo. Fifina sigue sentada en el banco sin mirarme y se limpia los ojos...

—¡Adiós...!—digo bajito...

Al llegar al Hotel veo el coche en la puerta y a Paco que asoma la cabeza.

—¿Subo por el equipaje?

—Sí... vamos.

Ya he pedido la cuenta y he dado propinas largamente. ¡El dinero que me quede van a quitármelo en la Aduana!

El coche pasa por la plaza de Castelar y pronto están los arrabales de la población. Gentes a las puertas de las casuchas toman el sol en actitud expectante. ¡Esperan! Todos esperan lo que va a ocurrir... Para algunos nada cambiará, otros irán a la cárcel y muchos serán fusilados...

—No ha querido acompañarla nadie ¿eh?—es Paco, el asistente de Juan el que me habla.

—No...

—¡Claro! El que más y el que menos, no quiere comprometerse ya...

—Sí..., todo el mundo es de derechas...

—¡O se ha vuelto la chaqueta...! Mire usted, yo mismo no hubiera venido si deja pasar dos días... El capitán fue soldado con Franco y espero que se acuerde de eso...

Vamos por un larguísimo paseo de árboles. Todo me parece sucio y como cubierto de barro seco y gris...

Al barquito de mi alma se le ha caído la última vela... ¡Hasta Juan García se cambia la chaqueta, como dice Paco!

Al final del paseo, una raya azul. ¡El mar! ¡El mar! ¡El camino que me lleva hacia papá!

Se para el coche.

—La Aduana—dice Paco.

Saca mi maleta y yo le sigo con el bolso de mano hasta el portalón donde se amontonan equipajes. Un grupo de gentes mal vestidas, militares con el gabán de paisano sobre los hombros, paisanos con gorra militar, mujeres y niños, se apelotonan en la puerta.

—Yo me vuelvo a Valencia ahora mismo—me dice—. ¡Buen viaje!

Y, casi sin mirarme, sube al coche y maniobra para dar la vuelta.

Me quedo sola en la ancha acera bajo los árboles aún desnudos de hojas... ¡Sola...! Todos, uno tras otro, han ido dejándome sola antes de que me fuera...

—¡No, no estoy sola!—me repito para darme ánimos—. ¡Estoy en las manos de Dios!



Hoy, 13 de julio de 1943,
termino de poner en borrador
«Celia en la revolución».

Elena Fortún

INDICE